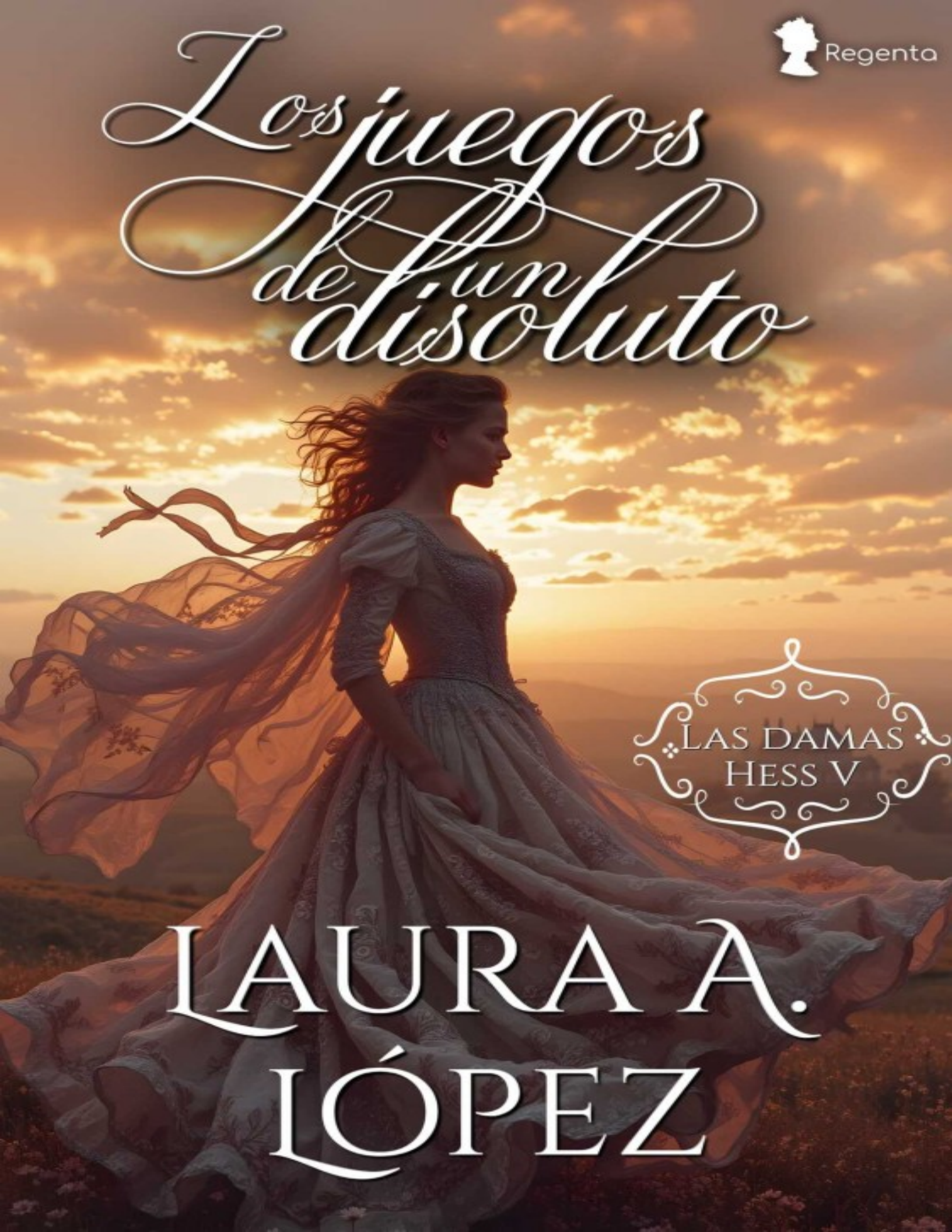
Regenta

Los juegos de un disoluto



Las damas Hess V

LAURA A. LÓPEZ

Contenido

Contenido
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Epílogo
Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…
Si te gustó Las dotes de un calavera podría gustarte…
Biografía

Los juegos de un disoluto

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA
IMAGEN: PIXABAY



safecreative

2508012671488

INFO ABOUT RIGHTS

Capítulo 1

El sonido de los niños corriendo por los pasillos de Autum Hall hacían que Alethea, la última hermana Hess, no pudiera concentrarse en la evisceración de un espécimen para seguir su práctica.

Desde pequeña había sentido interés por los seres muertos más que por los vivos, tal vez desde que vio a sus hermanas más grandes ayudando a su madre en la cacería para comer. La etapa después de la muerte de su padre había sido difícil para ella, pues perdió a la persona que más la consentía. Había perdido más que la comodidad de su vida, también al hombre más especial. Desde su fallecimiento se sintió huérfana y nadie había podido llenar ese espacio en todos esos años. Daniel siempre se había comportado como alguien distante, quizá comparable a un primo francés al que veía en alguna cena familiar eventual. A él no le importaba lo que ella sintiera, solo debía vivir con orejeras y siempre mirar hacia adelante.

El barullo era incesante, entonces abrió la puerta para reprender a sus sobrinos, pero al hacerlo solo encontró a la única niña de la familia: Ava. Con sus ojos azules la miraba con detenimiento.

—¿A quién mató, tía? —preguntó la niña.

—Pues no ha sido a tu padrino, no te preocupes —respondió refiriéndose a Daniel.

—Él dice que prefiere a los muertos más que a los vivos...

—Tiene mucha razón, por eso no me caes tan bien.

—¿Es porque sí me quiere y a usted no?

—¡Pequeña insolente! —Alethea que casi coge a Ava de una oreja, pero los ojos desorbitados de la señorita Carlington le decían que podía ser el peor error de su vida.

—Si quiere conservar su dignidad, es mejor que no toque a lady Ava, milady, y no me refiero a que el marqués de Torton pueda enfadarse, sino que lord Cholmondeley no dudará en hacerle una choza junto al estanque de sus animales más exóticos —advirtió.

—Ni siquiera perdería mi tiempo en esta criatura mimada y boca floja. Usted, señorita Carlington, debería comenzar a educar a este pequeño monstruo.

—¿Por qué me llama pequeño monstruo? —Los ojos de Ava se llenaron de lágrimas teatrales, pues ella acostumbraba a manipular a las personas desde su nacimiento por ser la única niña hasta ese momento y tenía a todos cegados con su encanto, inteligencia, ternura y elegancia. En fin, a Alethea le resultaba odiosa.

—Lady Alethea no quiso decir eso, milady. —Se disculpó la institutriz con presteza.

—Sí quise decirlo. Eres manipuladora y egoísta.

—Se lo diré a mi padrino...

La niña se fue corriendo por el pasillo.

—Se ha metido en un problema. No le gustarán las consecuencias... —advirtió la señorita Carlington.

—De lo que me arrepiento es de no dejarla como una liebre con sus orejas largas. Esa niña es un monstruo y todos ustedes la consienten. Recuerde que no será bueno para usted, señorita Carlington. Es su pupila y, por ende, su problema.

Ella cerró la puerta sabiendo que había despertado al mismo demonio. Sabía lo que le esperaba y no le importaban las

consecuencias.

Unos minutos después, Daniel abrió la puerta. Detrás de él estaba Ava que se sujetaba de su pantalón fingiendo temor.

—No intentaré quitarme de encima la responsabilidad por lo que dije. Siempre dices que debemos hablar con la verdad. Solo dije lo que nadie quiere escuchar en esta casa —alegó la joven que tenía sus ojos puestos en su espécimen para evitar la mirada de su cuñado.

—¿Te parece bien decirle a Ava cosas ofensivas?

—¿Decirle que es un monstruo es algo ofensivo? Lo es y no pienso retractarme. También tú lo eres porque la consientes sin que ella tenga consecuencias en su vida. Te has dedicado a hacerme la vida imposible con un montón de castigos solo por decir lo que me parece. Siempre estuve sola, no creas que esto que haces me afecta.

—Eres una víbora envidiosa —acusó Daniel—. ¿No te da vergüenza celar de una pequeña de tres años?

—De un demonio de tres años que habla igual que tú sin llevar una gota de tu sangre. Creo que Edwin debería comenzar a preocuparse por su joyita.

—Ella es inteligente no como tú que siempre te has caracterizado por ser mezquina.

—Tal vez lo aprendí de ti. Eres el maestro de la mezquindad.

—Estás castigada.

—Lo único que conoces como modo de presión es el castigo. No se puede hablar contigo.

—¿Para qué hablar con alguien que prefiere aislarse, maltratar y solo abrir la boca para ser maliciosa? Llevo años soportándote, pero esto se acaba este año. Te irás a Londres y buscarás ser el problema de otro.

—Es lo que más espero. Quiero ser el problema de alguien que se preocupe por mí.

—Por supuesto que te daré lo que quieras, pero mientras estarás castigada hasta ir a Londres. Limpiarás este lugar y no tocarás a ningún ser ni vivo ni muerto. Practica tus habilidades de pintura o música, porque con esto de cercenar no conseguirás más que aterrorizar a los hombres. Nadie querrá terminar en esta mesa en la que dices hacer magia, pero más parece brujería. Vámonos, Ava... —Él cogió a la niña en brazos y le dio un beso en la mejilla.

—¿Mi tía estará bien? Encontré un pequeño lagarto para ella. —Ava metió la mano en el ridículo que llevaba para parecerse a su madre. Sacó el animal que aún se movía.

Daniel cerró los ojos ante lo que veía. Era asqueroso.

—Querida, no debes agarrar a estos animales y menos para que terminen igual que los otros. —Daniel le mostró aquel salón lleno de frascos con cadáveres y pizarras con vidrios en donde coleccionaba mariposas de variados colores. Y hacía un par de años comenzó a rellenar a los muertos con paja después de sacarle los órganos para que no se pudriesen. Ese sector de la casa cada vez era más pestilente. Apenas podían soportar los olores nauseabundos de los experimentos—. Hasta siendo desagradable con ella lograste que te aprecie, Alethea.

La joven aceptó el presente de la niña.

—No debes meter esto en la boca —dijo Alethea entregándole una sonrisa agradable a su sobrina.

—¿De verdad? —preguntó la niña que tenía cara de que lo había hecho.

—Puedes morir si lo haces...

Los ojos de Ava se llenaron de lágrimas. Se quejó de que se iba a morir por lo que le había dicho su tía.

Lord Cholmondeley suspiró y se retiró con la niña. Era evidente que Alethea solo quería seguir asustándola para que se alejara.

Una vez que se quedó sola, miró al pequeño lagarto y lo liberó. No le serviría de mucho. Tenía varios de ese mismo color. No había mucho más que practicar. Antes de comenzar a desmontar sus elementos de la gran mesa de madera, se sentó a observar su obra durante esos años. Sabía que había llegado el tiempo de contraer matrimonio y no sabía cómo comenzar a buscar un esposo, uno que lo apoyara en sus actividades. Quería uno que la alentara en su locura, no que la hiciese sentirse fuera de lugar, pero sabiendo que buscaría en medio de la alta sociedad londinense, no sabía qué esperar.

En su cuaderno de anotaciones sobre sus experimentos con vivos y muertos, primero observó su anotación más antigua, con la que había empezado todo. «Si a un escarabajo le quitas la cabeza deja de moverse». Rio al leer eso. Era tan tonta en ese momento, aunque con el tiempo todas sus anotaciones eran interesantes y con tintes inteligentes. Después fue hacia la parte de atrás y miró la pequeña parte dedicada a buscar un esposo. Era tan simple como amable, considerado, inteligente, comprensivo. También tenía otras partes en donde escribió: si quieres que él te dé algo, dale lo que pida. En una traducción rápida y fresca, insinuaba que lo mejor era que cada uno viviese una vida separada en el aspecto de lo que les gustaba. Si ella quería a sus muertos, él podía tener a las mujeres que quisiera, se le hacía muy justo.

En ocasiones comenzaba a delirar con no casarse por amor, sino por conveniencia. Que su matrimonio se tratara de hacer un trato: un hijo a cambio de que ella siguiera haciendo lo que le gustaba. Le parecía justo vivir de esa manera. No creía que pudiese amar más a alguien que a lo que se dedicaba. Envidiaba los momentos afectuosos de sus hermanas y el asunto de besarse y compartir la cama parecía placentero. Suponía que, si no fallaba en eso, su esposo la dejaría hacer y deshacer a su antojo.

Recogió sus cosas y guardó otras en los cajones de muebles que, irónicamente, Daniel había mandado hacer para «esconder» lo que él consideraba un desastre.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su concentración. Al abrirse vio ahí a Sarah.

—Lord Cholmondeley quiere saber si ha terminado de recoger. —La doncella observaba el lugar ordenado y limpio. No parecía el mismo sitio en el que siempre estaba haciendo sus investigaciones.

—Sí —respondió. Se sacó el delantal y lo colgó en el perchero de la entrada.

—Qué alivio. Ha venido la modista para sacarle las medidas para mandar hacer sus vestidos para la temporada social. También ha enviado una carta al joyero para que prepare joyas iguales a las que tenían sus hermanas. ¿No está entusiasmada por tener lo que siempre ha querido?

—Tres personas antes que yo han pasado por eso. La única emoción que me genera es de indiferencia. Tendré vestidos bonitos y joyas que harán que me vea interesante, pero no sé si alguien de ellos dejará que mi pasión siga adelante. Sé que una mujer debe obedecer a su esposo, mas yo no quiero hacerlo si eso me quitará la libertad que tengo.

—Milady, no puede estar hablando en serio. Esto de... los muertos es raro. ¿Y si algún día se le antoja robar un cadáver humano del cementerio? ¡Oh, Dios! Es el miedo de la familia —expresó.

—¿Piensan que haría eso? —inquirió con incredulidad.

—Sí...

—No puedo creerlo. Sabía que no les gustaba lo que hago, pero robar cadáveres está lejos de servir para algo.

—Su cuñado, el marqués de Torton, se lo ha dicho al resto durante una cacería. Es lo que ha contado Humbert. Todos tienen miedo de morir o dejar a sus hijos cerca de usted por si quiere rellenarlos con paja.

—Esto es increíble. No puedo creer que piensen que haría algo malo a mi familia, tal vez a Ava, pero solo le quitaría un dedo. No sería un gran problema. Según lo que he comprobado, si le quito una pata a un saltamontes, aún sigue saltando. Significa que, si le quito alguna extremidad o una parte de ellas, seguirá con vida.

Sarah retrocedió unos pasos y salió del umbral.

—He cumplido con informarle, milady. Por favor, vaya a su habitación. —La doncella se retiró raudamente hacia el despacho del conde en donde lo encontró sentado en su sillón. Ninguno de los niños estaba perturbando su paz. Todos estaban afuera corriendo bajo la mirada de sus madres que tomaban té en compañía de la condesa viuda.

—¿Qué ha hecho esta vez? —curioseó Daniel que no levantó la mirada de sus papeles.

—Dijo que un saltamontes aún salta sin una pata y que lady Ava también podría hacerlo sin un dedo o sin una extremidad...

Esto captó la atención del indiferente Daniel.

—¿Qué? —preguntó incrédulo.

—Dijo que no le haría daño a nadie de la familia después de que le comenté que muchos tenían miedo de que ella procediera por alguien de la casa. Alegó que a la única persona a la que podría hacerle daño era a lady Ava. Milord, creo que ella tiene unos celos incontrolables hacia su sobrina. A medida que crece menos la tolera. Siempre se ha destacado por amar a sus sobrinos y tratarlos con afecto, en especial a su hijo, pero con la pequeña la convivencia es complicada y se debe a que usted prefiere a su sobrina.

—Es una persona grande, ¿qué puede hacerle una niña de tres años que vive creyendo que en la oscuridad está un caimán que se la comerá si la dejan dormir sola? Ella es insensible y ponzoñosa, pero como dije, ya pronto dejará de ser mi problema y será el de otro menos afortunado. Alguien que sufrirá bastante, pero si me agrada puede que su permanencia en esta casa no sea una tortura completa.

Capítulo 2

Londres...

Richard Williams, duque de Belrose, aguardaba con paciencia la llegada de su hermano, Adrian. Aquel no acostumbraba a no aparecer en horarios en los que la gente podría verlo entrar a la casa cuando visitaba a su familia.

—Raymond... —saludó Adrian que pasó al lado del ayuda de cámara de su hermano—. ¿Cómo está él?

—Su excelencia se encuentra estable de salud, milord.

—Es una lástima que no esté más saludable...

—¡Adrian! —Lo llamó Richard que se acercó para abrazarlo. Extrañaba mucho a su hermano con el que había crecido. Lo apretó con fuerza y le sonrió—. Esa ropa te queda bien, es menos formal que todo lo que usamos los demás, pareces libre.

—Son las ventajas de ser el repuesto. Vivir tranquilo y hacer lo que deseo —replicó correspondiendo a su abrazo.

—¿Cómo te ha ido? ¿Todavía tienes ese negocio de prestamista? Eso parece peligroso, querido hermano.

—Sí, es lo que me permite tanta libertad financiera. Quiero saber una cosa. ¿A qué se debe esta invitación a cenar? Sabes que es peligroso que me vean cerca de ti, no quiero estropear tu buen nombre con mi presencia.

—Lo que dices es una tontería. No me avergüenzo de ti y tampoco me importa lo que dicen los demás.

—Entonces, ¿debo suponer que esto es una emboscada de cariño y afecto familiar? ¿Y nuestra madre?

—Por supuesto, de eso se trata. Ella se está arreglando, ya sabes que las damas prefieren verse bien antes que llegar puntual a cualquier sitio, por más de que se trate de la sala de su casa.

—Me han dicho que has estado…

—No quiero hablar de eso. Prefiero que los asuntos menos gratos queden en un cajón. Sé que no puedo ocultar la palidez y tal vez las ojeras, pero créeme que estoy probando muchas infusiones desconocidas a pedido de nuestra madre.

—Si en lugar de ser nuestra madre fuese nuestra madrastra, estaría desconfiando de ella. No recuerdo si te conté sobre lord Stern, a quien su familia quiso matar…

—No me lo has contado, pero te escucho…

Los dos se sentaron en el salón, mientras que Raymond servía dos copas de whisky para que los hermanos conversaran. Aquel miró a los jóvenes y los recordaba siendo niños, sentándose en esos mismos sillones compartiendo sus hazañas del día frente a su padre y su madre. Con los años, ambos jóvenes se habían alejado, pero no por desacuerdos, sino porque Adrian entendió cuál siempre había sido su lugar desde un principio. Pese a que su madre siempre los había tratado igual, su padre no. Cada día le recordaba que era un reemplazo y las cosas se habían puesto peor cuando Richard enfermó de gravedad y el pronóstico de recuperación era casi inexistente. Un milagro hizo que aquel llegara a los treinta años. Desde ese instante, su progenitor lo educó de la misma forma que a su hermano mayor por si acaso, ya que él era demasiado saludable, tanto que lo odiaba por tener más salud que el primogénito.

Después de la muerte del duque, Adrian simplemente había decidido tomar su herencia y hacerla trabajar, dejar atrás el hecho de ser la sombra de Richard. Aquel no tenía la culpa de lo que su padre le había hecho sentir tantos años.

—¡Adrian! —exclamó la duquesa viuda que se apresuró a abrazarlo.

—Madre… —pronunció con la emoción escondida tras esa palabra.

—A mí no me recibe de esa forma —se quejó Richard con aire bromista.

—Qué fachas traes, querido. ¿Has estado haciendo boxeo? Mira esa marca en tu frente, Adrian. Te estropearás. Quiero que vuelvas para que me ocupe de ti. Fue un error que salieras de aquí. Es evidente que necesitas a tu madre.

—Soy un adulto, madre. Me alegra vivir lejos de aquí y lo sabe. Se queja de mi apariencia, pero usted se ve cada vez más joven.

—Gracias, cariño. Insisto en que regreses y dejes esa vida de perdición y pecado. Tu hermano y yo tenemos una propuesta para ti.

Adrian miró a Richard que desvió la mirada de la de su hermano. Sabía que esa señal no le gustaría.

—¿Cuál es esa propuesta?

—Pasemos al comedor. Le pedí a la señora Archer que preparara tu platillo favorito, Adrian. —La duquesa viuda le pellizcó el rostro a su hijo menor y después lo cogió del brazo para que pudieran dirigirse al lugar de la cena.

Una vez ubicados en la mesa, la madre de los jóvenes no parecía querer charlar del asunto que los había llevado a reunirse, al menos no hasta que disfrutaran de la cena, ella necesitaba que Adrian estuviese feliz.

Mientras cenaban, hablaban de muchas cosas y se ponían al día sobre sus vidas, hasta que llegaron al meollo de la situación: la soltería de ambos caballeros.

—Adrian, ¿no has pensado en casarte? Tienes veintiocho años —dijo su madre en un tono cariñoso, aunque sugerente.

—¿No le has dicho nada a Richard? Tiene treinta, madre —correspondió Adrian con una ceja levantada.

—Cariño, sabes que para tu hermano podría ser difícil casarse. Él necesita un heredero y tú podrías dárselo. Tienes un hijo con tu esposa y dejas que Richard lo eduque como futuro duque. Tú ya conoces esas cuestiones, pero vivir la experiencia de criar a un heredero sería especial para él.

—¿Esa es tu idea, Richard? —cuestionó con molestia en su voz.

—No, yo he pensado en casarme, pero nuestra madre no cree que sea prudente…

—Porque estás débil y no creo que soportes una noche de bodas. No perderé a ninguno de mis hijos. Ya Adrian se ha ido de aquí, pero no dejaré que Richard se vaya a un lugar del que no podrá regresar. Es un pedido, hijo mío.

—Madre, Richard no es un inútil. Lo veo bien para casarse, ¿por qué yo debo sacrificar mi soltería para el beneficio familiar? Además, nadie quiere casarse con el reemplazo, ¿para qué hacerlo si el que tiene el dinero está disponible? Él merece hacer una vida normal. En estos años no ha tenido una recaída. Su corazón está bien y así seguirá.

—Es lo que le dije a nuestra madre, pero se niega a entenderlo. Estoy bien y puedo conseguir una esposa... —afirmó avergonzado.

—¿Quieres mentirle a tu hermano, Richard? Y tú, Adrian, ¿quieres tapar el sol con un dedo?

—Madre, él necesita correr sus riesgos, es su vida —musitó Adrian que cogió su copa de vino y sorbió de ella.

—No, no quiero que Richard haga nada, para eso te tiene a ti.

—Bien, supongamos que acepto esta tontería, ¿quién sería mi esposa?

—Adeleine, por supuesto. Es mi ahijada, una joven encantadora que pronto estará aquí al salir de la escuela de señoritas. Sabes que me encargo de ella porque ya no tiene a nadie, es huérfana.

—No me interesa. Me casaré con cualquiera, menos con ella. Es familia.

—No hay un vínculo de sangre, cariño. Siempre se han llevado bien.

—Madre, no lo presione. También quiero dejarle claro que puedo hacerme cargo de mis responsabilidades como duque. No necesito que mi hermano me dé a su hijo. Puedo tener los míos. Tampoco puede obligarlo a casarse con su ahijada. Esa es una mujer mañosa y poco confiable. Solo usted no ve lo evidente.

—Mis dos hijos tan testarudos...

—Somos sus hijos, madre, lo ha dicho. Usted es un manzano, no dará bayas —agregó Adrian.

—Considero que lo que puedo hacer es renunciar al ducado en favor de Adrian, madre. De esa manera, yo estaré libre y cuidado por un tiempo, pero eventualmente, conseguiré una compañera.

—Ni lo pienses. Hice mi vida pensando en que jamás le respiraré en la nuca al título. Richard, tengo mi futuro construido...

—¿Futuro? ¿Intimar con suripantas es un futuro? Deberías escoger mejor tus palabras —espetó su madre con molestia—. Estás en un ambiente insano de vicios, prostitutas, delincuentes y, además, te has cambiado el nombre a Johnny.

—Es como un nombre artístico. Aparte, soy Adrian John Gregory, no está lejos de la realidad. Se dicen tantas cosas de mí que nunca quise que señalaran a mi hermano por lo que yo hacía. Ese es mi mundo, mi presente y, por ende, mi futuro.

—Quiero que vuelvas a aquí, a donde perteneces, a la sociedad. Desmiente lo que se dice de ti. Somos tu familia, Adrian, no quiero que sigas lejos, perdiéndote de todo.

—Nuestra madre tiene razón, Adrian. Regresa a casa. Mi reputación debería descuidarse un poco para poder atraer a las damas. Mientras peor sea mi reputación, más mujeres correrán detrás del título.

Adrian rio de lo que su hermano decía. Era evidente que para él esta conversación no era más que un juego, quería tenerlo ahí para que su madre dejara de asfixiarlo con su amor.

—No les daré el gusto de manipularme. Los amo, pero no dejaré mi buena vida y mi libertad por una mujer que querrá controlarme, exigirá fidelidad y un par de cosas ridículas como son: que debería preocuparme por su estatus, sus prendas, hijos, gastos, caridad… Oh, Dios, no podría hacerlo. No hay mujeres que digan que no serán una carga. Adeleine es bonita, pero no es para mí, no me interesa y espero que no venga con la esperanza de alzarse con el segundón, que vaya a por el primero.

—No me desees el mal. El que escoge a la esposa primero, ganará ser libre de Adeleine.

—No puedo creer que hablen así de una joven huérfana. Me avergüenzan. Quisiera que alguno de ustedes le dé la seguridad que necesita.

—No seremos su sacrificio a los dioses, madre. Tenemos primos que bien pueden hacer ese favor. Deseo que Richard encuentre a una buena mujer, una que lo cuide, le dé hijos, sea obediente,

comedida e inteligente. Se valora esto último cuando escasea el sexo.

—¡Adrian! —masculló su hermano sonrojado. Lo último que había dicho se le hizo poco prudente.

—Es la verdad. Yo no necesito que me deseen eso, pues casarme no es una obligación, eso es más para los primogénitos, disfruto mucho de mi posición como el segundo, aunque me hubiese fascinado más ser el tercero.

—Pues deberías considerar lo que te he propuesto, hijo. Las cosas no están bien, y espero que Richard pueda sincerarse contigo, no me corresponde hablar por un hombre mayor.

—Las cosas no están mal, están normales y no hace falta exagerar para causar pena a mi hermano y obligarlo a algo que, claramente, no desea. Cumpliré con lo que se espera de mí, apenas vayamos a una velada, conseguiré a la mejor mujer de la temporada, lo prometo —declaró Richard, confiado.

Ellos continuaron conversando y actualizando sus vidas y opiniones sobre los demás. Pese a lo que habían conversado, la duquesa viuda no se sentía conforme, porque de una u otra forma quería que uno de sus hijos se ocupara de Adeleine que pronto estaría viviendo en esa casa con ellos.

Para cuando Adrian se fue, Raymond fue a ocuparse del duque. Aquel le llevaba su té para que descansara. Tenía un par de jarabes sobre la mesa de noche, todos esos los tomaba con frecuencia para poder respirar y mejorar su salud. Todos fueron recetados por el médico de cabecera de la familia.

—Gracias, Raymond —correspondió Richard al coger su taza y darle un pequeño sorbo.

—Su hermano parece más feliz que antes, excelencia.

—Sí, es más feliz, por eso comprendo que no quiera regresar aquí. En parte es culpa de nuestro padre que durante tantos años le hizo saber que no era más que un reemplazo, uno que pronto estará vigente.

—Por favor, excelencia…

—Raymond, ¿cuánto más hay que sufrir para darse por vencido? A veces estoy cansado. Lo único que me entusiasma es ir a bailar, algo que no puedo. Miro esas caballerizas con anhelo, deseando montar como cuando era un niño. Sé que, si lo hago, mi vida se acortará. Siento temor de lo que me espera del otro lado si voy y por eso me aferro a lo que hay aquí.

—Tal vez pueda ver a lady Alethea Hess. Ella le dijo que este sería su año de debut.

Una sonrisa genuina se formó en su rostro.

—Esa pequeña criatura es la que me mantiene aún aquí…

Capítulo 3

Cheshire…

Durante su hora de sueño, Alethea revivió un momento de su vida de hacía casi tres años. Fue durante la escandalosa celebración de compromiso de su hermana Hannah y de su cuñado, Owen. Con quince años ella no tenía permitido mostrarse ante nadie, pero como en aquel entonces la rebeldía era como un collar que llevaba a todas partes, limpió sus oídos con las indicaciones de la institutriz y del señor Kepler. Salió de su habitación para observar cómo se desarrollaba todo en el salón; sin embargo, estar escondida en una parte de las escaleras no le había dado tanta satisfacción como había creído. Entonces, decidió salir al jardín desde la planta alta de la casa. Fue arriesgado, pero lo había logrado, el problema sería volver a subir, mas eso no le había importado demasiado, ella solo quería observar cómo todos disfrutaban de las actividades.

Mientras recorría las ventanas, vio a un hombre que salió al jardín y lo hacía tambaleándose, como si estuviese borracho. Lejos de esconderse, ella se acercó al ver que cayó al suelo intentando sacarse del cuello su pañuelo lazado.

—No debería beber tanto. —Después de decir esas palabras ella lo ayudó a desanudar el pañuelo quitándole primero el prendedor de diamante que estaba en medio.

Notó que el hombre se tomaba del pecho e intentaba respirar, por lo que no le decía nada. Para ese entonces, Alethea suponía que ese caballero no estaba ebrio. Cuando logró recuperarse luego de un cuarto de hora, la miró e hizo una inclinación de cabeza.

—Ha sido amable, pese a acusarme de beber. No puedo hacerlo, mi apreciada señorita… —dijo con voz suave.

—¿Está enfermo?

—Sí, pero no se preocupe, pronto me recuperaré. En unos minutos más regresaré dentro, pero mientras tanto me gustaría conocer el nombre de una persona tan atenta.

—No puedo decirlo…

—¿Por qué?

—Porque no debería estar aquí y no quiero que se lo cuente a nadie.

—Ambos no debemos estar aquí, yo en un jardín con una niña y usted fuera de su habitación.

—Soy una mujer —lo reprendió Alethea.

—No lo parece. Sus facciones son propias de la inocencia de una niña. Esa es la única explicación por la que usted no está con las demás damas.

—Me descubrió, pero no puede decirle a nadie que me ha visto.

—Soy ciego y absolutamente sordo.

Ella le entregó una sonrisa y le dio la mano para ayudarlo a ponerse de pie.

—Lady Alethea Hess… —declaró con sencillez.

—Richard Williams, duque de Belrose —se presentó el caballero.

—No sabía que era un duque, lo lamento. No soy tan educada como debería…

—No es adivina, milady.

—Gracias por comprender. Espero que nadie salga y me vea aquí. Dentro de tres años será el momento en que la sociedad debería conocerme. Usted ha tenido un adelanto inesperado.

—Estoy contento de ser el primero, ajeno a su familia en saludarla. Tal vez dentro de tres años volvamos a vernos.

—Si aún no se ha casado, quizá coincidamos de nuevo. —Alethea le sonrió y le entregó su prendedor de diamantes.

—Quédeselo. Es un obsequio, una promesa para volver a encontrarnos cuando el tiempo lo dicte. No sé si estaré casado porque mi edad y las obligaciones lo exigen. Hay que dejarlo a la suerte.

Cuando Alethea iba a decir algo más, vio a una dama que estaba saliendo del salón, por lo que hizo una inclinación y se retiró raudamente. No tuvo tiempo de despedirse como era debido del duque de Belrose.

Al despertar en medio de la noche y revivir eso, buscó el símbolo de una promesa que no podía creer. Sabía que el duque era mucho mayor que ella y que lo más probable fuese que ya estuviese casado, no esperaría por una niña a la que había conocido por un par de minutos en uno de sus peores momentos, o quizá, ya ni siquiera estuviese con vida.

No había abrigado esperanzas en su corazón hacia él porque creía que no tenía sentido, pero no sabía cómo reaccionaría si lo volvía a ver. En Londres encontraría a hombres jóvenes, atractivos y adinerados, no podía pensar solo el duque como opción, debía buscar algo conveniente que le permitiese continuar con sus hábitos. No tenía buenas habilidades para la música ni la pintura, pero sí para la caza y la ciencia, aunque estas dos no eran valoradas para una dama. De ella se esperaba lo básico y no esperaba dar más que eso en el futuro; no obstante, sería a cambio de algo que fuese conveniente, de lo contrario, convertiría la vida de su esposo en el peor de los infiernos.

Por la mañana, ella despertó y encontró un montón de cajas colocadas en la entrada. El carruaje de su cuñado estaba lleno de lo

que parecían ser los vestidos y demás cosas que habían pedido semanas atrás.

El corazón de Alethea dio un vuelco al entender que pronto iría a Londres y que cualquier duda que tuviese sería despejada.

—Lady Alethea, ¿cómo amaneció? —preguntó Humbert que se acercó a ella con una caja de madera.

—No he dormido bien, pero ¿qué tienes ahí, Humbert?

—Algo que a todas las hermanas Hess les enloquece: joyas. Lord Cholmondeley siempre cumple con lo que se espera de él.

—Sí, es un excelente proveedor. Deben llevar todas las cosas a mi habitación para poder estudiarlas. Espero que los vestidos me queden, creo que me excedido con los panecillos y la mermelada a la hora del té.

—Por supuesto, milady. Vaya al comedor, todos están ahí.

La joven caminó hasta ahí y antes de entrar los escuchó hablando.

—¿Crees que en Londres encontrará a alguien que la soporte? —cuestionó Robert que estaba sentado junto a Frances.

—Si las demás los consiguieron a ustedes, ¿cuál sería la razón por la que una descarriada como Alethea no pueda conseguir a alguien? Lo único que debería preocuparnos es que no llegara a casarse —replicó Daniel.

—Sí, porque si eso ocurre nos tocará tolerarla hasta el último día… —opinó Edwin.

Los que estaban en la mesa se reían sin remordimientos. Sabía lo que pensaban sobre ella, aunque coincidían en algo: Alethea tampoco pensaba bien de ellos.

Al entrar en el comedor, todos guardaron silencio y los caballeros se levantaron para saludar.

—Son tan educados en sus formas, pero esa misma educación escasea en sus temas de conversación. Ni se molesten en mentir, aquí todos somos hipócritas. —Se sentó en su silla al terminar de decir esa frase que a nadie parecía importarle demasiado.

—Es bueno hablarnos con sinceridad, así podemos decir sin vergüenza lo que creemos de los demás —recitó Daniel que extendió su servilleta.

Lo más extraño de la hipocresía y la sinceridad era que se llevaban bien en todos los aspectos, puesto que en la mesa ni siquiera se sentía un ambiente hostil. Las idas y venidas de palabras era algo bastante familiar a lo que cada miembro de la familia se acomodaba. Los nuevos cuñados también se habían acostumbrado a esa dinámica.

Al terminar con su desayuno, Alethea estaba a punto de retirarse a su recinto sagrado y maloliente, cuando Daniel también se levantó.

—Acompáñame al despacho —mandó tomando la delantera.

Alethea lo siguió sin rechistar. Sus hermanas habían caminado por esos mismos pasillos tiempo atrás, decididas a encontrar lo que deseaban, y ella no sería la excepción a la regla.

Se sentó en uno de los sillones que él le señaló.

—Bien, Alethea, ha llegado el momento. Tu castigo fue levantado hace un par de días, pero no te acomodes porque nos iremos en menos de una semana. Tienes que buscar un esposo… —Antes de que ella lo interrumpiese sacó un papel para leerlo—. Debes saber que para formar parte de esta familia ese caballero debe tener ciertos criterios que cumplir.

—¿Me pondrás condiciones? Pensé que solo debía ser asquerosamente rico, atractivo y que guste cazar con otras personas.

—Meterás a un extraño en la familia y tengo que aprobarlo. Esta lista es más bien lo que no debe ser, y como primer punto está ser aburrido. Queremos a alguien que sepa divertirse, ¿entiendes? La vida es corta para ser ermitaño y amargado.

—Si no fuese por nuestra desgracia serías así.

—Esas son desgracias con suerte, pero para ustedes. Son afortunadas por tenerme en sus vidas. Merezco algo por haberlas tolerado tantos años. Después tendré que escoger a un buen esposo para Ava, no confío en el criterio de Edwin para esas decisiones.

—Ni siquiera es tu hija, Daniel.

—Es como si lo fuese. Comer la misma comida durante muchos años casi nos convierte en parientes sanguíneos. Sigamos, no debe andar en malos pasos, tener otra mujer a la que ame, ser un indigente, o más bien un cazador de dotes…

La lista de Daniel era extensa y creativa. Alethea lo oía con la quijada en el suelo. No le estaba dejando muchas opciones. Según lo que entendía, ella debía casarse con algún tipo de ser supremo, desconocido e inexistente, por todas las características que este prójimo no debía tener.

—Bien, supongo que quieres que me case, si en verdad lo deseas, deberías ser más flexible, juro que puedo tolerar que sea religioso.

—Son solo directrices y preferencias mías que, para tu suerte, debes seguir para tener un norte en tu vida tan desviada, querida.

—Es comprensible. ¿En algún momento podré escoger algo real? Un hombre sencillo con un par de defectos para darte gusto.

Entiendo que pasará más tiempo con ustedes que conmigo. Trataré de no encontrar a un caballero aburrido.

—Con eso me conformo. Humbert ha llevado tus ropas, zapatos y joyas a tu habitación. Míralas para saber si son de tu agrado.

—Serán bonitos como todos los de mis hermanas.

—Creí que estarías más feliz al saber que ha llegado tu turno.

—Lo estoy, pero no tengo las mismas expectativas que cuando era una niña. Siento que hay cosas más importantes que casarse.

—Por supuesto. Matar sapos inocentes, apropiarte de los cadáveres de mis caimanes y, ¿qué viene después? ¿Matar a tu esposo?

—Tal vez matar a algún cuñado que dejó de agradarme o que quizá nunca me agradó.

—Supongo que hablas de Owen.

—No hablo de él…

—No seguiré dando nombres para no llegar al mío. Todos te acompañaremos a Londres, espero que estés contenta. Has tenido más apoyo que el resto. Retírate.

Ella inclinó la cabeza y se retiró. En Londres no podría experimentar con nada. Para lo que le alcanzaría el tiempo sería para recoger insectos del jardín si no la mataban con citas para conocer a gente que no le importaba.

Sabía que muchos de sus hábitos quedarían sepultados por el matrimonio si no se casaba con un hombre comprensivo o desinteresado por lo que hacía. Quería conseguir a uno de esos dos, de preferencia al que no le importara para nada lo que estuviese

haciendo, que la ignorara y dejara vivir en paz con lo que le gustaba: sus libros de ciencia.

Al entrar al que debía ser su salón de paz, encontró a sus sobrinos tocando los frascos con sus especímenes flotando en ellos.

—¿Qué están haciendo aquí? ¿Quién les ha dado permiso de estar en este recinto? Váyanse… —Ella correteó a sus sobrinos y les dio un par de nalgadas para que se fuesen. También le había tocado una parte del golpe a Ava. Sabía que eso la metería en más problemas con su cuñado, pero no podía hacer diferencias con los demás y que esta no obtuviese lo merecido como el resto. Era cruel y justa.

Los niños se retiraron en medio de gritos de diversión de algunos y llantos de otros. Los más grandes se divertían, mientras los pequeños sufrían por los azotes.

Alethea giró la llave y sonrió. Al menos no habían roto nada. Cogió su delantal y comenzó a buscar sus elementos, para después abrir su libro en una de las páginas para empezar.

Mientras estaba concentrada en su trabajo, no se dio cuenta de que su ventana estaba abierta.

—¿Le pegaste a los niños, Alethea? —preguntó Daniel que había entrado en silencio.

La joven se exaltó y dejó caer su filoso alicate que fue a clavarse en su pie.

—¡Ay, se me ha quedado en el pie! —exclamó asustada.

Daniel se tapó la boca quedando anonadado con lo que veía. La sangre comenzaba a notarse a través de la media de su cuñada.

Capítulo 4

—No es momento de entrar en pánico, Alethea. Calma…

—¿Que me calme? ¡Que me calme! —expresó enfadada—. Me duele y sangra mucho. Todo es por tu culpa.

Lord Cholmondeley cogió la campanilla que estaba en la mesa de trabajo de la joven y la agitó con fuerza para que alguno de los sirvientes fuese a socorrerla. Después se acercó para abrir la puerta y conseguir ayuda. Para su mala suerte fue Diana la primera que apareció.

—¿Se le ofrece algo milady…? —preguntó al verla, luego notó la sangre—. ¡Hay sangre! ¡Hay sangre!

Las cosas no le salían bien a Daniel, tenía a dos mujeres gritando como si un lobo hubiese entrado al gallinero.

—¡Cálmense! ¡Diana, busca a alguien que vaya a por un médico! ¡Y tú, Alethea, deja de gritar!

El resto de los miembros de la casa llegaron hasta la puerta. Los niños y sus padres estaban bajo el umbral, las mujeres gritando como si la cantidad de lobos en el gallinero se hubiese acrecentado.

—¡La tía Alethea se va a morir! —vociferó el hijo mayor de Daniel.

—¡Le hará compañía a todos sus animales muertos! —siguió Ava que lloraba por el susto.

—Debemos calmarnos, déjame ver la herida —pidió Mildred a su hermana.

—¡Tu esposo ha sido el culpable, quiso matarme! —dijo en medio de la desesperación que era producto directo del susto.

Los ojos se dirigieron a Daniel que negaba con vehemencia nunca vista.

—Eso no es cierto. Quizá la asusté, pero por su seguridad no debería estar jugando con artefactos tan peligrosos.

—Me voy a morir… —murmuró desmayándose a causa de la impresión de seguir viendo que la sangre salía con fluidez.

Edwin la cogió de la cintura antes de que cayera al suelo.

—No es momento de saber quién es el culpable ni quién morirá. Lo importante es auxiliarla.

Llevaron a Alethea a su habitación, le sacaron los zapatos y las medias, mientras que trataban de parar la salida de sangre, al tiempo que esperaban que se presentara alguien para atenderla.

La condesa viuda acariciaba el cabello de su hija, mientras esta tenía la mirada fija en lo que parecía una mosca en la pared. Sus hermanas se movían a su alrededor con la preocupación reflejada en sus ojos.

—No se morirá. Solo ha sido el susto —expuso Daniel que trataba de mantener la calma. Cuando vio que su cuñada se desmayó, comenzó a pensar que la había matado por accidente. Fue su pequeño momento humilde en la vida.

Una hora después, el médico se presentó en la habitación de la joven. Le dio láudano, limpió la herida y la cosió.

—Milady estará un par de días de reposo y en cama. Deben limpiar sus heridas con estas hierbas y darle su dosis de láudano para que no sienta dolor. Otra cosa, ella no debería jugar con objetos tan peligrosos como ese bisturí.

—Ella ama disecar animales, señor Beckett. Mi hija tiene aficiones extrañas…

—Oh, no lo sabía. Cuando vuelva mañana trataré de hablar con ella sobre sus disecciones de animales, es un tema interesante. Puede llegar a ser una aprendiz para ayudarme a amputar soldados. —El médico rio antes de retirarse, dejando a todos atónitos ante sus palabras. Aquel quería que la joven se convirtiera en algo casi imposible de controlar. Si aquella llegaba a hacer correctamente un procedimiento en algún humano, jamás lograría casarse.

Alethea se sentía exhausta, ya no estaba asustada, sino enfadada por culpa de su cuñado.

—¿Cómo se encuentra, milady? —preguntó Sarah que le llevó la cena a Alethea.

—Tan bien como alguien a quien se le abrió un pie por culpa de su cuñado y sus locuras.

—Milord dijo que usted golpeó a los niños.

—Les di unas nalgadas para que no olvidaran quién es el adulto responsable. Esta vez fui yo quien se accidentó, pero ¿y si hubiesen sido ellos por estar ahí sin respetar mis prohibiciones?

—Su cuñado la culparía por tener objetos peligrosos en su salón.

—Sí, debe estar diciendo más cosas sobre mí. No quería ser su enemiga, más bien una hermana, pero siempre me ha visto como una carga difícil de llevar. Quizá si me hubiese prestado atención no sería tan ruin y maliciosa.

—No creo que usted sea eso, milady. La veo como alguien que carece de algo que las demás ya tienen, pues antes, cuando no estaban casadas casi todas eran iguales, menos su hermana mayor. Ella ni siquiera parece de esta familia, es un ángel.

—Tanto es así que se ha casado con un verdadero demonio.

Sarah la ayudó a comer mientras despotricaba contra Daniel. En verdad nunca había pensado que él pasaría todas sus defensas y aparecería frente a ella como si se tratara de un fantasma. Esto último la había sorprendido, no lo imaginaba haciendo una tontería así. Siempre era metódico, lo que hizo en esta ocasión le pareció algo que solo los niños harían.

Mientras se acostaba con cierta somnolencia y molestia en el pie afectado, cerró los ojos y sus recuerdos de la fiesta de compromiso de su hermana eran vívidos en su mente. Lo que vio esa noche le resultaba tan encantador como ajeno. En aquel instante aún creía en las ilusiones y fue alentada por su conocimiento del duque de Belrose, ese hombre al que por algún motivo no podía sacar de su cabeza. Él era enigmático, pero no tanto para parecer una figura esquiva e inalcanzable. Se preguntaba si podría alcanzar algo parecido a lo que sus hermanas habían logrado o se conformaría con lo que le diera libertad. No sabía qué podía ser lo mejor para ella. Como siempre pensaba que un caballero de la edad de Belrose no esperaría por una niña a la que todavía le faltaba madurar, por ese lado no estaba ilusionada, su corazón estaba frío, solo tenía expectativas para encontrar algo cómodo y pacífico que le permitiese hacer lo que más le gustaba.

Al cabo de unos minutos se quedó dormida por todo el cansancio del día. No sabía lo mal que le había hecho el susto que le dio Daniel.

Días después…

La caravana que iba rumbo a Londres estaba lista. No había nada mejor que viajar de esa manera para que las cosas fuesen más llevaderas y divertidas. Durante el trayecto tenían pensado cambiar de carruajes para que los niños viajasen juntos al igual que las damas y los caballeros.

Alethea no dejaba de mirar a través de la ventana, mientras su madre y dos de sus hermanas conversaban como si no tuviesen

nada mejor que hacer. Al menos el dolor de su pie era sordo y ya no era tortuoso. Lo malo era tener que usar zapatos para cualquier cosa, sentía molestias al moverse. En un momento de amabilidad sus cuñados se turnaban para ayudarla a subir y bajar las escaleras, no querían que nada malo volviese a ocurrirle.

—¿Qué tienes pensado hacer en Londres, Alethea? —preguntó Mildred, sonriente—. Eres la última y significa que este viaje dramático de encontrar esposo se acabará.

—Lo primero y más importante es volver a caminar después de lo que tu esposo, en un ataque de estupidez y niñería, me hizo. No puedo usar un zapato para bailar. Tampoco es que sea la mejor en eso, no tengo otras habilidades.

—¿Imaginan a Alethea diciéndole a un conde si no está interesado en abrir la panza de su gato? —curioseó la condesa viuda haciendo que Hannah se desternillara de la risa, mientras que Mildred trataba de no hacerlo, pero la diversión la había vencido.

En ese momento Alethea se había dado cuenta de que estaba sola con sus preferencias poco ortodoxas. Las ignoró durante el resto del camino. El más amable de todos era Edwin que, pese a todo, era el que hacía chistes sobre ella que le hacían reír porque sabía cómo hacerlos, no como el resto que lo hacía con más malicia de la necesaria.

Al cabo de un par de días llegaron hasta la residencia. Una vez dentro, Alethea se sentía como el principio del fin como la menor olvidada de la familia, pronto se convertiría en la esposa olvidada de alguien. Era un consuelo de tontos, pero eso le permitiría vivir sin burlas de nadie. Siempre y cuando su esposo no fuese alguien malvado, estaba segura de que la dejaría hacer lo que deseaba. Era cuestión de ser sinceros con lo que uno esperaba del otro. Sabía que al decir que le gustaba disecar animales no sería algo bueno para los demás, aunque, de manera inesperada, el doctor que la había atendido, le dijo que, aunque era algo poco convencional en las

mujeres, eso demostraba su interés y, sobre todo, una gran inteligencia y perseverancia.

Sí, ella era perseverante en todo lo que le importaba.

—Todos deben acomodarse en sus lugares, familia. Yo comenzaré a comunicar que tenemos a una nueva Hess en el mercado matrimonial —comentó Daniel que fue a su despacho seguido por Edwin que ya había encendido un cigarro. Era evidente que ese lugar se llenaría de tanto humo que el barrio entero quedaría cubierto por una densa niebla causada por los vicios y malos hábitos de lord Cholmondeley y su séquito de gente adinerada.

Alethea suponía que eso serviría de señuelo para comenzar a conocer a los caballeros. Por un lado, sabía que no tendría que mover un músculo, pues el esfuerzo ya lo habían hecho sus antecesoras y, la mayoría de los caballeros, al saber que una mujer con su apellido estaba soltera, luchaban por pertenecer a la familia, pero no porque ellas importaran, sino por las conexiones políticas y económicas que podrían conseguir con los otros hombres que habían contraído matrimonio con ellas.

Ventaja o no, Alethea debía conseguir al que le daría lo que estaba esperando.

En su habitación y con Sarah guardando sus ropas en los armarios, Alethea miraba su pie con absoluta disconformidad.

—¿Qué haré siendo una lisiada, Sarah? No me podrán conocer —alegó Alethea.

—Tampoco la veo muy contenta por estar cerca de casarse, milady.

—Por supuesto que estoy feliz, pero a mi manera. No soy una persona que da sonrisas a mansalva. Me gusta la tranquilidad, no espero nada que no pueda obtener. Solo quiero saber si lo que hará

Daniel atraerá a los candidatos correctos, de esos que me dejarán hacer y deshacer a mi antojo, algo así como Robert. No es mucho pedir, adinerado, inteligente, conveniente, amable, discreto y que sabe consentir a su esposa en lo que desea.

—Lamento decirle que su hermana aún no se morirá para tener a su cuñado. ¿No ha pensado en el amigo de milord?

—¿Lord Stanley?

—Sí, ese mismo. Es simpático.

Una mueca de duda cruzó el rostro de la joven.

—No había considerado esa opción. Está enloquecido con que quiere formar parte de esa familia. Ahora puedo verlo con otros ojos. Dile a Daniel que estoy considerando a lord Stanley como futuro esposo. Si eso no lo hace vulnerable y lo convierte en un demente, nada más en la faz de la tierra podría lograrlo. Quiero verlo desesperarse un poco. Sé que eres comunicativa, Sarah, así que, puedes decirle lo que escuchaste, menos que quiero que él sufra pensando en que tendrá a lord Stanley colgado de su bota en poco tiempo.

—A eso le llamo ser vengativa. Milord aprecia mucho a su amigo, pero es evidente que tiene un límite con él, uno que no está dispuesto a pasar por su propia salud.

Cuando Sarah acabó de acomodar las ropas y accesorios de la joven, fue al despacho, y como era de esperarse, al abrir la puerta, el humo parecía golpearla. Ahí no solo estaba el conde de Cholmondeley, sino también dos cuñados más. El lugar apestaba a quemado y a alcohol. Le sorprendía que no estuviesen quemándose ahí dentro.

—¿Qué quieres, Sarah? —cuestionó Daniel sacando anillos de humo de su boca.

—Escuché decir a lady Alethea que está considerando a lord Stanley como un candidato a esposo.

A Daniel se le cayó el cigarro sobre los papeles en el escritorio y estos rápidamente comenzaron a arder. Edwin y Robert intentaban sofocar el fuego golpeando la llama, mientras que el amigo de ambos miraba a la doncella como si hubiese perdido el juicio.

Capítulo 5

—Hay que abrir las ventanas —dijo Robert, mientras que Edwin miraba a Daniel después de apagar las llamas. Lo notaba como si se sofocara por lo rojo que se había puesto, comenzó a soplarlo, pero aquel se golpeó la mano para que se detuviese.

—¿Derek? No, no, no. Esto es una pesadilla, una vendetta personal de Alethea. No puede estar hablando en serio. Debería ser como todas sus hermanas que lo rechazaron abiertamente. Necesito whisky —mandó con su mano extendida hacia la bebida.

Sarah no dudó en obedecer y lo miró con verdadera preocupación.

—¿Estás segura de haber oído esto, Sarah? —cuestionó Robert.

—Tengo los oídos limpios, su señoría. Es lo que ella dijo.

—A mí me parece muy simpático y siempre ha intentado formar parte de esta familia. ¿Por qué no aprovechar para tener a un buen amigo aquí? —preguntó Edwin que no encontraba inconveniente en que su cuñada pensara en Derek como alguien interesante.

—No pensé que ella haría esto tan fácil. Creí que Alethea, siendo como es, lucharía mucho más por encontrar algo que pudiese considerar mejor —admitió Daniel dándole un sorbo a su bebida.

—Todos sabemos que lo único que le importa es que alguno de nosotros muera o pierda una extremidad con la que pueda experimentar. ¿Alguien cree que en verdad le importa un esposo? Considero que, si se llegara a casar, nuestro concuñado sería como un experimento viviente y puede que ella diseque su mástil… Oh, terrible, terrible, ni siquiera quiero continuar imaginando algo semejante —declaró Edwin, al que la piel se le había puesto de gallina al solo considerar la última idea.

—Deberíamos considerar quién podría ser la víctima real de este matrimonio. En realidad, lord Stanley es agradable, simpático e inteligente. Confiemos en que esa inteligencia sirva para mantenerse con vida —musitó Robert.

—Dile a Alethea que venga. Quiero escucharlo de sus labios —ordenó Daniel a la doncella para que esta fuese a cumplir su pedido.

Él se levantó de su silla y fue hacia la ventana. Él humo del fuego que se extinguió y de los cigarros que aún estaban encendidos salía por ahí.

Cuando Alethea entró al lugar vio una densa nube de humo en la parte alta del techo del despacho de su cuñado y sonrió.

—Parece que han hecho una fogata aquí. El cigarro es un vicio un poco asfixiante, queridos cuñados —alegó con un poco de burla en sus palabras—. ¿Lo has hecho con parte de la madera de tu escritorio, Daniel?

—Sí, con parte del escritorio que perteneció a tu padre. ¿Es cierto lo que nos dijo Sarah sobre Derek?

—Sabía que nuestra doncella era comunicativa, pero no pensé que fuese tan eficiente. Ella ha dicho lo correcto. Durante años él ha querido casarse con alguna de nosotras y, ante mi poca efusividad de tener a alguien con tanta negatividad como ustedes en mi vida… Consideré que él podría ser alguien abierto que aceptaría mis ideas controversiales y no se opondría a mi independencia.

—En otras palabras, crees que es un tonto completo —afirmó Daniel—. Pues no, Derek no será tu víctima. Busca a otro que de verdad te eduque, no queremos un cómplice de tus costumbres hediondas.

—Se sentirá decepcionado al saber que en este caso tú no querías que me casara con él. —Ella se encogió de hombros y se fue tal como llegó: rengueando.

Edwin y Robert se miraron sin querer añadir más leña al fuego, al menos la situación estaba controlada y Daniel logró hacer a un lado la preocupación de que Derek fuese su próximo concuñado.

Daniel nunca había creído que su broma sobre que Derek podría convertirse en realidad. Consideraba a su amigo como «demasiado descarriado» para involucrarlo con una de sus cuñadas, para él solo era un chasco divertido, pero cuando parecía que las cosas iban a cambiar sintió un poco de temor.

La doncella seguía a Alethea riendo por lo bajo.

—Hubiese visto cómo ellos intentaban apagar el fuego sobre los papeles de lord Cholmondeley, milady. Fue muy gracioso. Y su rostro, fue de alguien que acababa de ver a un fantasma. Debió decirle usted misma para que guardara todo esto en su cabeza.

—Me conformaré con tu relato, Sarah —replicó Alethea con una sonrisa de oreja a oreja. Su cuñado merecía un pequeño momento incómodo en su vida perfecta llena de sarcasmos.

Cuando estaba intentando subir las escaleras, Owen y Hannah entraron por la puerta.

—Llegas tarde para ver lo que han hecho los otros —comentó Alethea en tono burlón—. Si quieres saber de qué hablo llévame a la habitación.

—¿Ni siquiera nos saludarás? ¿Cómo piensas conseguir un esposo? —increpó Hannah, molesta.

—No esperes mucho si ya me conoces, querida Hannah. Vamos, Owen, se me cansa el pie y estoy segura de que deseas saber las buenas nuevas.

Owen miró a su esposa y levantó una ceja para pedirle permiso. Hannah asintió.

—Me libré de una víbora solo para terminar en el nido de otra. La vida es injusta con quien no lo merece.

—No te quejes, sin nosotros estarías muerto y quizá una parte de ti estuviese disecada por mí. Soy peor que un buitre cuando algo me interesa.

Su cuñado la cogió en brazos para llevarla a su habitación. Había recuperado su estado físico en todos esos años en los que había logrado liberarse de la familia que había querido matarlo.

Durante el trayecto a la alcoba, ella contaba lo que había pretendido y Sarah la secuencia de los hechos ocurridos después de que se desatara la pequeña venganza. Owen no había dejado de reír con lo que aquellas decían. Sabía que Daniel era un tanto extremista con algunas reacciones a cosas que no apoyaba.

Al despedirse de Owen, Alethea fijó sus ojos en la ventana que daba hacia la calle. Las personas pasaban frente a la casa caminando en compañía de sus parejas, familias o sirvientes. Era un desfile que le recordaba que su vida tal como la conocía estaba a punto de cambiar.

Pasaron un par de días más y el pie de Alethea ya estaba listo para cubrirse con un zapato. De hecho, si no estaba del todo curado también tendría que hacer malabares para poder ir, pues las cartas que había enviado Daniel a las personas correctas en Londres habían dado sus frutos. Tenían una montaña de invitaciones a las cuales asistir.

En esos días, su madre le ponía los zapatos nuevos turnando los pares para que ninguno le dañara los pies en los bailes, puesto que había tenido la experiencia de sus otras hijas y la mayoría había sufrido en esa extremidad, al parecer tenían una maldición en las piernas.

El señor Kepler solía ayudarla a seguir practicando los bailes. Durante muchos años soportó educar a niñas, recientemente había sido «ascendido» a preceptor de los hijos de Mildred y Daniel, ese era su sueño, volver a los varones. La institutriz y él por fin comenzaban a tener la vida que merecían. La señorita Carlington era la educadora de la única niña de la familia y para ella era un orgullo tener a la joya de todos como su pupila. Las cosas habían cambiado en todos esos años, no se sentía como siempre. A medida que todas se casaban, comenzaba a sentirse más sola porque todos la ignoraban. La soledad no era la mejor consejera, era la que la había llevado a los libros más difíciles de la biblioteca de Autum Hall. Las ausencias pesaban y no sabía llevarlas de otra manera más que haciendo algo. En este tiempo en que había llegado su turno de debutar, se sentía extraña, ya que sabía que se acercaban más cambios que para ella serían difíciles de digerir.

—Me alegra que tu pie esté mejorando —dijo Penélope sentándose junto a Alethea mientras descansaba de sus prácticas.

—¿Crees que conseguiré un esposo?

—Si las demás pudimos hacerlo, dudo mucho que no puedas, eres la más inteligente. Quizá no seas tan talentosa en las cosas que la mayoría cree relevante.

—¿Ha resultado que supieses pintar o fue una ventaja ser la favorita de Daniel?

—Eso suena ofensivo, pero sin duda mis habilidades no han sido las que me llevaron a tener un esposo, fue la locura…

—Entonces no debo enfadarme porque nunca me quisieron, eso no condicionará mi éxito según lo que has dicho.

—Te queremos y lo sabes. No todos lo demostramos de la misma manera. No deberías juzgarnos a la ligera.

—Lo dice la consentida y que tiene a la única niña de este lugar.

—No soy la culpable, no tengo nada que ver en este asunto. Puedes llamarlo bendición, suerte o tal vez calvario. Daniel quiere robarme a mi hija y no sé la razón por la que no tiene una propia.

—Tiene miedo de que le salgan más varones y terminen sacándose los ojos por envidia. Es lo que ha dicho en la cena varias veces después de un par de copas adicionales. Prefiere a sus sobrinos, así no corre riesgos. Supongo que es algo inteligente embarazar a cualquier otra mujer que a tu propia esposa para obtener lo esperado. No lo culpo, es frío cuando piensa las cosas.

***

En casa de la familia Williams, lady Adeleine Richmond, ahijada de la duquesa viuda, por fin había regresado a Londres después de acabar su educación en la escuela de señoritas.

—¡Madrina querida! —exclamó la joven que bajó del carruaje y fue a abrazarla.

—Oh, Adeleine. Estás tan hermosa, querida. Has crecido tanto desde la última vez que te vi.

—Estoy tan feliz por regresar y ver lo que me espera en esta ciudad. —Adeleine fijó sus ojos en los dos caballeros frente a ella: Richard y Adrian. Sonrió para ambos, pero fijó su mirada en el menor de los hermanos. Hizo una reverencia antes de saludarlos—. Su excelencia, milord… Es agradable volver a verlos.

—Adeleine —pronunció Richard que luego apretó los labios para permanecer callado.

—Milady —musitó Adrian que trataba de comportarse lo más amable posible, pues había sido chantajeado por su madre para estar ahí y recibir a esa mujer. Él prefería estar en su negocio, alejado de su familia para no causarles conflicto en la reputación.

—Me alegro tanto de que estén aquí, me hacen sentir querida.

—No te ilusiones demasiado. Ninguno de nosotros se casará contigo —declaró Adrian sin tapujos.

—¡Adrian! —vociferó su madre que lo golpeó en el brazo por lo que había dicho.

—Déjelo, madrina. Creí que a estas alturas estaría interesado en mí, pero supongo que hay muchos caballeros a los cuales puedo escoger —manifestó tratando de parecer inocente.

—Por supuesto, mi niña, tendrás todas las oportunidades. Con la dote que ha dejado tu familia conseguirás a alguien importante. Ven, te presentaré a tu doncella —declaró la duquesa viuda que acompañó a la joven dentro de la casa, mientras que los dos caballeros se quedaron afuera.

—Sigue tan interesada en ti como cuando era pequeña —dijo Richard.

—Pues que eso se le vaya quitando de la mente. No me quiero casar con ella ni con ninguna otra en este momento, soy joven y libre. Y tú, Richard, ¿ya has conseguido a alguien?

—El debut oficial es en un par de días, espero que tengamos algo interesante en ese tiempo.

—Su excelencia. —Raymond se acercó con un sobre en la mano y se lo extendió a Richard.

—¿Qué es esto? —curioseó.

—Mire el sello, excelencia.

Cuando Richard entendió lo que el sirviente quería decir, leyó la inscripción y supo que eran excelentes noticias y lo confirmaría abriendo aquel papel.

Adrian intentaba escudriñar en lo que su hermano tenía entre las manos y al ver su sonrisa, las cosas se habían puesto más sospechosas.

—¿Qué es? —preguntó Adrian que estaba a punto de arrebatarle la correspondencia.

—Lord Cholmondeley presentará a su última cuñada —respondió el duque con una sonrisa que partía su cara en dos.

—¿Quieres emparentarte con la familia de mi amigo lord Stern? Eso es arriesgado, esas damas son como demonios que te absorben los pensamientos.

—No te preocupes por mí, he conocido a lady Alethea Hess, y ciertamente, coincido con lo que has dicho sobre ella.

Capítulo 6

—¿De dónde la conoces?

—Es una historia un poco larga —esquivó el duque.

—No es tan larga para mí. Quiero oírla.

—Te haré un resumen. La conocí en la fiesta de compromiso de lord Stern con la hermana de ella. La joven estaba en el jardín, me vio y cruzamos un par de palabras.

—¿Son suficientes para perder la cabeza?

—Suficiente para saber quién será mi esposa.

—Te llevarás al demonio mismo. Te lo advierto. Mi amigo habla poco menos que pestes sobre esa jovencita. Dice que tiene hábitos extraños y que lo suyo es el mundo del esoterismo.

—¿Esoterismo? ¿Bebes desde tan temprano? No trates de adelantar mi ida al infierno asustándome, no creeré eso de ella y tampoco si lo practicara me asustaría.

—Has caído en el influjo de esa mujer, Richard. Lo lamento por ti. Te hará llorar, ¿lo sabes?

—No, no lo hará. Confío en su cordura y serenidad para no darme razones para sufrir y yo tampoco se las daré, salvo que un día parta de este mundo sin despedirme.

—Basta con ese asunto. No me asustes, Richard. Deja las sandeces de lado. Te veo saludable y tranquilo.

—Por supuesto. Tú sabes lo que es montar a caballo, boxear y tener emociones fuertes. Tu vida es envidiable…

—Mi vida no es tan envidiable como crees, hay soledad y sacrificio tras ella.

—Me quedo con la parte que parece satisfactoria. Tener a muchas mujeres en tu cama debe ser como tocar el cielo. Yo no he visto ninguna desde mis mejores años en que me sacaron casi muerto del burdel.

Los hermanos rieron ante aquel grave recuerdo de casi quince años atrás. Era evidente que se reían en el presente, pero en aquel pasado fue algo que casi marca a la familia. Su madre no había dejado de pensar que perdería a su primogénito y desde aquel entonces ni las actividades más sencillas estaban permitidas para alguien con su salud tan delicada.

—Tampoco pienses que cambio de mujer como de zapatos. No es algo tan gratificante como crees.

—Tal vez, pero si me muero antes de concretar una familia, quiero que me prometas que cuidarás todo lo que he amado en esta vida y rechazarás de igual manera lo que he despreciado.

—No te prometeré nada. Si quieres que venga más seguido solo dímelo, y si quieres visitarme, sabes que tienes las puertas abiertas en mi club para que tu buen nombre tenga el efecto deseado entre las damas. Ya conoces a las mujeres, solo quieren a los que tienen una mala reputación. Te daría una ventaja grandiosa con mi pésimo nombre si te ven ahí.

—Qué ofrecimiento tan tentador, prometo tenerlo en cuenta, pero aún sigo esperando tu promesa.

—Te lo prometo solo por tu paz. Es un placebo para ti, sabes que no te curará, pero si te sirve para sentirte mejor, adelante.

Dentro de la casa, la duquesa viuda le mostraba a la joven cuál sería su nueva habitación en la residencia, además de presentarle a

la doncella que la acompañaría hasta el día que se casara y podría llevarla consigo en caso de que la atendiera bien.

—Adrian cada vez está más desorientado. He hablado con él para que se case y le dé su hijo a Richard para que él pudiese tener un heredero. Dudo mucho que mi amado primogénito pueda soportar un matrimonio. Su salud es tan frágil que temo por su vida cada día. Ha heredado la enfermedad de la familia de mi fallecido esposo, la mayor parte de sus hermanos murieron siendo jóvenes y solo Richard ha superado los quince años gracias a todos nuestros cuidados.

—Lamento tanto que el duque siga estando de esa manera. Usted sabe que puedo ser la esposa de milord si lo aprueba y podría cumplir con sus expectativas, madrina.

—Qué amable eres, querida, pero no puedo obligar a un hombre de treinta años a casarse si no tengo una urgencia en particular. Solo si Richard no está, Adrian estaría obligado a cumplir con mis designios porque todo recaería sobre sus hombros.

La mente de Adeleine trabajaba a toda prisa pensando en una forma de lograr ganarse el favor de uno de los hermanos, pese a que desde un principio su objetivo había sido Adrian porque le resultaba más dinámico, mientras que el duque, por más que tuviese más poder era un caballero que solo le daría penurias por su mala salud. Sin embargo, eso podría jugar a su favor si quisiera ser alguien respetable como su madrina. Ser la próxima duquesa sonaba mucho mejor que ser la esposa del segundo hijo, podría tener más si no se conformaba con pensar en ese hombre que la rechazaba, no obstante, ese era al que su alma deseaba con fervor.

—No importa, madrina. Sabe que puede contar conmigo para lo que necesite. Aquí estaré siempre para usted.

La duquesa viuda cogió las manos de Adeleine con cariño, aquella era como la hija que siempre había deseado para completar

la familia, pero como solo la vida le correspondió su esmero con dos varones, tuvo que resignarse a no tener a ninguna otra. La vida era cruel cuando los hijos eran enfermizos, por lo que optó por no arriesgarse a que otro tuviese el mismo problema que Richard. Solo Adrian había demostrado que no estaba enfermo y que podría sobrevivir a mucho más que el otro sin demasiados cuidados. Su corazón era tan fuerte que le daba tregua a su alma saber que no había hecho todo mal al parirlos.

Después de acomodar a Adeleine en su habitación, la duquesa viuda regresó junto a sus hijos.

—Eres alguien con modales tan escasos, hijo —reprendió la mujer a su hijo Adrian.

—Madre, no quiero que piense que porque está aquí tiene algún tipo de poder sobre usted para controlarme. Sé lo que piensa esa arpía.

—Te prohíbo que hables así de ella. No quiero seguir discutiendo esto. Richard, pediré vestidos nuevos y joyas para Adeleine a tu nombre.

—Hágalo, madre. Si queremos que se vaya pronto de la casa, es mejor que le demos todo lo que necesite —habló Richard con una sonrisa complaciente.

***

En los días que siguieron, Richard estaba listo para ver de nuevo a Alethea. No sabía qué esperar, ¿sería posible que ella recordara la promesa que le había hecho años atrás? Al menos él sabía con certeza que estaba soltera, pero la joven no sabía si seguía soltero.

Esperaba que esa noche pudiesen coincidir en la fiesta de debutantes que se celebraba por una de las familias más importantes de la ciudad. Era el momento cumbre para encontrar a la pareja indicada, al menos era lo que siempre oía.

Se echó una última mirada en el espejo y suspiró.

—Espero que tenga mucha suerte, excelencia, y que logre encontrar a esa dama —musitó su sirviente que le arregló la parte de atrás de su vestuario.

—Si no se encuentra en esa fiesta, será difícil que la encuentre en otro lugar. No me quedará más remedio que ir a la casa de lord Cholmondeley.

—Usted sí que sabe cómo aferrarse a las cosas.

—Es la única oportunidad que tengo de vivir con alguien que ha llamado mi atención, solo espero ser el escogido por ella. No sé si le pareceré demasiado mayor para sus ensoñaciones.

—¿Qué importa la edad si usted es un duque? Sería absurdo que lo rechazara. Además, deberíamos conversar sobre su atractivo. Esa cabellera encrespada y marrón en concordancia con sus ojos grises lo hacen ver inalcanzable. En usted solo se puede notar la juventud.

—La misma juventud de una persona de sesenta años, pero me conformo con tus palabras tan galantes, querido Raymond.

—Siempre estoy para servirle.

Salió de la residencia en compañía de su madre y de Adeleine. La duquesa viuda quería, a toda costa, que él acompañara a esa joven hasta el debut y él la presentara, pero se negó a esto último. No le agradaba esa mujer y ni siquiera estando moribundo cambiaría de opinión hacia ella.

—No puedo creer que llegara este día. Mi ventaja es que estoy en compañía de uno de los caballeros más importantes de la región —declaró Adeleine que se pegó más a Richard.

—Es cierto. Mi querido hijo dejará de estar tan solo en las fiestas.

—No quiero que Adeleine espante a ninguna mujer que yo desee, madre, si lo hace, la echaré sin miramientos.

—Eres demasiado extremista, cariño. Adeleine utilizará tu buen nombre para poder conseguir a otro caballero, ella sabe con exactitud lo que hará, ¿no es así, mi niña?

—Sí, madrina, por supuesto que sí.

Adeleine comenzaba a mirar a Richard como si fuese su enemigo. No era capaz de colaborar con ella de ninguna manera para tener un buen matrimonio. Las puertas a la familia Williams parecían estar negadas para ella, pero no dejaría de insistir, alguno de ellos debía caer en sus influjos.

En el debut, Alethea llegó no solo con Daniel, Mildred, su madre y el señor Sinclair, sino también con el séquito de sus cuñados y hermanas. Todos querían ver cómo se desenvolvía y, según ellos, cómo los espantaba.

Llevaba puesto un vestido marfil y un par de joyas elegantes y sencillas. Quería que su belleza natural resaltara. Sus cabellos tenían flores incrustadas junto a su listón. Era la imagen de la pureza retratada.

—Oye… —pronunció Daniel deteniendo a Alethea antes de entrar.

—¿Qué ocurre? No traje ninguna rana escondida en el ridículo. No hagas un drama.

—No es eso, ¿de dónde sacaste ese prendedor? Es demasiado valioso y muy masculino.

—¿Me creerás si te digo que lo encontré?

—No.

—Entonces no tengo razones para decírtelo si no me crees. Lo encontré en una alfombra de tu casa en Londres hace tres años después de la fiesta de compromiso de Hannah y Owen.

Daniel achicó los ojos y miró con desconfianza a su cuñada, pero lo que había dicho tenía cierto sentido, por lo que dejaría pasar el asunto.

—Por esta vez… tu mentira fue convincente.

—Gracias, me he vuelto más inteligente con los años…

Lord Cholmondeley le indicó que tomara su brazo para ser anunciados en la entrada. Cuando se comunicó el nombre de Alethea, la gente no había dejado de mirarla. Los cuchicheos sobre el parecido sorprendente entre todas las hermanas que habían debutado y esta última, eran el principal tema.

Tan solo al entrar, la anfitriona colocó frente a ella a un hombre de al menos treinta años y se lo ofreció como si estuviera comprando verduras en el mercado. Sin darse cuenta, Alethea estaba teniendo un indiscutible dolor de boca por sonreír. Estaba segura de que para cuando la noche acabara, ella no sentiría su cara.

Las cosas fluían sin esfuerzo y los caballeros se acercaban no solo a ella, sino también a sus cuñados. Comenzaba a sentir que el interés real, eran ellos y no la debutante.

Su mundo de soledad se estaba viendo agobiado por muchas personas que le hablaban de varias cosas a la vez, mientras ella asentía y firmaba su carnet. Estaba totalmente quieta y no podía pensar con claridad. La situación le sobrepasaba, cuando sentía que en cualquier momento se iría corriendo a buscar a sus muertos, vio a alguien, el duque de Belrose, el hombre de la promesa. Sin dudar un minuto se llevó la mano al prendedor que él le había dado, se

emocionó en un instante, pero enseguida se desilusionó al ver que aquel estaba junto a una dama tan joven como la misma Alethea. Ella tenía el cabello oscuro y los ojos marrones, su nariz era recta y sus labios finos. No era fea, pero estaba segura de que en eso le ganaba a aquella.

Una parte de ella le decía que se fuera y que ignorara todo, pero cuando sus ojos se cruzaron con los suyos, las cosas cambiaron. Lo vio caminar con determinación hacia su persona. Tragó saliva y esperó lo inminente: que le dijera que estaba casado y que desistiera de cualquier promesa con él.

El duque de Belrose sintió que toda su vida pendía de un hilo al momento en que distinguió a lady Alethea Hess. Tenía el mismo rostro de años atrás, pero el porte era otro. Hermosa, segura y serena, tan delicada como la rosa más blanca de un jardín.

Capítulo 7

—Lady Alethea Hess, es mucho más hermosa de lo que me parecía. Mis recuerdos no le hacen justicia a su belleza. —Richard extendió su mano para que Alethea se la diera. La vio titubear antes de que se la entregara. Mientras dejaba un beso al dorso, notó su prendedor. Ella no lo había olvidado.

Alethea se sonrojó y miró a su alrededor porque sabía que Daniel estaba mirando, al igual que las acompañantes del duque.

—Su excelencia… —Hizo una reverencia ensayada sin perder el equilibrio ni su objetivo de verse elegante como una garza. La señorita Carlington estaría orgullosa de esos modales tan practicados —. Veo que no ha venido solo…

Richard volteó la cabeza para ver a su madre y Adeleine. Era evidente que la joven pensaba que se había casado.

—Sigo soltero. Ella es mi madre y la otra joven es su ahijada. ¿Todavía tiene lugar en su carnet?

Aquella noticia de que seguía siendo libre hizo que todo en su cuerpo se tensara. Ella no había contado con eso. Lo había imaginado casado después de tres años.

—Es bueno saberlo. ¿Ya no se desvanece en los jardines? Cualquier dama puede encontrar a un duque tirado como si fuese una flor.

Él rio ante lo que había dicho. Insinuaba su fragilidad.

—Estaba un poco enfermo en aquel entonces, pero ahora estoy bien.

—Una enfermedad... Eso suena interesante, ¿cuál es?

Al oír lo que Alethea estaba preguntando, Daniel se puso alerta y los interrumpió. No quería que los hábitos insalubres de su cuñada afectaran a un candidato.

—Alethea, ¿todo está bien? —preguntó Daniel con un tono perspicaz que le indicaba que sabía lo que hacía.

—Ven a conocer al duque —pronunció la joven.

Los ojos de su cuñado se abrieron con sorpresa al oír que un duque estaba ahí, conversando con ella.

—Mi nombre es Richard Williams, y soy el duque de Belrose —se presentó.

—Un verdadero placer conocerlo. Espero que Alethea esté siendo agradable con usted.

—Absolutamente. Debo firmar su carnet para tener acceso a un pedacito de su valioso tiempo.

A lord Cholmondeley se le escapó una risita de satisfacción al oír las palabras zalameras de ese caballero. En verdad sabía en qué lugar sacarle lustre a su bota.

—Qué caballeroso al tener en cuenta las ocupaciones de mi queridísima cuñada.

Los ojos de Alethea comenzaron a rodar. Esperaba que el duque se diese cuenta de que su cuñado se estaba burlando de ella, porque ni le interesaba lo que hacía con su tiempo y mucho menos era su queridísima cuñada.

—Después del baile y si milady lo permite, quisiera conversar con usted a solas, milord.

—Por supuesto. Espero que Alethea sepa ser una compañera interesante... —dijo queriendo que ella entendiera que no debía

hablar de cosas como cortar o coser, si no se trataba de alguna tela.

—Por supuesto que lo será... Con permiso, regresaré cuando sea mi turno.

El duque hizo una inclinación de cabeza para lord Cholmondeley y una inclinación para Alethea, que ella correspondió con una reverencia.

Cuando ese hombre se alejó, los ojos llenos de suspicacia de Daniel recorrieron el rostro de Alethea. Algo había pasado al ver a ese caballero, se hablaban como si alguna vez se hubiesen visto.

—¿Lo conociste antes? —curioseó Daniel fingiendo desinterés en la respuesta al mirar a su alrededor.

—¿Por qué lo dices?

—Porque hablaron con tanta familiaridad...

—Ahora ya sabes de dónde salió el broche... Si me disculpas, tengo una pieza que cumplir.

—¿Qué? —cuestionó sorprendido, pero su cuñada se fue raudamente—. ¡Jovencita!

Mientras Daniel intentaba encontrar respuestas a las interrogantes de Alethea, Richard se acercó a su madre.

—¿Quién es esa jovencita? Fuiste con ella sin mirar a ninguna otra. No la conozco de otra velada —comentó la duquesa viuda.

—Es lady Alethea Hess. Es hermana de la esposa de lord Stern.

—¡Oh, sí! ¿De verdad? Esa sí es una familia de verdad, querido. Si te has fijado en ella tienes todo mi apoyo. Son personas encantadoras y lord Cholmondeley es una persona tan amable...

—Bailaré con ella, madre, y espero que no se oponga.

—¿Bailar? Tú no debes hacer eso, es demasiado esfuerzo para ti, ¿quieres caer en medio del salón y no volver a despertar?

—Su excelencia, sabemos que su salud no es la mejor... Debería... —intervino Adeleine.

—Debería meterse en asuntos que le incumban, Adeleine —alegó Richard—. Si quiero saltar desnudo del segundo piso también lo haré y nadie me detendrá. Madre, solo quiero hacer esto, sentirme normal.

—La normalidad para ti no es lo que requiere tu corazón, Richard...

—Eventualmente moriré. No se aferre a mí, no tenga sus esperanzas por mucho tiempo más. Necesito vivir para saber que mi vida no fue solo sufrimiento. Quiero hacer esto y es solo el principio.

En el fondo de su corazón, la duquesa viuda sabía que no podía aferrarse a su primogénito. Lo que él decía podía hacerse realidad en cualquier momento y eso era lo que temía. La zozobra era constante porque solo un verdadero caballero dejaría el mundo sin haber vivido cosas comunes.

Manteniéndose calmado, Richard esperaba que las piezas pasaran y rezaba para que Alethea no se fijara en los otros caballeros tan saludables y fuertes que a él le daban envidia, aunque una muy controlada. No era culpa de nadie que tuviese que vivir extremando cuidados, tanto, que un baile, montar o al menos correr una milla podría ser decisivo para continuar con vida.

Alethea bailaba e intentaba mantener conversaciones con los caballeros que intentaban cautivarla hablándole de negocios que crecerían gracias a sus cuñados, otros; un poco más audaces, primero la halagaban por su belleza, por su dote y por la familia política que la respaldaba. Ninguno de aquellos era apto ante sus ojos para casarse con ella, aunque en algo sí parecían atractivos: no

parecían desearla a ella en realidad y eso le daba esperanzas de que pudiese seguir abriendo estómagos, pero en otras propiedades y no en la de Autum Hall, porque siendo casada debería tener su propia casa.

La espera por acabar los bailes pendientes y llegar hasta poder bailar con el duque de Belrose se le hacía eterna. Lo miraba de reojo con su copa de whisky en la mano. Él tampoco la perdía de vista. Se comunicaban con el silencio, como si pudiesen conversar por medio de sus expresiones.

Se sentía cansada emocionalmente por intentar encajar. No sabía en qué condiciones llegaría para conversar con el duque. Sus pies eran los únicos que seguían firmes en sus zapatos después de que su madre aprendiera de los errores con las otras hermanas.

Al terminar el baile que le había tocado antes de Richard, ella fue a buscar una copa de vino, aunque no solo se tomó una, sino que bebió dos y lo hizo fijándose a su alrededor para mirar que nadie la observara. En dos tragos terminó con todo. Necesitaba un poco de paz después de tanta socialización. Ella era una persona solitaria que buscaba algo de soledad en ese momento para alcanzar la paz. Demasiada gente extraña a su alrededor lo único que hacía era darle cansancio. No se había dado cuenta de que hablar fuese tan fatigante.

Después de comer un poco de la mesa del tentempié, ella siguió lo que estaba establecido. Miró su carnet y supo que había llegado el turno del duque, el hombre que prometió verla después de tres años y lo estaba cumpliendo. Ni siquiera tuvo que buscarlo. Él ya se había acercado a Alethea.

—He contado los bailes hasta que llegó mi turno —dijo Richard con serenidad.

—Es un alivio que terminaran mis otros bailes. Solo quería llegar hasta usted para hablar.

—Buscamos lo mismo. Me he dado cuenta de que la eternidad tiene un límite: ocho bailes —comentó con ironía.

—Hemos llegado a la misma conclusión, su excelencia.

—Entonces, ¿me concede un poco más de su tiempo? Siento que tengo mucho que decir después de tres años y un solo encuentro entre nosotros.

Él le mostró su brazo para que lo tomara y Alethea aceptó con gusto. Fueron hacia el centro del salón de baile y se colocaron en posición, hicieron las reverencias correspondientes y comenzaron a danzar.

Richard sabía que sus pasos eran torpes, porque sus clases siempre habían sido de acuerdo a cómo se sentía para las actividades físicas y por más que él dijera que se sentía perfectamente bien, su familia se empeñaba en tratarlo como si no pudiese caminar por sí mismo. La normalidad era algo que anhelaba desde sus tiernos años.

—Disculpe si mis pasos son un poco erráticos. No he bailado desde que tengo unos doce o trece años.

—¿Desde hace tanto? ¿Por qué?

—Solo pensaban que estaba enfermo.

—Mmm... Ahora no está mi cuñado aquí para controlar lo que digo, pero me parece que usted sí está enfermo, porque yo lo encontré en el suelo, asfixiándose.

Aquel le entregó una media sonrisa.

—Tal vez ese día todo fue muy emocionante, había un envenenado en el salón de su casa.

—Sí, pero eso no impresionó a la mayoría de los invitados y a usted eso lo llevó al suelo.

—No puedo discutir con lo evidente.

—¿Y cuál es su enfermedad?

—El médico dijo que mi corazón era débil y que tendría suerte si llegaba a los veinte años si montaba a caballo y hacía otras actividades. Adivine la razón por la que llegué a los treinta.

Ella rio ante lo que él decía. Una risa inusual que venía desde su corazón y una diversión verdadera se apoderaron de ella.

—Creo que no lo dejaron divertirse con los ángeles.

Esta vez quien rio fue el duque. Athenea le entendía, por eso comenzó a usar el mismo humor que ella.

—Exactamente. Veo que no me ha olvidado —comentó mirando el broche que ella tenía en el pecho.

—En realidad, no creí que estuviese soltero.

—Solo existen dos opciones para mí: soltero o muerto.

—Agradezcamos su vida, aunque pensé que las opciones eran soltero o casado.

—Es lo mismo. Para muchos, estar casado es como estar muerto.

Se entendían a la perfección y congeniaban con la astucia del otro. Ninguno de sus candidatos anteriores hubiese comprendido una conversación tan hilarante que dejaba ver mucho más de lo que ambos creían. Daniel le hubiese dicho mil cosas si ella tan solo pronunciaba esas palabras que había dicho durante el baile, pero Richard le dio la seguridad que necesitaba para decir algo semejante. Con él podría hablar de lo que deseaba.

—Usted quería hablar con mi cuñado, ¿sobre qué?

—Sobre un posible matrimonio si le interesa. Sabrá comprender que este casamiento podría tener muchos riesgos, por ejemplo, el peor de todos, enviudar pronto.

—Pensé que el peor de todos era que usted ame más a mi cuñado que a mí. Ese es mi mayor temor. Con certeza le digo que lo prefiero con los ángeles que de cacería con él. Mis otros cuñados se van por días y vuelven como si fueran muertos vivientes.

Una carcajada ligera escapó de los labios del duque. No esperaba tanta gracia alrededor de una muerte anunciada. Ella parecía sentirse cómoda sabiendo que todo podría fracasar.

—Qué concepto tan interesante sobre la cacería masculina. A eso sí puedo ir si me llevan en carruaje.

Era un ida y vuelta de cierto sarcasmo divertido. Dentro de lo que decían esas verdades incómodas se asomaban y ellos las maquillaban con gracia y ninguna sutileza.

—¿Está seguro de que soy la persona que quiere? Tengo un par de secretos... —insinuó Alethea para ver su reacción.

—¿Tiene otro pretendiente que le agrade más que yo? Tal vez estoy suponiendo erróneamente que le agrado.

—No, he pensado en un matrimonio por conveniencia porque tengo un hábito insólito: me gusta disecar animales y hago un par de experimentos, al menos hasta donde me deja mi cuñado. No es algo compatible con lo que se espera de una dama. Estaba pensando ofrecer en un matrimonio dar un heredero a cambio de que me dejen continuar con mi mundo de muertos.

—Eso explica la razón por la que se familiariza con mis temores. Conmigo tendrá eso y mucho más. Ahora estoy más seguro de lo que deseo. La quiero a usted y su sabiduría de la muerte.

Capítulo 8

Alethea estaba entusiasmada, podría casarse con el hombre que tenía enfrente, alguien que le ofrecía lo que buscaba. Por supuesto, el duque de Belrose era la persona ideal para acompañarla en su camino de conocimiento. Le mostraría muchas cosas interesantes y lo ayudaría a superar sus complicaciones. Comenzaba a querer ayudarlo a sentirse pleno.

Cuando acabaron el baile, ellos aplaudieron como el resto. Alethea miró a Richard por si él se sentía mal. No lo vio rogando por aire o con cansancio.

—¿Se encuentra bien, excelencia? —preguntó acercándose para tomar el brazo de él sin que se lo ofreciera.

—Sí, no puedo estar más feliz de haber bailado. Me siento revitalizado. Ahora me espera una conversación con lord Cholmondeley.

—Cuídese, si no lo ha matado el baile, una conversación con mi cuñado puede llegar a ser la perdición de cualquiera.

—Agradezco la advertencia.

Caminaron hacia la familia de Alethea. Sin desearlo, ellos eran la pareja que más había llamado la atención por cómo bailaban y conversaban mientras lo hacían. Tenían una conexión única, que no habían demostrado antes con otras personas.

Daniel los miraba acercarse y en aquel hombre notaba algo que ya había visto tres veces antes: determinación. Lo que significaba que había perdido a otra cuñada más. Lo malo eran los antecedentes del duque, eran tan planos y limpios como los de lord Merton, esos dos eran como santos.

—Milady es una bailarina excepcional, lord Cholmondeley. Ha sido bien educada —comentó el duque en tono condescendiente.

—Me alegra que tenga una buena impresión de ella…

—Lord Cholmondeley, me gustaría que me concediera unos minutos de su tiempo para conversar de un asunto importante.

—Por supuesto. Alethea, quedas a cargo de Robert mientras converso con su excelencia.

Ella asintió y los dos caballeros fueron hacia donde se encontraba la anfitriona. Alethea no dejaba de sonreír, nadie en su familia la había visto tan feliz.

—Quiero preguntar la razón de tu sonrisa —indagó Frances cerca de su hermana menor.

—Estoy contenta, es todo…

—¿Tiene algo que ver con el hombre que está con Daniel? —preguntó Robert, curioso.

—Tal vez.

—¿De qué hablarán? —siguió Frances con su indagación.

—De matrimonio. Él y yo queremos casarnos…

Robert y Frances parecían haberse quedado sin lengua. No podían pronunciar palabra.

—¿Qué escuché? —interpeló Mildred que no podía creer lo que sus oídos captaron.

—Que el duque quiere comprometerse conmigo.

—¡Pero si solo han bailado! —exclamó Frances.

—No es del todo cierto. Debo admitir que no he seguido todas las indicaciones de la señorita Carlington al pie de la letra. El día del compromiso de Hannah y Owen, yo quería mirar porque no me dejaron asistir, así que recurrí a la técnica ancestral para llenarme de conocimiento: me escapé al jardín y comencé a mirar la fiesta desde las ventanas. Fue ahí donde conocí al duque y hablamos un poco. Él me dio este prendedor como una promesa de que me encontraría en mi debut. No pensé que cumpliera.

A Mildred se le enterneció el corazón pese a que su hermana no había seguido las normas básicas de comportamiento y seguridad con las que habían crecido.

—Entonces es cierto que le pedirá tu mano a Daniel… Oh, Alethea, me pone feliz saber que te casarás y sin tanto esfuerzo ni sufrimiento. —Mildred le cogió la mano a su hermana y le sonrió con cariño.

Por una vez en su vida se sentía orgullosa de algo y también optimista. Estaba logrando lo que ninguna de ellas creyó jamás.

El duque y lord Cholmondeley le pidieron a la anfitriona que le concedieran un lugar para conversar sin interrupciones. La dama les cedió la biblioteca de la residencia, los llevó hasta ahí y se retiró, aunque ella no lo hizo sin mirar con un poco de molestia a Richard, porque tenía un hijo que deseaba que se casara con la última hermana Hess, pues sabía que ya no habían nacido más mujeres en edad casadera.

—Dígame, su excelencia. ¿Esta conversación tiene que ver con el prendedor que lleva Alethea? —preguntó sin tapujos.

—Quizá tenga mucho que ver. Esa joya fue mía, pero se la obsequié como una promesa de verla cuando debutara. Tiene que saber que la conocí en el compromiso de su otra cuñada. Ella es curiosa y estaba en el jardín. Desde ese instante, se fijó en mi mente.

—¿Qué estaba haciendo ella en el jardín? Era una niña rebelde —se quejó Daniel que apretó sus labios.

—Simple curiosidad. Ella fue amable y me ayudó en medio de una crisis de salud. Debo decirle, lord Cholmondeley, que mi salud es débil. Puedo morir cualquier día, pero no quisiera hacerlo sin amar y casarme. Esperé tres años por esta mujer y no quiero esperar más. Le pido que me conceda su mano y pueda comenzar a conocerla. Si le interesa puede ser en su territorio y no en el mío…

Daniel no podía articular palabra. Estaba tan confundido que en lo único que pensaba era en los problemas que esta unión podría traer para Alethea.

—¿Dice que puede morir en cualquier momento? ¿Le parece prudente dejar viuda a una joven?

—No será mi intención. Si ella desea correr el riesgo conmigo, no veo el problema.

—Ella tiene ciertos hábitos…

—Me lo ha contado. Le gusta disecar animales y rellenarlos. Me resulta fascinante esa idea. Considero que trata a los muertos con absoluto respeto.

Para ese instante la mente de Daniel comenzaba a dar más vueltas de las necesarias.

—Debo conversar con ella para saber lo que piensa, su excelencia.

—Hágalo. Esperaré su respuesta mañana. No quiero presionarlo, pero el tiempo para mí es oro.

El conde de Cholmondeley asintió y se retiró, mientras que Richard se quedaba en aquel lugar para aflojar su pañuelo. No estaba acostumbrado a bailar ni hablar demasiado. Había jugado

todas sus cartas de una sola vez. No perdería ni un minuto más en estrategias absurdas, iría directamente a lo importante y eso era vivir al máximo y llegar hasta donde la vida lo dijera, haciendo feliz a Alethea en el camino. Nada más hermoso para ella que estar delante de lo que se ha pasado estudiando por mucho tiempo: la muerte.

Con el rostro un poco aturdido, Daniel se presentó frente a su cuñada.

—Alethea… —pronunció haciendo una pausa.

—¿En dónde lo dejaste? —cuestionó la joven buscando al duque con la mirada.

—En la biblioteca. Ese hombre quiere casarse contigo —dijo sin preámbulo.

—¿Eso tiene algo de malo?

—No, pero… Sí lo tiene. Dijo que es un hombre enfermo y que puede morir. ¿Eso te parece razonable? No quiero pensar que te entusiasmaría rellenar de paja a tu futuro esposo solo por tener a un humano en tu mesa de rarezas. No estoy preocupado por ti, sino por él, por supuesto. Él es demasiado bueno y decidido para ti, no lo mereces desde ningún ángulo de esta vida.

—Esa es una opinión muy personal de tu parte. Si quieres saber mi respuesta es que sí quiero casarme con él. Es un acuerdo táctico que hicimos años atrás. No tenía razones para contarle nada de esto a nadie. Solo debes hacer tu trabajo que es dar mi mano y seguir adelante.

—Entonces, no te encariñes con ese muerto, porque no te sobrevivirá. Tienes mi permiso. Mañana lo comunicaré a su casa.

—Iré a por él.

—No irás a ninguna parte. Tienes bailes que cumplir. Mantén tu fachada, más adelante todos sabrán que te casarás con él.

La duquesa viuda no veía a su hijo por ningún lado, por lo que comenzó a buscarlo por todas partes. Temía que estuviera desmayado en algún lugar después de haber bailado. Mientras su ahijada bailaba con un caballero amable, ella lo encontró en la biblioteca de la residencia. Estaba ahí, de pie junto a la ventana. Ella se sintió más tranquila al verlo. Lo abrazó y tocó su pecho. Acostumbraba a hacerlo desde siempre.

—¿Por qué estás aquí? Estaba preocupada por ti, cariño.

—Estuve hablando con lord Cholmondeley. Le pedí la mano de lady Alethea Hess. Ella me agrada mucho, madre. Estoy ansioso.

—Pero cumplir con tus deberes maritales pueden hacerte daño.

—Madre, si me muero antes de eso quiero que me prometa que hará que Adrian la cuide por mí. No confío en otra persona para hacerlo, si algo me pasa…

—No quiero que lo menciones. Prefiero que no te cases si eso significa perderte.

—Mi amada madre, quiero vivir, necesito hacerlo. Han sido demasiados años esperando poder hacer cosas que cualquiera creería comunes, pero para mí son extraordinarias. ¿Me vio bailar? ¿Cómo cree que lo hice?

—Lo has hecho bien para no haber practicado más de quince años.

—Lo superé. Ahora puedo hacer más cosas.

—No seas ambicioso, no busques tu ruina.

—Puede que todo haya mejorado. Quiero creer que soy invencible. Casarme con ella es lo que más deseo. Es tan encantadora. Espero que él me conceda la mano de su cuñada, ya quiero presentársela oficialmente a usted y a Adrian.

—¿Crees que afectará en algo que Adrian sea tu hermano?

—No, porque lord Stern es el mejor amigo de Adrian y lord Cholmondeley no lo ha cuestionado. ¿Por qué le interesaría que mi hermano fuese uno de los delincuentes de los barrios bajos? A mí no me avergüenza, considero que me da carisma.

—Oh, querido. Amas tanto a tu hermano…

—Cómo no hacerlo, nunca me ha odiado a pesar de que mi padre hizo que lo mereciera por las comparaciones constantes.

—Tu padre se equivocó mucho, aunque creo que al final de su vida comprendió que se había equivocado con Adrian al menospreciarlo.

—Espero que así fuera, madre. Salgamos de aquí, no puede dejar sola a Adeleine mucho tiempo, puede arrastrar a algún hombre incauto.

—¿Por qué no me ayudas a que Adrian cuide a Adeleine?

—Porque él cuidará de milady, de Alethea, porque ella es lo más importante. Debe cumplir mis promesas si yo incumplo no porque lo desee, sino en caso de no poder hacerlo. Sabe que mi heredero no solo debe tener todos los beneficios del título, también debe ocuparse de las obligaciones contraídas.

—Eso significa que…

—Significa que cuidará lo mío como si fuese suyo. Él es el único digno de mi confianza.

Richard y su madre salieron de la biblioteca. Él no pudo evitar buscar con la mirada a Alethea. La pobre dama estaba bailando con otro más. Le tocaba cumplir con lo que su carnet indicaba. Eso era lo malo con las mujeres, que no podían escoger sus batallas, debían sonreír y saludar.

Alethea notó que los ojos del duque se dirigieron a ella. Desde hacía tiempo lo había estado buscando, pese a ser bromista con respecto a su condición, le preocupaba que hubiese muerto. No lo consideraba extremista, pero sí le había advertido. Ella sería fuerte para poder afrontar todo. Siempre seguía sus conocimientos adquiridos en la ciencia y eso le parecía suficiente para no lamentar ninguna de sus decisiones.

Al terminar la noche, Alethea sintió alivio y a la vez ansiedad por saber lo que pasaría pronto. Daniel debía comunicarse con el duque para decirle que ella sí quería ser su esposa.

Ellos llegaron a la residencia de Daniel. Él aún parecía un poco pensativo después de haber conversado con el duque. No lo vio comportarse como solía hacer, con esa arrogancia característica de siempre, sino que parecía preocupado.

Ella subió hacia su habitación en compañía de Sarah, a quien le contaría todo, mientras que su hermana mayor, su cuñada, su madre y el señor Sinclair se quedaban en el salón. La joven sabía que discutirían sobre su elección.

—¿Ha hecho algo malo, milady? Pregunto porque todos se quedaron en la planta baja.

—Si algo malo es aceptar el matrimonio con un duque, pues lo es.

—¡Matrimonio, y con un duque! —exclamó con verdadera emoción—. Milady, ¿cómo lo hizo?

—Desobedecer instrucciones —confesó—. Quiero que vayas a escuchar lo que digan sobre mí.

—Por supuesto. Ahora mismo. No se preocupe, le traeré toda la información que necesite.

Sarah no perdió tiempo y corrió hacia las escaleras para escuchar todo.

—Quería informaros aquí con tranquilidad que Alethea ha decidido casarse con un duque, pero que tiene un problema. Puede morir. Pese a que lo aprobé, no estoy seguro de que lo mejor sea que enviude tan pronto. ¿Quién querrá a una viuda? —cuestionó Daniel.

—¿Mi hija siendo una viuda tan joven? No, no puede pasar esto.

—Madre, por favor. Es decisión de ella.

—Mildred, ¿consolarás a tu hermana cuando se dé cuenta de que se equivocó de decisión?

Capítulo 9

—Ella está dispuesta a correr el riesgo. Me preocupa, pero ¿quiénes somos nosotros para juzgar? Solo esperemos que no se encariñe mucho. Ese hombre es inteligente, amable y carismático. También creo que es mala idea casarse con alguien enfermo, los hijos pueden salir de la misma manera.

—Nietos enfermos… ¡Ni pensarlo! —expresó la condesa viuda.

—Daniel, no estás ayudando con el problema. Estás reforzando los temores de mi madre —lo reprendió Mildred.

—¿Qué quieres que haga? No soy médico, solo puedo prevenirlas ante el inminente desastre futuro. Tal vez no alcancen a tener hijos. Todos sabemos que se requieren varias oportunidades para eso. No sé qué tantas balas tenga la pistola o qué tanto pueda rendir para dar hijos. Lo importante es que apoyemos la decisión nos guste o no. Es cierto que, como tutor y cabeza de esta familia que la mayor parte del tiempo parece un pollo sin pescuezo, me preocupa una viudez tan temprana, aunque ganará cierta reputación por ser una viuda, pero escasearán los pretendientes. Si Alethea no tiene hijos, quedará a merced de algún hermano, tío o primo del futuro difunto. Es probable que la dejen sin nada.

Mildred levantó una ceja, cruzó los brazos y suspiró con fuerza.

—Lord Cholmondeley, ¿no entiendes lo que estoy diciendo? —espetó su esposa, enfadada.

—Perdón, querida. En fin, hay que apoyarla —dijo Daniel mordiéndose la lengua para no continuar echando leña al fuego, pues la cara de su suegra tenía una palidez inusitada.

—¿Solo esto? ¿Apoyar? —interpeló la madre.

—Madre, es suficiente. —Ella cogió a su esposo del brazo antes de que continuara hablando para decir más cosas que pudiesen agobiarla. A la edad de ella cualquier sobresalto podría ser un paso hacia la muerte. Lo estiró para llevarlo escaleras arriba.

La doncella corrió al notar que ellos iban hacia donde estaba y entró con prisa a la habitación de Alethea.

Esta que se estaba quitando las prendas miró a la doncella, agitada.

—¿Y bien? —curioseó.

—Estaban hablando de usted y de su futuro prometido cadáver. —Sarah tomó una respiración profunda.

—Qué falta de respeto. No deberían referirse así de nada más y nada menos que un duque —pronunció Alethea en tono burlón.

—Están preocupados por si queda viuda tan joven, dicen que nadie la querrá en esas condiciones.

—¿Y tú qué opinas, Sarah?

—No lo sé, milady. Se habla bien de las viudas en ciertos aspectos, aunque de otras no tanto, pues algunas son un poco libertinas…

—Es comprensible. Con un marido muerto y sin obligaciones de buscar otro esposo, considero que no está mal tomarse un par de libertades.

—Entonces usted buscaría a varios hombres…

—No, yo no. ¿Para qué quiero a otro hombre? Lo que el duque pueda ofrecerme es lo único que me interesa. Si dura poco o mucho, solo el destino lo sabrá. Creo que me he vuelto insensible al dolor, ni siquiera creo que pueda tener un corazón. Si he llorado ha sido por

rabia y porque matar me llevaría únicamente a la hoguera. Desde que mi padre se fue tuve que ser fuerte, Daniel nunca se comportó como una figura paterna, es más como el hermano malvado, pero lo aprecio de todas maneras. Lo importante es recibir, él me ofrece todo, me esperó tres años y eso ya es más de lo que esperaba en esta vida. Es la máxima consideración y muestra de interés que han tenido conmigo.

—Usted estaba escondiéndole secretos a todos. Imagino que la confesión no le ha gustado a lord Cholmondeley.

—La verdad es que no le he dado mucho tiempo para que lo considere. Tal vez en unos días decida increparme para saber lo que ocurrió y cómo conocí al duque para que este pidiera mi mano en el primer día.

—Creo que quiere casarse porque está a punto de morir.

—No quiero pensar en eso, Sarah. Me siento tan viva al saber que él desea compartir mis conocimientos sobre mis animalitos disecados y rellenos.

—Puede que esté esperando que usted lo llene de paja. —Sarah se encogió de hombros.

—Quizá sea confiada, pero espero que no le pase nada, siento que seré feliz a su lado.

***

A la mañana siguiente, Richard se impacientaba en su residencia, pese a eso, no dudó en ordenarle a Raymond que hablara con su madre para organizar una fiesta de compromiso. Ante ese anuncio, la duquesa viuda se acercó a él y Adeleine la seguía.

—¿Cómo es esto de la fiesta de compromiso? —cuestionó su progenitora, confundida—. Tengo entendido que no te han dado una

respuesta.

—Mujer de poca fe. Soy un duque, ¿alguien me negaría lo que quiero? —replicó con un poco de fastidio al leer el periódico.

—No acostumbras a ser prepotente.

—No, pero cuando quiero algo, no importa todo lo que tenga que mover para obtenerlo.

—Mi madrina tiene razón, excelencia. No ha sido confirmado, y presumir que…

Adeleine no pudo continuar, pues Richard levantó la mano para que se detuviese. A su madre la escuchaba y le respondía por respeto, pero a esa joven apenas la toleraba y solo era porque la duquesa viuda sentía lástima por ella, mas él no tenía la obligación de soportarla.

—¿Quiénes son ustedes para cuestionarme? Qué molestia. Madre, haga lo que pido y, Adeleine, mantente callada, por tu permanencia en esta casa.

—Te has puesto petulante. Te hablo como quiero porque soy tu madre y tengo la autoridad suficiente. Si estás de mal humor, te comprendo, pero al menos deberías responder mis preguntas.

—Lo haré cuando Adeleine se vaya a su habitación o busque algo mejor que hacer.

Adeleine miró a Richard con desprecio y se retiró.

—Deja esa actitud con ella. Es mejor si la apoyas para que se case.

—Lo que quiere es quedarse con Adrian y usted la apoya. Mi hermano no está destinado para ella. Él cuidará de lo que yo deje y eso también la incluye a usted. Como sabemos, quiero asegurar el

futuro de lady Alethea, no pienso morir y desampararla. Le hice prometer que la cuidaría y eso lo hará como crea conveniente me case o no alcance a hacerlo. Adrian será su responsable directo.

—No puedes pretender que te haga caso y más si estás muerto.

—Un hombre sin palabra no sirve ni para abono, madre. Adrian es de mi plena confianza. No hay persona más responsable que él.

—¡Ja! No estamos hablando del mismo Adrian. Amo a mi hijo, pero sabes que es un delincuente... De ser el hijo de un duque, terminó siendo un delincuente de poca monta que no desea retornar a donde debe, junto a su madre que es la única que puede volverlo al camino del bien. Tú y yo sabemos qué se dice sobre Johnny...

—Madre, él retornará aquí y, ¿sabe qué? La gente tendrá más miedo que antes, porque lo hará con verdadero poder. Es solo cuestión de tiempo y paciencia. Usted debería disfrutar de sus visitas, aunque ahora dudo mucho que quiera presentarse con frecuencia al estar aquí alguien que, claramente, le incomoda.

—Disculpen la intromisión, su excelencia. Un sirviente acaba de dejar esto —manifestó su sirviente con un sobre en su mano. Se lo entregó y sonrió, pues era lo que ese hombre estaba esperando y que lo tenía tan huraño.

Cuando Richard lo cogió, se lo enseñó a su madre con suficiencia.

—La respuesta de lord Cholmondeley. Ese caballero es un enigma fascinante —comentó el duque que levantó una ceja con suficiencia y se dispuso a abrirlo, solo para despejar las dudas de su madre, porque él no tenía ninguna—. Lea, madre. Ahora sí puede comenzar. Conocerá a su futura nuera. Quiero que todo esté listo para mañana, no quiero retrasos ni excusas. Vea las invitaciones y quiero que Adrian esté aquí, no importa que toda la familia de ella sea de buen nombre, deben acostumbrarse a mi hermano.

La duquesa viuda leyó la carta y entendió que su hijo hablaba en serio. Temía por la vida de él, pero no podía seguir tratándolo como un niño que puede hacer tonterías, era un adulto dispuesto a correr sus riesgos y haciéndose amigo de la muerte.

—No te preocupes, querido. Me das poco tiempo, pero eso no importa, puedo hacer lo que sea por ti.

Él se levantó de la silla y le dio un beso en la frente a su madre. Su malhumor había desaparecido con la carta de lord Cholmondeley. No era lo mismo suponer que confirmar algo, se sentía pleno y tranquilo, seguro del paso que tomaría, su tiempo en todos los aspectos había llegado.

***

Para la mañana del día siguiente, no solo la familia de lord Cholmondeley había recibido la invitación al compromiso de Richard y Alethea, sino también Adrian estaba a punto de recibirla.

—Mira lo que tengo para ti, Johnny —la joven se deslizó junto a él entre las sábanas de la cama en la que él descansaba.

Adrian bostezó y sintió que alguien estaba en su cama.

—Buen día, Kelly. Al parecer te has olvidado de saludar.

—Oh, Johnny, no podía dejar de ver esto que tengo aquí y quería enseñártelo. Ha venido ese sirviente tan estirado, el ayuda de cámara del duque.

—Raymond...

—Como se llame ese hombre que me mira de pies a cabeza como si fuese superior. Cógelo. —Ella le entregó el papel.

Cuando leyó el nombre de la joven supo que su hermano había caído en el influjo de una de esas mujeres. Sabía que eran hermosas

porque las había visto antes, no sabía cómo era la última, pero sin duda debía tener algo muy especial, porque no había otra razón por la que Richard pudiese arriesgar su vida. Saber que las cosas podrían cambiar pronto le ponía los pelos de punta. No quería convertirse en duque, si eso llegara a ocurrir odiaría a esa mujer.

—Es una invitación para el compromiso de mi hermano.

—Sí, y es con la cuñada de lord Stern, al menos verá a su amigo, ya que venir aquí por la noche para un hombre casado que debe mantener una reputación es difícil, su esposa no debe dejarlo aparecer.

Adrian se sentó en la cama observando esa invitación pensando en que debió hacerle caso a su madre cuando pidió que se casara y le diera el hijo a Richard para criarlo. No quería tener que cargar con la esposa que sería la culpable directa de su hermano ni lidiar con el dolor de perderlo. Amaba a Richard porque era un hombre bueno, de gran corazón, honesto y reservado, aunque en los últimos tiempos demostraba que se había cansado de vivir como un prisionero en su propio cuerpo y eso le daba miedo. Podría tener a una mujer a su lado, pero debía abstenerse de compartir la cama por su propio bien. Era comprensible que eso pudiese ser algo frustrante.

—¿Crees que debo evitar este matrimonio? —preguntó Adrian con sinceridad.

—¿La prometida tiene algún problema?

—No, pero sabes que mi hermano no podría cumplir con ciertas obligaciones y si lo hiciera, es probable que no sobreviva.

—Johnny, tu hermano ha decidido no seguir en el camino cómodo, debes asumirlo.

—No quiero perderlo, Kelly. Debo hablar con él antes del compromiso.

—Lo único que harás es ser como una mosca en su oído, no te escuchará si lo que él desea es cumplir su objetivo. No puedes ser el número de tu hermano mayor, Johnny.

—No es por ser niñero, es que nadie entiende...

—Lo estás sobreprotegiendo. Es un duque, créeme que no necesita que nadie lo haga.

—Le diré a Hugh que me ayude. Quiero que la elimine. No puedo permitir que esto avance hacia el desastre.

—¿Harás lo mismo con cada mujer que le guste a tu hermano? Lo único que parecerá es que alguien no quiere que el duque tenga una duquesa y todos los dedos irán a parar al segundo en la línea hereditaria: tú. Créeme, harás que el ojo público esté sobre ti y lo único que tú deseas es ser libre de los convencionalismos, Johnny.

—No puedo quedarme con los brazos cruzados. Debo encontrar una solución.

—Sí, una que no incluya matar a nadie, ¿comprendes?

Capítulo 10

Al poco tiempo de haber enviado la respuesta, Daniel y la familia entera recibieron invitaciones en donde estaban los nombres de ese hombre y de Alethea. Lejos de sentirse tranquilo, estaba preocupado por el futuro de su cuñada.

—¿No me digas que sigues preocupado por este compromiso? Tú habrás cumplido con lo que te corresponde como tutor. Estás a un paso de ser libre de la responsabilidad y la dote de tus cuñadas —dijo Robert que veía a Daniel con la mirada perdida hacia el jardín de la casa en donde estaban las damas bebiendo té en compañía de los niños que correteaban en grupo.

—Es que esto que tú ves, Alethea no lo tendrá con este hombre.

—Oye, lo importante es haber cumplido —alegó Edwin.

—Eso es conformarse. Ustedes no están aquí porque alguna de ellas o yo me conformé. Estoy seguro de que quieren verla feliz para que no esparza su malicia entre nuestros matrimonios felices. Caballeros, esta situación es complicada.

—Siempre he sabido sobre algunos problemas de salud del duque por medio de Johnny, debo decirles que él es su hermano —comentó Owen.

—¿El que alimentó a los peces del Támesis con tu ayuda de cámara? —curioseó Daniel.

—Sí, pero lo hizo su sirviente, no él.

—Bonita familia con la que emparentará Alethea. Uno que mata, otro que muere… Espero que la madre sea lo más normal posible —alegó Daniel.

En el jardín, las damas compartían la noticia del compromiso. Ellas nunca habían visto a Alethea tan contenta. Se sentía orgullosa al decir que se casaría con el duque, al que describía como alguien que comprendía sus pensamientos y apoyaba sus emprendimientos de cualquier calaña.

—¿No te parece sospechoso que quiera casarse tan pronto? Apenas le han avisado que están comprometidos —dijo la condesa viuda queriendo persuadir a su hija para que cambiara de opinión.

—No cambiará lo que pienso de su excelencia. Ya Daniel se encargó de hacer circular el rumor de que mi prometido es un hombre con la salud delicada, y no es una mentira; sin embargo, es mi elección y ninguno de ustedes cambiará mi parecer.

—Solo considéralo, querida. Ser viuda a tus diecinueve años puede ser una desgracia, puesto que ya no tendrás una dote para algún esposo saludable que quiera fijarse en ti.

—Madre, los hombres estarán detrás de mí porque seré la joven viuda de un duque, así que buscar otro esposo cuando todavía no tengo ninguno es algo que no me quita el sueño.

—Oh, por Dios, Mildred, haz algo —pidió su madre acudiendo a su hija más sensata.

Esta abrió los ojos con sorpresa al oír a su progenitora. Aquella sabía que ella respetaba la decisión de Alethea.

—Madre, no intervendré a favor de nadie. Alethea ha escogido su camino, el que cree que le dará felicidad. Tiene derecho a ser feliz como el resto de nosotras y no importa el tiempo que dure, sino su intensidad. Una dama es capaz de vivir de bellos recuerdos de tiempos felices.

—Mildred siempre es tan buena consejera —musitó Frances que cogió la mano de su hermana mayor—. Tiene razón, la intensidad de un amor es el mejor recuerdo que alguien puede tener.

—Gracias. Las creía más egoístas, como antes… —comentó Alethea.

—No hemos sido egoístas por maldad. En cierto momento, creo que queríamos sentirnos especiales. Tú tampoco te quedas atrás, has sido envidiosa y, en ocasiones, sucia, por delatarnos con la institutriz y el preceptor solo por no haber sido incluida. Éramos más grandes, queríamos estar sin la niñita pequeña —alegó Penélope en defensa de ella y el resto de sus hermanas.

—Debemos admitir que no hemos sido las mejores hermanas del mundo, es cierto, Alethea, pero ahora todas hemos cambiado, madurado por varios motivos. Ninguna de nosotros tuvo un camino fácil al perder a nuestro padre. Fue tan difícil estar en la casa y tratar de sobrevivir. Esa siempre será parte de nuestra historia. Pese a todo esto, nos queremos y te apoyamos en tu decisión de casarte con alguien con poca salud, no es un pecado y tampoco creo que se muera solo por casarse —declaró Hannah, comprensiva.

—Para mí, la muerte me ha quitado lo más preciado que tenía y sé que lo seguirá haciendo, porque tengo a muchos que perder aquí frente a mí, su trabajo no termina, por lo que es mejor acostumbrarse a ella…

—Eso es horrible —expresó su progenitora, enfadada—. Yo no estoy dispuesta a tener una hija viuda antes de los cuarenta o sin asegurar descendencia masculina. No podré estar tranquila.

—Madre, haga su vida con el señor Sinclair y no se meta en la mía, que yo quiero vivirla sin su opinión molesta y negativa. Pase lo que pase con el duque y conmigo, lo enfrentaré con valentía. Quiero creer que en esta ocasión ocurrirá un milagro y que nadie terminará muerto. Como a todos ustedes solo me agrada la muerte de mis desafortunados anfibios y reptiles.

Sus hermanas se rieron al oírla, pero la condesa viuda no estaba convencida de que su última hija terminara arruinada siendo

una mujer tan joven con tantas oportunidades. Las demás estaban cegadas por la idea de que era un duque, pero ella tenía un mal presentimiento sobre todo esto que era tan apresurado.

—Debes escoger el mejor vestido de todos los que te ha comprado Daniel para presentarte ante tu prometido —musitó Mildred que trataba de que todo en ese lugar llegara a una calma esperada.

—¿Es cierto que tía Alethea se casará con un cadáver? —curioseó Ava que se acercó a las damas con una sonrisa inocente.

—Hija, ¿quién te dijo eso? —cuestionó Penélope.

—Mi padre. Ha dicho que se casa con un muerto o casi muerto. No recuerdo sus palabras con exactitud, madre.

—Tu padre es una persona con el cerebro más pequeño de Inglaterra, debería aterrarte la idea de tener su intelecto, Ava —sugirió Alethea, molesta. Era evidente que algunos tomaban la enfermedad de su prometido como algún motivo de burla descontrolado.

—No le hagas caso a tu padre ni a tu tía Alethea, cariño. Sigue divirtiéndote —pidió Penélope mirando a su hermana con reproche. Alethea solo se encogió de hombros insinuando que su esposo había comenzado el conflicto.

***

Las cosas en casa de Richard caminaban sin dificultad. La eficiencia de su madre era única, tenía prácticamente todo listo para la fiesta de compromiso que planeó con pocos días de anticipación.

En la mañana del evento, le sorprendió encontrar a Adrian en el salón, sentado sin prendas elegantes.

—Buen día, Adrian, ¿piensas presentarte con esa ropa ante mi prometida o no vendrás de noche? —indagó Richard que se sentó a su lado y le tocó el hombro.

—Por supuesto que acudiré. Quiero hablar contigo y con nuestra madre sobre esta locura que estás cometiendo —dijo con seriedad.

—Tú apoyaste que me comprometiera, que buscara una esposa —reprochó su hermano.

—No pensé que lo llegaras a hacer, al menos no tan pronto.

—No entiendo la razón por la que has cambiado de opinión. Me enfada que lo hagas.

—Me preocupa tu salud.

—De nuevo con eso. Adrian, si tengo que morir, lo haré y eso será casado o soltero. Todos morimos, unos más temprano que otros, pero al final abonaremos la tierra.

—Me niego a perderte. Esto nos destrozará como familia.

—Tú destrozaste a esta familia con tu ausencia, abandonaste el barco como una rata cobarde. Ahora, cuando estás cerca de asumir tus responsabilidades como mi sucesor, tienes miedo de eso. No te preocupo yo, mi vida o mi prometida, te incomoda saber que regresarás aquí para encargarte de todo.

—Es parte de mi preocupación, pero no es lo que me motiva…

—¡Adrian, cariño! —exclamó su madre que se acercó para abrazarlo—. Tu hermano está siendo un verdadero tirano, conversa con él.

—No soy un tirano, me molestan las actitudes condescendientes y la lástima por mi salud. ¿Acaso les he pedido consideración? Quiero vivir mi maldita y miserable vida a mi antojo.

La duquesa viuda abrió su abanico y comenzó a echarse un poco de aire al rostro. Nunca había oído esas palabras en la boca de su perfecto hijo.

—Es a lo que vine, madre. Esto es un error y quiero proponer una solución coherente para esto. Lamento haber tildado su idea de un mío para que Richard lo criara, como algo absurdo. Ahora, viendo que todo puede desaparecer, me doy cuenta de que era la solución ideal.

Richard ni siquiera podía parpadear de la impresión. Adrian estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de no dejar que él muriera.

—¿A qué le tienes miedo, cobarde? —increpó Richard, hastiado de la lástima en los ojos de su familia.

—¡Richard! —Su madre lo golpeó con su abanico.

—Debería golpear a este otro hijo para que su cerebro pudiese pensar con inteligencia.

—No soy un cobarde, Richard. No quiero que mi único hermano se muera, ¿entiendes? Estoy dispuesto a sacrificarme por ti. Sabes que no quiero casarme, pero lo haré porque te quiero, porque no soportaría la vida sin ti. No vivo bajo este techo, pero saber que estás con vida, para mí es lo importante. Estoy de acuerdo con casarme con quien elijan y entregar al primogénito para que pueda ser educado como un duque. Con tu esposa podrías criarlo. Será sangre de tu sangre y no tendrás que arriesgarte en el lecho.

—¡Por un demonio! ¡Quiero acostarme con la que será mi mujer y si me muero lo haré feliz! ¡Maldición y condenación! —Richard estalló haciendo temblar la casa con un grito. Estaba verdaderamente cansado de todo—. No van a arruinar mi día, ni lo que queda de mi vida con sus miedos infundados. Les hablaré

cuando me pidan perdón por esta ofensa, mientras tanto, ninguno de los dos acudirá a mi compromiso de esta noche.

—¡Richard! —Lo llamó su madre al ver que este se retiraba con presteza del salón. Después miró a Adrian.

—Sé lo que debo hacer, madre, aunque no quiera disculparme, lo haré solo para conocer a la mujer que lo tiene en este estado de decadencia. Para querer estar con ella en la cama, debe ser la dama más especial de Inglaterra, porque puede costarle la vida. Espero que su entrepierna sea de oro.

—Adrian, yo tengo una mejor idea que esa que se me ocurrió primero. Le propondremos a su prometida la idea de que tú te acuestes con ella para que puedan concebir a un heredero para Richard, así tú podrás escoger a la mujer que desees. No creo que lady Alethea quiera perder al que será su esposo por una pequeñez como el sexo.

—No es un tema menor, madre. Debería tomarlo con más seriedad. Él está dispuesto a morir.

—¿Y si lo drogamos en la noche de bodas y te metes a la habitación fingiendo ser él para embarazar a la joven?

—Se dará cuenta de que no soy él. Lo mejor será drogarlos a ambos…

Aquellos dos conspiraban en el salón después de que Richard se retirara, pero Raymond lo oía todo y, aunque estaba escandalizado, se debatía entre mantener con vida a su amo o contarle una verdad que podría hacer que toda la familia se rompiera para siempre. En medio de sus dudas había preferido callar por protegerlo de un disgusto mayor. Además, que no consumara el matrimonio podría hacer que él viviera más tiempo con un propósito.

En su habitación, Richard solo hacía lo que podía. Escribir cartas que no entregaría, solo quería que los demás supiesen sus

pensamientos, sentimientos y compromiso, que conocieran sobre sus ideales, esos que siempre estuvieron opacados por la sobreprotección de los miembros, no solo de su familia, sino también del personal de servicio de la casa. Lo trataban como si fuese de cristal y la única persona que lo veía diferente, era su prometida. Ella solo hizo que aceptara su destino, ¿para qué vivir de manera vacía pudiendo conocer por una vez lo que era hacerlo? No pensaba soltarla, iría hasta donde pudiese por el simple hecho de desearlo, no quería sentir más miedo, quería libertad, una que fuese real, una que el dinero no pudo comprar al igual que su salud. Valía la pena luchar por un objetivo y mucho más morir por él.

Capítulo 11

Por la noche, Adrian se había cambiado de ropa, parecía un caballero respetable y no el delincuente de siempre. Fue hasta la habitación de su hermano en donde se encontraba Raymond arreglándolo.

—¿Interrumpo? —preguntó abriendo la puerta.

Richard ni siquiera miró a Adrian ni respondió.

—Sé que estás enfadado, Richard, solo quería disculparme por preocuparme por ti.

—Si me permite, milord, está empezando su disculpa con el pie izquierdo —dijo Raymond colocándole el broche en el pañuelo sin apretarlo demasiado, porque el duque sufría de constantes sofocos.

—Es cierto, Raymond, puedes retirarte —pidió Adrian sin esperar que Richard lo despachara.

—Raymond se quedará porque me atiende, la persona que sobra aquí eres tú.

—No hagas difícil una disculpa, Richard, tú no eres así.

—¿No soy así? Ya no me conoces o pretendes conocerme con cosas que años atrás pudieron hacer que te diera la impresión de débil, pero no lo soy. Estoy más determinado que nunca a cumplir con mis objetivos de vida.

—No quiero discutir, quiero estar contigo hoy. Quizá desde mañana no volvamos a conversar hasta que uno de los dos muera, pero por esta noche me disculpo. Sé que este momento es como una independencia para ti. Nuestra madre se disculpará contigo después. No queremos que los invitados sientan que nos odiamos entre los miembros de esta familia.

—No es odio lo que nos separa, es falta de respeto por las decisiones que tomo que solo me incumben a mí. Adrian, una vez que veas a milady, entenderás las razones por las que es perfecta y no solo me refiero a su dote, su belleza, sino lo que más me gusta de ella es su excentricidad. Es auténtica hasta la médula y comprende lo que es estar siempre buscando algo que no se le ha perdido en el lugar más exótico: junto a la muerte.

—Parece un poco demente. Tal para cual diría yo en mis momentos de sinceridad. Sé que las personas de esa familia son demasiado hermosas, pero no lo considero suficiente para perder la cabeza como tú lo estás haciendo. Creo que esa dama ha despertado tu vena irracional.

—No es eso, Adrian. Ella me respeta y ha aceptado que la esperara hasta hoy, ¿por qué más lo haría?

—Porque eres un duque y mucho mejor si estás moribundo, considero que le resultará conveniente.

—Milady no es así. Comprende mis pensamientos y me apoya, es todo lo que necesito para convertirla en mi duquesa y compañera de vida.

—De la poca que te quedará…

El duque le dio un golpe a Adrian en el hombro para darle a entender que comprendía sus temores y que se le había pasado el enfado de la mañana.

—Mira… —Richard le mostró el anillo que usaría para proponerle matrimonio a Alethea—. Es exquisito. Su mirada se reflejará para siempre en este diamante. Mi alma la acompañará por siempre en este anillo. Espero que jamás se lo quite y no deseo que pase a otra generación. Dios permita que la entierren con él.

—Es hermoso, pero ¿no crees que es demasiado sencillo?

—No, porque quien lo lucirá, lo convertirá en ostentoso.

Los dos salieron de la habitación con la intención de ver el salón. Aquel estaba decorado con flores elegantes y guirnaldas. También se encontraba una mujer de aspecto ceremonial sentada en el pianoforte. Era evidente que aquella estaría ofreciendo su arte durante la noche.

Se adentraron en el salón de baile en donde fue colocada la gran mesa. El eco de sus pasos resonaba en la estancia que contaba con la vajilla y cristalería más elegante que tenían. Todo brillaba dando una impresión de perfección. Richard no quería un acontecimiento pomposo que lo haría cansarse y drenar su poca energía.

—Lamento haberme enfadado con usted, madre. —Ricard se acercó a la duquesa viuda que estaba elegantemente vestida, observando cómo había quedado todo. Sin que ella se percatara, aquel la abrazó.

La duquesa no dijo nada, solo correspondió a su abrazo, y cuando se alejó le acarició la mejilla.

—Una madre siempre olvida los desplantes de sus hijos. Espero que te guste cómo quedó, querido.

—No hay nada que no haga bien, madre. He sido un mal hijo este día. Espero que me excuse.

La dama le sonrió y después vio que Adeleine entraba al salón en compañía de su doncella.

—Adeleine, ¿qué te parece el salón? —preguntó la duquesa viuda.

—Es hermoso, madrina. Cualquier dama se sentiría halagada. —Adeleine observaba con envidia lo que estaba frente a sus ojos. Lo ideal en su mente hubiese sido que su madrina obligara a uno de

sus hijos a casarse con ella. Se sentía más atraído por Adrian, aunque sabía que el mejor partido era el mayor, el heredero; sin embargo, en este caso no lo era tanto por los antecedentes del duque. El segundo ni siquiera volteaba a verla de reojo, parecía no importarle nada—. Milord no tiene pareja, ¿me acompañaría?

Al oír la voz de Adeleine pidiéndole a Adrian que fuese su compañero durante la noche, este la miró con desagrado, pero trató de contener su molestia.

—Estaré ocupado oficiando de recepcionista con mi hermano. Tengo conocidos en la familia Hess, no querrás aburrirte con mis conversaciones. ¿Entiendes por qué no puedo?

—Oh, Adrian. Deberías considerar a Adeleine, mírala, es tan hermosa. —La gran dama se acercó para acariciarle los bucles a su ahijada.

—Por supuesto que es preciosa, madre —alegó Adrian que trataba de no enfadar a su secuaz.

La mujer asintió y continuó mostrándole todo a Adeleine.

—Nuestra madre es capaz de meter a Adeleine en tu cama con tal de que te cases con ella. Si lo haces, haré lo imposible para que tus hijos no sean mis herederos, ¿lo oyes?

—Por supuesto, fuerte y claro, hermano mío. No deberías preocuparte por ella, porque no pienso hacerle caso ni esta vida ni en la siguiente. Pese a que me ofrezco en sacrificio por ti, sabes que lo mío no es permanecer quieto. Amo ser libre.

—Eso será hasta que conozcas a la mujer ideal…

El movimiento en casa del duque se hizo mayor cuando oyeron el sonido de la puerta. Los sirvientes se apresuraban para realizar su pasillo para los invitados.

Richard se aflojó un poco el pañuelo y Adrian se quedó de pie a su lado. Ambos eran parecidos físicamente, incluso en la altura, aunque el menor tenía el cabello más largo, por debajo del hombro y esa noche lo tenía recogido en una coleta.

Raymond abrió la puerta. Lord Cholmondeley fue el primero en entrar con su presencia señorial y sofisticada acompañado por su preciosa esposa, después un desfile de hombres adinerados con parejas igual de hermosas que la primera. Todos hicieron como una barrera de protección para dejar al último a Alethea que estaba junto a su madre y al señor Sinclair, aquel era un miembro más de la familia, por más que aún no se casara con la condesa viuda.

Daniel comenzó presentando a toda la familia para dejar a Alethea para el final, sería como el plato fuerte de la velada.

Alethea observaba todo con nerviosismo. Aquella casa era demasiado ceremonial para su gusto. Ella vivía en el lujo, pero eso que veía era otro nivel de opulencia. Se sentía disminuida al ver todo a su alrededor. Fue educada para llegar hasta este podio en el que se encontraba, aunque no sentía que fuese su lugar.

—Alethea... —La llamó Daniel para que se acercara para presentarla al facineroso de la familia.

Ella caminó hacia su prometido y al fijarse a su lado se encontró con otra imagen parecida a la del duque, solo que este tenía la picardía en la mirada.

Adrian no podía dejar de ver a la preciosa criatura de grandes ojos azules, nariz respingona, labios gruesos y cabello rubio. Si las otras le habían parecido hermosas, esta era la viva imagen de la perfección. No podía controlar su mirada, ni lo que quería transmitir con ella, solo sabía que Richard tenía razón: por ella valía perder la vida una noche en su cama o más de una.

El duque observó a su hermano y cómo miraba a Alethea, esa mirada de interés le resultaba reveladora y antes que asustarlo, le daba tranquilidad.

—Adrian, ella es mi prometida, lady Alethea Hess. ¿Ves que ha valido cada palabra que dije? —se jactó con una sonrisa halagadora en el rostro.

El hermano tuvo que despertar del trance de mirarla como si no perteneciera a este mundo para prestarle atención a Richard.

—Absolutamente... —respondió con el corazón latiendo con fuerza. Hizo una inclinación de cabeza y buscó de manera educada coger su mano.

A ella le incomodaba la mirada gris de ese caballero. Transmitía cosas que ella podría malinterpretar, pues distaba mucho de los ojos grises profundos y consoladores de su prometido. En este otro veía la viveza, la picardía, la locura y más cosas que no quería descifrar por temor y no sabía a qué. Tuvo que entregarle su mano. El toque suave a través del guante se sintió como si estuviese acariciando a un gato. Era cálido, pero seguía pareciéndole incómodo.

—Milady, él es mi hermano, Adrian Williams, hasta hoy día mi heredero aparente. Es mi mano derecha, la persona en quien más confío para ocuparse de todo lo que me corresponda, todo...

—Es un placer conocerlo, milord —replicó ella con una reverencia.

—El placer es mío, futura cuñada.

Hasta el tono de voz había cambiado en Adrian al ver a Alethea. Esperaba que pronto se le pasara la impresión y pudiese pensar con claridad sobre qué acciones tomar. Matarla sería el mayor desperdicio de su vida, porque era demasiado hermosa para su bien; sin embargo, desear que tuviese un hijo con él que salvara a su hermano le parecía menos razonable, porque podría perder el juicio

y terminar anhelando cosas indebidas con la mujer de su hermano. Cobraba más sentido tener un hijo con otra joven que con esta.

Adeleine miraba a la prometida del duque con envidia mal disimulada. Era una joven bendecida en varios aspectos, el séquito que la precedía solo hablaba de privilegios, que fue educada en casa, rodeada de lujos y frivolidad.

Las presentaciones continuaban para Alethea, porque conoció a la duquesa viuda y a Adeleine, la ahijada de la dama. Esta última la miró como si no pertenecieran a la misma clase social. Sentía un gran rechazo de su parte. La madre del duque era una dama amable que al parecer no tenía ningún problema en que ella se casara con su hijo. La persona que la había dejado con más extrañeza era el hermano menor. Su mirada estaba llena de mensajes que no podía descifrar.

El piano comenzó su concierto tranquilo, piezas de un estilo menos alegre, pero solemne. Los sirvientes comenzaron a servir copas, mientras que los caballeros hablaban de temas políticos. La duquesa viuda conversaba con la madre de Alethea y trataba de disimular sus preocupaciones sobre ese matrimonio.

—¿Ha estudiado en casa, lady Alethea? —preguntó Adeleine con una copa de jerez en la mano.

—Sí, hemos sido educadas por una institutriz y un preceptor. Mi cuñado quería educación dura y es lo que tuvimos —replicó Alethea dándole un sorbo a su bebida.

—¿Un preceptor? Eso es extraño para las damas.

—Tal vez, pero para nosotras fue la realidad. Hemos tenido una educación más completa gracias a eso. ¿Y usted?

—Mi madrina me mandó a una escuela de señoritas. Dijo que convivir con dos caballeros me convertiría en una salvaje, entonces prefirió que fuese a educarme con mis pares.

—Apenas toleraba a mis hermanas, debió ser difícil soportar a desconocidas.

—Para mí no ha sido gran cosa. Me gusta hacer amistades.

—¿Cómo le va en la temporada? Ambas somos debutantes...

Alethea intentaba tener una conversación con la única joven de su edad ahí, aunque ella no le agradara, pero por educación no podía dejar a nadie relegada.

—No tan bien como a usted, pero pretendo ser su concuñada en un futuro no muy lejano. Podríamos ser grandes amigas después de casarnos con los hermanos Williams.

Capítulo 12

Alethea asintió un poco forzada, quería que alguien la salvara.

—Querida, cuéntame, ¿cómo se conocieron mi hijo y tú? —preguntó la duquesa viuda dirigiéndose a Alethea.

Ella agradeció haber sido salvada de la ahijada de la mujer. No le agradaba que se inflara demasiado.

—Supongo que el duque debió comentarle a grandes rasgos que lo conocí en un momento inapropiado, en el jardín de nuestra casa durante el compromiso de lord Stern y mi hermana, Hannah. Lo encontré en el suelo, intentando respirar…

—Oh… Él estaba en una de sus crisis de salud. Querida, sobre eso quisiera conversar contigo en privado… —comentó la dama.

—Entiendo. El duque me ha contado todo, no se me ha escapado nada, pero la escucharé con gusto.

—Espero que en realidad le dijera todo sobre su delicada salud.

—Si puede darme más detalles a mí, me encantaría, su excelencia —pronunció la madre de Alethea.

Ella sabía que su progenitora no estaba de acuerdo con este matrimonio tan arriesgado ni por más que el caballero en cuestión fuese un duque. Sabía que su madre era demasiado sentimental para comprender que Alethea estaba de acuerdo con asumir una probable muerte de su esposo en cualquier momento, no era tonta, solo quería que alguien compartiera sus ideales y su vida, no importaba el tiempo que eso durara.

—Con gusto…

La duquesa pensaba que, mientras más gente supiese sobre la condición de Richard, harían desistir a la joven de consumar el matrimonio y aceptar cualquier otro trato con tal de no perder la comodidad y estatus de duquesa que ganaría. Con eso creía que conseguirían que todos salieran ganando.

La joven, al verse sola de nuevo con Adeleine, le sonrió a esa mujer e hizo una inclinación de cabeza para zafar de otra conversación incómoda. Pensaba atrapar al duque, pero él conversaba con comodidad con Daniel. Su cuñado tenía un rostro interesado, quizá estaban conversando sobre dinero.

Desvió su mirada hacia el hermano de Richard que no dejaba de observarla como si ella fuese algo exótico. No sabía si sentía repulsión o interés por ella. Trató de ir junto a sus hermanas, pero el hombre se acercó.

—Lady Alethea… —llamó con un tono duro, casi acusador.

—Milord… —Ella colocó una sonrisa forzada.

—Mi hermano está muy feliz por casarse con usted. Espero que sea prudente con él.

—Entiendo a lo que se refiere.

—No, no lo entiende. Si usted daña a Richard, puede considerarse como muerta y no en el sentido figurado, sino literal. Soy protector con mi hermano.

Una sonrisa un tanto soberbia escapó de los labios de Alethea.

—Me temo que está tratando con la persona equivocada. No me asusto con tonterías. Veremos a su excelencia, le gusta que su hermano lance amenazas vacías. Además, no le tengo miedo a un delincuente. Sé quién es usted y a lo que se dedica.

Adrian quiso morderse la lengua. Ella no era la excéntrica paloma que imaginaba, su lengua era mucho más filosa que lo que creía.

—Empezamos con el pie incorrecto, milady. Solo quería probar si estaba convencida de casarse con alguien con pésima salud.

—¿Usted es amigo o enemigo de su hermano?

—Soy un hombre preocupado por él. Pese a ser menor, lo he cuidado de todo, hasta de los disgustos que mi nombre pueda traerle. Owen me conoce mejor que nadie y gracias a mi ayuda está con su esposa. De no ser por mí, la hubiese perdido.

—Esa historia es cierta, lo reconozco. Créame, cuidaré el corazón del duque, porque él es quien más me comprende y en estos años, esperándome, me ha demostrado que he sido más importante para él de lo que otras personas me han considerado a lo largo de mi vida. Mi padre fue el último que me amo por mí misma…

Sus sentimientos de facinerosos se rompieron en ese momento. No debió abordarla de esa forma. Ella y su hermano eran tal para cual, no tenía mucho que hacer ahí, ni siquiera para pretender acostarse con la joven como un favor que, en realidad, era más para llenar su ego de hombre que para ayudar a Richard.

—Me hace sentir culpable, pero debía hacerlo. Pensé que se asustaría con mi amenaza, con mi reputación…

—Owen dijo que, si usted estaba vestido con una prenda que no usaba desde hace años, podía considerarlo tan manso como una liebre. Entiendo el cariño entre hermanos, a veces siento que amo a las mías, pero después me muestran los dientes y lo olvido.

Él sonrió. Sus palabras eran tan vagas, pero cargadas de algún tipo de enseñanza. No podía dejar de mirarla, ella era todo lo que alguien desearía, era maldad, perfección, vulnerabilidad. Richard era demasiado afortunado para arriesgar todo por una noche con ella.

—Ese no parece ser mi amigo, sino mi enemigo. Debía proteger mi mal nombre.

—Debería conversar con él para que no le dé una buena imagen… Con permiso…

Alethea hizo una reverencia y siguió su camino. Fue hasta su prometido y lo cogió del brazo con confianza. Adrian la miraba sin perder detalle de ella, se veía tan segura a su lado. De repente, sentía que lo corroía la envidia.

—La vi conversando con mi hermano —dijo Richard prestándole toda la atención.

—Necesita mejorar sus habilidades de comunicación. Ha intentado mostrar los dientes como un perro, pero los escondió cuando le mostré los míos.

Richard no pudo evitar una ligera y elegante carcajada ante lo que había dicho su prometida. Era evidente que Adrian, al no conseguir su cometido, por un lado, lo haría por otro, y nunca sería por el lado amable, si no sería a través de lo único que sabía hacer: amenazar.

—No lo tome en serio. Adrian es un poco sobreprotector, al igual que mi madre.

—Con ella tengo una conversación pendiente sobre su salud.

—No haga caso a las incoherencias que puede oír por su parte. Es casi como oír al mismo Adrian, pero con palabras aterciopeladas. La manzana no cae muy lejos del árbol.

Conversaron un poco más hasta que pasaron a la mesa de la cena. Ahí, la duquesa fue quien escogió quién llevaría a quién y solo hizo su pequeña maldad para juntar a Adeleine con Adrian.

Para Adrian, ser civilizado se estaba convirtiendo en una odisea, mientras él iba acompañado de Adeleine, su hermano se llevaba la mejor parte del brazo de su brillante prometida. Suspiraba de cansancio al saber que, quizá jamás encontraría a una mujer que igualara la belleza y el encanto de lady Alethea Hess.

Primero se sirvió el plato de entrada que era para comenzar las conversaciones previas a la verdadera cena en la que Richard diría sus palabras oficiales. Disfrutaban de una velada que era agradable. La duquesa viuda era la que conducía los temas de conversación para mantenerlas en un rango atractivo tanto para hombres como para mujeres. Era una excelente anfitriona y esa era la razón por la que Richard había confiado en ella para este compromiso.

—Damas y caballeros… —pronunció Richard que se puso de pie y extendió su mano hacia Alethea que estaba sentada cerca de él.

Los ojos de Alethea miraban a su alrededor con un poco de vergüenza, pero era por la atención que recibía. No estaba acostumbrada a nada de eso, sino más bien a pasar desapercibida; sin embargo, debía acostumbrarse a que esa noche ella era la protagonista en compañía de Richard. Cogió su mano y esperó a que él hablara.

—Estamos aquí reunidos para celebrar nuestro compromiso. Milady y yo estamos felices con la presencia de nuestras familias. Sé que todos tienen dudas, pero ante eso, quiero aclarar que, mi hermano, Adrian, ha prometido cuidar de todo lo que yo amo, eso incluye a lady Alethea. Nunca quedará desamparada si algo me llegara a ocurrir. Pasando a cosas más agradables, con este anillo, quiero sellar el compromiso y la unión de nuestras familias. Como todos sabemos, aquí no solo se juntan personas, si no se hacen fortunas. Será un placer para nosotros unirnos a la gran familia que ha formado lord Cholmondeley…

El duque colocó el anillo en el dedo de Alethea y después comenzaron los aplausos. Los dos tenían sonrisas nerviosas y las

mejillas sonrojadas. Alethea no dejaba de mirar esa joya que era tan hermosa y especial que no quería quitársela jamás.

—Brindemos por la próxima unión —expresó Daniel levantando su copa.

Puesto que todos en la mesa lo hacían, Adrian también, pese a no estar tan de acuerdo con las palabras de su hermano. Lo había comprometido a cuidar de su mujer y eso era algo que podía ponerlo muy nervioso, era como poner al lobo a custodiar el gallinero. Él parecía hacerlo a propósito, como si quisiera condenarlo.

—¡Salud! —exclamaron todos al unísono, mientras chocaban sus copas entre ellos.

—Después el duque y yo discutiremos la fecha de la boda. Es algo que necesitamos hacer los caballeros de las familias… —alegó Daniel—. ¿Su hermano puede acompañarnos, excelencia?

—Adrian siempre puede, es mi mano derecha…

Este parecía hundirse aún más en la miseria esa noche. Las obligaciones no deseadas en las que su hermano lo estaba metiendo eran un problema para él, puesto que hasta había pensado eliminar a la prometida de aquel. Parecía leer su mente y, a medida que peores pensamientos tenía, mayor era su castigo para honrarlo.

Para el momento del postre, Owen lo miraba con los ojos más burlones que podía poner. Quería ahorcarlo y decirle que sin él hubiese perdido a su maravillosa lady Hannah. Ahí estaba con el rostro de tonto, burlándose de que lo pondrían como un encargado de algo maquiavélico.

—Deberías pensar si eres el hermano del duque o su sirviente, Johnny —pronunció lord Stern que se colocó a su lado.

—Y tú deberías intentar pensar por tu cuenta y no como tu esposa que, se nota que lleva los pantalones en tu casa.

—Oye, Johnny, ¿no estás feliz con tu futura cuñada? Es un pequeño demonio. Tu hermano no la conoce, pero es evidente que está cegado por el encanto Hess. Son como sirenas que atraen con su belleza, pero una vez que te tienen entre sus garras, no puedes escapar porque muestran su verdadera cara.

—Sin que se una a mi familia, ya me ha demostrado que lidiar con ella puede ser una batalla campal. No se queda callada ante nada y decir que puede llegar a ser una joven obediente, es mejor que me lo quite de la cabeza.

—Tú sí sabes leer a Alethea. Desde que la conozco hace tres años, no ha sido más que una niña caprichosa, maliciosa y solitaria. No hay que sacarle los ojos de encima, así como lo haces tú.

—¿Qué demonios insinúas, maldito demente?

—Nada. Que tus ojos se desvían con demasiada frecuencia hacia la prometida de tu hermano. Esa es una mujer prohibida, aunque todos sabemos que, mientras más prohibida sea la fruta, su sabor será mejor.

—No es atracción. La estudio para saber si merece ser comida de peces.

—Ella es un veneno. No sirve de comida ni de carnada. Tendrás aquí a alguien que, si no sabes tratarla, te pondrá en tu lugar y convertirá tu vida en un gran infierno.

—Como si lo fuese, no puedo volver de ese infierno, igualmente.

—No, tú me indicas que arderás con gusto entre sus manos. Solo un condenado, puede distinguir a otro que pronto terminará de la misma manera. Tu hermano ya está ahí y no hay salida, depende

de ti, no caer y no traicionar. Vamos a la reunión, a Daniel no le gusta la espera.

Él tuvo que acompañar a Owen hasta otro salón que era exclusivo para visitas masculinas. Ese lugar estaba lleno de whisky y cigarros para ellos. El ambiente perfecto para que nunca quisieran salir de ahí.

—El duque es un hombre que sabe tratar muy bien a sus invitados —declaró Daniel pasando uno de los cigarros por debajo de su nariz.

—Todo lo mejor para mi futura familia. Quiero que conozcan mejor a Adrian… —habló Richard que tocó el hombro de su hermano.

—Sí, el más conocido como el cuidador del Támesis, es el que alimenta a los peces con ayudas de cámara —replicó lord Cholmondeley mirándolo de pies a cabeza.

—Ese es el negocio de Adrian y yo no me opongo. Las cosas que él haga están respaldadas por mí.

—Richard, no necesitas tratar de ensuciarte para encajar con lord Cholmondeley, alguien que prefiere a lo más sucio y podrido de la sociedad para armar su propio negocio de intimidación.

Capítulo 13

Daniel sonrió.

—¿Qué veo aquí? ¿Celos de que forme un equipo familiar con grandes talentos? No estamos en el mismo negocio, milord, porque nosotros lo hacemos todos bajo la ley. ¿No es así, señor Sinclair?

—Por supuesto, lord Cholmondeley… —secundó el letrado.

—Pequeñas diferencias, nada muy destacable. Quiero que sepan que mi hermano no está solo y que, para cualquier cosa, lo respaldaré.

—Eso es exactamente lo que espero de ti, Adrian. Aquí no solo uniremos a milady conmigo. Estuve conversando sobre un negocio interesante. Como eres mi sucesor aparente, necesitas saber todo lo que yo haga…

—Ahora que te vas a casar lo más seguro es que no lo sea.

—O que sí lo sea con más certeza —opinó Edwin dejando que sus pensamientos se escaparan.

—En eso tiene razón, su señoría, parece más certero que antes. Pese a que él no quiere asumir ciertas responsabilidades que le he dado, sé que será un sucesor excelente de llegar a mi lugar.

—Hablas de más tonterías que de negocios —se quejó Adrian para que hablaran de otra cosa. La mortalidad comenzaba a ponerlo nervioso. Se sirvió una copa de whisky, que lord Stern le arrebató antes de que mojara sus labios. Era evidente que aquel estaba buscando probar su paciencia y eso que él era de mecha corta en lo que a eso respectaba. Sin decir nada cargó otro y esta vez se aferró a su copa, si Owen volvía a acercarse, le arrojaría el líquido en los pantalones para que aprendiera.

Richard se explayó sobre el negocio principal después del secundario que claramente el matrimonio. Adrian oía con atención y comprendía que había mucho dinero en juego. Esta era una unión demasiado ventajosa para el ducado al igual para lord Cholmondeley que parecía tan atento como una mosca sobre el queso de la mesa del tentempié.

Cuando escuchó el valor de la dote, Adrian quiso escupir su bebida. Todos los cuñados habían contribuido en el aumento considerable de la dote de la que antes era una familia que había quedado en la ruina después de la muerte del patriarca. Estaba impresionado por lo que habían hecho. Richard no perdía el tiempo solo con querer casarse y hacer negocios, con gran simpleza se había burlado de todos lo que estaban pendientes de la última cuñada de lord Cholmondeley. Debía halagar la estrategia de su hermano, hacía como si él no estuviese cerca de la muerte.

A medida que lo miraba y escuchaba, no creía que fuese incapaz de llevar un matrimonio. Él era perfecto, al igual que su prometida, eran tal para cual, dos dementes que se habían encontrado. Adrian no tenía mucho que hacer ahí creyendo que podría ocupar un lugar que nunca sería suyo. Lo amaba y haría cualquier cosa por su hermano mayor.

Mientras los caballeros conversaban, las damas estaban en un lugar, sentadas, al menos la mayoría, porque Alethea no quería estar junto a lady Adeleine, sentía que ya había escuchado suficiente a esa mujer.

—¿No te gusta la competencia? —curioseó Penélope que se acercó a Alethea con una copa de jerez en la mano.

—Si hubiese competencia estaría preparada, Penélope —correspondió dándole un sorbo a su bebida.

—Tu futura… no sé cómo referirme a ella, ¿será pariente o no?

—¿Esa yegua? Oh, con los años has perdido un poco de agilidad mental para considerar a esa jovencita como competencia para mí.

—Es evidente que tendrás que ponerla en su lugar. No deja de hablar de tu futuro cuñado, el delincuente. No creo que nadie, por más indecente que sea, merezca a alguien con su tanto poco cerebro.

—Puede comerse a mi futuro cuñado, siempre y cuando eso no me afecte.

—Pues deberías mantener contento al hermano de tu prometido, porque si lo tienes de tu lado y si tu esposo muere, él saldrá en tu defensa. Si se casa con esta yegua, tendrás muchos problemas.

—Debo pensar mis estrategias. No me agrada el hermano del duque porque me ha atacado antes de saludarme con gracia. Desconfío de que él mismo pueda confabularse contra él.

—¿Crees que sería capaz de matarlo por quedarse con el título?

—Por supuesto. Es un hombre facineroso, de la vida clandestina. Este no tiene consideración ni siquiera con su madre, Penélope. No podemos fiarnos de él.

—Pero Owen dijo que es una buena persona.

—Tu fuente es Owen, que es solo comparable a lord Stanley en la nula credibilidad de sus palabras.

—Tal vez tengas razón, pero este hombre no se ve tan malvado como el mismo hermano de Owen.

—No me hagas desconfiar de mis instintos. Mantendré todo en vigilancia. —La joven levantó su anillo y lo observó. Aquello simbolizaba mucho más que un compromiso, era un nuevo comienzo, en donde ella importaba y no era una más del montón.

No extrañaría su vida tal como la conocía, prefería pensar en lo nuevo que estaba construyendo con la aceptación del duque. Cuando desvió la mirada de su sortija, se fijó en que Adeleine la estaba mirando y no con los ojos de una hermana, sino con la envidia afilada en el cristal de sus astros. Si vivía en esa casa, tendría que ocuparse de un par de cosas y una de esas era deshacerse de ella de alguna manera. Tendría que volverse tan fría y pensante como Daniel, si quería paz en su vida. Si algo había aprendido y emulado todos esos años, era la pasividad de su cuñado para tomar decisiones y acabar con todo de raíz.

Adeleine no podía dejar de mirar a Alethea y ser consumida por la envidia, no solo porque había obtenido un compromiso con Richard, sino porque también parecía tener a Adrian demasiado interesado en ella. Había cruzado más palabras con esa mujer en una noche más que con ella en todos los años que llevaban conociéndose. La prometida del duque parecía demasiado encantadora para todo el mundo, menos para su persona. Lo único que quería era que Richard se muriera y de esa manera librarse de esa mujer, ya que si lograba convertirse en duquesa intentaría aplastarla, lo notaba en su porte.

***

Después de que los caballeros regresaran al salón, Richard se acercó a Alethea con una sonrisa.

—¿Ha terminado la negociación, su excelencia? Si estuvo reunido tanto tiempo con mi cuñado, estoy segura de que lo hizo sudar —comentó Alethea con suficiencia.

—En realidad quien lo hizo sudar fui yo. He visto los grandes colmillos que tiene lord Cholmondeley, y lejos de desagradarme, me gusta que sea un lobo en los negocios.

—¿Usted cree que le agrada a mi cuñado?

—No del todo, pero soy tolerable en la mayor parte del tiempo. Puedo ganarme su corazón tal como gané su bolsillo. Ahora, ¿me concedería una pieza para impresionar a los presentes?

—Por supuesto…

Los dos fueron al centro del salón y la persona encargada del pianoforte comenzó la ejecución de una pieza para que pudiesen encantar al resto de los asistentes.

A la par que ambos bailaban en silencio, Alethea parecía estar en un sueño agradable del que no quería despertar. En esos días había dejado de lado a sus amigos muertos para centrarse en el futuro, en la vida, pero tarde o temprano retornaría a ellos.

—¿Le gustaría ir a Cheshire? Quisiera enseñarle mi estudio, en el que me encargo de los animalitos —mencionó con un poco de sonrojo en las mejillas.

—Me encantaría conocer eso. Lord Cholmondeley me ha dicho que tiene animales exóticos de otro continente.

—Sí, son caimanes hambrientos…

—Me gusta, tal vez llevemos a Adeleine y la perdamos en la propiedad. Podríamos decir que fue un asunto desafortunado.

Ella no pudo contener la risa que se le escapó.

—Hasta en eso somos tan parecidos…

—Tengo mucho parecido a mi hermano, pero a él le gustan los peces.

Los demás observaban la química que burbujeaba entre ellos. Adrian seguía estudiando a su futura cuñada y no encontraba un solo defecto, por más que se hubiesen amenazado mutuamente. Eran compatibles en ese aspecto, aunque también notaba que

Richard no le resultaba indiferente. Sabía que como hermanos casi tenían el mismo humor por haber sido criados bajo ese techo, eran demasiado parecidos y estaba seguro de que él podría arrebatarle tantas sonrisas a esa mujer como el duque.

A Daniel le llamaba la atención ver a Alethea desenvolverse con tanta soltura como no acostumbraba a hacerlo en la casa de ellos, puesto que ella siempre parecía más retraída, silenciosa y hasta en ocasiones, penitente. Era incómoda notarla detrás de los pilares como si no fuese parte de la familia. Él nunca había deseado hacerle daño, pero con los años aquella niña pequeña que conoció se fue alejando cuando la rechazó. No buscaba ser padre, quería cumplir con su función de tutor y que lograra un matrimonio ventajoso. No sabía cómo ser ni siquiera un hermano, porque había salido de un nido de víboras en donde no había recibido cariño fraternal. Con el tiempo, logró ablandar su corazón, aunque fue tarde para acercarse a Alethea, por eso no quería cometer el mismo error con Ava, por más que esta última no necesitara otra figura más porque tenía la propia. Odiaba tener sentimientos y sentirse conmovido por sus cuñadas, solo quería llegar hasta el punto de la preocupación.

Cuando ellos terminaron el baile, fueron hacia el jardín, dejando a los demás disfrutando de las habilidades del pianista. Bailaban piezas menos relajadas y más divertidas y lo hacían en grupo.

—¿No deberíamos sentarnos? —preguntó Alethea que estaba caminando de su brazo.

—Todavía me sobra fuerza para la noche. Los ataques no me dan todo el tiempo, pero cuando lo hacen son casi devastadores.

—¿Cree que no saldrá de alguno de ellos?

—Sí, en cualquier momento.

—He leído mucho y sé que en Francia hay médicos que experimentan con enfermedades hasta encontrar la cura. Quizá

usted pueda tener la oportunidad de buscar a un hombre francés que pueda curarlo.

—Los médicos de aquí ya me daban muerto hace tiempo. Cada vez que me ven por el mismo problema dicen que debería rendirme, no lo dicen con palabras, pero lo veo en sus ojos.

—Pues yo tengo fe de que se puede y más si nos casamos. ¿No quiere intentar vivir más?

—No lo sé. A veces estoy cansado, pero con usted cerca creo que puede que la esperanza no esté del todo perdida.

Alethea se colocó frente a él y le sonrió.

—Le enseñaré a abrir lagartijas. Las incisiones no son difíciles…

Él le correspondió y alzó su mano para rozar su mejilla.

—Qué encantador suena eso. ¿Puedo besarla? Le prometo que eso no me matará, no debe preocuparse por eso.

—Nunca me han besado…

—Seré amable. Créame, llevo mucho tiempo sin acercarme a una dama, y la última vez que lo hice no fue la que me sentenció a ser lo que hoy en día soy…

Él levantó el mentón de la joven. Pegó sus labios a los de Alethea, haciendo que ella cerrara sus ojos para sentir el contacto.

En ese instante, algo se encendió dentro de Alethea y se parecía mucho al entusiasmo. Con sus dos manos lo cogió de su frac para acercarlo más a ella, puesto que Richard parecía ser consumido por la timidez, y Alethea le tenía miedo a la timidez. Lo hizo reaccionar con eso para que se animara a más y lo había conseguido. Con una de sus manos, el duque la acercó a él por la cintura y profundizó el beso sin reservas.

Los dos se perdieron en aquel acercamiento tan íntimo que ninguno quería dejar de vivir ese momento de conexión natural.

Alethea sentía que su matrimonio sería más que conveniente, puesto que con esas sensaciones que recorrían su cuerpo, podía imaginar viviendo como sus hermanas, cosa que antes se había negado a hacer por no creer que conseguiría un matrimonio igual, pero se daba cuenta de que el límite estaba solo en su mente, sin eso podría disfrutar de su vida de casada y de sus animales disecados. Con el duque, la vida parecía un reto, aunque estaba dispuesta a soportar con tal de conocer todo lo que ese caballero escondía en su corazón.

Capítulo 14

Después de que se separaran para tomar un poco de aire, Richard se tambaleó un poco al alejarse.

—Eso ha sido intenso, milady —dijo con una inclinación de cabeza antes de coger la mano de ella para dejar un beso.

—Creo que nos esperan instantes más intensos en el futuro, su excelencia.

—Podríamos comenzar a llamarnos por nuestros nombres…

—Eso me gustaría. ¿Habló con mi cuñado de la fecha?

—Sí, será en tres meses. Como es la boda de un duque, deberá invertirse mucho tiempo en la planificación, si no le incomoda, su madre y la mía pueden pensar por los dos. Le mandaré hacer un conjunto de joyas para ese día, uno que representará nuestro inicio. Quiero que seamos diferentes a lo que conocemos como vida.

—También deseo algo distinto, un lugar en el que me quieran, aprecien y escuchen.

—Para mí, usted siempre será lo más importante. Nadie podría tener un papel más preponderante en este mundo para mí que la mujer que escogí para estar a mi lado.

—A lord Cholmondeley no le gusta la cursilería cuando no es la suya dirigida a Mildred. Me agrada pensar que tendré a mi propio caballero que me dirá cuánto significo para él.

—De mis labios lo oirá todos los días hasta ganarme su amor, Alethea. Si hay algo en el mundo que quiero hacer aparte de cabalgar es amar, y sepa que esto último es más probable que lo primero.

—Conmigo será un hombre de ciencia. Le aseguro que podremos encontrar una solución para que haga lo que más guste.

Regresaron al salón para acompañar al resto. Era evidente que todos notaban que ellos regresaron con los labios rojos y el rostro sospechoso.

Daniel alzó una ceja ante lo que ocurría en sus narices. Sus cuñados se habían destacado por andar besando a sus cuñadas y este hombre no era la excepción. Era un enfermo con muchas ganas de superar los límites.

Para cuando la velada terminó y la familia Hess se retiró, Adrian se sentó junto a Richard en el salón. Estaban exhaustos. Notaba la respiración dificultosa de su hermano.

—Ella es demasiado hermosa para su bien. Es de esas sirenas que te arrastran hasta el fondo del mar… —dijo Adrian que bebió un poco de una de las copas de whisky que había pertenecido a alguien.

—Vi cómo la mirabas, Adrian. Ahora deseas quedarte con mi puesto, y lo entiendo, tal vez si estuviese en tu lugar desearía hacer lo mismo.

—Dices tonterías. Es especial, pero no es más que tú. Además, debo confesar que no podría cuidarla en el futuro, porque he visto el rostro de tu verdugo.

—Si no quieres hacerlo, no me quedará más remedio que sobrevivir para hacerlo yo. Estos tres meses hasta nuestro matrimonio se me harán eternos.

—Son tres meses que todavía te veré con vida. ¿Has considerado que un minuto de placer es riesgoso para ti?

—¿Tú no correrías el mismo riesgo al conocer a Alethea?

—Esa pregunta es injusta e insidiosa, una verdadera trampa.

—Y sin responder has caído. Moriré en la gloria, con la mujer que deseaba. Es una muerte digna y honorable.

—No tengo mucho que acotar a eso, sería absurdo. Todos queremos perecer de esa forma tan deseable.

—Esta felicidad es inmensa, ¿cuánto crees que durará?

—El tiempo que tú mantengas el látigo en la funda.

—Debo intentar tener mis propios hijos para evitar tu sacrificio.

—Ya no sé si quiero ayudarte en el futuro.

—Mientras no quieras hacerle tú el hijo a mi esposa, puedes seguir siendo mi hermano para siempre. Considero que eso jamás estará en nuestra mesa de discusión. Iré a descansar. Tú también hazlo, te viene bien un descanso de tanta locura de tus noches. Esta ha sido una de las menos locas, pero por una buena razón.

—Me quedaré en mi habitación. Si quieres puedo acompañarte a la tuya.

—No quiero que me asfixies con la almohada.

Los dos rieron y Richard fue escaleras arriba. Adrian subió sus piernas a una mesita de centro y las cruzó. Sorbía su bebida con lentitud y pensaba en todo lo que había ocurrido esa noche. Su hermano no era tonto, con lo que le dijo, le dejó claro que su prometida era una muralla que él no podía pasar, por lo que la idea de acostarse con ella ni siquiera estaba en discusión. Era una mujer prohibida a la que solo podía considerar como cuñada.

Raymond fue detrás de su amo para ayudarlo a cambiarse. Ricard entró a su habitación y dejó a su ayuda de cámara hacer lo que debería.

—Déjeme felicitarlo, excelencia. Su prometida es una gran dama y su familia son personas interesantes.

—Sí, son una gran familia a la que debemos acostumbrarnos. En tres meses estaremos casados.

—Oh, excelencia, qué buena noticia. Espero que milord no intente alguna idea descabellada.

—Créeme que se pondrá creativo y tendrá un cómplice dispuesto a cooperar: mi madre. Sabes que no pueden dejarme tranquilo con la sobreprotección, soy un caballero de edad, hasta podríamos decir, avanzada. Me considero más cuerdo que ellos. Deberán aprender a aceptar mis decisiones, sean o no justas.

—No creo que ellos acepten nada, y más cuando se trata de usted.

—Es cierto, pero nunca es tarde para aprender a respetar las decisiones de otras personas.

—A su madre le daría un desmayo si lo oyera hablar así.

—Cuando sepa que quiero tener al menos un hijo, perderá la poca cordura que aún le queda. Pienso en ser feliz con Alethea, hasta he pensado en buscar a un médico francés como sugirió ella. Comienzo por pensar que los ingleses no están del todo preparados para las enfermedades raras.

—Es bueno buscar otras opiniones. Quizá consiga alternativas de tratamientos que no sean estos jarabes y tés que, si bien han ayudado, no lo curan.

—Alethea ha traído esperanza a mi vida, Raymond. Sé que dije que no deseaba estirar más mi vida, pero después de probar sus labios, quiero aferrarme a esto lo más que se pueda.

***

Alethea no dejaba de mirar su anillo al igual que Sarah y Diana. Las tres parecían querer robarle la vida a esa joya.

—Usted ha tenido más suerte de lo que toda esta familia ha pensado a lo largo de los años —dijo Sarah, sonriente.

—Ellos no pensaban que siquiera tuviese una propuesta. Simplemente, he ganado esta guerra de egos. Fue la suerte de la rebeldía. Si hubiese seguido las aburridas instrucciones de la señorita Carlington, ahora estaría desesperada buscando un esposo que me tolerase; sin embargo, tengo a un prometido que no hace más que bajarme el cielo.

—Siempre y cuando él no vaya personalmente a traerle alguna estrella del firmamento, puede seguir regodeándose de él —afirmó Diana con la preocupación tiñendo sus palabras.

La joven también pensó en eso, pues había probado los labios de ese hombre y no estaba tan segura de poder asumir su muerte. La de su padre le había llevado años de sufrimiento y, dentro de todo, suponía que ese dolor seguía en el fondo, truncando sus relaciones con su cuñado por no poder entender el tipo de relación que tenían. Era caprichosa y había esperado mucho más de lo que la vida le había otorgado. Esperaba que Richard durara mucho tiempo, porque no sabía cómo sería su reacción si se encariñaba con él.

—Confío en que vivirá mucho tiempo, Diana. Te pareces a mi madre con ese miedo sin fundamento. Más parece que quieres matar a mi prometido por envidia.

—No, no, milady. Lo que más quiero es que sea feliz. Con ese anillo, el duque debe respetarla demasiado.

—Con un beso me ha demostrado lo interesado que está en esta relación, el amor es algo a lo que puedo aspirar con este hombre y eso no lo había considerado antes. Estaba más interesada en sacar tripas.

—En tres meses será una mujer casada y eso es lo importante. Será un detalle insignificante mantener a ese hombre con vida —resaltó Sarah con una sonrisa complaciente.

Ella sabía que las doncellas eran tan venenosas como su cuñado. Aún no se había enfrentado a las palabras del ayuda de cámara de Daniel, porque en este momento aquel debía estar dándole detalles de la noche para hacerse una idea.

Al momento de dormir, Alethea no podía hacerlo porque cada vez que cerraba sus ojos y estaba a punto de dejarse llevar por los brazos de Morfeo, las imágenes del beso que compartieron ella y Richard no dejaba de atormentarla de alguna u otra manera, porque era un tormento desear repetir eso. Debía esperar varios meses por saber qué más le esperaba.

En medio de sus sueños, estaba en compañía del duque cerca del estanque de los caimanes en Cheshire. Cabalgaban sonriendo y bromeando mientras jugaban a competir. Alethea no podía sentirse más plena al verlo feliz. Esa sensación de felicidad le recorría el pecho de una manera incomprensible, parecía que lo estaba viviendo. No obstante, ese instante se vio interrumpido por una caída de Richard. Su caballo lo había tirado. Ella no dudó en saltar de su caballo hacia él para intentar quitarle el pañuelo lazado del cuello. No podía hacerlo, sus manos temblaban para su horror.

—Alethea… —pronunció el duque en su sueño—. Lo lamento.

—¡Richard! ¡Richard! —exclamó al verlo cerrar los ojos. Golpeó su pecho varias veces para que él reaccionara, pero no lo hacía.

Despertó en medio de un grito de desesperación. Ella no sabía en donde estaba, solo veía todo oscuro. La puerta se abrió con presteza y ahí estaba su cuñado, con su camisón hasta los tobillos, su gorra, una lámpara en la mano izquierda y un arma en la derecha.

—¿Estás bien? —Daniel corrió la cortina para mirar hacia la calle por si alguien había entrado de alguna manera, quería atraparlo en la huida.

Se tapó la cara con ambas manos y se dio cuenta de que todo había sido un sueño y que estaba en casa de la familia en Londres.

—¿Qué haces con un arma?

—Emparentaremos con un delincuente. Será hermano de un duque, pero no deja de ser un facineroso. Es el segundo, por lo que no puede sorprendernos que con esas dos características quisiese hacerle algo malo a su propio hermano. Debemos estar preparados para la familia política, este paquete es complejo. Si nadie entró para hacerte daño, ¿por qué estabas gritando?

—Solo tuve una pesadilla.

—¿Todo está bien? Se me perdieron los zapatos… —dijo Mildred que tenía un zapato de su esposo y el otro de ella.

—Sí, tu hermana quiso jugar a las pesadillas y nos hizo despertar en plena madrugada con sus gritos.

—Es que fue tan real. Puedo describir a tus caimanes asoleándose al borde del estanque… no parecía un simple sueño —confesó.

Mildred se sentó junto a su hermana y le tomó una mano.

—Lamento no haberte atendido mejor en tu infancia. No es justo que ahora, a esta edad tengas pesadillas si nunca las habías tenido —musitó Mildred con la mirada cansada y desconsolada.

—En todo caso no es culpa tuya, Mildred, no eres mi madre. La atención debió venir de ella, pero estaba más ocupada estudiando leyes… Es un decir que estaba más interesada en el letrado que en

las necesidades de sus hijas o al menos de la última. Parece haber superado la muerte de nuestro padre.

—¿La resientes?

—Tal vez, en ocasiones, cuando ni yo misma me soporto. Buscar consuelo en mi propia conciencia es un despropósito.

—Apoyo esto. Ahora, vámonos a dormir, Mildred. Hemos sido interrumpidos por nada. Y tú, Alethea, procura no molestar a nadie con gritos en la madrugada, asustas a la gente que quiere descansar. Debo hacer muchos arreglos para el futuro matrimonio en tres meses.

—¿Lo haremos en Autum Hall?

—Eso dependerá del duque. Me ha dicho que tiene demasiadas propiedades que pueden encajar con una boda lujosa.

—Lo invité a Autum Hall para que conociese nuestra casa.

—Ahora entiendo lo del sueño con los caimanes. Duerme, cuando el sol esté arriba conversaremos sobre cualquier asunto.

Capítulo 15

Días después…

Richard se estaba preparando para partir hacia Cheshire, en donde pasaría un mes entero conociendo a su prometida y su familia. Le dijo a su madre que se quedara en Londres, por ningún motivo deseaba tener a Adeleine rondando por los pasillos de la residencia de lord Cholmondeley, exigiendo atención o alucinando con que se casaría con Adrian. No, no estaba listo para eso, no contaba con la paciencia suficiente para soportar a alguien que, si bien quería salvar su futuro, no le agradaba ni para él ni para su hermano.

—Adeleine y yo podemos acompañarte, querido —pronunció la duquesa con nerviosismo mientras se apretaba los dedos.

—Será la primera vez en la que esté solo en un lugar, madre. No lo arruinará usted con su secuaz. Debería estar contenta conmigo por conseguir una prometida tan valiosa como milady.

—Oh, cariño, por supuesto que estoy feliz con tu prometida, me parece tan encantadora, pero no sé si ella está capacitada para el cuidado de alguien de tu condición.

—Para eso nadie está capacitado, ni siquiera usted, madre. Le he dicho que quiero correr mis riesgos.

—Tú y yo nunca nos hemos separado por tanto tiempo…

—Debería acostumbrarse y no solo porque me casaré, sino porque puedo morir en el trayecto.

La mujer cerró los ojos con verdadera tristeza al imaginar la vida sin su amado Richard.

—Raymond, hazle entrar en razón para que me lleve con él… —pidió la duquesa al ayuda de cámara que iba detrás de aquel.

—Lo lamento, su excelencia, pero con suerte me está llevando y es mucho más de lo que usted y yo hubiésemos esperado. Prometo cuidar de él en todo lo que esté a mi alcance. Me ocupé de su padre y ahora del actual duque.

—Dile que no vaya junto a los animales exóticos de lord Cholmondeley, Richard no podrá correr para huir, no lo dejes subir a un caballo, que use botas altas para ir a una corta y breve caminata por el campo. No olvides la sombrilla para su piel, no queremos que se vea moreno o curtido por el sol, dañándose por la crueldad del calor.

—Madre, soy un adulto de treinta años. Debería dejarme tranquilo.

—¡La capa! La más abrigada, ¿la está llevando? Un resfriado puede ser mortal…

—Por supuesto que sí, excelencia. Estoy llevando todo eso. Me ocuparé.

Antes de salir del jardín de la residencia, Richard vio a Adrian llegar sobre el lomo de un caballo. Aquel se veía sano e imponente. Si él llegase a hacer algo semejante, no lo llegaría a contar.

—No te irás sin hablar conmigo primero. —Esas fueron las primeras palabras de Adrian que se apresuró—. Para mí es difícil despertar tan temprano, esto es un verdadero esfuerzo y se debe a la preocupación por ti.

—No sé si es preocupación por mí o por mi prometida, Adrian. De todas formas, me despediré de ti y te veré en un mes.

—Tú me preocupas. Nunca has ido sin nosotros a ningún lugar.

—Puedo hacerlo…

—Raymond, espero que se sigan sin confeccionar trajes de montar para él —musitó Adrian.

—Sí, milord. Su excelencia no tiene trajes de montar.

Richard rodó los ojos por la molestia. Nunca se había sentido tan invadido. Sabía cómo eran su madre y su hermano, pero en esta ocasión, al verlo independizarse, no podían ocultar su locura al menos detrás de la educación con palabras como: «buen viaje».

—También creo que debería verlo su médico primero y ver si lleva todo lo que el boticario le ha preparado.

—Adrian…

—Deben parar al menos unas diez veces para que su sangre circule correctamente y al verlo agitarse…

—¡Es suficiente! —exclamó Richard que no solo tenía el vaso lleno de su paciencia, sino que estaba rebosando—. Si me voy a morir que así sea. ¡Déjenme vivir!

Sin decir otra palabra más subió al carruaje y después lo siguió Raymond. Antes de que el cochero cerrara la portezuela, el duque lo hizo con rabia.

—Si algo te ocurre, me ocuparé de que esa mujercita no sea feliz en esta vida y quizá en la siguiente —advirtió su hermano, pero Richard parecía no querer escucharlo, corrió la cortina para no volver a ver su cara.

Vio como el carruaje si iba y se quedó en la vereda a observar. Suspiró con enfado, pero no entró a la casa, no quería tener que hablar con su madre sin Richard como mediador.

Dentro del coche, Richard miró a Raymond que evitaba la mirada del duque.

—¿Trajiste esa capa? —indagó.

—No, excelencia. Lo dije para que su madre se tranquilizara.

—¿Y los trajes de montar?

—Usted no monta, por lo que está mejor así. No me obligue a reprenderlo por pensar en poner su vida en peligro.

—Montaré contigo o sin ti y no importan los impedimentos que me pongan. Quiero recordar lo que se siente estar vivo y sé que con Alethea lo lograré.

—Vivo por poco tiempo. ¿No ha escuchado la historia de la familia de su padre?

—Sí, la he oído.

—¿Y no ha reflexionado al respecto?

—Sí, claro. He reflexionado sobre que merezco divertirme como cualquier persona. ¿Para qué vivir rodeado en un capullo de algodón? Esto no es vida. Siento que todos quieren controlarme, también tú, mi sirviente.

—Soy más que un sirviente, soy su cuidador, la persona que tiene en sus manos la responsabilidad de mantenerlo con vida por más tiempo, excelencia. Como cuidé a su padre, lo haré con usted. Puede enfadarse, darme la espalda, despedirme, pero estaré ahí siempre.

—Eso me agrada de ti, tu fidelidad; sin embargo, no sé a qué dios sirve, si al mío o al de mi madre y al de Adrian.

—Al mío que está muy cerca de emparentarse con el de su familia. Ellos tienen muchas razones para cuidarlo, solo usted piensa

que exageran.

—Sé que me quieren, pero ellos me están matando más rápido que mi condición. Sé que desean que me quede a su lado para siempre, pero yo necesito crecer.

***

En Cheshire, Alethea miraba por la ventana de su habitación, esperando ver un carruaje distinto al del señor Sinclair o de sus cuñados. Sabía que Daniel le había enviado una carta al duque para que visitara la propiedad y su respuesta fue que en estas fechas estaría llegando.

Estaba encantada con la idea de verlo. En Londres habían podido compartir más cenas en casa de ellos, pero no fueron a más acontecimientos sociales, ninguno estaba interesado en volver a los salones, no les parecía necesario.

Ella ya había colocado su área de trabajo en condiciones para que alguien que no tuviese conocimiento no se hiciera daño. Deseaba ver los ojos de Richard al estudiar cada uno de sus especímenes, ese trabajo de años que tanta gratificación le había dado en medio de su soledad.

—Mira… —dijo Daniel que se acercó a ella. Le mostró una carta.

—¿Qué es eso?

—Una carta de tu futura suegra con instrucciones de cómo cuidar al duque. Esto es algo que nunca he visto antes. Deberíamos cortar el cordón umbilical de este hombre o terminará siendo castrado por su madre.

—¿Dormir temprano? —inquirió la joven que estaba leyendo con detenimiento algunos de los mandatos de la duquesa viuda.

—Eso es lo menos descabellado de todo.

—Oh, ya entiendo —comentó al ver la parte en donde decía que no debía jugar con animales con pelo porque podían hacerle más daño del necesario—. Considero que el duque puede hacerle más daño a un can de lo que el can puede hacerle a él. Una vez aquí, estoy segura de que querrá experimentar muchas cosas.

—Puede experimentar lo que quiera, pero ninguna de esas cosas que está ahí por su seguridad y la nuestra. En qué cosas te metes, Alethea.

—Disculpa, Daniel, pero la suerte escoge a sus beneficiarios y esta vez resultó que yo sí merecía algo bueno después de soportarte por tantos años. Conseguí a un caballero de verdad y es todo lo que merezco.

—Sí, con una familia especial.

—Tú también tienes una familia especial. No puedes quejarte.

—Te estoy advirtiendo, querida. Librarte de esta gente no será algo fácil. Te casarás con el niño mimado de la casa.

—Con el sobreprotegido, Daniel, y no me asusta. Nadie puede asustarme más que tú y tus locuras.

—Te di una familia estable, techo, comida, educación y salud.

—No me diste cariño, pero con lo que dices supongo que es suficiente para la vida.

—Tú no pierdes la oportunidad para echármelo en cara. Algún día entenderás que ha sido difícil para mí entender el concepto de unidad familiar. Fueron más de veinticinco años de vivir como un ermitaño, cuyo amigo era Derek, un adicto a las suripantas, al opio y tal vez con algunos delitos en su haber. ¿Qué crees que aprendí? Con suerte un poco de lealtad. Las cosas buenas llegaron a mi vida con Mildred. Nunca olvidaré su dobladillo sucio y mojado en la alfombra de mi casa en Derbyshire… —Él sonrió con un brillo

especial en los ojos—. Me ha dado más de lo que merecía. Tú crees que eres afortunada, pero yo gané el cielo.

Alethea le tocó el brazo y le dio un apretón. Esa era la muestra máxima de afecto o de asumir algo por parte de un hombre como Daniel. De cierta forma, también había convivido con él para comprender sus pensamientos.

Unas horas después, Humbert entró al espacio personal de Alethea y cerró la puerta tras de sí. La vio con un libro abierto mientras trituraba unas hierbas en un mortero.

—Milady, ha llegado —anunció con agitación.

—¿Ha llegado el duque? ¿Le pasó algo por eso has venido corriendo?

—Sí, ha llegado, pero no le pasa nada. Le gané a Sarah y Diana que querían decírselo primero. —Humbert rio y asintió varias veces con la cabeza.

Alethea dejó de hacer todo lo que tenía pendiente y colgó su delantal para ir a recibir a su prometido. En el camino, vio a las doncellas en un rincón, derrotadas. Ella se arregló el cabello para no parecer tan desarreglada y alisó su falda. Esperaba que no se decepcionara al verla en prendas habituales.

Richard estaba impresionado con la belleza de Autum Hall. El aire que se respiraba en ese lugar era tan distinto al de Londres, que se sentía como nuevo. Él tenía sus propiedades, pero nunca había podido disfrutarlas como debía, pues su familia lo acompañaba y eso hacía que siempre se sintiera asfixiado.

—Su excelencia, sea bienvenido —saludó Daniel acercándose para darle sus respetos.

—Lord Cholmondeley, aún no he entrado y digo que este lugar es maravilloso. Se respira otro aire tan distinto que no logra imaginar

mi comodidad.

—Me alegro. Este lugar lo heredé de la familia Hess. Es hermosa como todo lo que hay dentro.

—¿Y milady?

—¡Aquí estoy! —exclamó desde la parte alta de la escalera de entrada. Su corazón latía con fuerza al verlo ahí—. Pensé que no vendría.

La joven hizo una venia y sonrió.

—Lo que pasa es que mi ayuda de cámara es demasiado precavido. Nos detuvimos demasiadas veces para que mi sangre circulara mejor hacia mi corazón. No viajo con frecuencia. Solo se me permiten caminatas ligeras.

—Me alegro por la precaución de su sirviente que lo mantiene en buen estado. Lo acompañaré para acomodarse.

—Gracias, Alethea.

Al oír el nombre de su cuñada, Daniel alzó las cejas queriendo saber la razón por la que este la tuteaba.

Raymond, en compañía de los sirvientes de la propiedad llevaban los baúles del duque hacia la residencia para poder acomodar sus pertenencias. Aquel ya se había olvidado de eso por estar viendo a su joven prometida.

Al entrar lo recibieron el resto de la familia que estaba ahí. Aquello ya era una imagen diferente, a solo ver a su madre esperándolo siempre con la preocupación reflejada en sus ojos. Se sentía feliz al creer que por primera vez se sentía libre en toda su adultez. Lo recibieron con educación, diciéndole cómo le darían un gran recorrido por la finca y el estanque de caimanes.

Capítulo 16

Richard no quiso quedarse en la habitación que le habían designado y no porque le desagradara, sino porque había pasado mucho tiempo entre viajes del carruaje y pese a eso no se sentía cansado. Se sentía revitalizado.

Cambió su ropa de viaje por algo más cómodo para poder conocer lo que su prometida pudiese mostrarle y lo primero que hizo fue llevarlo hasta su salón personal.

—Este es mi lugar favorito de la casa, en donde puedo hacer lo que deseo —comentó Alethea, sonriente, buscando algún indicio de desagrado en Richard, pero lo que veía era algo así como un niño que conocía un mundo distinto.

—Esto no es solo una fascinación, es ciencia, Alethea. —Estaba impresionado con eso, ni siquiera su médico tenía tantas cosas en su residencia y tampoco el boticario.

—Llevo muchos años aprendiendo de los libros. Esto me ha mantenido alejada de la educación convencional, aunque aprendí lo necesario. Le pediré que no me pida que le haga una pintura o que le toque una pieza, porque dirá que tengo dos manos izquierdas.

—No se me ocurriría. El talento es algo que no se puede forzar. Si no le va bien con los instrumentos, le irá a la perfección con la ciencia.

—Soy una simple aficionada, pero con grandes ínfulas de ser importante para mí.

—Estoy asombrado. ¿Está segura de que no puede hallar una cura para mí en medio de esto? ¿Qué está machacando?

—Unas hierbas que dicen ser para mejorar el estómago. Considero que, si fallo, lo que no me mata me hará más fuerte. Siempre pruebo mis experimentos en mí, nadie está dispuesto a que algo le ocurra bajo este techo. Una vez lo hice con el gato...

—¿Y cómo está el gato?

—Al menos no le creció un tercer ojo. Mejoró la caída de su pelaje.

—Y de sus pruebas, ¿alguna ha salido mal?

—Sí, he tenido algunas reacciones en el cuerpo, pero lo bueno es que no he muerto. Eso es un premio.

—De todas maneras, podría arriesgarme con usted.

—No quisiera ser responsable de su muerte. Su hermano no ha sido considerado con sus palabras la primera y última vez que nos vimos.

—Es sobreprotector, pero no se preocupe, soy libre de hacer lo que quiera.

—Puede ser libre, pero yo cargaré con el muerto y las responsabilidades que me atribuirán, Richard. Entiendo que su hermano es un hombre de pocas palabras y más actos deplorables. Es un disoluto, perdónelo.

—¿Usted nunca ha sido alguien como él?

—No ha sido porque no quise, sino porque no he podido. Cuando me aventuré a ese mundo es que comenzaron mis problemas. Mi corazón no soporta el acto... Al menos esa vez no lo hizo y después me prohibieron hacerlo. Tengo mucho atravesado en esta alma.

—Lamento que su juventud fuese truncada por su salud.

—Ahora estoy dispuesto a romper las ataduras y a correr todos los riesgos.

—Sé que necesita un hijo...

Richard se acercó a Alethea y rodeó la cintura de ella con ambas manos.

—Un hijo sería algo bueno, pero estar a su lado, Alethea, sería algo excepcional. La deseo y espero poder cumplir en el lecho, esa es la única cosa que quizá me está manteniendo aquí.

Alethea apoyó ambas manos en el pecho de él y después se recostó ahí para oír sus latidos. Aquellos eran fuertes, pero irregulares. Cuando sintió que el duque la rodeaba con sus brazos, ella supo que ese era el único lugar en el que se sentiría querida en esta tierra.

—Si piensa así, entonces hágame el favor de no morirse, es lo único que le pido. No me deje como lo hizo mi padre, volvería a romperme el corazón.

—Haré todo lo que esté a mi alcance para quedarme en este mundo, a su lado...

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó Daniel que sobresaltó a los sirvientes que estaban pegados a la puerta del salón de experimentos de Alethea—. Deberían estar dentro, vigilando que ella no le haga daño a ese hombre.

Las lágrimas de Diana cubrían sus ojos, mientras Sarah se había negado a derramar una lágrima, pese a que su mirada estaba brillante por las ganas de desear hacerlo.

—Es que milady no quiso que entráramos, milord —replicó Sarah—. Nos cerró la puerta en las narices.

—Es tan romántico, milord. No quisiéramos interrumpir. Lady Alethea es tan sincera y vulnerable que no la reconocería... —declaró Diana limpiándose los ojos con el delantal.

—Sí, pero eso puede ser mortal para el duque. No queremos que se muera aquí. Él quitó de la puerta a los sirvientes y abrió la puerta, encontrándose con una tierna escena de ambos abrazados.

Ambos se separaron un poco y miraron a quien había entrado al lugar.

—No deberían estar solos en un lugar tan peligroso —dijo Daniel tratando de justificar su presencia allí.

—Disculpe, milord. Ha sido mi culpa, no he podido resistir conocer lo que hace Alethea en este lugar. Me parece que ella puede encontrar la cura para mí.

—Por supuesto, al igual que el brebaje que quiso darle Hannah a Owen para intentar salvarlo y que si llegaba a probarlo no estaría casado. Su excelencia, le pido que no se deje influenciar por mi cuñada. Ella es una joven elocuente en ocasiones, y en esos momentos puede llegar a convencernos de muchas cosas que, siendo lúcidos, ni siquiera tendríamos en cuenta. Venga, le mostraré el despacho, ese es el lugar en donde un caballero como usted debe estar.

—Ajá. Le mostrarás un nido de perdición a alguien que ni siquiera fuma. Lo matarás si lo metes en ese fogón en donde se juntan para cualquier conversación, menos para hacer algo útil —acusó Alethea al ser desmeritada por su cuñado.

—Ciertamente, el ambiente con humo me hace daño, pero considero que debería acostumbrarme, probaré un poco de esos vicios para empezar mi nueva vida. Mi madre y mi hermano no se enterarán.

—Si le hace daño, no debe arriesgarse.

—No le tema a mi hermano, no creo que se atreva a venir a Cheshire a salvarme.

—Sabiendo sobre las actividades de su hermano, dudo que no aparezca por aquí o que envíe a alguno de sus secuaces a hacerle daño a Alethea...

—Él tiene la instrucción de cuidar de milady si algo me llegase a ocurrir.

—Eso no será necesario. Si usted muere antes del matrimonio, ella tendrá que buscar otro esposo y, espero que no sea su hermano.

—Daniel, es una falta de respeto hablar así del duque cuando él está presente —masculló Alethea que se aferraba al brazo de él. Después vio que su cuñado también cogió a Richard del otro.

—Aquí valoramos la sinceridad. Hemos hablado cosas peores de Owen y ya sabes, está felizmente casado. Venga conmigo, excelencia.

—Él no irá a ninguna parte sin mí, estoy aquí para cuidarlo...

Los dos estiraban los brazos de Richard intentando ganarlo. El duque sentía que solo había cambiado de verdugos. Salió de su casa para conocer la libertad, pero resultaba que terminaría siendo absorbido por esas dos personas. No tenía ánimos para quejarse, por lo que rio.

—Considero que necesito un descanso. Alethea podría acompañarme hasta la puerta de la habitación con el seguimiento de alguna doncella, si no le molesta, lord Cholmondeley. Para la tarde estaré con usted...

—Lo enfermaste, Alethea... —acusó Daniel.

—¿Lo enfermé? Él ya estaba enfermo cuando nos comprometimos...

—Ya que se valora la sinceridad en este lugar, los dejaré discutir y yo buscaré mi propio camino, no quisiera interrumpir —afirmó Richard en tono condescendiente.

—Lo acompañaré, Richard. Mi cuñado no conoce el significado de la educación...

Ella lo estiró para salir de su salón personal y acompañarlo a su habitación.

—Usted y lord Cholmondeley pueden sumergirse en una gran confrontación cuando lo desean —comentó con un deje pensativo en sus palabras.

—Tal vez. Él y yo no nos entendemos y a la vez lo logramos. Es una relación incómoda. No puedo tolerar que intente robarme a mi prometido. ¿Alguna vez le he contado sobre su colección de concuñados? Es probable que quiera guardarlo como trofeo, Richard. No se confíe.

—Lo ha mencionado en un par de ocasiones. No me dan miedo ser de colección, Alethea. He sido posesión por muchos años. Que quieran coleccionarme hasta me parece sensato.

—Si dice eso es porque ha estado siendo torturado por su madre y su hermano.

—Han sido demasiado cariñosos y sobreprotectores. Quisiera decir que no puedo quejarme de ellos, y, de hecho, no debo hacerlo, pero me quejaré de que no me dejaban hacer cosas comunes.

—Acá tampoco podrá hacer mucho, al menos no actividades que puedan hacer que envidie al ángel que viene a buscarlo.

Cuando llegaron a la puerta de su habitación, Richard hizo una inclinación de cabeza y entró, mientras Alethea recostaba su figura en el marco de la puerta. No le había dado un beso y eso era un poco decepcionante. Después del abrazo que Daniel había interrumpido con sus tonterías, ella esperaba un acercamiento. No quería tenerlo ahí esperando que la muerte se lo llevara. Ella también merecía un poco de afecto.

Cuando se recuperó de la tristeza momentánea, fue hacia la planta baja y observó cómo llegaba Robert. Él, en compañía de Daniel, contaminarían la casa con humo como lo hacían con frecuencia. Frances debía estar en el jardín con su hijo, a quien dejaría en manos del señor Kepler para que lo torturara con tareas, y si se aburría terminaría en su salón, molestándola, debía ir a colocarle un seguro a su puerta.

En la habitación, Richard se sentó en la orilla de la cama y colocó ambas manos sobre sus rodillas. No sabía cómo sentirse con la atención, porque siempre la había recibido, pero en este caso era distinto. Salir de su casa le mostraba muchas cosas que para la mayoría de las personas era algo convencional; sin embargo, para él era algo excepcional.

Unos minutos después, la puerta se abrió y era Raymond.

—Me dijeron que usted estaba aquí, su excelencia —dijo Raymond interrumpiendo los pensamientos de su amo.

—Lamento que te molestaran. Descansaré un poco antes de continuar con el día, me siento un poco agotado físicamente, aunque de ánimo me siento bastante bien.

—La propiedad es una verdadera joya. Cuando tenga tiempo podríamos pedirle al cochero que nos dé una vuelta por la finca.

—Puedo ir a caballo en compañía de milady, no galoparé contra el viento, eso sería intentar ser feliz, algo que en mi condición es

algo casi prohibido.

—Sé que intenta que me sienta culpable con esas palabras, pero no, conmigo no lo logrará. Abra la boca. Es hora de tomar el jarabe de miel —declaró Raymond que sirvió el contenido de una botella en una cuchara para dársela.

Richard ni siquiera reclamó, abrió la boca y tragó sin problema, después Raymond preparó la cama para acostarlo.

—Sabe que debe descansar, excelencia. No se exceda, parece estar bien, pero siempre termina recayendo. Debe cuidarse.

—Informa a mi madre que hemos llegado bien y que no se preocupe. Me cuidaré.

Él no tardó mucho en dormir después de recostarse, era necesario reposar. Era una persona que descansaba más de lo normal, porque cualquier actividad lo agitaba de forma considerable.

Después de que él durmió, Raymond fue hacia el área de los sirvientes para acomodarse en la que sería su habitación.

—Hay un hombre extraño en la región. Tiene los ojos estirados y no habla igual que nosotros. Es un completo desconocido —dijo una de las doncellas de la casa.

—¿Lo viste rondando la propiedad? —preguntó otra.

—No, lo vi comprando hierbas, verduras y gallinas. Debió haber venido en algún barco, ya sabes. Siempre hay gente viniendo desde América, Australia y China.

—Debe ser chino. Esperemos que trajera seda con él...

El sirviente de Richard pasó junto a ellas sin darle importancia a lo que decían. Le gustaba el cotilleo, pero lo único que podía hacer en esa casa era caminar más lento para escuchar mejor y no

quedarse con las ganas de saber la verdad o inventar una historia paralela.

Capítulo 17

El duque despertó para la hora del té, se sentía tranquilo, aunque seguía cansado. Cuando descendió las escaleras notó que aquella casa era un caos, niños corriendo de un lado al otro, otros llorando y la única niña llevaba un gato en el brazo como si se tratara de una almohada. Aquella se quedó frente a él para mirarlo.

—¿Eres el prometido de mi tía Alethea? Mi padre ha dicho que ella terminaría recogiendo a un vago de las calles de... mmm... No recuerdo... ¿Es un vago? —curioseó Ava con sus grandes ojos azules.

—Sí, soy el prometido de Alethea. Lamento decepcionarte, pero no, no soy un vago. ¿Cuántos años tienes?

—Tres.

—Eres muy joven para escuchar conversaciones de adultos. Ni siquiera sabes lo que es la palabra vago.

—Creo que es algo malo. La familia nunca habla bien de mi tía. —Ella se encogió de hombros.

—¿Dejarás ir a ese pobre animal?

—No, es mi gato y me quiere mucho. No desea que lo suelte, prefiere andar en mis brazos.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Entonces, suéltalo. Si no se escapa, ese gato definitivamente te ama.

Al decir eso, Richard casi estaba convencido de que la niña sabía lo que hacía o, al menos, sabía que ese gato no iría a ningún lugar, al menos lo suponía por la confianza con la que hablaba aquella; sin embargo, apenas ella lo bajó, el felino huyó despavorido, lo que ocasionó el llanto instantáneo de la niña. Él se tapó los oídos por instinto, ya que nunca había sido expuesto a sonidos tan molestos como ese grito agudo y escalofriante.

Al poco tiempo, tanto la familia como los sirvientes estaban ahí, observando lo que ocurría. Richard sentía que sus mejillas se teñían de rojo. Él era el causante de ese escándalo. No sabía si lo mejor era hacerse el muerto. Esa era una técnica que usaban los animales para sobrevivir, podía utilizarla si la situación lo requería.

—Oh, cariño, ¿qué te pasa? —preguntó Penélope que tomó a Ava en brazos.

Sin dudar, ella señaló hacia el duque.

—Me... Me dijo que soltara al gato, que no se iría, pero se fue...

Ava siguió llorando, pero la familia no miró a Richard con reproche, porque todos sabían que ese gato era un mártir que siempre era encontrado por Ava para hacerlo sufrir. Tampoco podían reprocharle eso a una visita.

Alethea observaba con asombro que nadie se estaba comiendo con vida al duque, por eso, si ella le hubiese dicho eso a su sobrina, sería mujer muerta, no había suficiente paciencia y afecto para todos. Tal vez solo estaban respetando el rango de su prometido y esperaba que eso ayudara a cambiar un poco del trato que ella misma recibía.

—Si el gato es el problema, podemos conseguir otro, querida. No te preocupes, yo me ocupo... —pronunció Daniel pinchándole una mejilla a Ava.

—Qué familia más comprensiva. Me dan náuseas. Venga, su excelencia, necesita aire porque se ve un poco acalorado. —Alethea extendió su mano hacia él para que pudiesen salir de la residencia.

No dudó ni un segundo para alejarse en su compañía. Sentía que se había salvado de un linchamiento silencioso.

—Esa niña es un problema —afirmó Richard.

—Sí, llevo tres años lidiando con el capricho hecho carne. Esta casa es una cuestión de supervivencia. Lo bueno es que nadie parecía querer hacerle daño, aunque no se sorprenda que le deseen la muerte en sus pensamientos. Nadie debe osar ofender a esa malcriada. Vayamos a aquella sombra del árbol. Está alejada, pediré que nos lleven el té ahí. No querrá compartir su valioso tiempo con estas personas que solo son capaces de criticar al prójimo.

—Aprovecha el tiempo para desahogarse, Alethea.

—No siempre las personas encuentran a otros que los comprendan, con usted ha sido un verdadero milagro. Debo agradecer mi suerte, ha visto lo que todos estos ciegos no pueden.

—Lo mismo digo, Alethea. Ha visto algo en mí que los demás no pueden y eso hace que las cosas entre nosotros sean más fáciles.

Con esfuerzo, Richard llegó hasta la colina en la que Alethea quiso llevarlo. Mientras que ella estaba fresca como una lechuga, él apenas respiraba por el esfuerzo y no sabía si era por su corazón o por la falta de actividad física.

—Se ve más rojo que antes, Richard... —resaltó Alethea con un atisbo de preocupación en la mirada.

—Estaría mejor si mi prometida no intentara matarme con una caminata en la arribada.

Una risita divertida escapó de los labios de la joven y le indicó que se sentara a su lado bajo la sombra.

—No era mi intención. Solo quería que tuviese esta vista hermosa de la propiedad.

Los ojos de Richard recorrieron el paisaje imponente que se extendía en el horizonte. Aquel era un lugar perfecto, con vistas que podrían hacer llorar al más duro de los caballeros.

—Tengo muchas propiedades que no he podido recorrer con un caballo. Esto que me muestra es algo nuevo para mí. El cielo se ve infinito y las posibilidades son tan finitas cuando se está en mi condición. ¿Qué hago queriendo construir algo distinto? ¿Y si termina en vano?

Las manos de Alethea cogieron las mejillas de Richard con ternura. Necesitaba hacerlo.

—No terminará en vano, porque ha tocado mi vida con su resiliencia. Podría estar amargado en un rincón de su casa en Londres, esperando morir o, tal vez, escondiéndose de la muerte; no obstante, ha decidido salir de eso, arriesgarse y vivir como la mayoría lo hace. Después de años de cuidado y protección de su familia. —Se acercó a sus labios y lo besó con atrevimiento.

Al sentir la boca de Alethea pegada a la suya, correspondió con ahínco. Se sentía comprendido y jamás juzgado. Ella era lo más perfecto que le había ocurrido en su nefasta vida.

A medida que profundizaba el beso, sentía tantos deseos reprimidos que apenas podía tolerar. No era bueno para su vida estar a punto de estallar con solo besar a Alethea.

Aquel beso atinaba a ser más locuaz de lo debido. Las condiciones físicas de Richard no lo dejarían hacer nada, además del respeto que debía mantener en aquel lugar, pero la sensación que recorría su cuerpo era devastadora. Quería apropiarse de esa mujer

como no tenía idea. De ser un santo en su casa por razones de salud, comenzaba a convertirse en un demonio.

—Si seguimos por este sendero, nos llevará a algo casi desconocido para los dos y a un riesgo inminente —declaró Richard aún pegado a los labios de ella.

—Con usted quiero correr todos los posibles riesgos...

—Entonces, jugaremos un poco. Si logro soportar una semana sin tocarla, accederé a cualquiera de sus pedidos.

—¿Qué podría ser más importante que sus besos?

—Tal vez algo más íntimo. Ser de salud inestable no me impide pensar con picardía, Alethea. Hay mucho que podríamos ofrecernos mutuamente.

Esas palabras sonaban como promesas cargadas de algo intenso, como placer.

—¿Una semana? ¿No me dirá cuál será mi recompensa si no caigo en la tentación de verlo como alguien a quien deseo besar?

—No puedo hablarle de recompensas, pero podría decirle que ambos sentiremos cosas que no son de este mundo.

—¿Piensa matarme y morir?

—No, la muerte es demasiado fría para alguien que tiene su calidez.

—Entonces, se supone que debo ser paciente. Esa palabra no coincide con ser una dama Hess, pero si lo que dices es cierto, lo intentaré.

—A partir de mañana, tendremos que tratar esta casa con respeto por una semana, sin darnos un beso.

—Puedo soportarlo. No hay nada que no pueda hacer, esto parece sencillo. Si me distraigo ni siquiera notaré que falta algo.

Diana les llevó el té hasta donde se encontraban. Aquellos dos parecían vivir en una realidad paralela. Ella se alegraba por Alethea, a quien había visto crecer y cambiar con los años. La soledad y la malicia habían sido sus principales formas de supervivencia, pero desde que conoció a ese caballero, su mente se había transformado por completo. Era alguien diferente, que parecía ser capaz de tener sentimientos por otras personas. Nunca la había visto tan vivaz y feliz. Su vida se había vuelto tenebrosa desde que se interesó en los animales muertos. No había una teoría que respaldara su interés, aunque todos pensaban que era una conexión que buscaba con la persona que más amaba. Si lograba encontrar algo la ausencia de su progenitor, solo la muerte podría responder.

El regreso desde la colina había sido más agradable para Richard, porque no tuvo que hacer tanto esfuerzo para el descenso.

Lord Cholmondeley los observaba desde la entrada a la residencia. Alethea no respetaba ninguna norma y hacía que la visita no conociera etiquetas ni horarios.

—Jovencita, ¿puedes dejar de acaparar a este hombre? El resto quiere conocerlo mejor y tú lo impides —la reprendió con serenidad.

—Oh, pobrecitos. No pueden hablar de negocios con el hombre importante. Te lo prestaré un rato, pero debes devolverlo intacto y sin hablarle mal de mí —musitó la joven.

—Gracias por tu generosidad, Alethea. Venga, su excelencia, tenemos muchos planes que hacer...

Richard se despidió de Alethea con un gesto de cabeza y siguió a Daniel.

—He decidido perdonar su momento insensato con mi ahijada, excelencia. No le ha dicho nada que no fuese cierto. En esta casa,

las mujeres son las que mandan. Ya ha notado que Alethea hace lo que le place sin importarle nada. Temo preguntar, pero ¿está seguro de este compromiso?

—Sí, a no ser que quiera que lo protagonice mi hermano. Considero que me veo enfermo, pero razonable. Aprovécheme mientras pueda durarle.

—Si bien, su hermano cumple con ciertos requisitos para formar parte de esta familia, es un delincuente, y para mí ese es un punto de quiebre importante.

—¿Y si me muero? ¿Él no podrá cumplir con mis responsabilidades?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que él se case con Alethea si no puedo llegar a ese día.

—De preferencia, espero que busque a otro, pero será su elección. Si no es mucho pedir, trate de que no le ocurra nada. No es por mi seguridad o la de mi familia, sino por Alethea. Si hay algo bueno que puedo hacer por ella, es dejar que se case con la persona que desea. Si ha mantenido su rebeldía en secreto nunca me ha dado razones para creer que es una ligera, debería ser feliz y usted es la llave a esa felicidad. Puede preguntar a quien guste sobre cómo se comporta desde que está en su vida, con solo verlo el rostro le cambia.

Esas palabras de lord Cholmondeley alegraron su corazón, también le hizo pensar en que su prometida estaba equivocada en cuanto a su cuñado. No era la criatura frívola y cruel que ella pintaba de acuerdo a sus años de experiencia. Era alguien que se preocupaba en silencio y obraba con sigilo en pos del beneficio familiar.

El duque se quedó con el resto de los caballeros conversando. No se había animado a fumar y sus acompañantes evitaban hacerlo

frente a él, solo bebía cortos sorbos para encajar en medio de aquellas conversaciones varoniles. Estaba conociendo algo tan distinto a su mundo, que se sentía como una esponja absorbiendo todo lo que podía. A través de esas personas podía notar la experiencia. A sus treinta años, esperaba con ansias romper el cascarón en el que había crecido. Había mucho por saber y él se lo estaba perdiendo.

Cuando Richard salió del despacho de lord Cholmondeley, lo hizo sintiéndose renovado, un poco cansado, pero con perspectivas diferentes. Quería seguir viviendo y hacerlo bien.

En su habitación, esperó que Raymond se acercara. Aquel fue hacia él para cambiarlo de ropa para la hora de la cena.

—Raymond, quiero pedirte algo...

—Dígame, su excelencia.

—Quiero que averigües si podemos conseguir un médico de otro país que pueda verme. Necesito saber si hay algo que hacer conmigo. Quiero vivir y esta condición que tengo no me lo permite. Estoy cerca de acostarme con milady y no puedo seguir así. Quiero respuestas...

Capítulo 18

—Su hermano quizá sepa sobre esos contactos, excelencia, ¿yo qué podría saber?

—Conoces a otros sirvientes y sabes que ellos saben más de lo que quisieran o deberían.

—Es cierto. Hoy escuché a dos doncellas de esta propiedad hablando sobre un hombre extraño que no hablaba inglés.

—Es un dato poco resaltante. Escribe a algún amigo tuyo en alguna familia importante que viaje con frecuencia. Siempre existen esos nobles que vagan por todas partes.

—Sí, excelencia.

Richard estaba decidido a cambiar lo que estaba escrito para él y lo haría por amor a Alethea. No quería dejar esa intensa felicidad que sentía cuando estaba a su lado. Valió la pena cada día que esperó durante esos años para volver a verla. El destino o lo que fuese que existía, los había colocado en el mismo camino y él pensaba usar toda su influencia para salvar su vida, al menos llegaría hasta lo máximo que el dinero pudiese pagar.

El mismo día en que llegó estuvo sentado en la mesa junto a su prometida. El lugar que les había tocado en esa ocasión estaba casi al otro extremo. Eran muchos y cuando se conversaba la mayoría alzaba la voz para que los demás pudiesen escuchar. Esto era distinto a las cenas elegantes en las que alguien preguntaba directamente a quién deseaba, en este caso, era algo así como todos contra todos.

—Una vez hablamos de buscar otras alternativas a mi condición —comentó Richard una vez que la atención hacia ellos dos se había disipado.

Alethea lo miró con interés.

—No recuerdo si dijo algo así de no alargar las cosas.

—Estoy seguro de que no dije algo similar, y si lo hice, fue bajo los efectos del té con miel que tanto le gusta a mi madre, pero a mí me tiene mal del estómago por ser tan dulce. No puedo negarme a beberlo porque la entristecería.

—A mí me entristece que beba algo que no le resulte agradable al paladar. Volviendo al tema. Podríamos conversar con el médico de la familia para buscar más opiniones.

—Espero que no diga que debo tratarme con sangría, eso ya lo intentamos y antes que salvarme casi me lleva a la muerte. Aquí no se sabe mucho sobre enfermedades del corazón, solo sé que no late como el resto.

—Buscaremos opiniones. Tengo un libro que habla sobre muchas técnicas que puedo discutir con el médico. Le pediré a Daniel que lo mande traer mañana. Quisiera que usted esté bien para cuando termine la semana que pactamos.

El duque se sonrojó al recordar lo que había dicho horas atrás. Solo él podría complicarse con promesas difíciles de cumplir. Cada amanecer le recordaría que debía darle a ella lo prometido.

—¿De qué conversa la feliz pareja? —curioseó Edwin en tono burlón refiriéndose a Alethea y Richard.

—Estábamos hablando de ti, Edwin, y de que te robarán el lugar como el más rico —replicó la joven con veneno.

—Ese es un golpe bajo y poco carismático, cuñada. Hay resentimiento en tus palabras…

—Es para que la próxima vez no quieras curiosear en mis asuntos.

—Oh, su excelencia, vaya fiera que dormirá a su lado. Yo no podría pegar el ojo con alguien así a mi lado —alentó Robert con una sonrisa socarrona en el rostro.

—Por ustedes convertiré a milady en una tierna criatura, aunque la fiera que conocen me resulta encantadora. ¿No es mejor ser cautivado por su esencia?

—Considero que Alethea ha tenido mucha suerte con usted, excelencia. A su salud… —Daniel alzó la copa para que todos brindaran por el visitante. Estarían compartiendo esa mesa por un mes y esperaba que las cosas fuesen viento en popa para la pareja, lo único que quería después de tantos años era paz.

Después de la cena, se reunieron en el salón para apreciar el talento de Hannah, mientras que Penélope hablaba de sus obras, en especial del caimán que le había obsequiado a Daniel por uno de sus cumpleaños de años atrás. Richard tuvo que ser arrastrado a la gran galería familiar para poder ver ese lugar. Alethea lo acompañaba, pues ella no tenía talento para las cosas habituales que hacían sus hermanas.

—Aquí deberían estar expuestas esas bellas mariposas de colores, Alethea. Deberían estar en este sitio —comentó Richard.

—Según tengo entendido, aquí estaremos nosotros después de casarnos, será la próxima pintura. Ya han hecho espacio… —Ella señaló hacia el rincón que faltaba llenar.

Los ojos de Richard recorrieron las pinturas y ahí estaban lord Cholmondeley y su esposa. En otro retrato, el hijo mayor que era el heredero aparente. Le recordaba a sus retratos en su casa. Adrian no estaba tan presente en los cuadros y se daba cuenta de la terrible preferencia de su padre hacia él como su primogénito. Lo único bueno era que su hermano no lo odiaba por eso, puesto que no era su culpa.

—Todos se ven bien… —dijo con una sonrisa.

—Sí, ellos son felices, pero alcanzaron la felicidad después del sufrimiento. A veces me da miedo no sufrir suficiente como ellas para alcanzar la felicidad. Tal vez no tenga el mismo valor.

—¿Por qué cree que sufrir aumenta el valor de la recompensa? La felicidad viene de uno mismo y la proyecta hacia los demás de forma contagiosa, al igual que la tristeza. La vida está cubierta de momentos bellos y no tan gratos. Podría lamentar no ser igual que el resto, pero lo único que haría sería quejarme y creer que lo merezco todo por estar enfermo, mas prefiero pensar en que si vivo como el resto, seré más feliz.

—Me enseña muchas cosas todos los días, Richard. Para ser alguien que no puede hacer cosas que cree simples, está más que preparado para vivir.

—Muchos libros, Alethea. Han sido mis compañeros por años, la única manera de vivir es a través de las hojas, aquellas dan alas que cualquiera que no las tenga podría usarlas para volar.

—Sí, los libros son grandes compañeros. Le mostraré el que le dije sobre medicina… —Alethea lo cogió de la mano y se escurrió con él en la oscuridad, dejando atrás al resto.

—Siempre le encanta la oscuridad…

—Gracias a eso nos conocimos. No puede quejarse de mis métodos, siempre son eficientes.

Los dos fueron por el pasillo tratando de hacer silencio, aunque sus risitas se escapaban de vez en cuando ante la excitación de la huida. Al entrar en el salón privado de Alethea, pudieron reír a carcajadas. Mientras lo hacían, ella abrió uno de los libros más grandes que tenía en aquel lugar y acercó a él una lámpara.

—Aquí habla de técnicas medicinales de Francia, aunque también, algunas de indígenas americanos. Usan hierbas extrañas.

En esta parte hablan de la medicina china, ¿sabe que no solo son buenos para el té y la seda?

—La seda es parte del negocio de mi familia, milady. Si hay alguien que sabe de eso, soy yo. Los chinos son inteligentes.

—Entonces sabrá que existe la medicina oriental y que podría ser de utilidad, aunque Francia se encuentra más cerca.

—Si me presta este libro, se lo devolveré en unos días.

—Es todo suyo. En caso de que no me lo devuelva, reclamaré la propiedad con mucha furia —musitó con picardía, mirando a Richard con los ojos cargados de emoción contenida.

—Así será difícil esperar una semana, Alethea.

—La mayor capacidad de una dama es persuadir a un caballero insensato. ¿Dejará sin seguro la puerta de su habitación?

—Alethea…

—Era solo una idea. Soy inquieta de pensamiento. Puedo escandalizar hasta a un santo con todo lo que pienso.

—Decir esas cosas es como jugar con fuego estando bañada en querosén.

—De alguna manera probaré el picaporte, pero no entraré. Sabrá que está listo para conversar una noche completa cuando la puerta no tenga seguro.

Ella cogió su mano y le besó la palma. Era la única forma de consuelo que tenía ante el juego que habían decidido jugar. Se quedaron en aquel lugar al menos por una hora leyendo en voz alta cuando otra lámpara se acercó a ellos.

—Milady, ¿qué está haciendo aquí con su prometido? Esto es inaceptable —espetó el señor Kepler en una de sus rondas en las que perseguía a alguno de los niños que no podían quedarse quietos en la cama.

—Señor Kepler, usted mismo ha dicho que estoy aquí con mi prometido. No lo considero tan grave. Debería preocuparse de encontrarme con otro en esta situación. Además, sabe que

estábamos leyendo, nos ha oído. Solo ha querido ser malvado para no perder la costumbre.

—Alethea, el caballero tiene razón. Lo mejor es que me retire. Buenas noches…

Richard se retiró con el gran libro en la mano, dejando a Alethea en compañía del preceptor.

—Esto lo sabrá lord Cholmondeley… —anunció el hombre con soberbia.

—Él sabe que he hecho cosas peores, señor Kepler. Aparte, mire mi anillo, seré la duquesa. Debería ser más agradecido, le he dado utilidad a sus enseñanzas. Nosotras hicimos su reputación, sea considerado.

Ella alzó la barbilla y se retiró hacia su habitación. Al señor Kepler le importó poco lo que la joven había dicho, de todas formas, la delató.

A la mañana siguiente, Alethea despertó antes que Richard. Fue a la alcoba de Daniel y golpeó la puerta con insistencia hasta que se levantó con los ojos rojos y el ceño fruncido.

—¿Qué te trae aquí tan temprano? Supongo que no son los remordimientos por encerrarte con tu prometido… ¿Qué quieres hacer? ¿Matarlo y que yo cave el hoyo en el jardín para arrojar su cuerpo?

—Amaneciste de buen humor. Estoy segura de que el señor Kepler debió exagerar cualquier situación.

—Por supuesto que no debo creerle a un educador y hacerle caso a mi cuñada, una mujer mentirosa, manipuladora y corrupta.

—El término corrupta es algo duro para mí, Daniel. El resto puedo asumirlo. Es cierto que estuvo en compañía de Richard…

—Richard, Richard… Ya se tutean y ni siquiera se han casado.

—No me digas cosas que ni siquiera tú hiciste. No te des baños con agua bendita, porque te evaporas. Tú no puedes juzgar a nadie porque eres una criatura astuta, vil y rastrera que se aprovechó de

la desgracia familiar para hacerse con una gran fortuna, nombre y familia. Si quieres discutir sobre quién de nosotros es peor, estoy dispuesta a aplastarte con la verdad.

—Ser inteligente también es saber qué batallas pelear. Estoy en retirada, Alethea. Has ganado por ahora. ¿Qué quieres?

Ella sonrió y suavizó sus facciones.

—Quiero otra opinión médica para el duque. Mi intención es buscar alguna forma de que no se muera, en otras palabras, evitar que me lo arrebate alguien a quien no le puedo decir sus verdades y que ya antes me ha robado a otra persona importante.

Del rostro de Daniel también desaparecieron las arrugas de la molestia.

—Según he conversado con la duquesa viuda, el duque tiene una condición en la que su corazón se detiene por problemas desconocidos, puede ocurrirle en cualquier momento y lo peor es que un día puede no levantarse de la cama. Es algo incierto. No me gusta decir esta frase, pero lo mejor es no encariñarse con algo que huele a cadáver, pero como sé que te pasarás por la oreja este consejo como lo han hecho tus hermanas, mandaré a por el médico para que lo revise.

—Es todo lo que necesitaba. Gracias por tu generosidad y tus consejos que limpian mis oídos.

Alethea apretó el antebrazo de su cuñado con cariño y después se retiró por donde había venido.

Lo que le había dicho su cuñado era algo que ella quería olvidar, pero que no podía omitir del todo. En ese momento sentía una pesadez en el pecho al pensar que él dormía solo en una habitación. Le daba miedo que no despertara. Ante ese pensamiento su corazón latía como si alguien le hubiese dado un susto de muerte, entonces no dudó en ir a la alcoba del duque.

Capítulo 19

Llegó hasta la habitación y encontró la puerta sin seguro. Sabía que no debía entrar, pero por culpa de Daniel necesitaba cerciorarse de que estuviese con vida.

Entró y lo vio durmiendo de espaldas hacia la puerta. Desde donde estaba, intentaba distinguir si respiraba, viendo el movimiento de subida y bajada del área del tórax. Cuando notó que se movía, se sintió aliviada y reprimió sus instintos de ir hacia él y despertarlo con una caricia en el rostro. Cerró la abertura con cuidado y respiró hondo.

Imaginar que cada mañana tendría que verificar si él respiraba no era algo que le agradara pensar, porque le hacía sentir que el tiempo no perdonaba.

Fue a la planta baja para esperar a que se despertaran todos y pudiesen desayunar. No quería quedarse sola en el salón, por lo que prefirió hacer alguna actividad en su aposento.

No podía pensar en nada científico en ese momento, por lo que se dispuso a limpiar y ordenar su espacio de trabajo. Mientras lo hacía, no podía dejar de considerar que la obra de su vida podría ayudar en algo a su prometido. Todo ese tiempo invertido en algo que los demás consideraban algo inútil y que él apreciaba, valía el desprecio de años hacia sus «hábitos poco saludables», como lo llamaba Daniel.

Sumida en sus pensamientos y en el tarareo de una canción, ella no se había dado cuenta de que alguien la observaba con los brazos cruzados desde el umbral.

Richard miraba a Alethea desenvolviéndose como una verdadera hada del quehacer, con una gracia y encantos inigualables, además de una voz comparable a la de un ángel.

—No me había dicho nada sobre este talento —dijo Richard sorprendiendo a Alethea.

El sonrojo recorrió el rostro de la joven hasta teñirlo por completo.

—Buen día, no sé a qué se refiere. Ordenar no tiene mucho que ver con el talento, sino más bien con pulcritud.

—Ese canto solo es comparable a las aves más talentosas de la naturaleza.

—Agradezco que no se refiriese a mí como el graznido de un cuervo o de un ganso.

—Jamás se me ocurriría insinuar algo semejante. Servirán el desayuno y me ofrecí a buscarla. Dicen que cuando viene aquí, nadie la saca.

—Pues encontraron a alguien que sí. —Ella dejó lo que estaba haciendo para coger a Richard del brazo e ir hacia el comedor.

Entraron al lugar y esta vez pudieron sentarse más cerca de Daniel, pues no se encontraba el resto de la familia extendida.

—Alethea ha pedido la presencia de nuestro médico de cabecera de la propiedad —pronunció Daniel ante Richard mientras desayunaban.

—Le mencioné la idea de buscar otras opiniones ajenas a las de mi médico para buscar otros tratamientos —concedió el duque.

—¿Considera que su madre, hermano o sirviente lo están envenenando?

—Oh, no, no. Ellos no harían eso, milord. Ciertamente, he visto a varios médicos londinenses, pero solo me han dado supuestas soluciones y la sangría no ha sido la mejor de ellas.

—Lo dije solo porque mi otro concuñado casi pasó a besar los pies del Altísimo a causa de su madrastra, su hermano y el sirviente. Usted debe saber mejor la historia, puesto que su pariente, ha sido el ejecutor del castigo para el ayuda de cámara.

—En mi caso, todos confiamos en Raymond y en mi familia. Tengo una enfermedad hereditaria que podría tocarle a cualquier pariente que compartiese mi sangre.

—¿No le parece que tener hijos en esas condiciones es egoísta? —indagó la condesa viuda que, aunque veía feliz a su hija, pensaba en una viudez temprana y le preocupaba aún más un nieto con problemas de salud.

—Entiendo que pueda ser algo desafiante pensar en eso, pero si la persona con la que me case quisiera arriesgarse, yo también. Tengo un hermano sano y eso demuestra que, de cierta manera, mi hijo pudiese serlo.

—¿No es mejor dejar que su hermano despose a mi hija? Eso sería para disminuir las posibilidades de que trajeran al mundo a un niño enfermo —siguió la condesa viuda.

—¡Madre! —espetó Alethea que estaba impresionada con la audacia de su progenitora.

—Madre, por favor. Sus pensamientos debería dejarlos para la almohada —pidió Mildred en un tono más áspero de lo normal.

—No se preocupen, estoy acostumbrado a oír sobre situaciones rocambolescas en mi propia familia. Ellos han dicho que no me casara o que criara al hijo de mi hermano como mío para no acostarme con mi propia esposa… En fin, delirios de gente inescrupulosa. Los amo, son mi familia, pero se extralimitan.

Daniel estuvo a punto de escupir su bebida al oír hablar al duque. Esa actitud y determinación no la esperaba. Sabía que era decidido, pero el veneno que destilaban sus palabras lo convertía en alguien bastante valioso para él.

La joven también estaba conforme con la respuesta que había dado el duque a su madre, lo merecía por metiche e insidiosa.

—Que esas palabras le sirvan de lección, madre. Aquí no somos tontos. Estoy dispuesta a llevar mi matrimonio como algo convencional y no tratarnos como si fuésemos seres de cristal. Él no quiere vivir así y yo lo respeto. Debería hacer lo mismo.

La condesa viuda guardó silencio, pero ninguna palabra cambiaba sus pensamientos.

Una vez acabado el tenso desayuno, llegó el médico que había pedido Alethea. Ella lo acompañó hasta la habitación del duque para que pudiese hacer su exploración y ella quería verlo.

El médico sentó a Richard en la cama y comenzó a escuchar su pecho y después su espalda. Al ver que el hombre fruncía el ceño, él sabía que aquel sospechaba de un problema del corazón.

—Claramente, tiene un problema. Su corazón no late de manera normal después del simple ejercicio de subir las escaleras hasta su habitación. Eso apunta a una angina pectoris, su excelencia. No sabría decirle con certeza, pero el tratamiento sería con sangrías en caso de un ataque después del esfuerzo físico, aunque lo único que haría que no tuviese problema es la reducción de sus actividades.

El espíritu de Richard quedó por el piso y podía notarse en su rostro. Alethea se acercó al médico y lo miró como si esperara que cambiase de opinión.

—¿No hay nada más que pueda hacerse? —inquirió Alethea.

—Hay otras técnicas, pero no se han comprobado que sean eficientes. Esta es una condición de por vida.

—¿Cree que pueda tener hijos?

—Considero que con el mínimo esfuerzo podría lograrlo. No le recomiendo las emociones fuertes, excelencia.

Richard se tapó el rostro con las manos. Estaba harto de vivir así, ya no quería estar enfermo, deseaba ser un hombre normal, un verdadero pícaro, sinvergüenza con su prometida, alguien que pudiese hacer lo que otros hacían sin despeinarse.

—Sin embargo, todavía no he conocido a alguien con esa condición que viviese poco. Solo debe tomar las precauciones y, ante cualquier dolor debe descansar. Ni siquiera intente hacer un esfuerzo adicional. Entiendo que es el prometido de milady, ella es una dama excepcional que, con todos sus conocimientos pueda ayudarle a concebir un heredero sin que la vida se le vaya en eso.

—Lo haré. Tengo fe en que la condición de mi prometido mejorará y podrá conseguir sus hitos de vida. ¿Hay algún inconveniente con cabalgar?

—Mmm… No más de unas pocas millas, milady. Es peligroso agitarse. Es una condición traicionera. Él puede estar bien ahora, pero puede que, de forma repentina, con un susto o un sofoco por calor, se manifieste. Lo que recomiendo es descanso y pocas actividades.

—Entiendo. Le agradezco haber venido hasta para confirmar lo mismo que han dicho los demás —alegó Richard, desanimado.

—No se mortifique y viva su vida lo mejor que pueda. Que esto no lo detenga, pero cuídese, todo exceso es malo. Con permiso…

El hombre salió de la habitación y Alethea se arrodilló ante él y le tomó la mano.

—Seguiremos buscando en otro lado, Richard…

—¿Y no es mejor que te cases con mi hermano?

—Esa es una de las cosas más rocambolescas que le he oído decir desde que lo conozco. Su hermano es agraciado, pero en el corazón no se manda. Quiero al caballero de esa noche en el jardín, ese que me prometió esperar.

—Si digo tonterías es porque mi sangre está contaminada con la de esas personas que son mi familia. Lamento tener instantes de debilidad, pero es doloroso escuchar que no hay más opciones.

—Sé que la medicina avanza a pasos agigantados, en cualquier momento encontraremos algo, mientras tanto, nuestros planes y anhelos continúan iguales.

—También estoy buscando por mi lado otras opciones. El extranjero es la mejor.

—Yo iré a su lado, Richard. No lo dejaré, sin mí le tomarían el pelo.

Eso que dijo Alethea hizo que a él se le escapara una sonrisa genuina. Se sentía triste, pero sabía que debía seguir adelante, solo

era un obstáculo más por conquistar.

—Es cierto. ¿Y si me lleva a montar esas millas que dijo el médico? —preguntó levantando una mano de la joven para dejar un beso en ella.

—¿Me quiere comprar con esa muestra de afecto?

—¿No me diga que no ha funcionado? Estoy perdiendo mi carisma.

—Para ser alguien que no acostumbra al flirteo, lo hace muy bien.

—Es que tengo una prometida que sabe hacerme sentir muchas cosas y no solo pasión, sino también esperanza en que puedo cambiar parte de mi destino. Sé que debo vivir con esta condición por siempre, pero lo puedo hacer mejor, sin caer en la desgracia de enfermar gravemente.

—Hace un par de semanas, oír eso de sus labios hubiese sido una odisea; no obstante, se está aferrando aquí y yo me aferraré a usted. Sé que mi familia quisiera evitarnos los problemas, pero nosotros somos quienes mandamos en nuestras vidas y escogemos las batallas a librar. Aquí no daban un penique por mi determinación, mas ahora se están revolcando en la realidad.

—Mi familia es igual a la suya, con la diferencia que mi madre y mi hermano no pueden vivir sin mí.

—¿Eso qué significa?

—Que no tardan mucho en venir. No están acostumbrados a dejarme ir, aunque deberían. Si me llegara a morir, ellos desenterrarían mi cadáver para colocarlo en mi cama y dejarlo ahí.

—No quiero que me roben las ideas. Lo mejor es casarnos, así su cuerpo será mío y lo rellenaré de paja.

—No sé cuál de los destinos es menos humillante. No me imagino estar relleno de paja.

—¿No le gusta el resultado de mis desafortunados anfibios y reptiles?

—Tampoco de los insectos.

Los dos sabían cómo llevar a la perfección sus bromas carentes de un humor inocente. Entre ellos primaba la burla y el sarcasmo como formas de superar los momentos difíciles.

Cuando salieron de la habitación lo hicieron con otra perspectiva. Si bien, no habían obtenido algo positivo del médico, tampoco algo más negativo de lo que ya tenían.

Desde la casa, Humbert, que estaba en el salón mirando por la ventana, vio a Alethea caminando del brazo con el duque, iban hacia las caballerizas. El sirviente de Daniel no dudó en correr hacia donde Raymond estaba almorzando.

—Oiga, Raymond, ¿su amo puede montar? —curioseó.

—Lo único que su excelencia puede montar es un carruaje —replicó sorbiendo una cucharada de sopa.

—Pues, al parecer, milady no cree en eso. Vi que está acompañando al duque hacia las caballerizas.

El hombre dejó lo que estaba comiendo y, a su edad, aunque no tan avanzada, se apresuró a interceptar al duque y su prometida. La duquesa viuda lo mataría si a su hijo le pasaba algo.

Alethea y Richard iban hipnotizados caminando uno junto a otro rumbo a las caballerizas. Ella quería mostrarle los caballos que enorgullecían a Daniel, de hecho, eran los mejores de la región, un verdadero orgullo para la familia.

—Qué animales más majestuosos —dijo el duque acariciando a uno de color negro, pero sin perder de vista a los demás que componían esas cuadras.

—Son los mejores de Cheshire. Daniel los cría y para él están en segundo lugar. Primero su esposa, después sus caballos y, por último, sus hijos.

—Con suerte la esposa está primero. Le compraré uno, solo para tenerlo, porque no puedo montarlos y si lo haré como ha dicho el médico, parece que eso no tiene ningún sentido.

—Un trayecto hasta la laguna de caimanes no sería algo muy largo e iríamos lento.

Capítulo 20

Primero, Richard parecía dudarlo; sin embargo, asintió ante la propuesta de la joven.

—Que alguien prepare dos caballos —ordenó la joven con autoridad.

Los sirvientes se pusieron manos a la obra para cumplir con la exigencia de Alethea.

—Pedí dos caballos por si a usted le da vergüenza que lo lleve en el mío… —musitó con picardía.

—Tal vez me diese un poco de vergüenza que los sirvientes se burlen de un duque. Eso no está permitido, Alethea. Ha hecho bien en pedir dos.

Una vez que los caballos estuvieron listos y ensillados, el duque ayudó a la joven a montar y después él subió al lomo de uno. Aquel sentimiento de libertad era algo indescriptible, la última vez que subió fue hace quince años.

—Vamos… —pronunció la joven, pero fue interrumpida por los gritos desesperados del sirviente de Richard.

—¡Excelencia! ¡Excelencia! ¡Usted no puede subir a un caballo! —exclamó Raymond, llegando hasta ellos con agotamiento.

—Solo iremos a la laguna de caimanes que no está lejos, tampoco me pondré a cabalgar, Raymond. Conozco mis limitaciones. Además, el médico dijo que podría hacer eso.

—¿Qué médico incongruente le daría esas instrucciones a alguien con problemas del corazón, excelencia? Debe ser un charlatán. Le pido que baje, a su madre no le gustará saber que está poniendo su vida en riesgo.

—Iré y es todo. Si quieres, puedes vigilarme y eso será lo máximo que te concederé. Si sigues viviendo bajo las normas de mi

madre, hablando como ella y siendo intransigente, regresarás a Londres.

—Iré con usted, excelencia. No puede ir sin alguien responsable.

—Oiga, señor. Soy una persona responsable y, créame, sé más de salud que usted. No expondría a mi futuro esposo a nada peligroso —espetó la joven.

—No lo dudo, milady, pero él aún es un ser vivo y todos saben que a usted le gustan más los muertos.

—Raymond, irás muy atrás de nosotros. Alethea nos guiará —ordenó molesto por la intromisión de su sirviente. Sabía que este servía a todos los dioses, menos a él, porque lo han convertido en un ser paranoico, de eso se encargaron sus parientes y las leyendas familiares de cada deceso.

Los mozos prepararon un caballo más para que pudiese ir el sirviente del duque. Richard tenía el rostro serio. La paz, la tranquilidad y libertad que había sentido, solo duraron unos efímeros segundos. La realidad le pisaba los talones.

—No pierda la calma, Richard. Los sirvientes son metiches, pero forman parte del día a día, sin ellos, no tendríamos lamentos por los cuales preocuparnos o chismes que puedan salir a la luz para avergonzarnos.

—Es cierto, pero le aseguro que sus sirvientes no se meten en sus asuntos con tanta frecuencia como Raymond.

—Siempre está la opción de alimentar peces en el Támesis, su hermano sabe mejor de eso que nadie.

Richard negó con la cabeza, divertido. Alethea sabía cómo hacer para sacarlo del hoyo en el que se encontraba con frecuencia. Era la luz que necesitaba para afrontar cada día.

Al tiempo que el caballo de Richard dio sus primeros pasos, él sintió que su corazón latía con más fuerza que nunca. Esto era algo que había deseado por demasiado tiempo. Ver que todos podían

hacerlo, mientras que le tocaba ser un mero espectador de la felicidad ajena. Esta vez, por más que fuese solo una caminata suave, para Richard significaba el mundo.

Desde lejos podía distinguir el estanque de caimanes importados. Aquellos tomaban el sol con la boca abierta. Esos eran muchos dientes para él.

—También se puede optar por los caimanes de lord Cholmondeley, ¿para qué solo alimentar a los peces de ese río, siendo que aquí hay más hambrientos que allá?

—Daniel estaría complacido al escuchar que alguien se preocupa tanto por sus dulces mascotas.

—¿Acaso los sube en su regazo?

—No, son animales difíciles de domesticar. Le he recomendado gatos o en su defecto, perros. Tiene varios, pero creo que ha dejado de querer lo común para ser amante de lo exótico.

—Él es una buena persona, aunque a veces me parece un tanto excéntrico.

—No es del todo su culpa, se crio solo en una casa con padres negligentes, no podemos esperar que entregue demasiado. Eso me costó años entenderlo, después de un par de lágrimas. Hace un par me di cuenta de que no podía esperar nada, al menos lo que yo esperaba. Cuando Daniel llegó a esta casa, pensé que sería como un padre, pero terminó siendo algo así como un malvado hermano mayor.

—La muerte de un padre es difícil, pero a veces liberadora.

—¿Le alivia la muerte de su padre? La mía me devastó.

—Creo que sí, porque dejé de sentir un poco de presión y mi hermano pudo ser feliz, por fin. Él nos perseguía, a cada uno de manera diferente, pero el resultado era el mismo para ambos, era una tortura la sobreprotección para mí y el rechazo para Adrian. La única que no hizo diferencias entre nosotros fue nuestra madre, ella nos amaba por igual.

—Hay padres raros, ya escuchó a la mía. No puedo tomar en serio algo que dice alguien que dejó a sus hijas a su suerte, como si solo ella se estuviese hundiendo al fallecer mi padre. Nos ha juzgado a todas. A una de mis hermanas le dijo que lo mejor era enviudar pronto, en cambio, en mi caso, se ha vuelto loca pensando que me casaré con alguien que quizá muera pronto. Su comportamiento es desconcertante.

—A veces los padres quieren lo mejor para sus hijos, pero no saben cómo transmitir esas ideas sin quedar como malvados. Cada uno ama a sus hijos a su manera, aunque algunos no saben cómo amar sin criticar.

—Parece que habla de mi querida madre…

Observaron el estanque de caimanes con atención por unos minutos más hasta que Alethea le propuso que bajaran de los caballos. Richard no quería hacerlo, porque temía que ese momento de estar sobre ese animal desapareciera. Su sirviente lo miraba como si él fuese una presa. Su mirada aguda no lo dejaba tranquilo.

—¿Es necesario bajar? Me temo que, si bajo, Raymond vendrá a llevarse al caballo.

—Volverá a subirse, su sirviente no tiene mucho que hacer para robarle su caballo. Además, me tiene para defenderlo. Es importante que un duque tenga defensores, cuente conmigo...

Esas palabras lo percibieron para que bajara, entonces vio que su sirviente se acercaba con presteza sobre el caballo.

—Su excelencia, estos animales me parecen peligrosos, su madre no...

—Cállate, Raymond. Sé que mi madre no los aprobaría, pero créeme, estos animales no necesitan la aprobación de ninguna duquesa ni otra mujer, solo son eso: animales. Déjame tranquilo, Alethea vive con estos especímenes desde hace años.

—Oh, excelencia, no se exponga al peligro, me dará un soponcio. Su madre y su hermano acabarán conmigo si algo llegase a ocurrirle, tenga un poco de conmiseración.

—No pensaré en nadie más que en mí en este momento. Alethea y yo estaremos seguros y lejos de estos animales, Raymond. Preocúpate por cuidarte tú mismo, estos reptiles tienen hambre.

Alethea sonrió ante las maliciosas palabras del duque y lo llevó hacia un lugar en que aquellos animales nunca llegaban, por lo que era seguro.

—Cada vez está siendo más decidido.

—Ya era hora, Alethea, si no lo hago, ellos siempre controlarán mi vida. En este momento, la única persona que quiero que me controle es usted. Nunca me he sentido tan comprendido, para mí esto es el cielo. Con usted bailé, me subí al lomo de un caballo y no morí. Me siento tan feliz por algo tan simple.

—Al parecer la frase que dice que las cosas más hermosas de la vida son las más sencillas, es cierta.

—Es exactamente eso. Mire a su alrededor. Esto es tener libertad y fortuna.

—Y pensar que casi Daniel nos echa de aquí. Era una mala persona antes de enamorarse de Mildred.

—Era un ser equivocado. Creo que ha hecho un buen trabajo con toda su familia.

—Sí, ha levantado la fortuna familiar, ha invertido tiempo y esfuerzo en nosotras, quizá un poco más en Penélope que en el resto. Usted sabe, en la vida siempre existe el favoritismo.

—Usted es mi favorita... —dijo él con rapidez para halagarla.

—No es válido cuando usted no conoce a otras.

—Está Adeleine. A ella la conozco desde que era una niña. Sus padres murieron y el heredero de la familia no quiso hacerse cargo. Mi madre no dudó en acoger a su ahijada y desde ese momento no hemos podido librarnos de ella. La adora y siempre quiso que uno de nosotros la desposara para cuidarla, pero no hemos querido. A mí siempre me ha parecido una niña engreída y mimada, pero otras veces he sentido pena por la muerte de sus padres a tan corta edad.

—Ella es extraña, dice que se casará con su hermano y que seremos cuñadas. No sé qué tan cierto sea, mas me ha parecido un poco intensa en la mayor parte de las cosas que dice.

—Por eso se lleva bien con mi madre. Siempre están buscando alguna excusa para molestar.

Mientras ellos conversaban, se dieron cuenta de que el estanque de caimanes comenzaba a quedar pequeño, porque lord Cholmondeley y su séquito de concuñados estaban acercándose.

—¿No te parece un lugar peligroso, Alethea? —curioseó Daniel acercándose a ellos.

—¿Notas algún tipo de peligro aquí aparte de ti? —replicó sin exaltarse.

—Entonces supongo que Humbert exageró al decir que querías matar a tu prometido llevándolo a montar.

—Sí, es eso, una exageración. Ya tenemos al sirviente de Richard pisando nuestros talones, considero que tú y todos los demás, sobran.

—Sabes que él no puede hacer un par de cosas, Alethea...

—Disculpe que los interrumpa, lord Cholmondeley, pero considero que tanto usted, como mi familia deben comprender que

yo decido qué hacer con mi vida. Es suficiente, el control de mi madre ha llegado demasiado lejos. Si esto sigue aquí, iré a una posada y ahí nadie podrá controlarme. Deseo que se respete lo que quiero y solo quiero paz.

Esas palabras hicieron retroceder a Daniel, puesto que no deseaba que la gente creyera que era un pésimo anfitrión en su residencia.

—Lo dejaré correr sus riesgos, pero le pediré que firme algunos papeles frente al letrado. No queremos ser responsables de cualquier accidente que llegase a tener aquí por su propio gusto. Con permiso. Iremos de cacería. Todavía puede acompañarnos si coge su carruaje, excelencia.

—Agradezco el ofrecimiento, pero estoy mejor en compañía de una dama. Disfruten la cacería, me gusta el faisán...

Lord Cholmondeley inclinó la cabeza y se despidió.

—Me gusta que sepa poner a Daniel en su lugar —halagó la joven.

—No es eso, se trata de que se respete cierta voluntad. Sé que estoy en su propiedad y, de cierta manera, bajo su cuidado; sin embargo, no cuida así a esos niños que se matan corriendo en el salón. Lo que ocurre es que mis parientes han enviado cartas con cuidados que deben extremar conmigo y no es justo que no me dejen vivir estando alejado de ellos. En parte es mi culpa, me preocupé más por su dolor por perderme que por lo que yo deseaba. Eso se terminó, es a su lado donde quiero estar, Alethea.

—A su madre no le gustará saberlo, pero supongo que a usted le importa tanto la opinión de su progenitora como a mí me importa de la mía.

Los dos sonrieron, pues las cosas probablemente estaban tomando el giro que ambos deseaban: independencia familiar sin

prejuicios. Todo lo que esperaban era respeto hacia lo que querían. Él deseaba vivir a su manera y ella quería apoyarlo porque eso era lo que haría una verdadera esposa.

Con el pasar de los días, la joven lo sacaba a cabalgar y eso ya no era un asunto pendiente para él. Richard amaba esas caminatas sobre el caballo, no sabía lo que se estaba perdiendo siguiendo las órdenes de su familia. Podía hacer cosas sin abusar, aunque se sentía un poco cansado en ocasiones, pero no sé permitía ceder.

Capítulo 21

Cuando terminó la semana que Richard había establecido de alejamiento para no caer en los besos de Alethea, ya no tenía razones para negarse, solo apelar al buen juicio de su prometida; no obstante, en ese tiempo que llevaban compartiendo, se dio cuenta de que el buen juicio no era algo que acompañara a la joven con frecuencia. Disfrutaba de estar con alguien que rara vez pensaba en los inconvenientes de sus decisiones. Él sabía que se había acostumbrado a pensar en otros en lugar de él y le costaba deshacerse de sus malos hábitos.

—¿Sabe que hoy ha terminado la semana que dijo? Me toca exigir un poco de afecto de su parte, Richard —pronunció Alethea con picardía, mientras acomodaba las canastas para recoger bayas silvestres para una deliciosa compota que le prepararía Mildred en el más absoluto secreto, porque si Daniel sabía que su condesa había pisado la cocina, tendría un ataque de histeria que terminaría con sirvientes despedidos. Amaba las preparaciones de su hermana mayor, eran las mejores.

—¿Qué debo entender por exigir? —curioseó Richard haciéndose el desentendido.

—Pasaré a su habitación esta noche para conversar sobre eso. Sabe que aquí no estamos solos y que solo allí no existirán ojos mirándonos.

—Eso es inapropiado, Alethea.

—Entonces venga a la mía si la suya le parece inapropiada.

A Richard se le escapó una carcajada. Definitivamente no había forma de salvarse de ella y de sus malvadas intenciones con él. Lo había convencido con el simple hecho de cambiar el juego a su favor. Alethea sabía que todo era incorrecto, tanto su habitación

como la suya, pero su capacidad de adaptar la situación a lo que deseaba era sorprendente.

Entiendo que sabe cómo lograr sus objetivos. Iré a su habitación cuando todos duerman —dijo el duque.

—Lo esperaré. Ahora, usted va por allá y yo iré por aquí. Quien encuentre las bayas más jugosas, gana.

—¿En algún momento deja de ser tan competitiva?

—No, jamás.

A Richard solo le quedaba obedecer. Un duque recogiendo bayas silvestres no era algo que pudiese decirse que correspondía a su rango, pero esa mujer lo pedía, él se sentía tentado a obedecer.

—Deme su canasta, excelencia, puedo cosechar por usted —se ofreció Raymond.

—No, lo haré yo. Tú solo me acompañarás.

—Pero, excelencia...

—Ella no tiene a nadie que la ayude, deberías ofrecerte, es una dama y, para colmo, mi futura esposa. Considéralo un sermón para ir corriendo tras Alethea.

Raymond entendió a la perfección lo que le había insinuado, por lo que fue tras ella, dejándolo solo. Mientras Richard caminaba entre la maleza para encontrar las dichosas bayas que Alethea deseaba, solo esperaba no llevar algunas que fuesen venenosas, ya que de comida sabía muy poco.

Mientras caminaba por el sendero, notó un hombre con un sombrero extraño que caminaba por ahí. Al verlo, aquel se quedó quieto. Distinguió que no tenía las mismas facciones que un inglés y comprendió que era extranjero, en específico, chino.

—¿Quién es usted? —indagó Richard en el idioma del hombre. Recordaba poco de lo que había aprendido sobre eso, pero comprendía las palabras más sencillas como preguntar quién era y de dónde.

Aquel lo miró e hizo muchos gestos con la cabeza.

—Yi, señor. No me delate.

—¿Qué hace en está propiedad?

—Comida, vine a por eso y hierbas para medicina.

—¿Medicina? ¿Cuál?

—Muchas, señor, para la cabeza, el estómago y el corazón.

Cuando oyó eso, Richard estaba pensando en que ese extranjero podía ser la solución a sus problemas.

—Quiero su medicina para el corazón...

Yi abrió los ojos con sorpresa al oírlo.

—Es peligroso, si no tiene problemas, puede morir.

—Puedo morir de cualquier manera. ¿Es médico?

—En China soy naturalista.

—Eso me sirve. Recoja lo que guste y yo lo seguiré...

Richard ayudó a Yi para que recogiese lo más que pudiese. A él le sorprendió ver que llevaba setas que eran comestibles y le indicaba cuáles no lo eran y le ayudaba a escoger las mejores bayas para su prometida, mientras que él intentaba comentarle sobre su enfermedad y que el extranjero pudiese entender su mandarín pobre, ya que el que utilizaba era más para los negocios de las telas que para entablar una conversación. Era evidente que Yi comprendía

la información en parte y le hizo entender a Richard que necesitaba estudiarlo para saber qué le daría para su problema.

Mientras que él hablaba con Yi, este le dijo que no delatara en dónde se encontraba, pues suponía que el dueño de la propiedad podía soltar a sus perros o capataces para buscarlo. Era el mejor lugar de la región para conseguir comida y agua. Richard prometió no decir nada si lograba curarlo.

Alethea y Raymond habían recogido la cantidad que entraba en el canasto y cuando fueron hasta el punto de encuentro que era el mismo que de salida, no encontraron al duque.

—¿Y si murió en medio de la selva? —inquirió Raymond que estaba a punto de llorar.

—No se va a morir, salvo que corriese despavorido de una liebre. No sé cómo el duque no se ha vuelto hipocondríaco con toda la gente que lo rodea. Si tiene miedo de que algo le ocurra, vaya a buscarlo por el otro lado —ordenó.

El sirviente obedeció al momento y fue a buscarlo con el corazón en la mano, aunque al poco tiempo lo encontró yendo hacia donde debía.

—Me ha pegado un susto de muerte, excelencia. ¿Por qué ha tardado tanto? —lo reprendió Raymond, preocupado.

—Me distraje. ¿Crees que es suficiente? —Él le enseñó el canasto que estaba menos lleno que el de Alethea.

—Para que usted solo lo recogiera es mucho.

—Bien. Tú y yo regresaremos aquí por la noche, solos.

—¿Por qué, excelencia?

—No puedo contarte nada hasta saber si confío en ti. No trabajas para mí, sino para mi madre y Adrian. Demuéstrame tu lealtad.

—Soy su sirviente, soy fiel, excelencia. Es cierto que su madre insiste en cuidarlo, pero estoy de acuerdo con eso porque lo quiero mucho y no deseo que le pase nada. Perdón si mi cariño hace que desconfíe de mí.

—No te pongas sentimental, Raymond. Necesito decisión y fidelidad.

—Haré lo que me pida.

—Te lo agradezco. Te diré más tarde lo que haré y solo espero tu apoyo incondicional.

—Lo tendrá, excelencia.

Ambos fueron caminando hasta donde Alethea se estaba comiendo unas bayas mientras los esperaba.

—Deje algo para el postre, Alethea, o no comeremos nada interesante esta tarde.

Ella le entregó una sonrisa y le ordenó a Raymond con una mirada que cogiese su canasto para llevarlo, mientras que Alethea iba a coger a su prometido.

—¿No le ha ocurrido nada? Su sirviente es un poco paranoico con respecto a lo que puede pasar.

—Vivió demasiado tiempo bajo el techo de gente así, no puede esperar nada diferente de él. Lo único que espero de Raymond es lealtad.

—O quizá a Raymond le termine gustando la laguna de caimanes y no el Támesis —dijo ella, burlona.

—Hace mejor pareja con lord Adrian que con el duque —pronunció Raymond solo para él. Aquella damita era como el diablo encerrado en el cuerpo de una criatura con la belleza de una ninfa.

Regresaron a la residencia sin ningún inconveniente hasta que notaron algo extraño, un carruaje con blasón, el mismo que el de Richard.

—Tengo un mal presentimiento —musitó al verlo.

—Debe ser su madre, Richard. ¿Qué problema puede causar aquí? —cuestionó la joven.

—No la quiero aquí, me castrará con sus cuidados y estoy cansado.

—Se lo diremos a Daniel y él podrá solucionarlo.

Al entrar al salón, la situación era mucho peor de lo que pensaba. No solo estaba la duquesa viuda, sino también su hermano y Adeleine.

—¡Oh, Richard, cariño! —La duquesa corrió para abrazarlo—. Te ves un poco más oscuro, querido. ¿Por qué sales al sol? Haré que pulan tu piel...

—Madre, no la quiero aquí... Era solo un mes de libertad lo que necesitaba.

—¿Cómo puedes decirme algo así? Soy tu madre y me preocupo por ti al igual que Adrian.

En vez de dirigir la mirada a su hermano, Adrian observaba a la joven que lo acompañaba. Ella se mostraba tranquila y serena, sin dar señales de preocupación por perder nada.

El duque dirigió su mirada a lord Cholmondeley y comenzó su diatriba.

—Lord Cholmondeley, estas personas no pueden quedarse aquí. Si ellos lo hacen, me veré obligado a irme de su propiedad a cualquier sitio que me permita tener un poco de vida propia. Agradezco a mi madre y hermano los cuidados y me compadezco de Adeleine que ha sido arrastrada a esta humillación. Necesito que comprendan que soy un adulto que no está haciendo algo ajeno a lo que otros hacen.

—Los otros no están enfermos —masculló Adrian que cruzó los brazos.

—Ustedes lo enferman con sus persecuciones. Dejen que él decida lo que quiere. Solo les pide eso.

—No quiero pensar que usted es una arpía, lady Alethea Hess, alguien que pretende separar a una familia —farfulló la duquesa mirando a Alethea sobre los hombros.

—Seamos respetuosos. Mi cuñada es una arpía, por supuesto que sí, pero no en el ámbito que piensa. Estoy de acuerdo con la independencia del duque. Puedo ofrecerles una propiedad aledaña que no es tan grande, pero cubrirá sus expectativas. Mi invitado principal es el duque, espero que sepan comprender.

—Queremos hablar con usted y con lady Alethea, lord Cholmondeley. Concédanos esta entrevista —pidió Adrian.

—Se la daré. Su excelencia, Alethea y yo conversaremos con su familia en el despacho. Con permiso.

Alethea tocó el brazo de Richard con confianza, para ella no había nada que ellos pudiesen decir que cambiase algo de lo que creía.

Adeleine se acomodó en el sillón y le sonrió a Richard.

—¿Quiere saber de qué hablarán? Resulta ser sobre algo escandaloso para cualquiera que se respete, excelencia —habló

Adeleine con tono perspicaz.

—¿Qué quieres decir?

—Mi madrina y lord Adrian no han venido porque quieren molestar, están muertos de preocupación y vienen con la propuesta de salvarlo.

—¿Qué nueva tontería tienen en mente?

—Su hermano quiere ofrecerse a embarazar a su prometida para que usted no tenga que hacer el esfuerzo de concebir un hijo. ¿Entiende lo que hará?

Él sentía que un calor extraño subía hasta su cabeza, sentía que iba a estallar de ira.

—Su excelencia, por favor, no se enfade, puede ser contraproducente...

—¿Contraproducente? ¡Contraproducente! ¿Escuchaste lo que ha dicho, Adeleine? ¿Qué clase de familia puede proponer algo así?

—Debería cuestionarse si la otra parte aceptará. Si su prometida está preocupada y enamorada de usted, simplemente accederá algo que le permita continuar a su lado.

—Si ella acepta cualquier tipo de trato con estos demonios, yo la repudiaré por haberme desafiado. Se lo advertiré al regresar aquí...

La mente de Richard daba muchas vueltas. No quería que ellos persuadieran a Alethea para que aceptara semejante traición. Jamás entregaría a su mujer a otro por más que fuese su hermano. Aceptaría criar al hijo de cualquiera, siempre y cuando su esposa no lo concibiera con otro. Sabía que le había encargado la seguridad de Alethea a su hermano, pero este comenzaba a tomarse atribuciones que no correspondían. Debió notarlo desde el primer día. Adrian

estaba dispuesto a traicionarlo para quedarse con su prometida, lo vio en su mirada la noche del compromiso y solo lo pasó por alto por afecto, mas las cosas cambiarían para siempre.

En el despacho, Daniel indicó a las personas que estaban frente a él que se sentaran, mientras que Alethea permanecía de pie con los brazos cruzados a la derecha de su cuñado.

—Bien, los escuchamos... —Daniel les concedió la palabra.

—Queríamos hacerles saber que estamos preocupados por Richard. Él no está acostumbrado a estar con las damas y tememos que pueda surgir alguna locura de su parte con lady Alethea —declaró Adrian—. No debería intentar nada ni después del matrimonio, por lo que me ofrezco a suplir a mi hermano en cualquier función de esposo que sea peligrosa para su salud.

Capítulo 22

El rostro de Daniel era un poema. Su expresión era indescifrable, al igual que la de Alethea, que no podía comprender el alcance de esas palabras.

Una carcajada histérica escapó de los labios de la joven, porque de buenas a primeras no entendía lo que estaba ocurriendo. Tampoco por qué venían a esto en ese momento.

Mientras que Daniel escuchaba reír a su cuñada, él se tapaba la boca por respeto, no podían ponerse los dos a morir de risa por lo que habían escuchado. Si bien, él había oído muchas cosas fuera de lugar, esta superaba por demasiado cualquier delirio convencional aceptable dentro de la locura.

—Bien… He quedado sin palabras y, supongo que entienden que la carcajada de mi cuñada significa poco más que una pregunta que podría traducirse como: ¿están dementes? —musitó lord Cholmondeley.

—Antes de que alguien diga una tontería más, les dejaré clara la situación: prefiero no tener hijos si esos vendrán de este sinvergüenza que es capaz de decirle a la prometida de su hermano que haga cosas indebidas con él.

—Si lo ama, aceptará la propuesta. Él no está listo para ninguna noche de bodas —afirmó la duquesa viuda—. Mi esposo quiso llevarlo a un burdel, de hecho, lo hizo y fue ahí que casi lo perdimos. No supimos la gravedad de sus problemas hasta esa ocasión en la que no pudo respirar y quedó inconsciente. Puede casarse, por supuesto que sí, pero le prohíbo que consumen este matrimonio por el bienestar de mi hijo.

—Para ustedes puede sonar a ridiculez, pero para nosotros, Richard es lo más importante. Sé que mi propuesta puede agobiar,

mas no es la única —declaró Adrian.

—¿Hay más de donde vino esa última? Guárdesela —mandó Daniel sin querer oír otra tontería más. Sus oídos eran incapaces de soportar tantas estupideces juntas.

—Es atrevido de vuestra parte venir aquí para decir una sarta de cosas que nadie les ha pedido y que, considero, no le han mencionado a Richard. ¿Por qué no se lo dijeron? Es evidente, porque lo tomaría de la misma manera que nosotros. No quiero empezar mi relación política y familiar con ustedes de esta forma. Haré lo que mi esposo pida, de ninguna manera está sobre la mesa pensar en engañarlo. Si fuese ustedes, olvidaría esta conversación y haría lo posible para no molestar al duque. Si no lo mata alguna condición congénita, lo matarán sus parientes con ideas alocadas, sacadas de un libro de locuras del siglo XV. Por mí no se enterará y no creo que tampoco lo haga por Daniel, les damos esta oportunidad de reconsiderar sus ideas.

—Milady, solo le pido que piense en Richard y en lo que es mejor para él —siguió la duquesa.

—Le digo esto porque estoy respetando los deseos de mi prometido para ser libre.

—Él no sabe lo que quiere, milady. Usted es inteligente y sabe que debe cuidarlo. Podemos traer a un médico para que le explique… —dijo Adrian con un tono un tanto desesperado por el rechazo tajante de la joven. Cualquier mirada de aprecio y amabilidad que ella pudo haberle obsequiado, no había quedado nada. Solo lo observaba con molestia aparente.

—Ya lo hemos traído nosotros y nos ha confirmado lo que dice, milord, pero ha sido claro, solo no debe excederse en nada que requiera mucho cansancio físico.

—Eso incluye el sexo —farfulló el hermano de Richard.

—Escuche, milord. Si no se ha dado cuenta, habla con una mujer virgen. Debería guardarse la rudeza y crudeza para otro momento.

—Lo que sí le advierto es que, si a Richard le llegase a ocurrir algo, ella lo pagará. Es una promesa.

—¿La está amenazando en mi casa? Con menos razón se quedará aquí. Después de esas palabras que dijo, la cortesía sobra. Lárguese de aquí —ordenó Daniel señalando la puerta—. Usted, no, su excelencia, la invitaré a irse de manera más cortés porque es una dama, independientemente de sus pensamientos intrusivos que deja que salgan a través de su pequeño delincuente.

—Vámonos, madre. Vaya parentela que ganará Richard…

—Le aseguro que usted quisiera estar en el lugar de su hermano, milord, pero ante la negativa de la dama, solo puede rebuznar con amenazas.

Los ojos de la duquesa viuda le rogaban a Alethea que por favor considerara sus temores. Ambas lo apreciaban y su madre llevaba años cuidándolo de una manera sobreprotectora, pero era lo único que conocía como amor de madre.

Alethea hizo una venia para despedir a la mujer que se fue con su hijo, aunque este último no se marchó sin antes matarla con la mirada.

—Esta gente está trastornada, ¿estás segura de que podrás tolerarlos? —inquirió Daniel—. No sé si el duque vale que pierdas tu paz. El facineroso ese no dejará de perseguirte, está más enamorado de ti que tu prometido y eso es peligroso, porque él mismo puede sacarlo de esta situación, quizá no empujándolo al Támesis, pero sí otras cosas.

Ella suspiró. No había pensado que ser la prometida de alguien que tuviese problemas de salud fuese a ser algo tan malo; sin

embargo, no pensaba rendirse en lo que respectaba a apoyar a Richard. En este tiempo que llevaban compartiendo, sabía que en su interior nacía un amor que era imposible pasar por alto, era algo que arrasaba sus sentidos. Su vulnerabilidad y su determinación lo convertían en algo que la atraía como la abeja a la miel. Quería amar a ese hombre por completo y no perderlo jamás. Pese a que no había tomado en serio las insinuaciones de su futuro cuñado, no dejaba de pensar en que el temor de la duquesa estaba fundamentado en el pasado, en algo que en verdad había ocurrido. ¿Estaría dispuesta a llegar hasta la cama con el riesgo de perderlo? Ese era el deseo de Richard y cuando se casaran tomarían sus propias decisiones, ajenas a las locuras y vicios de cualquiera de las dos familias que en un par de meses se unirían.

***

Adrian salió del despacho con la furia ardiendo en su mirada, pero cuando vio a Richard en el salón, se suavizó y quiso abrazarlo.

—No me toques —espetó Richard haciéndose a un lado.

—Richard… —pronunció Adrian con temor.

—Si lo que Adeleine dijo es cierto, no quiero volver a verte.

Adeleine quería que la tierra se abriera bajo sus pies al notar el desprecio en la mirada de Adrian.

—No es con mala intención, es para preservar tu vida que es lo único que importa.

—Podría criar a cachorros de lobos, pero jamás a tus hijos. Si llegas a meterte en la cama de mi prometida, nuestro lazo de sangre se romperá —declaró—. No quiero hacerlo, así que no me obligues.

—Por favor, Richard… —rogó su madre.

—Se aprovecha de que la amo demasiado, madre. Este complot no debería existir.

—Yo misma pensé en esto para que fuese un hijo de tu esposa, si morías, tu hermano se casaría con ella para cuidarla.

—Antes confiaba en él para dejarle a mi prometida si algo me ocurría, pero ahora tengo más ganas de vivir que nunca.

—No rompas nuestra hermandad. Es solo una mujer, no vale la pena.

—Es la mujer que me comprende, a la que amo y no soportaré que te metas. Te conservaré en mi corta o larga vida, una vez que no crea que serás un problema. Puedes ser el malvado de la familia, pero no me conoces del todo.

Richard subió las escaleras rumbo a la planta alta de la residencia. La duquesa y su hijo menor estaban en la cuerda floja ante el duque y eso no era conveniente para ninguno de los dos, porque no querían perderlo en ningún aspecto.

—Nos traicionaste, víbora —masculló Adrian.

—No soy eso, deberían cuestionarse eso que dijeron.

—Adeleine, te acogí en mi casa y me apuñalas de esta manera.

—Madrina, no es por maldad, sino que sabe que quiero a su hijo, pero no quiero compartirlo con nadie.

—No puedes compartir algo que no tienes, entiéndelo —espetó Adrian—. Vamos a una posada. Mañana regresaremos a tratar de solucionar esto.

—Esto te pasa por codicioso —gruñó Adeleine que los siguió para retirarse de Autum Hall.

La condesa viuda quedó confundida con lo que había visto. Al parecer, llegó tarde para enterarse del problema interno de la familia de su futuro yerno.

—¿Qué está ocurriendo, Daniel? —preguntó la condesa al ver a su yerno acercándose en compañía de Alethea.

—Nada, querida suegra. Esas personas habían consumido opio antes de venir a hacer una visita no solicitada.

—Qué familia tan extraña. El duque fue a su habitación…

—Iré a verlo —dijo la joven que fue hacia la escalera.

—¿A la habitación de un hombre soltero? No me importa si está enfermo o es un cadáver, te quedas aquí y baja él —farfulló su cuñado.

—Sabes que ni siquiera puede tocarme, no me hará daño. Prometo quedarme en la puerta —rogó con desesperación.

—Diana irá contigo. ¡Diana! —llamó a la doncella. Aquella estaba tan cerca que se aproximó sin ningún problema.

—Diga, milord…

—Acompaña a Alethea a la habitación del duque. Que no pase del umbral o pierdes tu puesto en esta casa.

—¿Por qué no va Sarah, excelencia? —lloriqueó Diana que sentía que tenía el peso del mundo en los hombros gracias a una de las criaturas más desobedientes de la familia.

—Porque me acordé de tu nombre y no el de ella. Haz lo que te digo.

Diana siguió a la joven que iba con paso firme subiendo las escaleras.

—No haga tonterías o voy a comer bayas del bosque porque nadie me contratará después de que lord Cholmondeley no me dé buenas referencias.

—No exageres. Solo quiero verlo. ¿Sabes lo que ha pasado?

El lloriqueo de Diana se detuvo al instante.

—Por supuesto, milady. Esto es un escándalo. La joven que estaba en el salón le dijo al duque lo que su hermano quería hacer… desde las sombras grité: ¡sinvergüenza! El hermano de su prometido es un verdadero caradura.

—Sí, cuando lo oí no pude dejar de reír.

—Pero su excelencia no se rio ni un poco, milady. Lo hubiese escuchado, era como el diablo. Ese hombre la defenderá de lo que sea. Además, la ama…

Ella se sonrojó ante las palabras de Diana. Ver al duque luchando como una fiera por defenderla era algo que le robaba el aliento. No se había considerado romántica, pero aquel derribaba todas las barreras que ella construyó en los años en donde se había cerrado por falta de afecto, él demostraba que valía la pena intentar amar.

Con un poco de nervios, golpeó la puerta de Richard. Esperó unos segundos y nadie le contestaba.

—Richard, ¿puedo hablar con usted? —habló con suavidad.

El duque oyó la voz de Alethea y fue a abrir la puerta.

—Sé que sabe lo que su hermano y su madre han propuesto…

—Espero que los perdone por su impertinencia. Le juro que he oído tantas barbaridades de sus labios a lo largo de este año, que todavía me cuesta encontrarle lógica a esta última. Y pensar que yo

quería dejarla a usted en manos de mi hermano si algo me pasaba, ahora supongo que el único problema para él soy yo. Qué inocente fui.

—Para su tranquilidad, si se muere jamás me casaría con él ni si hereda su título ni su fortuna, porque la persona que tiene mi corazón es usted y a quien le debo decencia ahora y después; si no está, será a quien podría ser mi prometido. No debe creer que haré algo indebido. Su hermano puede bailar frente a mí como un pavo, pero nunca me tendrá.

—También le prometo que nunca la tendrá, porque no la dejaré. Hoy más que nunca necesito una solución, porque me siento más cerca de la muerte con mi propio hermano. No sé en qué momento dejé de confiar en mi propia sangre. Una cosa es criar al hijo de él con otra, pero hacerlo con mi prometida o futura esposa, es inconcebible. Adrian me ha dado el peor golpe que un enemigo puede dar.

Capítulo 23

Después de haber conversado con Richard, Alethea se sintió un poco cansada. Necesitaba un tiempo a solas. Fue hasta las caballerizas y cogió uno de los caballos para adentrarse en la propiedad.

Mientras estaba cabalgando con habilidad y rapidez, su mente recordaba las palabras ridículas del hermano de su prometido. Aquel descarado había hecho una propuesta ofensiva y absurda desde cualquier punto de vista. Ni en sus pesadillas más horrorosas se le hubiese ocurrido que alguien diría algo semejante, era una traición que intentaban sustentar sobre la base de la hermandad y preocupación por la salud de otra persona, mas era una manipulación evidente de un sinvergüenza que coleccionaba mujeres y que quería convertir a la futura esposa de su hermano en una pieza más de su colección.

No se prestaría a algo semejante por muy desesperada que estuviese. La familia de Richard vivía en otra realidad distinta o en algún mundo de fantasía en el que ella no iba a entrar y tampoco quería.

Esa noche le demostraría a Richard que no era igual a su familia, que ella en realidad estaba de su lado y no pensaba en llevarle la contraria. Lo había notado decepcionado de sus parientes por lo que propusieron. Ella estaba escandalizada por los pensamientos del que sería su futuro cuñado, esperaba que no tuviesen que compartir demasiado tiempo en el futuro, porque sería capaz de golpearlo por su impertinencia.

El chisme de lo que había ocurrido durante la visita de la duquesa viuda y su hijo menor, se había extendido por cada rincón de Autum Hall y la casa de las demás hermanas Hess. Para la hora de la cena, la curiosidad consumía a las personas y la indignación se

respiraba en el aire. Ni siquiera Edwin pudo hacer chistes sin que sonaran a irritación y eso era algo que no solía ocurrir.

—No puedo creer que Johnny dijera algo así —comentó Owen, perplejo. Su amigo de años, que tanto adoraba a su hermano, estaba dispuesto a traicionarlo por una mujer, para colmo de males, era su cuñada—. Él siempre ha respetado al duque y lo amaba…

—Igual que tu hermano a ti, Owen. Los hermanos al parecer no son de fiar. Además, se había fijado en Hannah. Los hombres traicionan cuando hay una mujer Hess en el medio. Yo mataría a cualquiera que osara mirar a Mildred más de los cinco segundos permitidos —alegó Daniel.

—No puedes confiar en alguien que te ayudó a tirar un cuerpo al Támesis, Owen, y más cuando después de esto, su hermano pueda ser el próximo. Tu sirviente no tenía tanto valor como el duque de Belrose, ¿verdad? —cuestionó Robert.

—Johnny debe tener un objetivo, no puede ser posible que quiera hacerle daño a su hermano, me niego a creerlo.

—Niégate todo lo que quieras, sé lo que oí y ese hombre no es bienvenido aquí. El duque es mi prioridad porque es el prometido de Alethea, y si se muere, les juro aquí mismo, que jamás permitiré que ella se case con ese facineroso.

—Me uno a esa cruzada. No soy un asesino, pero si la situación lo pide, olvidaré que Johnny es amigo de alguien… —alentó Edwin.

Richard los oía al igual que Alethea, el apoyo que recibían era importante, porque muchas personas pensaban en lo demente que eran las ideas de su familia. A él la decepción todavía le carcomía el alma, cualquier idea en el mundo era aceptable, menos esa que habían tenido esas personas que decían amarlo. Tal vez eso era lo que hacía que le doliese el pecho, no podía cargar con tanta rabia,

no estaba preparado, porque durante años evitaron cualquier emoción grande para él.

—¿Quiere que le prohibamos la entrada a esta casa a su madre, excelencia? —inquirió la condesa viuda, cuya ira estaba diluida en una copa de jerez.

—No tendría el valor de dejar a mi progenitora fuera de mi vida, pero sí puedo dejar a mi hermano, pues es quien tiene las armas para hacer lo que cree que es correcto por salvarme. Excusas para que su libertinaje escale a la cama de mi futura esposa.

—Entiendo su postura, excelencia; sin embargo, ¿lo que ellos dicen es tan exagerado o en realidad puede morir en… usted sabe? —curioseó el letrado.

—Es algo demasiado íntimo para hablarlo en público, hay una dama sin experiencia aquí… —replicó Penélope, avergonzada.

—Por mí no se detenga, Richard, sé cómo se hacen los herederos, no soy una tonta…

La señorita Carlington casi se desmaya en el lugar en el que se encontraba escuchando la conversación. Esa niña y sus libros demasiado educativos habían echado a perder la verdadera educación de una dama y todos lo estaban notando.

—Es probable… —respondió con sinceridad.

El silencio que siguió a esa respuesta parecía haber disminuido el apoyo moral y la ventaja y la inmoralidad amenazaban con salir de alguno de ellos. Los que estaban ahí querían decir algo, pero no salía una sola palabra de los labios de ninguno.

Ante la falta de alguna reacción a lo que había dicho Richard, Alethea sacó pecho a la situación.

—No hace falta tener hijos para ser feliz. Aparte, Richard tiene un heredero que es su hermano, ¿cuál es el problema? No participaré en el juego de un disoluto que lo único que quiere es crear drama innecesario en nuestro compromiso. El duque y yo haremos lo que creamos conveniente para nosotros y para su salud. Buscaremos más opiniones médicas que puedan contrastar con las que tenemos.

—Con todas las que son iguales, Alethea. Comprendo que salgas en favor de tu prometido y es así como las relaciones fuertes se establecen. Los apoyaremos. Tal vez la ciencia, que tú mejor que nadie conoces, pudo haber avanzado en casos como el del duque —dijo Mildred con una sonrisa conciliadora.

—Sí, confiamos en eso… —correspondió Richard ante la buena intención de lady Cholmondeley. El duque entendió que ellos comenzaban a pensar en que la idea de su familia podría no ser tan descabellada, pero lo más importante era lo que pensaban Alethea y él.

Al terminar de compartir tiempo con la familia de Alethea, cada uno regresó a su residencia y quienes se quedaban en la casa, fueron a sus habitaciones. Richard tenía los ojos pegados a la ventana, observando la oscuridad de la propiedad que se alzaba frente a él. Debía buscar a Yi; no obstante, había olvidado que esa noche él debía ir a la habitación de Alethea.

El tiempo parecía ir con una lentitud agobiante, no sabía para qué iría a ese lugar. No había contemplado la idea de ir con su camisón o vestido como caballero, pero Raymond decidió por él colocándole la ropa de dormir, ya que este también iría a descansar.

—Trate de dormir tranquilo, excelencia… —murmuró Raymond tapándolo con la sábana.

—Tú lo sabías, ¿no es así? —preguntó Richard.

—Debe descansar…

—Raymond…

—Los oí hablando de eso hace semanas, pero decidí callar para que no le diese un disgusto que pudiese matarlo. Perdóneme, excelencia. No estoy del lado de ellos.

—Crees que no estás de su lado, pero créeme, esa idea ha ganado adeptos esta noche. Solo quiero vivir, Raymond.

—No piense en eso y perdone a su hermano, excelencia, usted sabe cuánto se quieren.

—Nos queríamos, éramos hermanos de verdad hasta que posó sus ojos en mi prometida. Confiaba ciegamente en él y ahora no quiero morir pensando en que le di todas las alternativas para que se quedara con ella. Le hice prometer que la cuidaría en mi ausencia. Fui tan ingenuo, mi afecto y mi confianza me jugaron en contra. No dudó en traicionar a su propia sangre por deseo. Pobre de mí, Raymond, que debo vivir con esta estaca clavada en el pecho y no sé si el perdón me salvará.

—Excelencia, no sé qué decirle.

—Solo mantente a mi lado y eso será suficiente.

El sirviente asintió antes de irse a descansar.

Cuando la casa quedó en un verdadero silencio, Richard abandonó la cama y fue hacia la habitación de Alethea, había memorizado su ubicación para no confundirse o podría terminar en un verdadero desastre.

En su alcoba, Alethea esperaba sentada junto a la ventana, abrazando sus rodillas de una manera en la que sabía que lo que estaban a punto de hacer podría ser algo tan bueno como tan malo

y hasta mortal, pero ella ya no podía reprimir lo que sentía por Richard y él tampoco parecía querer hacerlo.

Oyó la puerta abrirse y la llave dando vueltas. Richard tampoco quería más sorpresas.

—Richard… —pronunció ella llamándolo desde donde se encontraba.

Él se acercó hacia el diván en el que estaba sentada en una posición que indicaba vulnerabilidad.

—Alethea… Ha sido un día difícil.

—Sí, y no sé si he dado una respuesta acorde con lo que piensa de mí.

—La única respuesta que me importa es la de que jamás le pertenecerá a Adrian, ni sobre mi cadáver.

—Esa es una promesa.

Richard se arrodilló y la cogió de la mejilla derecha para después besarla con suavidad. Ese beso llevó a otra cosa, a que las manos de ambos comenzaran a explorarse, primero de manera inocente, luego con un tinte más animoso, que hacía que las sensaciones desconocidas comandaran sus cuerpos.

Pese a que Richard no debía hacer esfuerzos considerables, él cogió en brazos a Alethea para llevarla hasta la cama, en donde la colocó y recostó su cuerpo sobre el de ella para besar su cuello como si estuviese devorando una fruta jugosa.

Ella, mientras tanto, cerraba los ojos ante el placer que la invadía con el contacto de los labios de Richard. También sintió cómo una de las manos de él viajaba por sus muslos de forma indiscriminada, apretaba, subía y bajaba con avidez, deseando arrancarle la piel a su carne. Aquella ternura de un principio se había

transformado en una pasión que los abrasaba de manera desconocida.

El duque conocía su límite, el último lugar al que había llegado la primera vez hacía quince años atrás con una mujer. Sabía que estaba a punto de llegar a ese momento y el temor a aquella sensación de desahucio quería hacerlo retroceder, sentir que moría no era la sensación más agradable del mundo; sin embargo, ese instante con Alethea no podía compararse con nada que hubiese conocido antes, porque entre ellos había algo más que presión por encajar ante otros varones, sino que existían sentimientos que unían sus espíritus de manera incomprensible.

—Alethea, este es el momento de parar, después puede que no…

—Haremos lo que decidas, Richard… —Ella lo trataba con mucha más intimidad que antes.

—Esto es arriesgado para ti, podría deshonrarte…

—¿No me responderías?

—Si no lo llegara a hacer es solo porque he muerto.

—No quiero que mueras.

—Pero ya no quiero vivir con miedo, daré este salto de fe. Debo vivir por ti, por mí, por nosotros.

La joven no sabía qué esperar de un encuentro entre un hombre y una mujer. Sabía que de esas noches en que se encontraban surgían los hijos, pero no imaginaba cómo debía ser aquello, por lo que experimentar algo que estaba reservado para el matrimonio, le daba cierto temor, pero confiaba tanto en Richard que no podía ser indiferente a su deseo. Ambos habían calculado ese instante sin darse cuenta, era una conversación en un lenguaje sutil, que no utilizaba los parámetros comunes.

Esa noche los dos conocieron en realidad lo que era la intimidad. Era tan crudo y satisfactorio para ambos que el mundo que los rodeaba no podía tocarlos en aquella nube de éxtasis en la que vivían los dos, conociéndose, amándose y entregándose por completo a sus deseos y sentimientos mutuos. Nadie más que ellos comprendían lo que esa unión significaba, era como una victoria sobre la idiosincrasia y una vida reducida al miedo de no saber cuándo sería el último día. Richard había alcanzado el hito de su vida, por esa noche se sintió como un verdadero pícaro, algo que nunca se le permitió ser y que había disfrutado como nadie. Alethea se sentía distinta, como si a su alrededor las cosas hubiesen cambiado, percibía su entorno con más claridad después de experimentar no solo el dolor, sino también conocer el placer del que nadie hablaba, aquel que era un secreto que nunca decían frente a ella. Tocó el cielo con las manos y solo quería permanecer junto a Richard para siempre.

Capítulo 24

Después de terminar el acto y dormir por unos minutos, Alethea se colocó el camisón que Richard le había arrebatado durante la acalorada noche que compartieron. Él parecía dormir plácidamente, pero debía despertarlo.

—Richard… —Ella lo intentó con suavidad, pero aquel no abría los ojos—. Richard…

Siguió por unos instantes más hasta que se dio cuenta de que él no estaba dormido, sino que parecía muerto. Se tapó la boca con ambas manos para que su sollozo no despertara a toda la casa. Trató de mantener la calma y con lágrimas en sus ojos se agachó para escuchar su corazón. Había latidos, pero eran irregulares, que parecían detenerse por cortos periodos de tiempo.

En ese momento le tocaba decidir si correr junto a su cuñado y pedir que alguien atendiera a Richard o solucionar el problema por su cuenta; no obstante, ella sabía que no estaba preparada para algo semejante.

—Richard, por favor, abre los ojos… no puedes morirte, querido… —murmuró con sus labios sobre los de él que estaban tibios.

Aquel abrió los ojos e intentó respirar, pero no pudo decir ninguna palabra. El aire le faltaba. Alethea no podía ayudarlo con nada, ya que él estaba desnudo, tapado por la sábana de la cama, entonces no había nada para desanudar de su cuello.

—Iré a por ayuda —murmuró con prisa. Sabía que lo que haría, solo alentaría la locura de los miembros de su familia y también de los parientes de Richard.

Salió de su habitación y corrió hacia la de Daniel, en donde sabía que quizá antes de obtener ayuda, tendría un sermón. No le importaba, podría tragarse todos los venenos del mundo con tal de salvar la vida de Richard. Al llegar frente a la puerta, golpeó con insistencia voraz. Estaría ahí hasta despertar al diablo.

—¡Condenación! —exclamó la voz de Daniel del otro lado de la puerta. Cuando abrió y la vio ahí parada, gruñó—: Más vale que tengas una buena razón para despertarme.

—Hay una muy importante…

—Dilo ahora mismo para poder regresar a mi cama.

—El duque está teniendo una crisis y no puede respirar.

—¿Cómo sabes que está ocurriendo algo con él? Alethea, ¿qué está pasando?

—¿Puedes ayudarlo y hablamos después? Necesito preparar mi defensa.

Daniel tapó sus ojos con las manos, tenía un mal presentimiento. Lo primero que hizo fue regresar a su habitación y agitar la campanilla. Quería a todos los sirvientes despiertos y atentos.

Humbert fue el primero en ser informado y también fue el encargado de comunicar que el duque estaba teniendo una crisis, como lo había llamado la joven.

Su cuñado fue hacia los aposentos del duque, pero Alethea lo detuvo antes de que tocase el picaporte de la puerta.

—Él no está ahí, Daniel… —Ella cerró los ojos al decir eso.

Lord Cholmondeley no sabía cuántas veces más podría colocar las manos sobre sus ojos intentando que su imaginación no volara.

—Este es el momento en que debes decirme qué demonios has estado haciendo. Sabes que es un hombre cuya salud pende de un hilo y lo primero que haces es llevártelo a tu salón para asustarlo y rellenarlo de paja.

—Créeme que estaría encantada de haberlo asustado y rellenarlo de paja, si ese hubiese sido el caso, pero es peor, ven a mi habitación.

Para ese instante la imaginación de Daniel estaba desatada como una estampida. Cuando entró a ese lugar y lo vio con el pecho descubierto y con la sábana cubriendo sus partes privadas, se quedó en silencio y una mano la llevó hasta su boca para no colocarla en la mejilla de su cuñada, una mujer impía para ese entonces en sus pensamientos.

No quería admitir que estaba temblando por varias cosas y una de ellas era la mirada de furia contenida de Daniel.

—He regresado, Richard. Todo estará bien…

Los sirvientes de la residencia fueron hacia la habitación del duque, pero aquella estaba vacía. Raymond cerró los ojos con fuerza al darse cuenta de lo que esto significaba, su amo había hecho lo que deseaba. Entendió que él estaba en la habitación de lady Alethea Hess. Al llegar ahí vio a la joven arrodillada ante la cama con la cara arrimada a la de su prometido, que luchaba por mantenerse despierto.

—¡Excelencia! ¡Qué ha hecho! —exclamó Raymond tratando de escuchar su corazón, pero apenas lo oía—. Necesita a un médico ahora o morirá.

La mirada del sirviente se dirigió a Daniel y este no dudó en actuar. Los mozos fueron a buscar al médico de cabecera y llevarlo, aunque fuese a rastras.

—Quiero que otra parte de ustedes, busque a la familia del duque. Deben estar hospedados en alguna posada de los alrededores… —dijo Daniel que sabía lo que le esperaría a él y a su familia si el duque moría, pero le preocupaba más lo que había hecho su cuñada—. Tú y yo hablaremos después de que el médico atienda a tu prometido. Si no me gusta tu defensa, no seré amable contigo.

Alethea asintió ante lo que decía Daniel. Temía por su futuro cercano, pero primero quería asegurarse de que Richard estuviese fuera de peligro. El sirviente le hacía unos masajes en el pecho en donde escaseaban los vellos. Temía preguntar algo a ese señor, porque parecía que le escupiría en el ojo.

Su madre y Mildred también se despertaron con tanto escándalo en la casa porque Diana y Sarah fueron a contar lo que ocurría. La condesa viuda no había dejado de pensar en que en esa habitación había ocurrido lo peor y que su hija fue mancillada por un moribundo que no llegaría a cumplir con su palabra y, para colmo, habían rechazado la propuesta indecente del hermano menor que ahora parecía una oportunidad para zanjar el escándalo que podría propagarse en poco tiempo si algún sirviente estiraba la lengua más de la cuenta.

—¿Qué está ocurriendo, Daniel? ¿Por qué ese hombre está en la habitación de Alethea? —preguntó la condesa desolada.

—Porque el diablo lo tentó, es decir, Alethea debió llenarle la cabeza con expectativas de que «nada» le ocurriría y lo mejor era cruzar límites o al menos intentarlo. Ahora nos enfrentamos a una probable muerte y una pérdida irreparable de su virginidad. Espero estar equivocado.

—Haz algo, Daniel. Si ese hombre se muere, Alethea quedará mancillada —siguió su suegra.

—¿Y qué quiere que haga, suegra? ¿Que retroceda el tiempo y pueda cerrar las piernas de mi cuñada?

—¡Daniel! —masculló Mildred que no aprobaba ese tipo de sarcasmo grosero.

—No puedo pensar bien bajo este tipo de presión. Lo único que se me ocurre es arrodillarme y rezar para que cumpla con sus responsabilidades, pero quien no se salvará de una zurra, será Alethea.

—Nunca se me hubiese ocurrido que ella cometería semejante locura. Ninguna de las demás fue inapropiada con ninguno de los caballeros que estuvo bajo nuestro techo —comentó Mildred que no entendía el lío en el que se había metido su hermana menor.

—Creímos que fue educada correctamente, pero es evidente que no. No sé quién es el culpable. Contraté a una institutriz y a un preceptor, pero cuando la rama del árbol nace torcida, ni un palo lo endereza. Considero que, como tutor, he cumplido con mi deber, aunque creo que he fallado la misión de casar bien a la última. Quiero ahorcarla.

Mientras que su familia despotricaba en su contra, Alethea esperaba la llegada del médico, sentada junto a Richard, a quien le acariciaba el cabello para que este supiera que estaba ahí, a su lado y no pensaba irse por nada, ni con las miradas que le dedicaban sus parientes y sirvientes.

—Usted sabía, milady. Se lo han advertido de todas las formas posibles —pronunció Raymond, frustrado. Esperaba que esos masajes lo ayudaran, ya que era lo único que podía hacer hasta que pudiesen hacerle algún procedimiento aparte al hombre.

—No espero que entienda, Raymond, pero seguí los deseos del duque.

—En contra de su buen juicio y las buenas costumbres. Él quizá no pase la noche y sabe lo que esto acarreará para usted y para mí cuando la duquesa viuda y milord pisen esta casa.

—Supongo que el hermano de Richard puede decidir convertirme en comida de peces, pero hice lo que él deseaba y, me arrepiento en este momento por su condición, no porque no lo ansiara.

—Eso la lleva al mismo punto, milady. Fue un error y eso puede pagarlo con la ausencia de su excelencia.

Al oír esas palabras, Alethea se quebraba por dentro, no quería que Richard sufriera. Quería saber tantas cosas para ayudarlo, pero al final solo le había causado dolor y probablemente, la muerte.

Tiempo después Raymond pudo ponerle su camisón al duque para que no quedara tan expuesto ante los ojos de los curiosos que no dejaban de desfilar frente a la puerta con la excusa de la preocupación. El médico apareció al igual que toda la familia extendida de Alethea que estaban enfadados con ella.

En la habitación quedaron Raymond, Alethea, Daniel, el médico y Richard. Mientras que lo revisaban, todos podían notar el rostro que ponía, fruncía los labios y negaba con la cabeza.

El corazón de la joven no soportaba la presión al ver que parecía que no había esperanza con lo que ocurría con Richard. Estaba a punto de romperse.

—Debemos realizarle una sangría, pronto o esto no será bueno. He traído mis implementos porque gracias a Dios, ya conocía sobre la condición del duque. Quisiera ser más optimista, pero no puedo mentirles, su vida corre peligro. Le advertí sobre las emociones fuertes, ¿qué estuvo haciendo el caballero?

—Lo que estuvo haciendo es algo que no nos conviene que salga de esta casa, pero al estar en la habitación de Alethea, eso

responde muchas preguntas —replicó Daniel.

El médico miró a Alethea con desaprobación. Parecía que esa mujer en realidad quería matarlo y no alargar su vida.

—Salgan. El sirviente de su excelencia dice tener experiencia para atenderlo durante las sangrías.

—¿Puedo hablar con él antes de salir? —inquirió Alethea.

—No lo agobie, apenas respira…

Con toda la fuerza que aún le quedaba se acercó, tomó su mano y le susurró algo en el oído. Cuando estaba a punto de irse, Richard se aferró a su mano.

—Alethea… —dijo con dificultad.

—Regresaré cuando el médico termine…

Ella tuvo que dejarlo ahí con el dolor de su corazón. Salir de esa habitación solo era el principio de su lamento, pues al llegar a la planta baja, su familia estaba ahí y sentía que la señalaban con el dedo.

—Lo mejor es que yo empiece el juicio. Ven al despacho —pidió Daniel.

Aquel caminaba por la casa con su camisón puesto y al parecer no se había dado cuenta o quizá tenía planeado regresar a dormir.

Cuando la puerta de aquel despacho en penumbras se cerró, sintió el escalofrío recorrer su espalda.

—Haré una pregunta y quiero sinceridad para salir de dudas, aunque debo admitir que tengo pocas. ¿Hiciste cosas indebidas con el duque?

—Sí, le entregué mi virtud.

Esa información tan cruda fue difícil de aceptar para Daniel. Tuvo que desviar el rostro del de ella para recuperar un poco de compostura.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa en todos los aspectos? Si el duque hubiera tenido problemas de salud, esto no sería algo grave, pero aquí estamos. Él está agonizando arriba y nosotros aquí abajo, tenemos un problema que resolver. Si llegara a morirse, tú serás apartada de la familia, no tienes ningún valor para nosotros más que la ruina. Seré generoso contigo y no te dejaré morir en la miseria. Quiero que entiendas el alcance de tus acciones cuando se te ha repetido hasta el cansancio que a ese hombre no lo podías tocar. ¡No podías hacerlo! —se exaltó lord Cholmondeley.

Eso hizo que Alethea se quebrara. Cayó al suelo arrodillada llorando como nunca lo había hecho.

—Lo hice porque lo amo y sé que él también me ama. Llevo tantos años sin sentirme querida por alguien, que no dudé en arriesgarlo todo. Aceptaré el peor castigo que me impongas si llegara a perderlo. La muerte me quiere robar por segunda vez lo que más amo…

—No, no, no me hagas esto, Alethea. No apeles a mi corazón, no lo tengo, maldita sea. —Él la levantó del piso y la abrazó con fuerza. En lugar de consolarla, eso hizo que se rompiera como una presa.

Capítulo 25

Alethea tenía tantos sentimientos encontrados como la culpa, la indefensión y la tristeza de que todo lo que creía amar podría desaparecer.

—No quise hacerte sentir culpable, pero tienes cierto grado de culpa, aunque no es asunto tuyo que este hombre estuviese enfermo desde que nació. Son cosas que pueden ocurrir para bien o para mal. Sé que en esta ocasión será para mal, esperemos que no tenga más consecuencias después de esto, porque siempre puede haberlas…

—¿Más consecuencias?

—Sí, Alethea. Pudiste haber quedado embarazada de alguien que tal vez no pase de esta noche. ¿Qué haríamos con un bastardo? Escucha, debería castigarte y echarte esta misma noche, pero seré todo lo generoso que pueda. Veremos lo que ocurre y tomaremos decisiones. Si él muere esta noche, tomarás un brebaje de alguien que lo suele preparar a Mildred, ya sabes, nos llenaríamos de hijos si no hacemos algo.

Ella se quedó inmóvil, con las lágrimas aún corriendo por sus mejillas.

—No podría hacerlo.

—Debes hacerlo porque no hay futuro de esta manera, es importante que lo tomes esta misma noche, de lo contrario.

—No, si algo debe ocurrir, yo me quedaré con las consecuencias. Si estoy embarazada, este será mi mayor tesoro.

—No es un tesoro, es un problema del que debes deshacerte o evitar. No puedes tener hijos siendo soltera.

—No importa. Si me castigas y me envías lejos, nadie sabrá de mí, pero yo confío en que Richard vivirá y que seguiremos nuestra vida juntos.

—Esperemos que así sea, pero todo depende de esta noche. Le diré a Mildred que se apresure con esto.

Daniel salió del despacho y Alethea se quedó sola, esperando que Richard no muriera y la dejara desamparada. Sin su respaldo perdería a su familia y a las personas que conocía. Sabía que Daniel estaba siendo razonable, demasiado prudente para discutir alguna solución que fuese más cruel. No estaba hablando de perder el contacto, pero sí de que la desterrarían por el futuro de la familia. Muchos miembros podrían verse afectados por el nacimiento de un niño de una dama soltera sin importar quién fuese el padre y por más que este fuese hijo de un duque, si no nacía dentro de un matrimonio, no tendría derecho a lo que le correspondía.

A ella no le quedaba más remedio que mantener la calma y rezar.

Cuando creyó que estaba consiguiendo un poco de tranquilidad para pensar, oyó los gritos de la madre del duque diciendo: ¿En dónde está mi hijo? Eso le puso la piel de gallina porque esa mujer que parecía ser amable, no lo era tanto cuando se trataba de proteger a su retoño sin importarle su edad. Además, estaban las amenazas del hermano que quizá pudiesen dejar de ser veladas para convertirse en algo que temer. No estaba en posición de defenderse, solo de pensar en Richard y en que se salvara para continuar con este compromiso.

En pequeños momentos, le llegaba el remordimiento como si fuese una ola gigante que la desestabilizaba. Debió alejarse, detenerse cuando él le dijo cuál era el límite, pero la fuerza de atracción que los unió devastó cualquier barrera de culpa en aquel entonces.

—Milady, su hermana mayor quiere que vaya al salón para que puedan ir juntas a su habitación, tiene un té preparado para usted —musitó Diana.

—No quiero ir. ¿En el salón están la duquesa y su hijo menor?

—No, milady. Están en su habitación, acompañando al duque.

—¿Todavía no saben…?

—Creo que lo sabrán pronto. Lo mejor es que se prepare para lo que pueda venir.

—¿Qué puede venir?

—Que la acusen, milady. Usted es fuerte, si no cree haber hecho mal, manténgase en su postura.

Se mordió los labios y asintió. Alzó el mentón, aunque sus ojos estaban rojos por haber llorado tanto.

Junto a Diana se sentía un poco más segura, hasta que vio a la duquesa bajando las escaleras, desconsolada, y al hijo de esta sosteniéndola para que no se cayera. Cuando la vio levantar su mirada hasta ella, se giró para no verla. Era un acto de rechazo hacia Alethea.

—¡Usted! —escupió Adrian al ver a Alethea—. ¡Es el demonio! ¡Le dijimos que no se acercara a él! ¡Se aprovechó de su ingenuidad!

Adrian se acercó a Alethea con largas zancadas para atacarla, pero Robert lo detuvo ahí.

—Cálmese, milord. No es momento de buscar culpables… —razonó Robert, pero Adrian no quería saber nada de conversaciones absurdas sobre retirar la culpa de quien lo merecía.

Empujó a Robert para seguir su camino, pero Daniel se interpuso.

—Puede hablar conmigo. Soy el responsable de Alethea y responderé por sus actos. No es digno de un caballero atacar a una dama por más que sus sentimientos más ruines lo estén consumiendo, milord.

—Quítese antes de que lo golpee. Esta arpía pagará con su vida… —Él sacó el arma de su frac y le apuntó a Alethea—. Que se aleje el que no quiera salir herido.

—Adrian, basta —pidió la duquesa—. ¿Qué solucionarás ahora? Lo único que podemos hacer es esperar a que Richard reaccione con la sangría.

—Lograré quitarme la impotencia del alma, madre. Le advertí que no viviría si algo llegara a pasarle a mi hermano.

Con determinación, Alethea se acercó y dirigió el arma de Adrian hacia el lado izquierdo de su pecho.

—Hágalo, milord, porque si el duque se muere, tampoco tengo interés en hacerlo yo.

La condesa viuda se desmayó al ver a su hija menor retando a la muerte y Mildred trataba de sostenerla. Todos estaban quietos, sin mover un solo músculo por temor a que el arma se disparara con el más mínimo suspiro.

—Lo merece, sabe que no hizo bien… —declaró Adrian observando los ojos llorosos y la determinación en Alethea. Seguía siendo tan hermosa en esas condiciones deplorables que no pudo matarla. No podía, porque ella le importaba más de lo que quería admitir. Guardó su arma y retrocedió.

—Bien hecho, Johnny, ahora dame esa arma, no queremos accidentes en momentos de tensión… —mandó Owen que extendió la mano para que Johnny le entregara lo que tenía y este así lo hizo.

—Esa fue una maniobra estúpida, Alethea, pero eficiente. No vuelvas a hacer algo semejante —advirtió Daniel que podía respirar después de esos instantes de tensión insoportables.

Pese a que Adrian no la mató, él no dejaba de escrutarla. Fue a sentarse junto a su madre que debía ser su prioridad en ese momento.

—Alethea, ven conmigo a la habitación... —pidió Mildred que la cogió de la muñeca y prácticamente la arrastró hacia las escaleras—. No puedes quedarte en el mismo lugar en el que han intentado matarte. ¿Estás demente para desafiar a un facineroso? Eso no es correcto. Ahora nuestra madre está desmayada en el salón y el médico está ocupado con el duque. No podemos dejar que todos enfermen aquí y que tampoco alguien termine con algún agujero de bala en el cuerpo.

Entraron en la habitación de Mildred y ahí estaba la taza con un té humeante.

—Daniel dijo que cometiste una tontería y hay que solucionarla por si acaso, aunque es difícil quedar embarazada a la primera oportunidad.

—No voy a beber esto, Mildred. Si existe alguna posibilidad de embarazo, la quiero.

—No estás pensando con claridad. Si tienes un hijo de este hombre, es probable que te quedes soltera y con un niño con la misma condición que su padre. ¿Ese no es un sufrimiento suficiente? ¿Vivirás como la duquesa viuda llorando por un hijo adulto que no puede vivir como el resto?

—No me digas esas cosas. Amaré todo lo que venga de Richard y me aferraré a eso ante su ausencia.

—Mientras más horas pasen es peor para ti. No quiero que mi hermana termine sola, pero has cometido el peor error que una

dama podría cometer: entregarse a un hombre sin estar casada. No importan el amor y los sentimientos, si no se han casado contigo, todavía pueden cambiar de opinión dejándote arruinada.

—Pero él no me dejará porque lo desee, sino porque así lo quiso la muerte.

Mildred suspiró con molestia.

—Toma este té y es todo. Iré a ver a nuestra madre. Si sabes lo que te conviene, trata de que tu ruina no sea tan grande.

Su hermana mayor salió de la habitación dejándola sola frente a la taza. Alethea se acercó a la ventana y arrojó el contenido hacia las plantas. Estaba decidida a que nadie cambiaría su destino. Si algo ocurría, ella lo asumiría como la responsable. Richard tendría su misma postura de luchar por lo que deseaba.

Cuando Mildred regresó y vio la taza vacía, sonrió aliviada.

—Es la mejor decisión. Vivirás de esa manera. Esperemos que tu prometido pase esta noche. Nuestra madre se ha recuperado después de oler unas sales y quiere verte, saber que nadie le está mintiendo al decir que estás viva.

—Iré a verla.

—Si te duele mucho el vientre es porque ha hecho efecto, es algo normal.

Alethea asintió y se retiró. Estaba mal mentirle a su hermana, pero ella no había dicho nada, Mildred solo asumió que se lo había bebido y por su paz, las cosas estarían bien.

Fue hasta la planta baja y ahí vio al médico que había llegado hasta el final de las escaleras.

—¿Cómo está Richard? —preguntó la duquesa.

—No está empeorando, quizá tenga una leve mejoría con lo que hicimos, pero su vida sigue en riesgo y las siguientes horas son cruciales. Me quedaré para atenderlo, pero les pido que no lo exalten cuando entren a verlo.

—¿Puedo pasar? —inquirió Alethea con esperanza.

—Usted no lo verá ni tocará. ¿Podemos llevarnos a Richard a Londres? Ahí están sus médicos —comentó Adrian antes de que el médico pudiese responder.

—No es prudente moverlo en este momento. Veremos cómo se comporta su corazón en un par de días y eso será suficiente para saber si puede soportar un viaje.

—Él debe volver con su familia, este lugar no es seguro para alguien de su condición. Su prometida ha sido imprudente y estas son las consecuencias bien sabidas para nosotros, pero ella, empecinada, nos ha tratado de dementes —espetó la duquesa encontrando su voz para reprender a Alethea.

—Insisto, ¿puedo verlo?

—No lo verá. No tiene derecho. Por ser su prometida no puede tomar decisiones por él. Si estuviese casada, las reglas serían distintas, pero no lo está y nosotros estamos al mando. No lo volverá a ver porque este compromiso lo romperé —gruñó Adrian, enfadado.

—Usted no puede romper el compromiso entre Richard y yo, no tiene autoridad sobre sus deseos.

—¿Ya ha visto lo que sus deseos hacen? Si quiere empujarlo a su tumba, siga por este camino, no estoy dispuesto a perder a mi hermano por un capricho suyo.

—Milord, sea razonable. Alethea puede ser de mayor ayuda que usted y su madre después del disgusto de hoy. ¿Están seguros de

que quieren prohibirse algo con la cuota de culpa que tiene cada uno? —cuestionó Daniel mediando el asunto.

—Considero probable que después del dolor que está pasando nos prefiera a nosotros que siempre lo hemos cuidado y no le dimos el gusto de buscar su propia muerte. Esta mujercita hizo todo lo contrario a lo recomendado. Lo sedujo con sus encantos de mujer. Es un caballero que no ha sido expuesto en años a una dama. Por supuesto que quedaría más que deslumbrado ante alguien que se me ofrece tan animadamente.

—Milord, con respeto —masculló el conde.

—No se lo ha ganado. Quizá sea parte del cortejo fúnebre si algo le ocurre, o mejor si le hacemos un espacio a ella para hacerle compañía.

—Estoy de acuerdo con Adrian. Ella no tiene derecho a verlo, no es parte de nuestra familia. Apenas podamos, Richard regresará a Londres y por su bien tendrá que acatar las cosas.

El médico prefirió regresar a la habitación para cuidar al enfermo. Aquel estaba demasiado cansado después de la sangría. Su sirviente lo estaba cuidando.

—Abajo hay una lucha de poderes. Quieren prohibir la entrada de lady Alethea. Las cosas no pintan bien para ella, porque la madre del duque ha decidido que no es buena para su hijo —contó el hombre a Raymond.

—Creo que tienen razón en apartarla. Es mala influencia para alguien tan bueno como el duque.

Capítulo 26

Richard había escuchado la conversación de su sirviente con el médico y estaba decepcionado con lo que estaban haciendo. Estaba luchando por mantenerse despierto y saber lo que ocurría a su alrededor para proteger a Alethea. Desde que comprendió lo que significaba pedir ayuda, supo que su castillo de sueños terminaría desmoronándose ante sus ojos y era por el egoísmo de su familia. Esa maldita sangría lo dejaría debilitado por días y él quería probar los tratamientos de los que Yi le había hablado con hierbas orientales y masajes distintos en el pecho para que su circulación mejorara. Necesitaba hacerlo para regresar con fuerza y defender a su amada. Había consumado ese compromiso y no podía dejarla sola, más aún, sabiendo que su hermano la rondaba como si fuese una presa por devorar. Antes estaba dispuesto a morir tranquilamente, pero desde que conoció a esa mujer todo cambió, se aferraba con uñas y dientes a la vida, tanto que se sometería a cualquier cosa con tal de permanecer cerca de ella.

—Raymond… —llamó Richard a su sirviente.

—No hable, excelencia, eso puede ser contraproducente, se cansará.

—Lo sé, pero necesito que busques a Yi…

—¿Yi?

—Lo conocí en el bosque, cuando buscaba bayas, es naturalista, un boticario. Búscalo.

—Lo está atendiendo un buen médico, no es momento de ponerse a experimentar, excelencia. Duerma.

—Necesito a Yi y si no me lo traes, iré a buscarlo cuando menos lo esperen.

—¿Por qué me hace esto cuando lo único que quiero es que se salve?

—También quiero salvarme, pero ya no quiero vivir en una burbuja. Trae a Yi…

El duque respiraba con dificultad después de hacer su pedido, porque había consumido energía que no tenía. Tuvo que cerrar los ojos y dormir para recuperarse y eso lo haría por varias horas.

Abrió los ojos cuando la luz del día era tan brillante. No podía distinguir si era de mañana o de tarde, solo sabía que había llegado a otro día más.

—Richard… —habló Adrian que se acercó a su hermano para coger su mano.

—¿Qué haces aquí?

—Vine cuando supe lo que ocurrió. Fue una tontería lo que hiciste. Sabías que no lo soportaría me ofrecí a hacerlo por ti.

—Y tú te llevabas todo el placer, ¿no es así? Pues me acosté con Alethea y no me arrepiento, cuando me recupere lo haré otra vez hasta morirme, pero tú no la tocarás.

—Oye, cálmate. No te aflijas. Comprendo mi error, pero solo quise ayudarte, aunque tal vez quise aprovecharme un poco de la situación, pero mis intenciones en un principio eran honorables.

—¿En qué parte de ese principio eran honorables?

—Entiéndeme, no podría estar tranquilo con tu muerte, debía hacer algo.

—Escogiste la peor decisión, una que ha lastimado profundamente nuestra relación.

—Es una mujer, cuando tú te mueras, ella buscará a otro para casarse, aunque si se acostó contigo, dudo que alguien quiera hacerlo, nadie decente querrá pagar una dote por una dama sin virtud, ha perdido cualquier valor que tuviese.

—Gracias a Dios, el señor Sinclair es letrado. Dejaré una pequeña fortuna para Alethea, para que no caiga en manos de hombres como tú, sin escrúpulos y jugando a alguien que se entregó por amor. No me decepcionaban tus crímenes o tus delitos, pero esto ha logrado tirar por la borda tu imagen de hermano preocupado que desea lo mejor para mí. Hablas de la mujer que amo como un trapo que debo tirar. ¿Es así como la valorarías siendo que quieres que me muera para ocupar mi lugar?

—Esto es absurdo, Richard. Ahora solo debemos preocuparnos por sacarte de aquí, una vez que te recuperes, regresaremos a Londres, me mudaré a casa con nuestra madre y me ocuparé de que ninguna otra mujer intente matarte.

—¿Y dónde quedo yo?

—Cuidado como siempre debiste estar. Esa mujercita a la que tanto valoras saldrá de tu vida si no comprende las reglas para que sigas aquí.

—¿A qué estás jugando, Adrian? Ponme una almohada en la cabeza y acabemos con esto —masculló removiéndose en la cama.

—No te alteres, esto no te hace bien. Cuando estemos en casa, verás todo con más claridad. Descansa.

—Alethea… —Logró decir mientras el aire le faltaba.

—Ella no puede entrar. Descansa y no pienses en cosas que te hacen daño como es esa mujer.

Adrian cogió un libro y se sentó en uno de los sillones de la habitación. Cuando Richard durmió, él comenzó a recorrer la alcoba

de Alethea antes de que el médico regresara con sus cosas para permanecer ahí por días.

Abrió el armario y al instante salió despedido el aroma de la joven de entre las prendas. Acercó una de ellas a su nariz y acarició la tela con los dedos. Era comprensible el nivel de locura de su hermano por estar con ella. Hasta su ropa estaba cargada con una energía femenina y determinada que también a él le estaba haciendo perder el juicio.

Los golpes suaves en la puerta hicieron que se alejara del mueble y fuese hasta el umbral para abrir.

—Disculpe, milord, necesito la ropa de milady, debe cambiarse. Mudaré todo a la habitación del duque y Raymond traerá sus cosas aquí… —dijo Sarah. El hombre se hizo a un lado para que ella pasara y pudiese llevar lo que necesitaba. Aprovechó el tiempo que estaba ahí para observar cualquier detalle del prometido de la joven, pues aquella no podía estar tranquila porque no la dejaban pasar. Este hombre era como un guardián peligroso al que nadie quería desafiar.

Fue llevando la ropa en varias tandas para poder acabar lo más pronto posible y que los cambios se hicieran a la mayor brevedad para que todos estuviesen más cómodos.

Raymond y Sarah iban cruzando de una habitación a otra, mientras que Alethea estaba en la cama que hasta una noche atrás había usado Richard. Tenía en sus manos el joyero del duque observando cada uno de los prendedores. Cogió uno al azar como una promesa de que volverían a encontrarse sin importar quién se lo impidiera.

Cuando Raymond y Sarah terminaron de intercambiar las cosas, Alethea le pidió a la doncella que se sentara junto a ella y suspiró.

—¿Cómo lo viste? —curioseó con el prendedor en el puño.

—Durmiendo. Me quedé varios segundos a ver si respiraba. Creo que tiene muchas posibilidades de salvarse, milady.

—Me alegra saberlo. Necesito que me mantengas informada de cada paso. Cuando se quede solo quiero verlo. Su madre y su hermano han restringido mi entrada, pero no me rendiré.

—No se preocupe, le avisaré, solo no exalte a ese hombre, se lo ruego, no querrá más problemas. Al menos debe llegar vivo al día del matrimonio para que la pérdida de su virtud no sea en vano, menos mal que bebió el té que le dio su hermana, porque sin eso los riesgos son muy altos.

—Lo sé… —mintió sabiendo que había incumplido con lo que esperaba su familia, pero si existía un mínimo de conservar algo vivo de Richard, continuaría con eso hasta el final sin importar que eso significara que sería expulsada de la casa y de la vida de las personas que quería.

Durante el día se recostó en la cama para descansar un poco, pero su sueño era ligero, porque esperaba que Sarah o cualquier sirviente que estuviese a su favor pudiese informarle sobre algo.

Mientras dormía, sintió que alguien movía sus brazos queriendo despertarla, era Diana.

—El facineroso dejó la habitación de su hermano. Lord Cholmondeley le ha cedido una habitación para descansar al igual que a la duquesa.

—¿Crees que pueda…?

—Si quiere arriesgarse.

Ella se levantó de la cama como si tuviese un resorte y se apresuró a ir a la habitación que era suya, giró el picaporte y observó que el duque no estaba solo, Raymond estaba ahí, sentado, dormitando, pero abrió los ojos al verla.

—No está permitida su entrada —declaró el hombre.

—Soy su prometida y quiero verlo.

—Está tentando a su suerte.

—Solo unos segundos, Raymond.

—Un minuto, milady. Lord Adrian no piensa dejar mucho tiempo solo a su hermano.

No se lo pensó y, enseguida, cogió la mano de Richard para dejarle un beso.

—Debo venir como una ladrona a verte, Richard. Lo lamento, es mi culpa que estés sufriendo tanto. No te he tomado en serio las advertencias, pero es porque quería hacerte feliz.

—Mi amada Alethea… —dijo Richard—. Ellos quieren separarnos.

—No, no lo lograrán, porque solo me apartaré si tú me lo pides, y sé que no lo harás.

—Jamás. Quiero salir de aquí y cumplir contigo, deseo ser más fuerte.

—Cuando te recuperes, conversaremos más…

—Milady, debe salir o el hermano de milord hará algo que no nos gustará si la encuentra aquí.

Alethea le dio un beso en los labios a Richard.

—Te obligaré a volver a verme. Me he llevado un prendedor, prométeme que lo recuperarás.

—Lo prometo…

Se retiró raudamente para no cruzarse con Adrian, porque si lo hacía pelearían como dos titanes por Richard.

—Raymond, busca a Yi. Mi familia quiere encerrarme.

—Excelencia, es por su bien.

—Si llegase a levantarme de esta cama, te despediré si no haces lo que te digo.

—Si se muere me despedirán de todas formas.

—Pero si me ayudas te daré mucho dinero y no tendrás que volver a trabajar para nadie ni tú, ni nadie que tú desees. Es una promesa, de hecho, eso está estipulado con mi letrado en Londres. Mi padre te apreciaba y yo también lo hago por lo que siempre creí justo darte algo por tu devoción.

A Raymond se le escaparon unas lágrimas reales. Se limpió con un pañuelo ante el detalle que había tenido el duque con él.

—Me debato entre la fidelidad a usted y mi cariño para mantenerlo vivo. Su familia es convincente y sabe cómo manipularme para que esté del lado de ellos, pero he aprendido algo en estos días, que nunca lo había visto tan feliz desde que lo conozco. Creo que correré el riesgo de traer a ese tal Yi.

—Ya te dije por cuál camino encontrarlo. Quiero que venga lo más pronto posible o siento que me asfixiaré bajo el cuidado de Adrian y de mi madre, ellos no cuidan, sobreprotegen al extremo. Después de haber tenido tanta libertad, no quiero volver a la jaula de oro, no me interesa. Si vuelvo ahí sin lo que tengo con Alethea, la vida no vale nada.

Raymond asintió con una sonrisa aún cubierta por las lágrimas, lo haría por más que su puesto pendiera de un hilo.

Cuando llegó la hora en la que Raymond fue relevado por el médico, este fingió que iría a descansar, pero lo que hizo fue ir al bosque a buscar al hombre que el duque esperaba con ansiedad. Aquel había puesto sus esperanzas en un completo extraño que podría ser un charlatán, mas no podía dejar de cumplir sus deseos. Él debió ver algo en el desconocido, porque era un caballero de buenos sentimientos y muy sensato. No sabía cómo hacer para meter al hombre en la casa sin que alguno pegara un grito al cielo.

Una vez que lo encontró, Raymond dijo solo el título de su amo y el señor que estaba en plena huida se detuvo. Ninguno de ellos hablaba el mismo idioma, entonces la comunicación era difícil. El sirviente trató de explicarle sobre las necesidades de Richard y este otro parecía entenderlo. Fueron hasta la humilde cabaña del hombre a buscar unas hierbas y se dirigieron a Autum Hall.

Lo metió por la puerta de la cocina y cuando llegó hasta la habitación de Richard, Adrian miró al hombre que estaba con Raymond.

—¿Quién es él? —cuestionó.

—Es un amigo del duque y él ha pedido verlo, milord.

—¿De dónde puede ser amigo de mi hermano?

—Lo conoció por la zona. ¿Puede dejarlo pasar? El duque le dirá lo que usted quiera saber.

Adrian lo dejó pasar solo por curiosidad, pero no los dejaría solos, no quería que nadie le hiciera daño.

Capítulo 27

Yi entró a la habitación que olía a lavanda, como si fuese el aposento de una dama, vio al duque acostado y se acercó.

—¿Cómo está? —preguntó en su idioma al ver que Richard tenía los ojos abiertos.

—Aquí me ve, no muy bien. Necesito su ayuda para mejorar, me someteré a todos los métodos que tenga disponibles…

El hermano de Richard oía y entendía pocas palabras, ya que no había prestado mucha atención a las clases de mandarín que le había dado su preceptor. Tuvo la misma educación que el heredero, pero siempre fue más distraído y tenía en cuenta que nunca heredaría el título, por lo que todo le resultaba irrelevante. En ese instante quería comprender lo que hablaban aquellos con más claridad, pero cuando vio al hombre sacar un par de hierbas de un bolso que llevaba cruzado en el pecho, Adrian lo detuvo.

—Deje eso ahí, ¿qué quiere darle? —increpó cogiendo aquello.

—Adrian, déjalo, quiero esas hierbas.

—El médico no las ha visto y mucho menos aprobado. Raymond, ve a por él, necesito que vea que alguien quiere matar a mi hermano.

—Nadie quiere matarme, Adrian. Yi es un hombre honesto con conocimientos importantes sobre medicina oriental.

—En pocas palabras es un charlatán que busca aprovecharse de ti. No seas tonto, si la ciencia de aquí no puede mejorarte, nada lo logrará. Haz lo que te dije, Raymond, y ve a por el médico.

Raymond miró al duque que asintió con cansancio, no importaba lo que los demás dijeran, al final haría lo que deseaba. El sirviente se retiró para obedecer.

Mientras que esperaban al médico, Adrian veía a su hermano interactuar con el extranjero en mandarín. Su hermano, claramente estaba preparado para cualquier conversación, siempre lo hacía todo perfecto. Sin embargo, en este momento, comenzaba a dudar de su cordura por cómo perseguía a la muerte y se llenaba de malas decisiones.

Cuando el médico entró y vio al extraño, frunció el ceño.

—¿Quién es el señor? —curioseó.

—Es un charlatán que desea venderle a mi hermano una solución mágica a su problema eterno. Por favor, haga que recapacite o me veré obligado a declarar inestable a Richard. No puede ser posible que atente contra su vida de esta manera. ¿No es suficiente con desobedecer las recomendaciones básicas?

—¿Que piensas hacer qué? —increpó Richard con verdadera sorpresa.

—Te declararé incapaz, que no te encuentras en tus cabales. Es evidente que perdiste el buen juicio hace tiempo.

—Nunca te lo perdonaré, Adrian. Si lo haces, dejas de ser mi hermano, lo juro.

—Al menos me odiarás aquí, en el mundo de los vivos. Me conformo con saber que andas escupiendo veneno por el mundo, pero vivo.

—Su excelencia, ¿qué quiere hacer? —indagó el médico esperando una explicación racional que no fuese un maltrato familiar.

—Quiero que Yi me ayude con sus conocimientos. No es por desmeritar a nadie, pero usted y yo sabemos que la medicina inglesa es limitada. Confío en lo que este hombre puede ofrecerme.

—No hay un tratamiento eficaz, excelencia, no debe esforzarse y mantener al mínimo el movimiento. Puede vivir muchos años y…

—¡No quiero vivir así! Mi hermano es como una serpiente esperando entrar bajo la falda de mi prometida. ¿Qué debo esperar? ¿Que la convenza para no perderme? No puedo estar así. Ha oído que me quiere declarar incapaz porque solo quiero vivir mi vida. ¿Qué clase de prisión es en la que me quieren seguir sometiendo?

—Es por tu bien, actúas de manera errática, Richard, entiéndelo.

—Por favor, milord, está alterando al duque, le ruego que salgo un momento mientras intento estabilizarlo para conversar un poco más.

Adrian salió de la habitación dando un portazo. El médico comenzó a hablarle con calma a Richard y este intentaba explicarle sobre los conocimientos de Yi, pero aquel se mostraba escéptico ante la medicina puramente naturalista, por más que no creyera en nada, dejó al hombre ahí y comprendió que, si decía más cosas que alteraran al duque, en lugar de ayudarlo a calmarse, terminaría empujándolo a su tumba.

—Raymond, no puedo seguir aquí. Debo irme antes de que me quiten la poca libertad que tengo —alegó el duque.

—No puede salir de aquí, no está en condiciones de ir lejos por cómo se encuentra.

—Quiero explorar mis opciones, pero no podré hacerlo con un médico incrédulo y un hermano cuyo interés es hacerme pasar por loco para quedarse con todo lo que me pertenece y más aún, controlarme. He llegado a mi punto de quiebre.

—¿Y milady? ¿Y si pedimos ayuda?

—Ni siquiera puede entrar aquí. Sé que me apoyaría en este caso. Primero nos iremos y después le avisaremos. Debo idear un plan para que dejen de perseguirme.

—Su hermano no descansará hasta que lo tenga en una habitación sin posibilidad de que muera.

—Entonces sácame de aquí, demuestra tu fidelidad a mí, Raymond. Te he prometido muchas cosas y podré cumplirlo si todavía tengo alguna forma de poder, si Adrian consigue lo que quiere, lo perderé todo, incluso a ti.

—Me pone en una posición difícil, excelencia, pero por el honor y la fidelidad hacia su padre y usted, arriesgaré todo, solo no se muera. Pueden acusarme de asesinato y siendo un sirviente, no me irá bien.

—Eso no va a pasar, tengo mucho por lo que luchar. Habla con el sirviente de lord Cholmondeley para que te ayude, sé que este conde puede parecer duro, pero quiere lo mejor para Alethea, entenderá mi posición cuando pueda explicarlo.

—Es un gran riesgo, espero que lo valga.

En compañía de Yi comenzaron a trazar un plan para que pudiesen sacarlo de la residencia en la que estaba, porque Richard no se sentía seguro, era más débil que su hermano y no podría enfrentarlo, tampoco quería hacerlo, solo deseaba continuar con la vida que soñaba al lado de Alethea. Lo único que le dolía era tener que dejarla en medio de la locura de su familia, mas ella era inteligente y sabía que comprendería su posición una vez que supiera sus razones.

***

Alethea no se sentía conforme con nada. Ir y venir frente a la habitación de su prometido no era lo más agradable, y más cuando el hermano cuidaba de esa puerta como si fuese un sabueso adiestrado. Salió al jardín para mantener los ojos fijos en la ventana de sus aposentos, de esa manera sentía que podía sobrevivir.

—Si Daniel fuese un facineroso, ya hubiese traído a un par de caimanes aquí para que devoraran al hermano del duque —dijo Edwin que se colocó al lado de su cuñada y le entregó un arco y una flecha.

—Si me das esto, entraré a la casa y armaré un gran alboroto. Tal vez termine colgada en una plaza, aunque la horca nunca ha sonado tan bien como en esta ocasión. Considero que podría salvar a Inglaterra de una plaga —declaró Alethea aceptando la rama de olivo que le extendía su cuñado.

—A mí no me agrada tanto como pensaba. Lo conozco un poco de mis momentos nocturnos, querida. Cuando eso me parecía alguien divertido, pero ahora sé que no lo es tanto y más cuando se mete con mi cuñada.

—No cuesta mucho respetar la voluntad de la gente, ¿o sí?

—El duque no tiene permitido tener voluntad, porque lo que importa para la madre de este y el hermano es solo el egoísmo de lo que creen que es conveniente, pero no para él, sino para ellos.

—Solo quiero que lo dejen vivir en libertad. Podría llegar a un acuerdo de no alterar a Richard para que tenga una pizca de vida con quien quiera. Para mi suerte me prefiere por sobre cualquier otra cosa.

—Lo malo es la falta de autonomía y no es porque no lo desee, el egoísmo es perverso en este caso. Si pudiese ayudarlo…

—¿Y si lo haces, Edwin?

—¿Cómo? Es un riesgo… Tengo hijos y Johnny es peligroso.

—Tal vez puedas llevarle alguna nota mía. Con eso puede que las cosas cambien para él y vea los días más despejados. Las nubes cubren nuestra felicidad.

—No soy un filoso, Alethea, pero sé que algunos amores no están destinados a vivir sin un poco de sufrimiento.

—Pues debo decirte que esto es mucho para alguien que ha alejado el sufrimiento por años con la soledad, que era lo único seguro para mí.

—Nunca estuviste sola. Siempre nos tuviste, detrás de una copa, de un mal chiste, de una flecha mal dirigida, con los sobrinos haciéndote cosas malas… Ahí estábamos nosotros, viéndote siempre, preocupados por tus días y tu futuro.

—Es reconfortante saber que alguien me ha visto en estos años.

—Sí, me ha dado miedo enfermar y terminar relleno de paja. Había que ponerte atención…

Los dos rieron y después se alejaron para la práctica de tiro al blanco. A Edwin le gustaba hacer competencia contra las damas que siempre terminaban ganándole, tenían buena preparación para la cacería y eso era algo que él admiraba. Además, le servía de distracción a Alethea en su momento más delicado, puesto que su prometido podría abandonarla por motivos ajenos a su persona.

Ella logró despejarse el tiempo que mantuvo el interés por la competencia, después siguió pensando en cómo hacer para verlo o al menos hacerle llegar algunas palabras de afecto y aliento para que supiese que siempre estaba ahí para él. Escribió algo corto y se lo entregó a Edwin, ya que este había dicho que deseaba ayudar en algo, y eso era absolutamente necesario para que ellos mantuviesen algún tipo de contacto en medio de la lucha contra la familia de Richard. Pese a que Daniel había intentado que la dejaran verlo,

tanto la madre como Adrian se negaban, pues lo amenazaron con que si seguía insistiendo se lo llevarían sin importar las negativas del médico. Su cuñado consideró que una vez que el duque saliera de la propiedad, sería más difícil acceder a él.

Edwin fue a golpear la puerta de la habitación en la que reposaba el duque y abrió Adrian con el rostro más serio que podía tener. Aquel seguía enfadado por la visita del charlatán que deseaba timar a su hermano y no podía dejar que siguiera haciéndose daño con ideas más locas que las anteriores.

—¿En qué puedo servirle? —curioseó Adrian.

—Solo he venido a visitar al duque. Desde que vive aquí hemos tenido una gran convivencia. —Edwin sonrió como si con eso intentara apelar a algún sentimiento en el corazón de Adrian.

—Solo un rato para que no se canse, no lo haga hablar mucho, puede decirle cosas, pero que no lo alteren. Regresaré en un momento, la necesidad llama.

Richard observaba quien era la persona que entraba a su habitación y lo identificó como el marqués.

—Seré breve, excelencia. Le he traído una simple carta de Alethea. Como ya sabe, su familia impide su paso aquí, pero ella no puede estar en paz sin comunicarse. Sé que no puede enviarle una respuesta, espero que, con esto usted la recuerde…

—Le agradezco su gentileza… —Richard extendió la mano para que le entregara el papel, después de que lo hizo, su hermano regresó y el marqués hizo una reverencia para despedirse. No pensaba quedarse más de lo necesario, ya que Adrian era como un águila, solo esperaba que el duque pudiese tener al menos un segundo para leer su correspondencia.

El ambiente entre Richard y Adrian era tenso, ninguno de ellos hablaba. El duque prefería mantener distancia con su hermano, sus

amenazas habían calado profundamente en su mente, perder toda su propia capacidad de decisión no estaba en consideración para él. Si Adrian quería retenerlo en una burbuja en contra de su voluntad, no lo lograría. Se iría y regresaría a por Alethea en cuanto se diese esa oportunidad. No pensaba tardar demasiado, solo mejorar un poco para luchar por ella.

Cuando su hermano se quedó dormido en una silla, él pudo abrir el pequeño papel perfumado que tenía en la mano.

Richard,

No importa cuánto tardemos en vernos, aquí estaré para ti.

Te amo.

Atentamente,

Alethea.

Capítulo 28

Leer aquellas palabras hicieron que algo se asentara en su corazón: paz. Eso era lo que necesitaba para llevar a cabo su plan de huir de esa casa, era como un apoyo que sin saber tenía por parte de ella. No imaginaba lo que haría, pero todo era por lo que deseaban formar en el futuro. Si no hacía caso a su instinto, los separarían.

Mientras que Adrian se ocupaba del duque, Raymond estuvo haciendo lo que Richard pidió. Se acercó a Humbert y lo apartó hacia un rincón para que nadie lo escuchara.

—Siento molestarte, Humbert, pero necesito hablar contigo sobre algo que ocurrió en la habitación del duque. Este hombre, Yi…

—Ese es el que vive en alguna parte de la propiedad, ¿no es así? Lo han visto los capataces…

—Ese es un asunto aparte. Su excelencia cree que este hombre puede ayudarlo a mejorar su condición y quería que lo tratase; sin embargo, milord se ha opuesto, amenazando al duque con declararlo inestable y arrebatarle su independencia para ser encerrado en algún lugar. Esto es grave y debemos ayudarlo. No puedo luchar solo contra él. Te pido que me ayudes a sacarlo de aquí. Su hermano es capaz de cualquier cosa y no por ambición o codicia, es por cariño.

—Puedo meterme en un problema si el duque llegase a morir en el área de los sirvientes por ser sacado para ayudarlo.

—Solo necesito que me proporcione alguna manera de salir…

—Tengo algo que puede ayudar. Lady Alethea tiene hierbas para dormir, si eso lo ponemos en la cena del hermano del duque, podrán sacarlo sin mucho esfuerzo.

—¿Qué posibilidad hay de ponerlo en la bebida de todos?

—Me quedaré sin trabajo. Solo al hermano del duque y su madre. Es más de lo necesario por un problema ajeno.

—No es tan ajeno cuando el futuro de milady depende de esto. Ha sido mancillada, no encontrará otro matrimonio, lo más conveniente es apoyar a su excelencia, porque lord Adrian está empeñado en separarlos e incapacitar al duque.

Humbert lo consideró por unos instantes y lo que decía Raymond era una realidad que no podían evadir de ninguna manera.

—Solo que lord Cholmondeley no puede saber que he ayudado en alguna proporción. Cualquier cosa que ocurra, usted se echará la culpa.

—Absolutamente, Humbert. No pienso seguir involucrando gente, solo quiero salvar a mi amo.

—Tienes el apoyo que he dicho. Ahora te mostraré el mejor camino para que saques al duque. Él no puede caminar, por lo que el forastero tendrá que ayudarte a llevarlo. Yo me ocuparé de guiar tu camino y cerrar la puerta a tu salida. Ten preparada ropa para tu amo, no quieres que enferme más si llueve.

—Agradezco la ayuda.

Durante una hora, Humbert y Raymond hablaban de cómo sacar a Richard de Autum Hall. No podrían usar un caballo, por lo que descansarían mucho en el trayecto y debían buscar la mejor ruta.

Por la noche, Raymond se encargaba de cuidar a Richard, mientras que todos estaban cenando.

—Excelencia, ya he hablado con Humbert y tenemos lista la ruta de escape. Todo está cubierto. —Raymond echó algo en la botella de brandi que reposaba en una mesa cercana y de la cual el hermano

de Richard bebía para pasar el aburrimiento de atender a un enfermo, aunque el duque evitaba pedirle cualquier cosa y Adrian solo tenía un monólogo permanente, puesto que su interlocutor no tenía ganas de conversar con él.

—¿Qué es eso? —indagó Richard refiriéndose a lo que su sirviente hacía.

—Es un somnífero, pondremos a milord a dormir o no tendremos oportunidad.

—¿Y el médico?

—Ha tenido un paciente que lo necesitaba, por lo que él no es número en este momento. La idea es que milord no se dé cuenta de que usted ya no está. A su madre se lo pondrá el sirviente de lord Cholmondeley en el té que bebe antes de dormir.

—Déjame felicitarte, Raymond. Haces que esto sea casi palpable.

—Entonces espere a felicitarme después de que sea palpable. Todavía hay riesgo de que todo falle y lord Adrian diga que esta noche prefiere beber jerez.

—O peor aún, agua…

Los dos rieron por lo bajo para que nadie que hubiese dejado la mesa de la cena los pudiese oír.

Adrian regresó de una cena tensa, en la que lady Alethea lo miraba como si se tratara de una sabandija con ropa de facineroso. Era difícil aceptar que la mujer que a él le gustaba ni siquiera lo tomase en cuenta, pero era aún peor que esa misma fuese la prometida de su hermano. Era sucio y horrible tener que sopesar esa situación, se sentía desleal a Richard, mas no pudo evitar esa atracción.

—¿Cómo estás? —preguntó Adrian que se acercó a Richard con una sonrisa comprensiva.

—Estaría mejor si mi hermano menor no me menoscabara.

—Richi, somos hermanos, si hago todo esto es por tu bien.

—No es por mi bien, es por tu comodidad, por tu egoísmo y porque si no puedes tener a mi mujer, prefieres que yo tampoco la tenga.

—Basta de esas ideas delirantes que tienes. Soy tu hermano y quiero cuidar de ti. Esa dama de la que tanto presumes es la razón de tu locura.

—Y de la tuya también, ¿verdad?

El rostro de Adrian se tiñó de rojo vergüenza. Fue a sentarse en el sillón que tenía en la habitación y se sirvió una copa de brandi.

El duque vio a su hermano cogiendo el cristal con el líquido ambarino. Por dentro se mordía la lengua para no burlarse y decirle que estaba bebiendo algo que lo dejaría durmiendo por un par de horas. Se quedaría con las ganas de controlarlo y sacarlo de la jugada.

Unos quince minutos después, la copa de Adrian estaba en el suelo y Raymond entró. Lo primero que hizo fue intentar despertar al hermano del duque, pero este no reaccionaba, aunque estaba vivo.

—Ve a por Yi para irnos. Trataré de ayudar un poco… —Richard intentó levantarse y al instante se había cansado. La crisis era larga. La sangría no fue generosa con él.

—Espere que vengamos a llevarlo. Dentro de un rato, todos dormirán y aprovecharemos la situación.

Cuando el sirviente se retiró, Richard cogió fuerzas de donde podía y se acercó a Adrian.

—Duerme bien, hermano. Tal vez en tus sueños puedas tener lo que me pertenece. —El duque le dio cortas bofetadas y regresó a la cama a sentarse.

Cuando el movimiento de la casa cesó, Raymond regresó en compañía de Yi, y para su sorpresa, también Humbert.

—Humbert nos ayudó a llevar ropa a la entrada del bosque. Ahora nos ayudará a llevarlo hasta afuera. Un caballo es algo arriesgado para que vaya —comentó Raymond.

—Lo importante es salir de aquí antes de que me declaren incapaz y pierda todo. Tengo dinero para lo que necesitemos ahora. Humbert, le agradecería un último favor. Dígale a milady que regresaré a por ella. Si no lo hago no es porque nunca la amé, sino porque la muerte me quiso con ella porque celaba de nuestro afecto.

—Excelencia, confío en que regresará. Haga que este riesgo valga la pena —dijo Humbert con una sonrisa serena. Ese hombre amaba a Alethea y deseaba que pronto se restableciera para regresar a buscarla.

La huida había comenzado. El duque era bastante pesado, pero Yi y Raymond no escatimaron sus fuerzas para sacarlo de la casa.

Durante la noche y madrugada fueron con una lámpara atravesando el bosque y descansando a pocos pasos. Richard quería ayudar caminando, pero eso podría retrasar su mejora.

La cabaña de Yi se hallaba en un lugar espeso de la propiedad de lord Cholmondeley, era de difícil acceso, pero eso no les impedía intentar que pudiesen salvarse cuando comenzara la búsqueda, pues entendía que su hermano no se rendiría con tal de llevarlo con él para mantenerlo encerrado.

Cuando la luz de la mañana comenzó a alcanzarlos, vieron la cabaña y el alivio inmediato los hizo sonreír.

—Ha funcionado —musitó Richard, cansado, por haber sido cargado tantas millas sin poder ayudar.

—No cantemos victoria, cuando lord Adrian despierte y no lo encuentre, comenzará el verdadero martirio. Seré tildado de traidor y despedido si usted muere…

—Raymond, no necesitarás trabajar más después de esto que haces por mí. Tienes el futuro asegurado.

—Deseo que esto salga bien, excelencia. Quiero verlo libre y feliz. Espero que Yi pueda ayudarlo.

—También lo espero. Si las cosas no resultan en una mejoría, tendré que vivir con intensidad mis últimas semanas, pero lo haré junto a Alethea.

***

En el transcurso de la mañana, Adrian despertó y miró a su alrededor. Enseguida se dio cuenta de la ausencia de Richard. Buscó por toda la habitación hasta que salió hasta la puerta para gritar su nombre.

—¡Richard! —exclamó, molesto—. ¡Dónde estás, Richard!

Los gritos despertaron a la familia que aún no se habían levantado por ser temprano.

Al oír el nombre de su prometido, Alethea se apresuró a ir hacia su antiguo cuarto, cuando iba a entrar, Adrian estiró su brazo y la arrojó con fuerza hacia el suelo.

—¡En dónde tienes a Richard! —espetó—. ¿No entiendes que él no puede moverse?

—Richard debe estar en su habitación, usted lo estaba cuidando, ¿cómo pude haber entrado ahí sin su consentimiento y sacarlo como si no pesara nada? ¿Qué le hizo al duque? —increpó con enfado poniéndose de pie.

Adrian retrocedió al darse cuenta de que él parecía ser más culpable para hacer desaparecer a su hermano, todos sabían que tenía demasiadas razones, desde las más nobles hasta las sucias para ocuparse de Richard.

—¿Qué ocurre? —preguntó la duquesa viuda que estaba en camisón al igual que Alethea.

—Madre, yo… Perdí a Richard —confesó Adrian, confundido.

La duquesa entró a la habitación y vio la cama desordenada, pero su hijo mayor no estaba.

—¿En dónde está Richard? ¡Dónde está mi hijo!

—Madre, no sé…

La bofetada de la madre de Adrian lo calló por completo.

—¡Eras el responsable! ¡Qué le hiciste a tu hermano! ¡No puedo creer que le hicieras algo!

Alethea aprovechaba la confusión para entrar a mirar y no, Richard no estaba ahí. ¿Cómo pudo haber escapado?

—Milady pudo haberlo sacado de aquí, madre —acusó Adrian.

—¿Ella? ¿Una mujer frágil? Si lo hubiese hecho, no estaría aquí, estaría con él, también perdida.

—Él debió decirle o hacerle algo, porque no podía salir, excelencia. Sé que soy culpable por su crisis actual, pero jamás le haría daño conscientemente. En cambio, su hijo menor se ha jactado de sus maldades, es un facineroso y ha hecho dudosas afirmaciones

que ponen en tela de juicio su moral y carácter —alegó Alethea que, en medio de su desconcierto por la desaparición de Richard, trataba de hundir a Adrian.

—Busca a tu hermano ahora y tráelo, lo que sea que hicieras con él, deshacedlo.

—¿Y Raymond? Él debe saber algo.

—Al parecer, milord solo quiere buscar culpables —siguió Alethea arrojando su veneno.

El hermano del duque fue hacia el área de servicio, en donde se encontró con el sirviente del conde Cholmondeley. Aquel iba tranquilo llevando un par de mantas hacia la escalera para ir a las habitaciones.

—¿Ha visto a Raymond? —interpeló Adrian que se colocó frente a Humbert.

—Buen día, milord. No lo he visto. Puede que esté en su habitación. Lo buscaré.

—Hágalo.

Humbert sabía que el infierno se desataría en cuestión de minutos, cuando él dijera que Raymond no estaba en sus aposentos, ese sería el instante en que vería el mundo arder. Con tranquilidad fue hasta el sitio en donde aquel debía estar y después regresó junto al hermano del duque.

—Raymond no está, milord. Su cama no indica que él hubiese dormido ahí —contó Humbert.

—Ese sirviente lo ayudó. ¿Puede despertar a lord Cholmondeley? Necesito a sus hombres y a uno que lleve una carta a Londres, también a uno de mis sicarios para ayudar con la búsqueda de mi hermano.

—Por supuesto, milord.

Él vio que Adrian iba hacia la planta alta. A Humbert no le gustó escuchar la palabra sicario en boca de aquel hombre, no auguraba nada bueno y no tenía forma de avisar al duque que su hermano comenzaría una cacería para encontrarlo. Debía hablar con lady Alethea.

Capítulo 29

Daniel se despertó con la desagradable sorpresa de que su invitado había desaparecido, huido o habría sido asesinado por su propio hermano. Adrian le hablaba, mientras que Daniel tenía los ojos fijos en un punto de su despacho.

—Diga qué ha hecho con el duque… —insistió Alethea que todavía seguía en camisón.

—Ve a vestirte, Alethea. Es inapropiado que estés así. Además, tu voz me provoca dolor de cabeza.

Alethea tuvo que obedecer y salió del recinto.

—¿Cómo pudo desaparecer alguien a quien usted custodiaba personalmente? Déjeme desconfiar y pensar como mi cuñada y como la duquesa —habló Daniel que intentaba beber su té ardiente.

—Estuve ahí todo el tiempo, pero no escuché ningún ruido, tengo el sueño ligero.

—Entonces tuvo que haber escuchado a alguien que no puede salir solo de su habitación porque no cuenta con la capacidad necesaria para hacerlo. No nos hagamos los tontos, ¿dónde escondió el cuerpo?

—¡Por el amor de Dios, lord Cholmondeley! Richard es mi hermano. Soy el primero que quiere encontrarlo, no pudo haberse ido muy lejos. Si le hubiese hecho algo, sus medicinas estarían en su sitio. Se las han llevado todas.

—Usted acostumbra a tirar gente al Támesis, no me culpe por desconfiar, seamos sinceros, es un matón y eso no lo podemos cambiar.

—Pero no mataría a sangre de mi sangre. Preferiría sacrificar mi vida por la de él. No podría vivir sabiendo que le hice daño, lo único que quería era que estuviese bien, pero lady Alethea lo impide con su presencia. Si de algo pudiesen acusarme es de hacerle daño a ella, no a Richard…

Lord Cholmondeley discutía con Adrian para dejarlo como el culpable de la desaparición de Richard. Demasiados dedos lo acusaban para al menos creer que era inocente. Mientras tanto, Alethea entró a su habitación para cambiarse, oyó que la puerta se abrió y creyó que era Sarah, pero ahí vio a Humbert, aquel tenía el rostro de un hombre sospechoso.

—¿Sabes algo de Richard? —preguntó con la esperanza filtrándose en sus palabras.

—Sí, milady. Sé que piensan que su hermano lo ha matado, pero no es así. El duque ha escapado porque milord lo amenazó con declararlo incapaz y encerrarlo en casa y seguía empeñado en curarse por otro método que no fuese convencional. Habló conmigo antes de irse y me dijo que le hiciera llegar lo siguiente: que regresaría a por usted, y si no lo hacía, no era por falta de amor, sino porque la muerte lo quería más que usted.

Alethea se tapó la boca y dejó escapar lágrimas de emoción. Él estaba vivo, buscando un tratamiento para vivir más tiempo. No lo hubiese hecho si su hermano no lo presionaba hasta el punto de amenazarlo con sacarle hasta la identidad.

—¿Sabes a dónde ha ido?

—No, milady. Sé que un tal Yi tiene algún lugar secreto en la propiedad, su excelencia no ha salido de estas tierras. Lo mejor es que aguarde y no levante sospechas de lo que sabe, porque todos los dedos irán hacia mí.

—Haré lo que sea para hundir al hermano de Richard, y lo haré con gusto mientras espero a que regrese.

—Tenga paciencia, esto recién empieza. Milord está buscando a uno de sus sicarios, al parecer, es como un sabueso infernal que será el encargado de buscar a su excelencia, tenga cuidado.

—Quien debe tener cuidado es él, porque sé de muchas hierbas que pueden servir para un maléfico fin.

—No se rebaje a ser una asesina, milady.

—Solo estaba pensando en dormirlo y después alimentar a los caimanes, no es tan malo, ¿verdad?

—Creo que lo merece por haberle dicho cosas malas al duque que es un hombre bueno.

Un par de horas después, la casa era un caos, llena de familia y lacayos de varias casas de sus familiares que se habían reunido para empezar la búsqueda de Richard. Nadie tenía la selecta información que le había dado Humbert y eso le daba mucha paz.

—Kraft llegará mañana, nunca espera mucho para poder hacerme caso —comentó Adrian que se sentó en el sillón del salón.

—¿Es uno de sus matones? ¿Traerá matones para buscar a su hermano? —increpó Daniel, molesto.

—No es para matarlo, es para encontrarlo y recluirlo en una habitación.

—¿Contará lo que le ha dicho al duque o lo cuento yo? —declaró Alethea.

—Usted no sabe nada sobre lo que hablo o no con mi hermano.

—Sí, sé y de buena fuente que ha amenazado a un duque con declararlo incapaz para poder mantenerlo en un lugar. Eso es

rastrero, como usted —acusó Alethea.

—¿Es cierto eso, Adrian? ¿Te atreviste a decirle eso a tu hermano? —interpeló su madre que no había dejado de llorar por su hijo. Su ahijada había ido hasta la residencia de la familia Hess para poder estar a su lado y se encontró con la sorpresa de que Richard se había escapado estando a un paso de la tumba.

—Madre, fue por su bien. Él quería que un chino lo tratara. ¿Qué puede hacer un extraño por él? ¡Era un maldito charlatán que solo quería sacarle dinero con sus hierbas estúpidas! Nos cuesta confiar en los médicos con experiencia, imagine lo que es un tipo cualquiera.

—Él no estaba en el mejor momento para decirle cosas que podrían afectar su salud física. Lo que hiciste solo puede repercutir en susto y una mala decisión. Estaba decidido a independizarse de nosotros y ahora le concediste eso, pero en la dirección opuesta a la que queríamos, Richard. Ve a buscarlo y no te presentes ante mí sin encontrarlo.

Adrian miró a todos los que lo rodeaban, tenían los brazos cruzados y los ojos acusatorios. Bajó la mirada y se dispuso a salir para esperar a los hombres que lo acompañarían a la búsqueda de su hermano.

Hasta que el sol entró, Adrian y los demás comenzaron su búsqueda. Daniel y sus concuñados lo ayudaron, ya que conocían mejor la propiedad, aunque no entraban en lugares a los que no podían llegar con los caballos.

Regresaron a Autum Hall, exhaustos y con pocas esperanzas de hallarlo en los alrededores. Algunos fueron hasta las posadas más cercanas y el pueblo, pero nadie lo había visto, no conocían a ningún duque enfermo.

Para Adrian, la situación parecía una condena. Debió mantenerse callado y no llevar a tales extremos sus temores. Se escudaba en el afecto hacia su hermano, pero en ese momento, parecía que él mismo lo había hecho desaparecer por codiciar a la que ya era su mujer, pues se habían acostado, en un acto de excesiva confianza. Nunca había creído que Richard llegara a culminar un acto sin acabar con su vida en el camino. Esperaba que esta huida no tuviese un efecto adverso y terminara muerto por sus decisiones absurdas. La verdad era que lo había subestimado, Adrian creyó que sería sencillo socavar la autoridad de un duque, pero le salió peor de lo que imaginaba.

Para disgusto de muchos, pasaron los días y el duque no aparecía, ni siquiera con el experimentado sicario de Adrian, aquel al que consideraba infalible. Todo parecía desvanecerse hasta que un día llegó con noticias.

—Milord, hemos visto a un hombre con facciones extrañas, no pertenece a Inglaterra. Llevaba flores y hierbas... Hacia un camino que está cerca de aquí...

—¿Lo tienen? —preguntó Adrian, esperanzado.

—No, milord. Ese hombre es escurridizo. Se escondió en un lugar en donde no pudimos hallarlo.

—¡Maldición! Aunque esto me ponga de mal humor, significa que estamos cerca de encontrar a Richard, falta muy poco para eso, es cuestión de que ese hombre cometa un error, no descansaremos hasta que podamos hallarlo. Necesitan comida, medicinas y mantenerse calientes. Durante la noche debemos buscar humo.

—Es probable, milord, también podría ser de madrugada, en horas en las cuales nosotros no podríamos buscarlos. Quizá se esconden por ahí, cocinan y buscan un refugio.

—Debemos probar todas las alternativas, en alguna caerán y traeremos de vuelta a Richard. Esta vez cumpliré con mi amenaza, pero en silencio, ya no diré mis pensamientos en voz alta, actuaré sin miramientos y después me iré. Estoy cansado de que me miren como si fuese el culpable de su desaparición y, lo admito, en parte lo soy. Lady Alethea me odia y eso me molesta que así sea. Me mira con desprecio cuando paso a su lado.

—¿No quiere que mate a su hermano cuando lo encuentre? Puede quedarse con la joven, patrón.

—No vuelvas a decir esas cosas. No quiero matar a Richard, es mi hermano y lo que quiero es que esté bien, es solo que me agrada su prometido, pero no es razón para traicionarlo, lo amo más a él, de lo que podría amarla a ella. Solo busca y traerlo. Yo seguiré buscando de la misma manera y lo cuidaré de su propia falta de criterio.

El sirviente de Adrian asintió. A ese hombre, los demás le tenían temor, pues ninguno de ellos era un asesino, eran simples mozos y capataces que ayudaban a buscar a alguien que no quería ser encontrado.

Mientras que Adrian y los demás intentaban encontrar a Richard, Alethea cada vez estaba más preocupada, puesto que sentía que estaban cerca de hallarlo. Diana y Sarah eran muy útiles para escuchar lo que el hermano del duque hablaba en privado. No sabían cómo hacerle llegar la información sobre lo que planeaban los demás.

Llevaban casi dos semanas de búsqueda y, como si nunca hubiese ocurrido nada, Raymond apareció en la residencia, con el cansancio visible en los ojos y la ropa sucia y ajada.

—¡Raymond! —exclamó la duquesa viuda al ver al sirviente—. ¡Dime en dónde está mi hijo!

—Su excelencia...

—¡Habla ahora mismo! —exigió Adrian que lo cogió de las prendas para alzarlo y colocarlo hasta el nivel de sus ojos.

—Buena manera de hallar la información, milord —pronunció Daniel tratando de que Adrian se calmara—. Bájelo para que hable, si se asfixia no podrá hacerlo.

El corazón de Alethea estaba en su garganta al ver ahí a Raymond. Si él estaba solo ahí no podía ser nada bueno.

—Su excelencia no soportó los experimentos de Yi y falleció hace dos días. Lo enterramos en el cementerio del pueblo...

El alma de todos cayó al suelo, hasta del propio Daniel que ya había aceptado a ese hombre como parte de la familia. Además, con el duque muerto, las posibilidades de Alethea bajaban drásticamente a cero.

La duquesa viuda no pudo contener su llanto y se sentó para llorar como nunca lo había hecho ni siquiera por la muerte de su esposo.

Adrian tenía los ojos rojos, pero como hombre se negaba a dejar caer una gota, por más que su corazón se estuviese rompiendo.

—Mientes... —acusó Adrian.

—Puedo llevarlo hasta ahí para que lo vea con sus propios ojos...

—¡Es por su culpa! —Adrian señaló a Alethea sin perder tiempo.

Ella no reaccionaba, estaba perdida en el mar de desconsuelo que era su mente. Imágenes de Richard y él recorrían su cabeza como golpes que amenazaban con dejarla inconsciente. El dolor en

su pecho era tal que no lo soportaba, se desmayó ante la magnitud de la noticia.

—¡Alethea! —exclamó Mildred que fue atenderla cuando cayó al suelo como si se tratara de una bolsa de forraje.

Sus parientes se pusieron a su alrededor para acogerla a la vez que intentaban despertarla.

—Esto es un caos, que alguien traiga al médico. La duquesa y Alethea necesitan que alguien las contenga —ordenó Daniel tratando de encontrar alguna forma de que el desastre se contuviera en el momento, pero el hermano del duque no estaba dispuesto a quedarse tranquilo.

—Cuídenla para que después pueda vengarme de ella, todo fue por su culpa. Si nunca hubiese aparecido y complicado su vida sencilla... Llévame a su tumba —exigió el hermano de Richard para que Raymond lo llevara ahí.

Capítulo 30

Cuando Alethea despertó en la que había sido su habitación antes de que el duque la ocupase, creyó que todo había sido una pesadilla, que lo que dijo Raymond nunca ocurrió y que lo vivido no era probable porque ella estaba en su lugar.

—Despertaste... —habló Penélope con cuidado, acercándose a su cama.

—¿Y Richard? —preguntó con la esperanza de que le dijeran que él estaba en su habitación, descansando.

—Alethea, debes descansar. Después vendrá el médico que está viendo a la duquesa.

—Entonces es cierto... Lo perdí, perdí a mi prometido... —pronunció sin emoción, como si confirmarlo le arrebatara la llama de vida que tenía desde que lo conoció.

—Debes ser fuerte, sabías que esto era posible —alegó Mildred que cogió su mano con cariño—. Estabas mentalizada por si ocurría.

—Pero me aferré a la esperanza como una tonta... —Las lágrimas brotaban sin poder contenerse. No gritaba, pero cada palabra que decía delataba su fe, esperanza y amor hacia lo que cultivó con Richard.

—¡Lo que hiciste fue tirar tu futuro por la borda! —escupió su madre que se acercó a ella, enfadada—. ¡Te entregaste a alguien sin futuro y no tendrás esposo!

—¡Madre! Este no es el momento de decir esas cosas, Alethea lo está pasando mal…

—¡Por uno que ella misma buscó contra el buen juicio de todos quienes le aconsejamos! —interrumpió la madre a Hannah.

—No puede cambiar lo que se hizo, madre. Por más que Alethea cometiera errores, ella sigue siendo parte de la familia —la defendió Frances.

—Parte de la familia, ¿hasta cuándo? Hasta que lo que hizo entierre la reputación de los demás miembros. Tenemos una nueva generación que dependía de este último matrimonio para que no tuviésemos una mancha, pero ahora todo se ha perdido porque alguien prefirió que sus sentimientos importaban más que la lógica. ¡Al menos debiste mantenerte virgen, Alethea! Ahora no tienes prometido, virginidad y mucho menos futuro.

Alethea no quería seguir escuchando las acusaciones, por lo que salió de la casa y se fue corriendo sin importarle que no tuviese zapatos. El día había cambiado por completo. De una hermosa mañana, pasaron a unos nubarrones grises que tapaban la luz, contagiando el paisaje de tristeza.

Caminaba por la propiedad sin rumbo, como si fuese un fantasma. Caminó durante horas hasta que el mal tiempo oscureció el cielo por completo y la lluvia comenzó a mojar. Las fuertes gotas que se azotaban por ella a causa del viento apenas se sentían, pues su corazón le dolía mucho más de lo que podía dolerle un poco de agua arrojada con fuerza a su cara.

Sin darse cuenta, llegó hasta el cementerio, el que había dicho Raymond. Buscó la tierra removida recientemente y alguna lápida que indicara algo. La mayoría tenían un escrito que decía sus nombres y demás, solo una aún no contaba con ninguna. Era evidente que esa era la del duque.

Se acostó junto a la tumba, su ropa llenándose de barro y colocó la cara contra el agua que la golpeaba.

—Aquí me quedaré, Richard. No hay otro lugar más en el que quiera estar. Aquí están las personas que me han amado, no tengo nada que hacer en Autum Hall. El corazón se hunde más profundo en mi pecho. Tu ausencia me devastó y solo quiero esperar a que la muerte sea tan generosa conmigo como lo ha sido contigo. Tal vez fue envidiosa al vernos juntos, pero ahora ya no hay mucho que envidiar. Sé que puedo ir a casa y superar este dolor, pero ¿para qué? ¿Para que me den la espalda y me aíslen por haber amado a la persona que consideraban equivocada? Ellos no han vivido la intensidad de este sentimiento, aman, mas lo hacen con la paz de la certeza y yo te amé con la crudeza de la incertidumbre.

Pasó ahí toda la noche, en medio del cementerio, sin moverse ni siquiera un centímetro, esperando a que alguien la enterrara creyendo que estaba muerta, no tenía lugar al cual regresar, ni futuro al cual aspirar.

***

En Autum Hall la zozobra por la ausencia de Alethea se hacía presente. La lluvia no los había dejado salir con los caballos para buscarla, pues primero se optó por buscar en cada rincón y escondrijo de la casa, las caballerizas, cabañas de caza, estanques y más lugares que ella pudiese frecuentar. La condesa viuda se sentía culpable por la crueldad de las palabras que le había dedicado a su hija en medio del dolor, pero su arrepentimiento llegaba tarde.

Adrian regresó en compañía de Raymond y se encontró con que la joven había huido. El sirviente tragó saliva con fuerza al enterarse de la situación.

—¿Necesitan ayuda para buscar a milady? —preguntó Raymond.

—No queremos más de tu buena voluntad, Raymond —dijo Adrian con sorna—. Ya viste lo que ocurrió por sacarlo de aquí.

—Usted sabe que me debía a él, milord. Era mejor que lo acompañara a dejarlo ir solo. Era mi labor —replicó el sirviente.

—No discutiré contigo, iré a ver cómo está mi madre... —Adrian fue a la habitación de la duquesa. Al entrar la vio sentada junto a la ventana, observando las gotas de lluvia.

—Madre...

—No quiero oír nada. No hay consuelo para la pérdida de Richard. No deseo escuchar mentiras de tu parte. Ahora debes ocuparte del título.

—No es eso lo que quiero.

—Ahora lo que debes hacer es casarte y tener un hijo, algo que nos saque de este vacío que parece no tener final. Te obligo a hacerlo, no te daré opciones... Adeleine es una buena candidata. No tendrás que buscar si no te nace hacerlo con el corazón.

—No me quiero casar con ella, ni con ninguna otra.

—Puedo hablar con lord Cholmondeley. Richard ha mancillado a su cuñada y como buen hermano, podrías responder por esto. Ha llegado el momento de dejar el sentimentalismo y pensar con la cabeza fría. El legado y el honor son los que sobreviven al final y no los herederos. Richard cometió ese error, pensó con el corazón y no con la cabeza. Me duele entender la razón por la que decidió acabar conscientemente con su vida, pero entendí que tampoco una jaula de oro puede hacer feliz a nadie. No es cuestión de afecto, es de libertad.

—La libertad es un privilegio del que no todos pueden gozar y en eso me escudo para no casarme sin desearlo. Lady Alethea merece las consecuencias de sus actos. No la salvaré, por más que eso podría acrecentar mi ego.

—El amor duele, Adrian, si no las muertes serían felices. Es mejor no amar, entonces, Adeleine es buena para ti.

—No, eso sería injusto para los dos. No me gusta ella, pero merece que alguien le dé el hogar que perdió hace años.

Su madre hizo un ademán con la mano para que se retirara. Ella necesitaba estar sola para soportar la pérdida de su hijo. La duquesa tenía demasiados culpables en su mente, por lo que era mejor alejar al peor de todos.

A la mañana siguiente de la noticia de la muerte del duque, todos parecían no haber dormido, pues la mayoría no lo hizo, porque estaban preocupados por Alethea y su arrebato.

La noche había avanzado, por lo que la falta de luz hubiese dificultado la búsqueda de la joven por la propiedad. De nuevo, iniciarían sus salidas, pero no para buscar a Richard, sino está vez para encontrar a Alethea.

Adrian prefería no meterse en el asunto, pero, por otra parte, recordó lo que su hermano le hizo prometer alguna vez: que cuidaría todo lo que él amaba. Solo la buscaría con el resto y eso sería todo, cumpliría con esa parte de lo prometido y le haría parecer que saldaba una deuda y disminuiría su culpa en la muerte de Richard.

Junto a su matón salieron a buscar a la joven por varias partes de la propiedad, pero después los dos desistieron y fueron hacia otro lugar. Adrian suponía que estaría dolida, por lo que buscaría en el mismo lugar en el que él estaría si pasara lo mismo que ella.

Al llegar al cementerio y ver que la joven estaba tirada en la tumba que Raymond había señalado como la de su hermano, se acercó. Aquella estaba sucia, cubierta de barro hasta el último espacio de su cuerpo. No sabía si estaba con vida, pero sin importarle eso, la tomó en brazos.

Alethea abrió los ojos al sentir que alguien la recogía. Cuando vio a Adrian, pensó que era Richard. Le sonrió y se recostó en su pecho.

—Richard... —declaró con un hilo de voz.

—No soy Richard, soy Adrian. La llevaré a su casa para descansar.

Cuando oyó eso, sintió que el mundo caía sobre ella. Eran parecidos, pero Adrian no era Richard.

—Quiero quedarme junto a Richard. No tengo un hogar para volver. Déjeme aquí o mejor, aproveche y máteme. Nadie sentirá mi pérdida. No soy capaz de acabar con mi vida y quiero que cumpla con sus amenazas. Cúlpeme si le falta valor, pero solo hágalo para que pueda expiar mis culpas.

—No diga tonterías. La llevaré con su familia y ellos se encargarán. No tiene sentido matarla. Ambos hemos sido culpables por amor a él. Hicimos todo lo que quisimos, pero sin pensar en lo que le convenía en realidad, aunque usted estaba más cerca de lo que Richard deseaba.

—Encontraré el valor de ir con Richard en cualquier momento...

Él no le siguió la conversación porque no llegarían a ningún punto.

Subió con ella al lomo del caballo para regresar. Lo hizo con cuidado, sintiendo cómo su ropa se mojaba por tenerla en su pecho. Era una sensación extraña. Su ánimo de hacerle daño y despreciarla se había desvanecido al verla de esa manera. Estaba rota.

Cuando llegaron a la residencia de lord Cholmondeley, las damas salieron a recibirlos. Alethea levantó la cabeza y vio a su madre con los ojos llorosos. Miró Adrian e hizo una inclinación en agradecimiento antes de bajar por su cuenta.

—Le agradezco su consideración, milord. Gracias por traerme.

—Alethea... —habló su madre acercándose.

—Ya no soy su hija. Me ha tratado de una manera imperdonable en el peor momento de mi vida. Pronto seré destinada a otro lugar. Espero que podamos mantenernos cordiales lo que dure mi tiempo de permanencia aquí. Con permiso.

Ella entró corriendo a la casa, dejando suciedad a su paso.

—¡Alethea! —gritó la condesa viuda, arrepentida por su arrebato de haberle dicho tonterías a su hija porque estaba preocupada por lo que le ocurriría. No quería que la separaran de su familia y sabía que eso era lo que pasaría.

—No está en condiciones de pensar, milady. Tenga paciencia con ella. Iré a avisar a lord Cholmondeley que le encontré.

—¿En dónde estaba? —preguntó Mildred.

—Acostada junto a la tumba de Richard. Hasta pronto...

Ellas se quedaron con sus gargantas hechas un nudo.

Alethea se encerró en su habitación y se sentó en un rincón, en donde no pudiese seguir ensuciando nada. Si Richard ya no estaba, regresaría a lo único que antes le daba vida: sus preciados animales muertos. Pidió que le prepararan un baño.

Sarah le lavaba el cabello con esmero, como si con su atención consolara a esos ojos azules que eran tan diferentes a los que antes habían sido burlones y adorables, estaban vacíos, parecían bolas de colores que no pudiesen reflejar nada.

Cuando Sarah le colocó el camisón y se retiró, Alethea abrió el armario y encontró las ropas de Richard con ese aroma que parecía desprenderse de su piel. Abrazó una de sus camisas por un largo rato hasta que decidió robarla. Pronto su familia se iría y lo más probable era que se llevaran todo lo que él había dejado.

Para Alethea no había más sentido que seguir hasta donde se pudiese. Si enfermaba, no deseaba a ningún médico, si se dañaba tampoco. Esperaba que alguien accidentalmente acabara con ella. En uno de sus momentos más delirantes pensó en darle un arma a uno de sus sobrinos y que jugara a acertarle, pero lo reconsideró al darse cuenta de que no era justo para un niño vivir con una culpa que no había pedido.

Una semana después, la familia del duque había decidido partir. La duquesa, vestida de riguroso luto, se levantó de la cama y decidió que era momento de regresar con Adeleine e ir a Londres a buscarle un pretendiente, ya que habían abandonado a esa joven en la posada. Adrian y sus sirvientes también partirían solo faltaba despedirse de Alethea que estaba encerrada en su lugar.

Capítulo 31

Raymond que regresaría con la familia a Londres, golpeó la puerta de donde estaba Alethea.

—Adelante —pronunció con una lupa sobre un ojo, tratando de ver los intestinos de un escarabajo.

—Disculpe, milady. La duquesa y milord van a partir a Londres por si quiere despedirse de ellos.

—Estoy segura de que no quieren verme. Prefiero estar aquí...

—No se sienta triste, milady. Su excelencia la ama.

—Amaba, Raymond. Ahora me ha dejado sola para enfrentar lo que vendrá. —Ella negó con la cabeza ante un mareo repentino. Se agarró a la mesa de trabajo, pero terminó cayendo en el suelo.

—¡Milady! —exclamó—. Espero que esto valga la pena, excelencia... —pronunció para sí, ya que sentía que las cosas se estaban saliendo de control. Cogió la campana de la mesa y la agitó con desesperación para que alguien se acercara.

Sarah y Diana llegaron con presteza.

—¿Qué pasó con milady? —indagó Sarah, mientras que Diana buscaba algo que ella hubiese bebido, ya que no estaba muy contenta al seguir viva.

—No he visto nada. Solo le dije si quería despedirse y se desmayó.

—Llévela a sus aposentos. Avisaré a lord Cholmondeley —dijo Sarah que se apresuró a llegar al salón.

La familia de Richard estaba a punto de irse cuando Sarah llegó a la entrada de la casa.

—¡Lady Alethea se desmayó! —avisó la doncella—. Raymond la está llevando a su habitación. Lord Cholmondeley, creo que es momento de que la vea un médico. No ha estado comiendo y vomita varias veces al día. Puede que algo malo esté ocurriendo con ella.

—¿Cuándo será que los problemas se acabarán en esta casa? Al parecer terminarán conmigo antes de que yo acabe con ellos. Que tengan buen viaje. Nosotros nos ocuparemos de Alethea.

—¿Le molesta que nos quedemos un poco más, madre? Sé que no he sido el mejor hermano, pero algo que me pidió Richard antes de que todo se fuese al demonio, fue que me ocupara de todo lo que él amara. Usted y yo sabemos que perdió la vida por ella. No me iré con la conciencia tranquila.

—¿Ahora te ha nacido la conciencia, querido? Está bien, nos quedaremos hasta que sepamos que no le hará compañía a Richard, aunque quedarse parece ser más una tortura que morir.

La duquesa y su hijo regresaron a la casa a esperar. El médico tardó varias horas a causa de otros pacientes. Después entró a verla. Daniel estaba en la habitación con su esposa para que no existiera algún tipo de soborno o chantaje de Alethea para que este le diera láudano, opio o cualquier cosa extraña. Vieron al hombre revisando a la joven y ella solo respondía a las preguntas sin problema.

—Mmm... —murmuró el médico antes de hacer una pregunta incómoda—. ¿Ha tenido su sangrado en los últimos días?

El rostro de Daniel se tiñó de rojo al oír esa pregunta. Él sabía lo que eso significaba, ya que había oído eso antes de que le dijeran que sería padre en dos ocasiones.

Alethea se puso pálida, ni siquiera le había prestado atención a ese insignificante detalle.

—Ella no puede estar embarazada —intervino Mildred, creyendo que su hermana había bebido el té que ella le dejó.

Al oír eso, Alethea entendió lo que ocurría. Llevaba en su vientre al hijo de Richard. Eso era tan difícil de asimilar como emocionante.

—No he sangrado. Lo siento, Mildred, no bebí el té.

Mildred comenzó a sollozar. Sabía que esa era la verdadera desgracia para una dama soltera cuyo prometido estaba muerto.

—¡No puede ser! —exclamó Daniel, hiperventilando.

—Lo que tenemos aquí es el inicio de un embarazo, lord Cholmondeley. Usted sabe lo que significa eso...

—Pagaré bien su silencio, no se preocupe. Acompáñeme, pero para darme atención médica...

Miró su vientre y lo acarició con una sonrisa.

—¿Acaso sabes lo que hiciste?

—Sí, pero me quedo con algo de Richard. Mildred, tú tienes el consuelo de tus hijos si Daniel nos hace el favor de irse. Entiendes lo que significa para alguien que ama.

—Eres soltera, esto es una desgracia para ti. Vivirás sola en un lugar recóndito y no podrás comunicarte con nadie.

—Estaré bien con eso.

—Dejarlo en un orfanato es una opción. Te destruirá si no lo haces.

—No importa si me abandonan. Esto continuará. No sé lo que haré, pero sí sé que deseo esto con el corazón...

Lord Cholmondeley llevó al médico a su despacho y ahí le entregó una fuerte cantidad de dinero para que la noticia de un bastardo no se extendiera por ahí y sacudiese los cimientos de la familia que construyó por tantos años. También recibió la debida atención, pues aflojó su pañuelo, ya que se sentía sofocado por la noticia.

Cuando el médico regresó para terminar de atender a Alethea, Daniel agitó la campanilla para que Humbert se presentara.

—Diga, milord...

—Dile a la duquesa y a su hijo que vengan aquí, tenemos un asunto que discutir.

Humbert asintió y fue en la búsqueda de las personas. Una vez que las dejó ahí se retiró.

—Debo darles una noticia que tiene que ver con Alethea y el duque... —declaró Daniel.

—¿Qué puede ser a estas alturas? —curioseó la duquesa, escéptica.

—Tiene que ver con los malestares de mi cuñada. Está de más que su hijo mancilló a Alethea y que eso ha tenido consecuencias.

Adrian se puso rojo al entender a lo que se refería lord Cholmondeley.

—¿Ella está embarazada? —increpó Adrian.

—Sí. El embarazo está iniciando y... No puede quedarse con el niño o niña. Es una mujer soltera, como sabemos, el padre murió. Es una deshonra tenerla aquí.

—Un hijo de Richard, su heredero, sangre de su sangre —afirmó la duquesa con el rostro rejuvenecido por la noticia. Se sentía emocionado, porque Richard había dejado algo en el mundo.

—No estamos tomando la noticia de la misma manera, excelencia. Es una desgracia —siguió Daniel ante la emoción de la duquesa y el silencio del tío del niño.

—Nosotros nos encargaremos. Es mi nieto y no puede ser un bastardo. Adrian, si quieres hacer algo digno, humano y respetable, te harás cargo de ese bebé dándole nuestro apellido.

—Madre, eso no lo podemos hacer porque...

—Porque debes casarte. Te casarás y criarás al hijo o hija de tu hermano como tuyo. Tú y Alethea deben casarse pronto antes de que se note.

—Alethea se ha negado a acostarse con su hijo, excelencia. Es testaruda y dudo que quiera casarse.

—Usted es inteligente, lord Cholmondeley. Este no es asunto de querer o no. Lo que lleva en el vientre es mi sangre y ningún nieto mío nacerá fuera de un matrimonio.

Adrian no podía dejar de pensar en que Alethea estaba embarazada de su hermano. Era una idea frustrante, pero a la vez emocionante. Sabían que ese bebé era el hijo de un duque, ya que todos los hechos ocurrieron bajo ese techo. Tenía un compromiso con Richard que superaba la muerte, su promesa y lealtad era lo único que le quedaba.

—Traiga a milady y hablaremos con ella. Tendrá que escoger entre casarse conmigo o tener una vida miserable —alegó Adrian.

—Créame que le gustará la segunda opción...

Mandaron llamar a Alethea que, apenas había llegado hasta ahí. La noticia aún no había salido del círculo íntimo. Cuando su madre lo supiera, colapsaría, pero ya no le importaba, la relación estaba rota.

Cuando entró al despacho de Daniel, lo vio con los brazos cruzados, a Adrian de frente a la ventana y a la duquesa sentada con elegancia en un sillón. No entendía la razón por la que ellos estaban ahí.

—Alethea, ellos ya saben que estás embarazada —contó Daniel.

—¿Por qué les dijiste? Es absurdo. Sé lo que me espera y, de ninguna manera, llevaré a mi hijo a un orfanato. Es lo único que me queda de Richard y prefiero morir en el intento de tenerlo y de sobrevivir después. Acepto irme lejos con el valor de mi dote. Viviré en donde nadie sabrá de mí.

—Eso suena muy conmovedor, lady Alethea. Sin embargo, no es lo que esperamos para el hijo de un duque. Él no será un bastardo, por eso, le propongo que se case con Adrian para que se haga cargo de su sobrino. Es su sangre y lo amará de todas maneras. Mi nieto o nieta debe crecer en donde merece.

—No voy a traicionar a Richard, ni a su recuerdo con la persona que intentó separarnos. ¿Qué garantía tengo de que no le hará daño a mi bebé si intentó declarar incapaz a su propio hermano?

—Usted no entiende los años que hemos pasado conservando su vida. Creíamos que lo más importante era que viviera, como se negaba, tuve que decir esas cosas que no quería, pero siempre pensando en su bien, no en apoderarme de nada. Si fuese un hombre codicioso, ya lo habría hecho correr unas millas para matarlo desde que teníamos corta edad. Siempre lo he amado y respetado. Es cierto que hemos tenido desacuerdos en estas últimas semanas, desde que se comprometió con usted, mas no era por odio, sino por preocupación por su salud, que siempre ha sido frágil. El dolor con el que debemos vivir ahora, lo entendemos todos los que lo hemos

amado. Usted lo hizo como mujer y nosotros como su familia de toda la vida —musitó, después se giró a verla—. Le ofrezco matrimonio para que mi sobrino pueda acceder a lo que le corresponde como heredero. Es el hijo del duque y merece estar en la línea de sucesión, solo que figurará como mío para que nadie sospeche de su concepción.

—Agradezco su ofrecimiento, milord, pero seré fiel a mis principios...

La duquesa se levantó de su silla y se acercó a Alethea con el rostro calmado.

—Sus principios privarán a alguien de lo que le corresponde, le hará vivir una vida miserable cuestionando todo. ¿Es eso lo que quiere para mi nieto? Quiero que lo reconsidere y no sea egoísta. ¿Cree que Richard hubiese querido que su hijo naciera en estas condiciones? Él no está aquí para encargarse, pero Adrian es su hermano y quiere ayudarla. Acepte no solo por el bien de su hijo, sino también por el de su familia. Lord Cholmondeley ha hecho mucho por ustedes para que un capricho suyo eche por tierra lo que tanto trabajo costó construir.

—No quiero hacerlo, no voy a casarme con su hijo, porque sé lo que implica y como dije, no traicionaré su recuerdo.

—Entiendo lo que quiere decir. Le prometo que jamás le pediré compartir mi cama. Es más, podría vivir en otro lugar, lo que me permitiría continuar ocupándome de mi negocio, mientras un preceptor y un apoderado le enseñan al heredero lo que puede hacerse.

—Adrian, eso es arriesgado. ¿Y si lo que espera es una niña? Tu compromiso hace que concebir a un varón sea imposible... —habló la condesa, contrariada.

—Eso tiene una solución sencilla. Como el hermano del duque quiere encargarse de su sobrina, supongo que Alethea puede criar a los hijos que su esposo podría tener fuera del matrimonio, para convertirlos en legítimos. Considera esto, Alethea. Es importante pensar en lo conveniente. Conservarás tu buen nombre, tu hijo o hija tendrá apellido y un estatus, además de las posibilidades de acceder a los mejores círculos de Londres. Es más de lo que mereces por tus actos. Un pequeño sacrificio no te hará daño y no traicionarás el recuerdo del duque.

—Daniel...

Antes de que ella pudiese continuar, la duquesa viuda se arrodilló ante Alethea.

—Le pido que acepte este trato. No me separe de lo único que queda de mi querido Richard, se lo ruego. Para mí es como volver a vivir después de perderlo...

Su hijo se acercó para levantarla.

—Madre, no se humille de esta manera. Si esta mujer no aprecia lo que podemos hacer por ella, es momento de darnos por vencidos y regresar a tratar de continuar con nuestras vidas.

Alethea no sabía qué decisión tomar. Por un lado, no deseaba casarse con nadie más que con Richard, pero él ya no estaba. Tenía a su hijo, parte de su persona creciendo dentro de ella y que merecía obtener lo que por derecho era suyo y tenía a su familia que, pese a sus defectos, le habían dado todo y no podía corresponder con capricho y egoísmo. El compromiso de Adrian de no tocarla y la idea de hacerse cargo de los hijos de este último con otras mujeres, resolvían parte de su conflicto.

—Si este acuerdo queda en un papel, lo aceptaré. Usted no podrá tocarme, porque yo solo me perteneceré a Richard hasta mi último aliento.

Capítulo 32

El trato estaba hecho, solo faltaba que el señor Sinclair lo dejara escrito, porque las palabras se las llevaba el viento.

Cuando resolvieron el asunto, Daniel ordenó que la familia de Adrian, al igual que Adeleine, vivieran en la residencia hasta el día del matrimonio que habían fijado para dentro de tres semanas para que no pareciese tan apresurado.

Alethea no dijo ni una palabra más después de aceptar el trato. Cuando se retiraba, Adrian la alcanzó.

—Lady Alethea... —la llamó—. Quería hablar con usted.

—Considero que no hay mucho que decir. Quiero descansar, milord. Todavía sigo mareada y siento muchas náuseas. No sé si se debe a la conversación con usted, su madre y Daniel o a que antes estaba sacando vísceras de escarabajo... No sé si las tiene, no terminé de abrirlo.

—Tiene un pasatiempo que es compatible con el mío. Podríamos ver esto de manera agradable. Le ofrezco abrir gente para mí y sin láudano.

—Es la cosa más interesante que ha propuesto desde que nos conocemos, milord. Ahora, si me permite, debo asentar nuestra nueva situación en mi cabeza.

Daniel pidió al personal que prepararan una gran cena para dar el anuncio del matrimonio de Alethea y Adrian. También sabrían la razón por la que esto ocurriría, ya que antes se había negado con vehemencia a cualquier contacto con aquel.

Adeleine había tomado la noticia con una notable devastación. Había ocultado sus lágrimas detrás de una sonrisa para su madrina,

pero no podía hacer nada, solo le quedaba buscar un esposo, alguien que realmente quisiera tenerla en su vida. Ninguno de los hijos de su benefactora la quisieron y no podía desperdiciar su juventud en tonterías. Lady Alethea Hess se había llevado todo a lo que ella aspiraba y le guardaba cierto rencor por eso.

Antes de la cena, alguien tocó la puerta y para sorpresa de la mayoría, era lord Stanley con dos botellas de whisky en las manos.

—¿Lord Stanley? —preguntó Humbert al verlo de pie en la entrada.

—¿Esperabas a alguien más? He venido a beber con mi buen amigo, Daniel. También daré un poco a los que estén aquí.

Al asomarse y ver a muchas personas en la casa, consideró que quizá no habría lugar para él, pero eso no le importaba, podía dormir en cualquier lugar que le impidiera ahogarse con su propio vómito.

—¿Johnny? —curioseó al ver en la casa a Adrian que tenía una copa de aperitivo en la mano.

—Derek, qué bueno ver a uno de mis amigos... —dijo Adrian dejando ver que la relación entre esos dos era parecida a la que tenía con Owen, pero en la parte en donde otorgaban viajes rápidos al más allá.

—Derek, ¿vienes de ver a tu tía? —indagó Daniel.

—Sí, la vi por última vez. La enterramos hace una semana.

Todos bajaron la cabeza por incomodidad. El asunto de los muertos estaba muy fresco en esa casa.

—Lamentamos tu pérdida. Te prepararemos una habitación y tendrás un lugar en la cena... —alegó Daniel yendo a darle un apretón de manos consolador.

Derek saludó a los demás y pensó que lo había hecho con todos hasta que vio a una joven hermosa y desconocida.

—Oye, Daniel, ¿te ha crecido una pupila nueva? —indagó con curiosidad y una sonrisa.

—Oh, no, lord Stanley —lo corrigió la duquesa viuda que estaba sentada junto a él—. Ella es Adeleine, mi ahijada. Es una joven en edad casadera.

—¿Ha dicho que esta mujer será mi esposa? —Derek había visto mujeres bellas en el mundo y quizá Adeleine no fuera la más hermosa, pero tenía algo que lo atraía. Su rostro impasible y la mirada de odiar a todos le resultaba tan encantadora.

La duquesa rio y le hizo un gesto a Adeleine para que se acercara.

—Ven, querida. Te presentaré a un amigo de Adrian y de lord Cholmondeley. Él es lord Stanley.

Adeleine lo miró de pies a cabeza como si fuese una mancha en su zapato, pero fue amable.

—Es un placer conocerlo, milord.

—El placer es absolutamente mío. Le dije a su madrina que usted será mi esposa...

Ella se sonrojó por la vergüenza.

—Lamento decepcionarlo, milord, pero no soy adivina para saber sobre el futuro.

—Dígame un no y me tendrá a sus pies para siempre.

—Asustas a la joven, Derek —dijo Robert que le dio un golpe en el hombro, salvando a Adeleine, al menos por el momento.

—Tal vez, pero siempre dije que de esta casa saldría mi esposa y así será. Tengan cuidado de dejar alguna viuda, caballeros...

Lord Stanley sentía un poco de tensión en el ambiente y notaba a Alethea distante, con la mirada perdida hacia una de las ventanas que tenía la cortina corrida. Después Daniel le explicó la situación para que estuviese en la misma sintonía que el resto cuando pasaran a la mesa.

Una vez que la cena avanzaba hacia el postre, Daniel tomó la palabra y anunció.

—Estimada familia, todos sabemos que han sido tiempos difíciles, pero cuando la oscuridad nos cubre con su manto cada noche, esperamos que la luz nos ilumine al día siguiente. La situación de la pérdida del duque ha sido terrible y trágica para todos. Alethea ha quedado a la deriva después de lo que todos decimos que ha sido un error... Ese error ha dado consecuencias...

—¿Qué consecuencias? —cuestionó la condesa viuda, mirando hacia Alethea que bajó la mirada.

—Un hijo...

La confesión hizo que muchos en la mesa escupieran el contenido de sus bocas, dejaran caer sus tenedores y quedaran con la boca abierta.

—Antes de que cualquiera se altere, Alethea aceptó casarse con el hermano menor del duque que se encargará de ella de su sobrino o sobrina. No sé si es una noticia para festejar, pero sí para agradecer la generosidad de la familia Williams después de todo lo que hemos pasado. En tres semanas se llevará a cabo la boda.

Raymond que estaba de pie junto al resto de los sirvientes, palideció y tocó la manga de Humbert.

—Necesito salir de aquí, me siento mal... —murmuró.

—Hazlo detrás de mí...

El sirviente de Richard se agarró la cabeza y fue hasta la cocina para pensar en qué hacer.

Sabía que no podía salir en la noche para ir a buscar a Yi, tendría que fingir enfermedad durante el día. Esta noticia no podía esperar más tiempo.

En la mesa, las cosas no se habían puesto tensas, pues la condesa viuda terminó convencida de que habían llegado al mejor resultado. Lo que le importaba era que su hija tendría un esposo que la respaldaría y criaría al hijo de su hermano como suyo, eso era demasiada generosidad.

Las hermanas de Alethea todavía seguían un poco impresionadas por el embarazo de esta fuera del matrimonio y lo más triste era que ocurrió durante su primera vez. Podrían considerarlo suerte o desgracia.

La joven estaba retraída, al menos lo estuvo antes, durante y después de la cena. No se sentía entusiasmada con sus próximas nupcias. Con Richard todo era ilusión y con Adrian las cosas olían a desgracia. El único consuelo era su hijo, era lo que hacía que caminara por esa casa con determinación. Quizá no hablara, pero se sentía fuerte para lo que viniera. Era lo que había deseado, por eso no bebió el té de Mildred. Su hermana mayor se veía acongojada y distraída. Evitaba mirar hacia ella y Alethea no entendía la razón de su distancia, era como si aquella la resintiera por tomar la decisión de tener un bebé fuera del matrimonio. Daniel había conseguido una solución, aunque no hiciese feliz a nadie. Se sentía responsable de la situación y por eso actuaba como lo que era: el patriarca de esa familia.

Poco después de terminar la cena, Alethea se retiró, dejando a todos en el salón, mientras escuchaban piezas en el pianoforte.

Mientras subía las escaleras, encontró a la señorita Carlington, esta la miró con decepción y continuó su camino.

Desde que la gente supo que estaba embarazada, el trato, las miradas y los gestos de sus conocidos habían cambiado. Tal era el desacuerdo con su decisión, que comenzaban a llevarla hacia más soledad que nunca.

En el salón, la señorita Carlington relevó a Hannah en el pianoforte y tocó piezas para que la gente bailara un poco. La mayoría no lo hacía, pero conocía a lord Stanley que por lo general era el alma de las fiestas y esta vez lo veía moviendo los pies o tarareando unas notas a la vez que miraba con interés a la ahijada de la duquesa.

—¿Baila, Adeleine? —preguntó Derek que se colocó junto a ella en el sillón. La joven bebía una copa de jerez en solitario.

—Lady Adeleine para usted...

—¿Es la quinta o sexta copa de jerez de la noche o los números me fallan?

—Es la séptima y vendrá una octava.

—El alcohol convierte a las personas hostiles en gente alegre, ¿quiere que le sirva un poco?

Adeleine dirigió su mirada a él con la intención de calcinarlo, pero este parecía demasiado insistente como mosquito en el oído, para que algo le molestara. Prefirió moverse un poco del sillón, aunque notó que aquel hombre se movía igual que ella, ya que mantenían la misma distancia, pese al cambio de posición.

—¡Milord! —espetó Adeleine al llegar al límite del reposabrazos.

Los presentes se giraron a ver lo que ocurría, al igual que la señorita Carlington erró una nota por la interrupción.

Ella se puso roja de vergüenza y bebió su copa de un trago. Pensó que eso la ayudaría a pasar el mal rato, pero lo único que hizo fue que lord Stanley consiguiera la botella de jerez.

—¿Le sirvo? Estoy esperando mi milagro.

Suspiró, derrotada, pero colocó su copa para que le sirviera. Estaba condenada a recibir las atenciones de ese caballero por horas, mientras que ella estaba sufriendo por el desamor.

***

Al día siguiente, Adrian se despertó temprano y pidió que prepararan su carruaje. Él tenía algunos asuntos pendientes que atender en Londres. Además, debía gestionar los trámites del fallecimiento de su hermano para que el título pasara a él en los próximos meses. De nombre ya era el nuevo duque, pero en la práctica, todavía debía cumplir con algunos requisitos.

Buscó a Raymond y lo encontró a punto de salir de la residencia.

—Raymond, ¿a dónde vas? —preguntó curioso.

El sirviente sintió que estaba haciendo algo ilegal, por lo que detuvo su marcha.

—Iré a caminar, milord.

—Sé que hiciste lo que creíste mejor. Ir al bosque no traerá de vuelta a Richard. Tal vez tengas la oportunidad de ocuparte de su hijo. Nos ha dejado algo, Raymond. Esperemos que nazca sano. Quiero que me acompañes a Londres. Te hace falta un cambio de aires.

—Le agradezco su preocupación, pero quisiera quedarme con su madre.

—Tendrá aquí a Adeleine. Solo nos iremos por esta semana y regresaremos. Si no quieres ir por tu cuenta, lo harás porque te lo ordeno como el nuevo duque. Estás a mi servicio.

El alma se le cayó a los pies. Él quería que la tierra lo tragara en ese mismo instante.

—¿Solo esta semana?

—Sí. Son gestiones que haré para el matrimonio, el título y mi negocio. Las cosas se están complicando. No quiero tener que ver nada con el título, pero lo haré por lady Alethea y el bebé. Me ocuparé de lo que Richard quería.

Aquel tuvo que acceder a irse con Adrian, todavía estaba a tiempo de buscar a Yi al regresar.

Los miembros de la casa despidieron a Adrian. Apenas aquel se retiró con su séquito de matones, Alethea emprendió su caminata hacia el cementerio. No iría a caballo, no era tan temeraria para poner en riesgo a su bebé.

Fue con su caminata lenta, mirando hacia el cielo, sintiendo que el viento acariciaba su piel. Había olvidado la sensación de vacío que había dejado su padre al principio de su partida, pero esa sensación había retornado a ella después de tantos años. Sabía que esa sensación nunca desaparecería, solo se ocultaría en un rincón de su mente hasta que algo lo detonara. Su dolor era reciente y los días no ayudaban con consuelo, sino con una tristeza que quería consolarse con la idea de que tendría a algo que le recordara a Richard para siempre.

Capítulo 33

La semana que había dicho Adrian se cumplió y Raymond no podía dejar de pensar en que debía regresar a Autum Hall. Estaba desesperado por hacerlo. No veía la hora de lograrlo.

Cuando vio la propiedad en la lejanía, no sintió una mejoría en sus pensamientos, sino que se sentía más apresurado. Quería tirarse del carruaje y buscar el escondite de Yi.

Apenas llegaron a la propiedad y dejaron las cosas de Adrian que, para sorpresa de Raymond, compró ropa decente para su nueva vida de duque. La dama con la que se casaría y la existencia de un sobrino en camino había cambiado el pensamiento de aquel hombre que siempre había sido un poco desalmado con el resto y solo demostraba su verdadero ser con su hermano y su madre. Hablaba del bebé en camino como si ya fuese su propio hijo. Los planes que hacía eran abrumadores, aparte de la idea que tenía de enseñarle a ser un matón. También lo había oído decir que, si fuese una niña, haría lo mismo, le mostraría el bajo mundo para que jamás la timaran, decía que su esposo no viviría tranquilo, porque él vigilaría que estuviese cuidada y atendida como se debía. Era conmovedor.

A Raymond le dijeron que podía irse a descansar, pero solo llevó sus cosas hasta sus aposentos y fue hacia las caballerizas. Pidió que le proporcionaran un caballo y partió como si no hubiese mañana hasta el centro de la propiedad, en medio de los matorrales más espesos.

La choza improvisada del último escape con el duque seguía ahí, de pie. No la había tirado ninguna lluvia. Al entrar vio a Yi y a Richard. Aquel soplaba un palo hueco que usaban para fortalecer la respiración de él.

—Raymond... —dijo Richard, levantándose—. ¿Se han ido?

—Excelencia, las cosas no salieron bien, para nada. Su idea de fingir su muerte para continuar tratándose fue un error terrible.

—¿Le pasó algo a Alethea? ¡Dímelo! —exigió con desesperación.

—Su plan de regresar a Autum Hall cuando su familia regresara a Londres falló y en grande, porque ellos se quedarán aquí hasta la boda.

—¿La boda de quién?

—De milady con su hermano, excelencia. Hace poco más de una semana descubrieron que ella está embarazada de un hijo de usted y como lo creen muerto, milord ha pedido hacerse cargo para que su hijo o hija tenga el lugar que le corresponde, pero como usted sabe, una vez que él se case, será el padre de ese bebé.

Richard se quedó de piedra al oír eso. Alethea estaba embarazada, tendría a un hijo suyo. Esa era una gran felicidad que no podía contemplar en ese instante, porque la rabia lo estaba consumiendo. Adrian al final se quedaría con la mujer que amaba si no hacía algo.

—¿Por qué no me dijiste antes, al momento de saberlo?

—Su hermano, con su nuevo estatus de duque, me lo ordenó y tuve que obedecer, excelencia. Él está entusiasmado con ser el padre de su hijo, ha hecho escenarios de su mente de cómo lo criará y lo que le enseñará. Sabe que es hijo suyo y por eso lo ama más de lo que debería. Está obsesionado con que es su recuerdo, al igual que su madre y la misma lady Alethea que, según las doncellas, luchó con uñas y dientes para no traicionar su recuerdo con un matrimonio. El acuerdo es que milord dé su nombre y que nunca comparta la cama de milady. Solo por eso aceptó casarse, fue por el bien del pequeño en camino. Las intenciones de su hermano son nobles, su excelencia. Sea compasivo con él.

—Mi Alethea, siempre tan fuerte. ¿Crees que me odiará por causarle dolor?

—Si no murió por causas naturales, tal vez ella lo mate. Ha quedado desdichada desde su supuesta partida. Apenas se enteró, se desmayó y cuando recuperó la conciencia fue a dormir en su tumba, esa que cavé durante la noche.

—Me siento tan mezquino y egoísta. Solo quería que Adrian se diese por vencido, pero terminé entregándole todo lo que me pertenecía en bandeja de plata.

—Es momento que deje esto. Ha mejorado su resistencia en las caminatas y durante un poco de ejercicio físico, con eso podrá tener una vida lo más normal posible. Sabe que no será sano jamás, pero esto es lo máximo que conseguirá.

—He seguido con mis mejoras. Considero que estoy en condiciones de cabalgar. También he probado si aguantaría otro acto con un poco de consuelo propio y no he muerto. Estoy mucho mejor. Regresaré hoy mismo a reclamar lo que me pertenece.

—Piense en hacer eso de la mejor manera posible, que no sea algo malo para ellos. Están viviendo una nueva realidad sin usted...

Esa idea de que estuvieran viviendo sin él lo aterraba. No quería que Alethea terminara enamorada de Adrian. Sabía que eso podría ser inevitable con el tiempo que pasarían casados. No confiaba en que su hermano no la tocaría, aunque confiaba en que ella sería fiel a su recuerdo.

Regresaría a Autum Hall con Yi y Raymond. Ese hombre oriental le dio nuevas hierbas que él desconocía y que mejoraron su cansancio, dolores y sofocos. Su límite había cambiado, podría soportar más tiempo en casi todo sin morir en el intento. Podría ser un esposo que cumpliría en la cama para su esposa y para su propio deleite.

Raymond le cedió el caballo al duque para que este pudiese ir más descansado, mientras que él y Yi lo seguían. Lo vieron hacer piruetas con su animal como si fuese un chiquillo que descubría que existían corceles. Parecía seguro y saludable. Durante años, todo eso que hacía estuvo prohibido para él. Sabía que no podía abusar de su suerte, mas con lo que había hecho, alargaría su vida para estar junto a su amada.

***

En Autum Hall, Alethea se encontraba en el jardín buscando algún espécimen nuevo. Sus sobrinos la perseguían porque creían que ella jugaba a algo, pero estaba lejos de hacerlo. Aquellos pequeños solo querían estar cerca de la joven, pese a que solía tratarlos mal, la querían.

Ava se acercó y le ofreció el gato para que ella hiciera con él lo que quisiera.

—No, querida. No abriré a tu gato. Déjalo ir... —musitó Alethea con una media sonrisa.

—Mi madre dice que está triste y que por eso necesita abrir muchos animales.

—Tu madre dice muchas cosas, pero te aseguro que no dijo esto último que mencionas. Busca una pequeña rana o algo, Ava, con eso me ayudarás.

La niña asintió y fue con aquel gato en brazos como si este fuese una muñeca de trapo. Alethea suspiró y continuó su búsqueda.

—¿Le ayudo en algo? —curioseó Adrian que se acercó a ella con los brazos atrás de la espalda.

—Estoy buscando animales pequeños, pueden ser reptiles o aves...

—Le traje algo de Londres...

—¿Es un obsequio?

—No, es algo para que experimente. —Adrian le mostró un frasco con una mano flotando adentro.

Ella quedó impactada con lo que vio, pero se recuperó rápidamente.

—¿Sobras del Támesis?

—No. Le cortamos la mano para que deje de apostar. Primero pensé en un dedo, pero después lo reconsideré. Soy un hombre ambicioso, quería toda su mano.

Los niños se acercaron a mirar lo que había en el frasco y cuando se dieron cuenta, comenzaron a gritar y a correr despavoridos hacia la casa.

—Usted no es como su hermano, no crea que se salvará de que lo reprendan por asustar a los niños. Además, eran mis ayudantes y esperaba que encontraran algo. Son buenos para eso y los mantiene entretenidos para que no entren en mi salón.

—Para solucionar eso, podríamos colocar esta mano en la entrada y nunca más tendrá a ninguno caminando por ahí. En la casa de Londres podrá convertir el espacio que desee en un lugar de experimentos y tendrá un espacio especial en mi negocio, por si decide cambiar de opinión y quiere abrir personas...

—Qué amable y generoso. —Sonrió ante lo que él decía. Para ese hombre era normal hablar de matar y de delincuencia como si hablase del clima. Llevarle la contraria solo podría colocarla en mala posición—. Para la próxima podría probar con otro presente un poco menos sangriento.

Él sonrió con un poco de coquetería y no se movió de su lado. Siguió ayudándola a buscar lo que ella deseaba. Adrian no podía dejar de admirar a Alethea. Ya no era la joven inalcanzable que había visto cuando la vio por primera vez, la sentía más humana, a su alcance. Desde que Richard falleció, su panorama se complicó, pero también se abrieron otras oportunidades. A veces creía que la responsabilidad estaba comenzando a agobiarlo, puesto que sería padre sin haber hecho nada, se convertiría en duque y con todo eso tendría más responsabilidades que nunca. Además, su negocio debía continuar, representaba muchas cosas para él y no podía alejarse, era su independencia, la manera en que encontró superación a las críticas de su padre.

Cerca del atardecer, con los pequeños calmados y con Adrian sentenciado como el terror de los niños, las cosas parecían ir bien; sin embargo, la silueta de un hombre sobre un caballo rompió la tranquilidad en la propiedad.

—¿Esperábamos a alguien más? —preguntó Derek que no se había ido de esa casa, al menos no lo haría hasta conseguir la mano de la esquiva lady Adeleine—. Hay un jinete en el horizonte.

Nadie le dio importancia a lo que él decía, los demás estaban distraídos esperando la hora de la cena.

—¿No tiene suficiente atención de la gente, lord Stanley? —se burló Adeleine que se acercó a él para observar por la ventana. Ella tenía una taza de té en la mano, pero de forma repentina se le cayó al ver al extraño que se acercaba.

Eso llamó la atención de todos. La fina porcelana se había roto en pedazos.

—Eso le costará un buen reproche —afirmó Derek con tono burlón, pero este desapareció al verla tan blanca como un papel.

—¿Qué pasa, querida? —curioseó la duquesa que creyó que su ahijada estaba buscando tener más atención de lord Stanley, aunque ese hombre había hecho todo lo posible por agradarle, aquel estaba a punto de caminar desnudo frente a ella para ver si conseguía que se interesara.

—El duque... —Señaló hacia afuera.

Adrian frunció el ceño con molestia. Parecía que Adeleine quería remover cosas incómodas en Alethea y no quería que su paz se viese comprometida.

—¿Es que no puedes dejar de ser desagradable, Adeleine? —acusó Adrian que la cogió del brazo con fastidio.

La mujer se soltó y lo miró a la cara.

—Alguien se bañará en agua helada y eso será muy pronto —habló con malicia. Pese a su sorpresa, pudo defenderse de Adrian.

El cuerpo largo de Richard se apresuró a llegar a la puerta de la casa después de bajar del caballo. No sabía si era mejor golpear o entrar de manera dramática, lo que podría matar a cualquier persona con una salud tan frágil como la suya. Optó por dar unos golpes a la madera y aguardar.

El salón se quedó en completo silencio al oír el eco de los toques en la puerta. Alethea sentía algo en su pecho, algo que no podía describir más que como incierto, quizá un presentimiento.

Humbert abrió la puerta y el color abandonó sus mejillas al ver a Richard, de pie en el umbral.

—No hace falta que me invites a pasar, Humbert, puedo hacerlo solo.

Al entrar, notó que las miradas se dirigían a él y quiso desaparecer por un instante, pero ya había hecho la peor tontería

del mundo. Debía afrontar sus temores.

—Buenas tardes... —saludó con determinación, pero también con un poco de vergüenza.

La mayoría no podía reaccionar, pero Alethea encontró fuerzas para hacerlo.

—¿Le parece razonable aparecer después de que lo creamos muerto? ¿Ha sido un error o lo ha planeado deliberadamente? —cuestionó en tono punzante. Se tocó el vientre como si fuese un escudo.

El hermano de Richard se colocó detrás de Alethea, como si eso pudiese darle más entereza.

—Pido disculpas por mi comportamiento. Lo planeé sin maldad alguna. Sabía que mis acciones tendrían consecuencias, pero solo quería que Adrian dejara de perseguirme para poder seguir mis deseos en paz. Lo he hecho con buenos resultados. Sin embargo, a un costo muy alto. El plan era que al saber que estaba muerto, dejara de buscarme y que regresara a Londres, así yo podría regresar junto a Alethea, mas acabo de enterarme que el rufián que lleva mi sangre, piensa apropiarse de lo que me pertenece...

La duquesa viuda no podía reaccionar, tenía las manos tapando su boca. No tenía más sentimientos que felicidad en su pecho por ver a su hijo al que creía muerto, muy al contrario de los demás que parecían indignados.

—Lo hice porque una vez me hiciste prometer que me encargaría de todo lo que amabas y yo no dudé en hacerlo.

—Por supuesto —dijo con sorna—. ¿Y si hubiese escogido a Adeleine estarías tan entusiasmado?

—Yo lo estaría... —interrumpió Derek llevándose todas las miradas, incluso la de Adeleine, que apenas podía seguir resistiendo

al encanto extraño de lord Stanley.

—Sin tomar en cuenta a lord Stanley, no dejaré que le hables así a tu hermano, Richard. Con lo poco que he podido conocer de él, supe que te quería demasiado para hacerte daño y creía que te estaba protegiendo. Jamás quiso tu dinero, tu título o a mí. No me tocaría sabiendo que tú podrías quedar dolido. Milord es un hombre con muchos defectos, pero que ha demostrado ser comprensivo y fiel a ti. Si te dijo algo fue para que entraras en razón.

—No pensabas eso cuando intentaba separarnos. Creo que me quedé sin la información suficiente, una que no poseo como tú o tal vez, en este tiempo, has desarrollado sentimientos por mi hermano, si es así, lamento haber intervenido de esta manera en tu vida, pero al saber que estabas embarazada, preferí arriesgarme otra vez por vivir la vida que siempre quise. Estoy dispuesto a luchar por ti, por ese bebé que es nuestro... —Richard señaló hacia su vientre.

—Mi intención no es arrebatarte nada, Richard, solo cuidaría de lo que tu amabas. Libero a lady Alethea del compromiso que hicimos para que pueda estar a tu lado, que sé que es el lugar en el que desea estar.

—¿Estás de acuerdo con eso, Alethea? Las cosas volverán a cómo eran antes, con tu verdadero prometido... —alegó Daniel que también se acercó a ella.

Alethea sentía mucho coraje y rabia por el dolor que Richard le había hecho pasar. Si hubiese sido un error, se hubiese arrojado a sus brazos, pero él había calculado el dolor, las lágrimas y la desgracia, aun así, hizo lo que hizo sin importar nada más.

—No perdonaré a Richard —sentenció Alethea haciendo que muchos ahogaran sus gritos de pánico.

Lo que dijo Alethea derrumbó el espíritu de Richard. Él había ido a buscar a la mujer que amaba, pero aquella estaba sepultada bajo

mucho resentimiento.

—Entonces... Prefieres a Adrian... —Richard suspiró con fuerza —. Sigan como si estuviese muerto, no reclamaré mi título, es lo que mi hijo merece. Disculpen la interrupción.

Epílogo

Cinco años después...

Alethea observaba al pequeño Giles corriendo hacia los caballos en compañía de Adrian. Aquel estaba involucrado en la vida del niño, era como un padre para él. Lo cuidaba más que a nada y le enseñaba cosas sobre su negocio que un niño de su edad no entendería.

—¿Ya puede montar? El médico ha dicho que no tiene ninguna condición —declaró Adrian que estaba perdiendo la cordura por poder enseñarle a montar.

—Es muy pequeño. Le pediré un pony a Daniel para que se lo envíe, en Autum Hall hay muchos...

—¿Un pony? Mi hijo montará un verdadero caballo. Adrian es un excelente jinete. Si yo hubiese podido ser como él... —declaró Richard que abrazó por detrás a Alethea para acariciar su vientre. El segundo hijo de ambos estaba en camino.

—¡Ese es mi hermano! ¡Vamos, Giles, tu tío te mostrará cómo montan los hombres! —Adrian llevó al niño montado en sus hombros. Aquellos dos se parecían bastante.

—Me gusta ver que nuestro hijo tiene tanta salud y es feliz como Adrian. Me alegra que no fuese como yo.

—Es tan parecido a ustedes dos que me asusta. ¿Crees que Giles tendrá las mismas mañas que tu hermano?

—Sí. No me molesta que quiera seguir los pasos de su tío, siempre y cuando no descuide sus deberes. Debe ser responsable.

—¿Y ahora tenemos una niña?

—Será lo mejor del mundo, una futura facinerosa si lo malcría su tío.

—A veces pienso en el día que regresaste y como casi no valoro tu regreso. Estuve a punto de tirarlo todo por un absurdo enfado hacia ti.

—Tenías razón en enfadarte, los hice sufrir pensando solo de manera egoísta.

—No fue por egoísmo, era tu forma de liberarte de las ataduras y los temores. Tu intención siempre fue regresar a mí.

Los dos permanecieron en silencio, como si hubiesen recordado aquella tarde en la que Richard se presentó en Autum Hall y le arrebató el aliento a todos. Ella lo rechazó por rabia, pero cuando vio que él la volvería a dejar, no consintió que se fuera otra vez.

—¡Richard! —lo llamó. Se acercó hasta él y sin mediar más palabras le dio una bofetada—. Espero que con esto comprendas que lo que has hecho es imperdonable. Te hemos llorado y sufrido por ti. Nos haces pensar que eres un monstruo cruel.

—¡Auch! Creo que has puesto mis pensamientos en su lugar. —Richard se acarició la mejilla. Esa mujer le había movido hasta los dientes. Debía reconsiderar sus juegos la próxima vez—. Había mucho rencor en esa bofetada, Alethea.

Después de eso, ella lo abrazó y se echó a llorar en sus brazos, no pudo contenerse más. Sus emociones eran contradictorias. Amaba a ese hombre y le dolía el sufrimiento que le había causado. Ambos de cierta manera eran egoístas, porque Richard solo quería vivir tranquilo y Alethea deseaba hacer lo mismo, pero a su lado. Se casaron a las dos semanas, como se había planeado para Adrian y ella. Conversaron sobre todo lo ocurrido y pese a que su hermano todavía tenía sentimientos en aquel entonces, se disculparon y

regresaron a aquella relación hermosa que habían compartido desde niños.

Con una sonrisa y un beso de Alethea, ella rompió aquel momento de recuerdos que compartían.

—El señor Yi te espera para tu adiestramiento... —le recordó con una sonrisa.

—Es cierto. Iré con Raymond y Yi. No puedo dejar de estar bien. Quiero vivir esta vida al máximo. Te amo, Alethea.

—Y yo a ti, Richard...

Aquel se despidió y se retiró a largas zancadas, algo que solo habría podido hacer en sus sueños si no hubiese deseado salir de la burbuja de protección después de haber conocido a una joven en el compromiso de Hannah y Owen.

—¡Richard, espera! —exclamó yendo tras él.

Este la esperó al verla agitada.

—¿Qué ocurre?

—Toma... —dijo dándole el prendedor que había tomado años atrás de su joyero.

Él se carcajeó.

—Eres una ladrona. Pensé que lo habías usado para experimentar con algún animal o tal vez una desafortunada extremidad que te consigue Adrian.

—Solo lo recordé ahora. Siempre lo traigo en mi corsé.

Richard le dio un beso rápido y cogió su prendedor antes de continuar su camino.

Ella suspiró y siguió sumergiéndose en los recuerdos del pasado y en las viejas gracias que componían su vida.

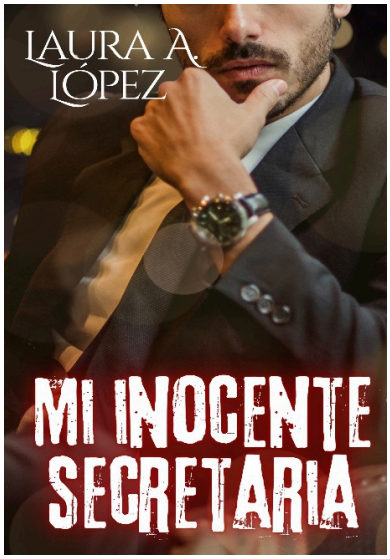
Su madre se casó con el señor Sinclair en una ceremonia sencilla. Dejó de ser la condesa para convertirse en la nueva señora Sinclair. La relación entre las dos se resintió, pero si pudo perdonar a Richard por algo casi imperdonable, podría hacerlo con su progenitora.

Al poco tiempo del matrimonio de Alethea y Richard, lord Stanley también le propuso matrimonio a Adeleine y esta aceptó a regañadientes, pero con el tiempo, supieron que ambos estaban felizmente casados. Ella siempre era la que buscaba razones para mantener enamorado a Derek, pues al parecer no odiaba del todo las atenciones que recibía. Se reunían con regularidad en Londres y también en Autum Hall. Alethea y Adeleine aprendieron a ser amigas e incluso ella le ayudaba a buscar sus nuevas víctimas para sus experimentos.

Para Alethea la vida nunca había sido más sencilla y feliz. Hasta su relación con Daniel había florecido, ya que ovacionaba de pie las agallas de su esposo para hacerse atrevido a timar a todos. Siempre decía que era su concuñado más peligroso, porque no le importaba hacer llorar a sus más cercanos. Él nunca perdía el humor, ni la razón.

Fin.

Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…



Disponible en Amazon.

«Gloria se sonrojó con rapidez. No podía creer que su jefecito se sintiera atraído por ella. Era increíble, porque no podía creer que al menos en algo era correspondida.

—Mmm... Señor...

—Henry —la corrigió. Él estaba en el momento más importante de su coqueteo.

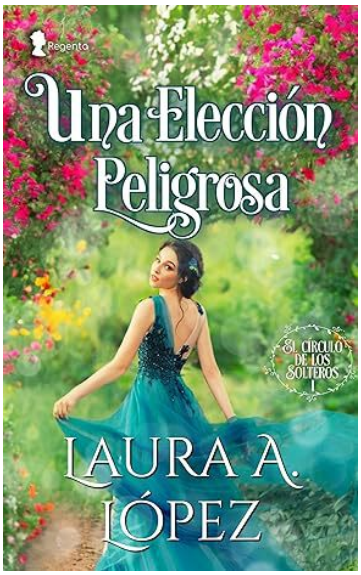
—Sí, sí, Henry... No sé qué decir.

—El sonrojo dice que quizá yo también te gusto, Gloria. Para mí no es fácil admitir que me gusta mi secretaria, en verdad es... complicado.

—Muy complicado. Yo creo que es mejor que...

Henry no pensaba perder a la presa que había caído en sus garras. Abandonó la ventana y fue hacia ella para rodearla. Con discreción, pegó su mano a la de Gloria y apretó sus dedos con delicadeza.»

Si te gustó Las dotes de un calavera podría gustarte…



Toda historia tiene un comienzo...

George Mountbatten, marqués de Blister*,* al igual que sus amigos, sabía que el matrimonio estaba a la vuelta de la esquina y que era más inminente que la muerte. El problema, era la elección de la mujer adecuada. Cuando creyó haberla conseguido algo ocurrió.

Lady Brianne Scott, ahijada de su fallecido padre llegó a su vida para ponerla de cabeza. Delicada, bella y brillante, amenazaba con destruir sus planes, puesto que él debía conseguirle un esposo.

El mayor pecado era meter a dos solteros solos bajo un mismo techo. ¡A quién se le ocurría!

¿Cómo hará el marqués para evitar caer en la tentación y ceder la mano de su pupila?

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, estoy casada y tengo una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real,* y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor.*

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita, La ventana de los amantes y Mi amada señorita Angel.*

También he incursionado en la auto publicación en Amazon, con*: Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno, Una heredera obstinada, Una beldad indomable, La esquiva señorita Millford, Las peripecias de los amantes, Nuestro tiempo perfecto, La dama de Sandbeck Park, Las oscuras intenciones de lord Coventry, El amante de Londres, Anhelos de primavera, Una candidata inadecuada, El silencio de los amantes, Amantes en la eternidad, Amantes en guerra, La prometida desconocida, Enamorar a un lord inglés, La acompañante del marqués, El candidato perfecto, La joven matrona, La herencia del duque de Gloucester, El esposo ausente, Una forajida cautivadora, El preceptor, La justicia de un canalla, El domador, La nueva esposa, Una solución para lord Nottingham, El prometido despreciado, Un beso irreverente, El querido enemigo, Un compromiso accidentado, Un caballero misterioso, Un seductor afortunado, Una diablesa enamorada, Su encanto inglés, Una elección peligrosa, Una casadera incorregible, Una decisión imperturbable, Mi*

inocente secretaria, Una situación escandalosa, Un duque codiciado, La dama adecuada, El último soltero, La promesa de un majadero, El amor de un granuja, Las dotes de un calavera, Las argucias de un sinvergüenza y Los juegos de un disoluto.

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense, Nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiva señorita Millford*.